



BALZAC

DESAR BIROTTEA

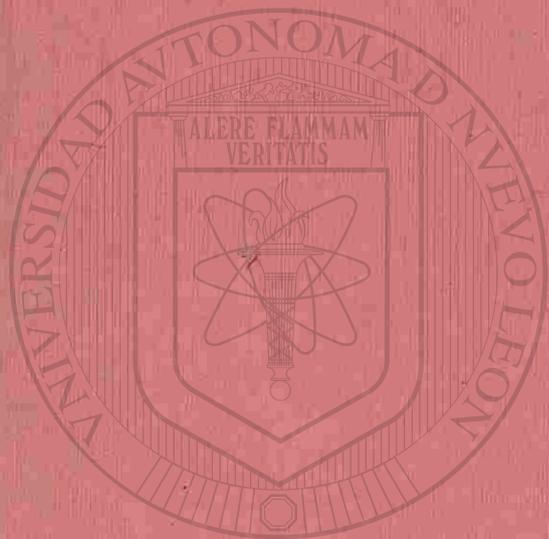
PQ2163

.C3

S6



1020026018

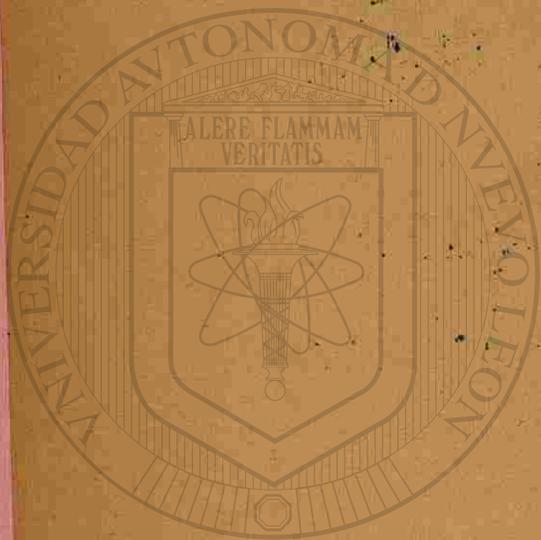


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





cupe #

CÉSAR BIROTTEAU

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE SOCIALES, MÉXICO, D.F.

HONORATO DE BALZAC

ESCENAS DE LA VIDA PARISIENSE

CÉSAR BIROTTEAU

FONDO
RICARDO CONTRERAS
EDUCACIÓN

DE

RUIZ CONTRERAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



098102

PARIS

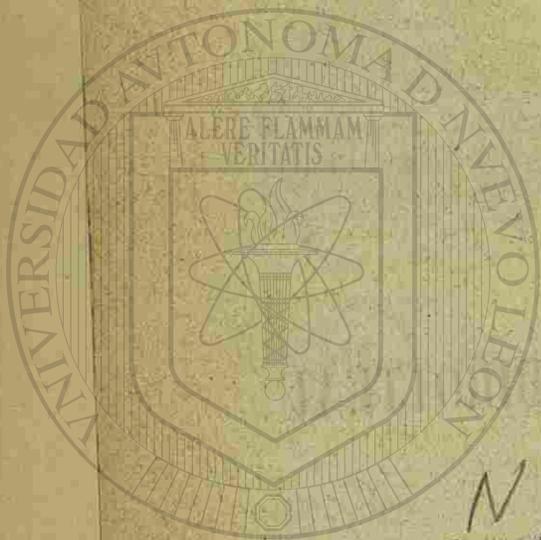
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS PÈRES, 6

29712

1901

Obsequio de la
Universidad Nacional
de México



N
Núm. Clas. B 198c
Núm. Autor 29712
Núm. Adg. -8-
Precedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasific. CG
Catal. 1886

843

B.

PQ 2163

C3

56



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

PROSPERIDAD Y RUINA

DE

CÉSAR BIROTTÉAU

PERFUMISTA

TENIENTE ALCALDE DEL SEGUNDO DISTRITO DE PARÍS
CABALLERO DE LA LEGIÓN DE HONOR, ETC.

I

CÉSAR EN SU APOGEO

En las noches de invierno, sólo un instante cesan los ruidos en la calle San Honorato; los hortelanos, yendo al mercado, prosiguen el movimiento de los coches que regresan de los teatros ó de los bailes. Durante ese compás de espera en la gran sinfonía parisiense, hacia la una de la madrugada la esposa de César Birotteau, perfumista, establecido cerca de la plaza Vendôme, despertó sobresaltada por una espantosa pesadilla. Se había visto, en sueños, andrajosa, levantando con mano seca y arrugada, el pestillo de su propia tienda, donde á su vez estaba también ella misma, como de costumbre, detrás del mostrador; era su voz la que pedía limosna en latmoso estado, y era ella la que veía su imagen en la puerta, desde un sillón donde siempre se sentaba.

Quiso agarrarse á su esposo, y su mano encontró solamente los lienzos fríos. El espanto adquirió entonces tal intensidad que la pobre señora, sintiendo petrificada su garganta, no pudo siquiera dar una voz; quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos y fijos, el cabello erizado, los oídos llenos de rumores incomprensibles, el corazón oprimido y palpitante, sudando con angustia y helándose á un tiempo, en una alcoba cuya puerta estaba de par en par.

El miedo es un fenómeno mitad morbífico, y oprime con tanta violencia el mecanismo humano, que determina en sus facultades, repentinamente, ó sus mayores energías, ó su absoluta desorganización.

La fisiología no pudo explicarse durante mucho tiempo este fenómeno, que trastorna sus sistemas y desmiente sus conjeturas, aunque sencillamente no sea otra cosa que la conmoción de un chispazo producido en el interior, pero, como todos los accidentes eléctricos, variado y caprichoso en sus manifestaciones. Esta explicación será corriente cuando los sabios reconozcan el oficio importante que desempeña la electricidad en el pensamiento humano.

La señora de Birotteau padeció entonces las alucinaciones que traen consigo esas terribles descargas de la voluntad, contraída ó diseminada por un mecanismo desconocido.

Así, durante un espacio de tiempo, muy corto midiéndolo con el horario de nuestros relojes,

pero inmensurable según sus rápidas y múltiples impresiones, aquella pobre mujer emitió más ideas, hizo surgir más recuerdos que, en el funcionamiento regular de sus facultades, hubiera concebido en un día entero. La sustancia dolorosa de aquel monólogo puede resumirse en algunas frases absurdas, contradictorias y desprovistas de sentido, como se ofrecieron:

— ¡No hay motivo que justifique la ausencia de Birotteau! Comió demasiada carne, ¿le habrá hecho daño? Pero sintiéndose mal, me hubiera despertado. En diez y nueve años que dormimos juntos en este mismo lecho, en esta misma alcoba, ni una vez se levantó sin advertírmelo; ¡pobre cordero! Sólo trasnocha cuando está de guardia... Pero ¿se acostó ayer conmigo? Sí, sí... ¡Virgen santa! ¡parezco tonta!

Vió el gorro de dormir, que aún conservaba la forma casi cónica que adquiría puesto en la cabeza de su esposo.

— ¿Habrá muerto? ¿Se habrá matado? ¿Por qué? prosiguió. Desde que le nombraron teniente alcalde, hace dos años, está *no sé cómo*. ¿No es una compasión que le metan á gobernar? Sus negocios marchan bien; me ha regalado un chal. ¿Estaremos arruinados? Procuraré saberlo. ¿Quién sabe lo que piensa un hombre? ¿ni lo que piensa una mujer? ¿No vendimos por valor de cinco mil francos? Además, no se suicida un teniente alcalde así como así; conoce las leyes. Pero ¿adónde habrá ido?

No podía volver siquiera el cuello, ni estirar el brazo hasta el cordón de la companilla que hubiera despertado á una cocinera, tres dependientes y un mozo de almacén. Presa de la pesadilla que aún la obsesionaba despierta ya, olvidó que su hija dormía tranquilamente junto á su alcoba, en una habitación cuya puerta se abría á los pies de la cama. Creyó al fin poder gritar « ¡Birotteau ! » y nadie respondía; resonaba en sus oídos aquel nombre, pero sólo consiguió pronunciarlo mentalmente.

— ¿Tendrá una querida? No es capaz de hacer eso, y me quiere mucho. ¿No le dijo á la señora Roguin que nunca, ni de pensamiento, me había sido infiel? Es la honradez personificada ese hombre. Si alguien merece la gloria del cielo, es él. ¿De qué puede acusarse cuando se confiesa? de inocentadas. Para ser tan realista, y no sabe por qué lo es, no hace muchos alardes religiosos. ¡Pobrete! á las ocho de la mañana va de tapadillo á misa, como si fuese á una casa de placer. Tiene temor de Dios, por Dios mismo; el infierno le apura poco. ¿Una querida? no es posible; casi no se aparta de mí, casi me aburre verle siempre cogido á mis faldas. Me quiere más que á las niñas de sus ojos. En diez y nueve años, ni una sola vez me ha levantado la voz. Me quiere más que á su hija. Pero, Cesarina está cerca... (¡Cesarina! ¡Cesarina!) Birotteau no ha dejado nunca de comunicarme sus pensamientos. Con razón decía, yendo á verme á *el Marinerito* que sólo un roce conti-

nio hace que se conozcan á fondo las gentes. Y desde entonces... Pero, lo de hoy es extraordinario.

Volviendo con gran trabajo la cabeza, miró furtivamente á través de su habitación llena entonces de los pintorescos efectos nocturnos que son la desesperación del narrador y parecen reservados á los pinceles de los pintores de género. ¿Dónde hallar palabras que indiquen las medrosas oscilaciones de la sombra, las apariencias fantásticas de los cortinajes, hinchados por el aire, los juegos de la incierta luz proyectada por una lamparilla en los pliegues de la percalina roja, los reflejos de un alzapuño dorado, cuyo centro rutilante semeja el ojo de un ladrón, un vestido ahuecado, en fin, todas las extrañezas que aturden la imaginación cuando sólo tiene fuerzas para sentir y agigantar las amarguras? La señora de Birotteau creyó ver una intensa luz en el gabinete contiguo á su alcoba, y de pronto imaginó un incendio; pero, fijando los ojos en un pañuelo carmín que le parecía un charco de sangre, los ladrones la preocuparon exclusivamente; sobre todo, cuando quiso descubrir vestigios de lucha en la manera como estaban colocados los muebles. Recordando las cantidades que había en la caja, un temor generoso extinguió los fríos ardores de la pesadilla; saltó de su lecho espantada, en camisa, y corrió al gabinete contiguo para socorrer á su esposo, al que suponía en lucha con los asesinos.

— ¡Birotteau! ¡Birotteau! gritó entonces con la voz angustiada.

El perfumista estaba midiendo las paredes, tan poco abrigado por su bata de percal verde con lunares de color de chocolate, que el frío le amarraba las piernas; pero Birotteau no lo sentía, tan preocupado estaba.

Al volverse para decirle á su mujer: « ¿Qué quieres, Constanza? » su expresión, como la de los hombres distraídos por sus cálculos, era tan exorbitantemente abobada que la señora soltó la risa.

— Dios mío, César. ¿Qué rarezas te ocurren? ¿Por qué te levantas sin advertirme? A poco, muero de susto; ya no sabía qué pensar. ¿Qué haces aquí tan desabrigado? Vas á constiparte de mala manera. ¿Me oyes, Birotteau?

— Sí, mujercita mía, ya voy, contestó el perfumista entrando en su alcoba.

— Vamos, acércate para calentarte, y dime qué humorada tuviste, repuso la señora Birotteau, removiendo los tizonos que se apresuró á reanimar. Estoy helada. ¡Hice una torpeza saliendo en camisa! Pero pensé de verdad que te asesinaban.

El comerciante dejó su bujía sobre la chimenea, se envolvió en su bata, y fué á buscar, maquinalmente, un refajo de franela para su mujer.

— Toma, hija mía, cúbrete, dijo. Veintidós por diez y ocho, murmuró, continuando su monólogo, podemos hacer un salón soberbio.

— ¿Qué dices? Birotteau. ¿Quieres volverte loco? ¿Sueñas?

— No, mujercita, calculo.

— Para hacer tonterías, pudiste aguardar que llegase la hora de levantarnos, dijo ella atándose el refajo.

Y después de asomarse á la puerta del cuarto de su hija, prosiguió:

— Cesarina está dormida, no puede oírnos. Veamos, Birotteau, habla. ¿Qué te ocurre?

— Podemos dar un baile.

— ¡Dar un baile! ¿nosotros? Tú sueñas.

— No sueño, mujercita mía. Escucha: es necesario vivir con arreglo á la posición que se ocupa. El gobierno me pone en evidencia, pertenezco al gobierno; estamos obligados á estudiar su espíritu y favorecer sus intenciones desarrollándolas. El duque de Richelieu acaba de libertar la Francia. Según el señor de la Billardiére, los empleados que representan la villa de París deben obligarse, cada uno en el círculo de sus influencias, á celebrar ese acontecimiento. Hagamos gala de un verdadero patriotismo que avergüence á esos que se dicen liberales, á esos malditos intrigantes. ¿Eh? ¿Piensas que no siento el amor de mi país? Quiero probar á los liberales, á mis enemigos, que amar al rey es amar á Francia.

— Pero ¿cómo has de tener enemigos, tú, mi pobre Birotteau?

— Sí, sí, mujercita mía, tenemos enemigos. Y la mitad de nuestros amigos en el barrio son nuestros enemigos. Dicen todos: « Birotteau es el hombre de la suerte, Birotteau tiene pocos alcances, y, sin embargo, ahí le tenéis ya de teniente

alcalde; todo le sale bien. » Sí, todavía les aguarda otra sorpresa, porque has de saber antes que nadie que ya soy caballero de la Legión de honor: el rey firmó ayer mi nombramiento.

— ¡ Ah ! siendo así, dijo la señora de Birotteau enternecida, es preciso dar el baile; pero ¿ qué hiciste para que te dieran la cruz ?

— Cuando ayer me dió la noticia el señor de la Billardiére, prosiguió Birotteau algo turbado, también me pregunté, como tú me preguntas, cuáles eran mis méritos; pero, reflexionando, acabé reconociendo y aprobando esa decisión del gobierno. Por de pronto soy realista: me hirieron en San Roque, en vendimiario. ¿ No es algo haber defendido la buena causa, en estos tiempos ? Además, á juicio de algunos comerciantes, he desempeñado mis funciones consulares á satisfacción de todos. En fin, soy teniente alcalde, y el rey concede cuatro cruces al ayuntamiento de París. Habiendo examinado los merecimientos de los concejales que podían ser condecorados, el prefecto me puso el primero en la lista. Y estoy seguro de que el rey me conoce: gracias al viejo Ragon, le proveo de los únicos polvos de arroz que le gusta usar; nadie más que nosotros tiene la receta de los polvos de la difunta reina, ¡ la muy amada y pobre augusta víctima ! El alcalde me apoyó con mucha energía. ¡ Ya lo ves ! Cuando el rey me condecora sin pedírselo yo, no puedo negarme sin faltar á todas las conveniencias. ¿ Tuve ningún empeño por ser concejal ? Así, mujercita mía, pues vamos viento

en popa, como dice tu tío Pillerault cuando se alegra, estoy decidido á que todo en esta casa esté al nivel de nuestra fortuna. Si está de Dios que yo sea con el tiempo algo en el mundo, no me opondré á sus designios, admitiendo lo que me ofrezcan, una subprefectura, si tal es mi destino. Mujercita mía, cometes un error muy grave creyendo que un ciudadano pagó la deuda que todos hemos contraído con la patria, vendiendo á los que van á su tienda artículos de perfumería, durante veinte años. Si el Estado reclama el concurso de nuestras luces, no debemos negárselo, como no le negamos el impuesto mobiliario, el de puertas y ventanas, etcétera. ¿ Deseas acabar tus días detrás del mostrador ? Me parece que bastante has vivido junto á él, á Dios gracias. El baile será nuestra fiesta. No más ventas al por menor, para tí, se entiende. Quemo el rótulo *la Reina de las Rosas*, borro el CÉSAR BIROTTEAU, PERFUMISTA, SUCESOR DE RAGON, y pongo, sencillamente ARTÍCULOS DE PERFUMERÍA, en grandes letras doradas. Tendremos en el entresuelo el escritorio, la caja y un lindo gabinete para tí. Haré almacén lo que ahora es trastienda, comedor y cocina; alquilaré el principal de la casa contigua, y abriremos una puerta de comunicación. Tendremos una casa grande, amueblada lujosamente. Sí; en tu gabinete, nuevo todo; reformado el tocador; y para Cesarina se arreglará un bonito cuarto. La dependiente que tomarás para el despacho, el dependiente mayor y tu doncella, ¡ sí, señora, tendrá usted doncella ! dormirán en



el segundo piso. En el tercero la cocina, la cocinera y el mozo de almacén. El cuarto será depósito de botellas, cristalería y porcelanas. El taller y laboratorio, en las bohardillas. Los transeúntes no verán pegar las etiquetas, hacer los cucuruchos, elegir las botellas, ni encorchar los frascos. En la calle de San Dionisio, podría pasar, pero en la de San Honorato hace mal efecto. Nuestro establecimiento debe ser elegante como un salón. Dime, ¿somos los únicos perfumistas que ocupan lugares honoríficos? ¿No hay comerciantes de vinagrillos y de mostazas, que son jefes de la guardia nacional y muy bien quistos en palacio? Imitémosles, ensanchemos nuestros negocios y, al mismo tiempo, metámonos en la más elevada sociedad.

— Birotteau, ¿sabes lo que se me ocurre oyéndote? Me haces el efecto de un hombre que proyecta imposibles. Acuérdate del consejo que te di cuando se trataba de hacerte alcalde: ¡tu tranquilidad es antes que todo! Tan á propósito eres tú para esas cosas como lo son mis brazos para aspas de molino. Tu encumbramiento será tu perdición. Para figurar en política hace falta dinero; ¿lo tenemos? ¡Cómo! ¿Quieres quemar el rótulo que nos costó seiscientos francos, y renunciar á *la Reina de las Rosas*, tu verdadero triunfo? Deja para los demás las ambiciones políticas. No metas las manos en el fuego; la política está que arde. Tenemos cien mil francos, además de la tienda, la fabricación y el almacén; si quieres aumentar nuestra fortuna, repite lo que hicimos en 1793: compra papel,

ahora que ha bajado á setenta y dos, y tendrás una renta de diez mil francos, aparte de tus negocios. Aprovecha la ocasión para casar á tu hija; luego traspasamos el comercio para retirarnos á tu pueblo. ¡Vaya! durante quince años no hás hablado más que de comprar *las Tesoreras*, aquella hermosa finca próxima á Chinón, y donde hay aguas, prados, bosques, viñas, corrales, que producen tres mil francos anualmente; una residencia que á los dos nos gusta y que podríamos adquirir aún por sesenta mil francos. ¿Y el señor quiere, ahora precisamente, ser algo en el gobierno? Acuérdate de lo que somos: perfumistas. Hace diez y seis años, antes de que inventases la *doble pasta de las sultanas* y el *agua carminativa*, si alguien hubiese dicho: « Reuniréis dinero bastante para comprar *las Tesoreras* », te hubiera parecido un sueño tanta felicidad. Pues bien; ahora puedes adquirir aquella finca tan deseada, que fué tu aspiración única, y tratas de malgastar en tonterías el dinero ganado con el sudor de nuestra frente; y digo de *nuestra*, porque viví detrás del mostrador, como un perro en su caseta. ¿No vale más tener un apeadero en casa de tu hija, casada con un notario de París, y vivir ocho meses del año en Chinón, que hacer aquí del cobre plata y de la plata locuras? Espera el alza de los fondos públicos; puedes dar á tu hija ocho mil francos de renta, reservándonos dos mil para nosotros y lo que saquemos del traspaso bastará para adquirir *las Tesoreras*. Allí, en tu pueblo, llevando nuestros muebles, viviremos como

príncipes; mientras que aquí hace falta un millón para lucir algo.

— A eso quería venir yo á parar, mujercita mía, dijo César Birotteau. No soy tan simple (aunque tú me creas muy simple, ¡tú!) para no tenerlo calculado todo. Atiéndeme: Alejandro Crottat nos viene de molde para yerno; comprará la notaría de Roguin; pero ¿piensas que se contentará con cien mil francos de dote? Y eso, dándole todo nuestro capital reservado, cosa que tengo resuelta, pues me avengo á comer sólo pan duro en todo lo que de vida me quede, para verla bien casada, feliz como una reina, mujer de un notario de París, como tú acertadamente supones. Pues bien; cien mil francos, ó lo que es igual, ocho mil francos de renta, no bastan para comprar la notaría de Roguin. Alejandro nos considera, como todo el mundo, mucho más ricos de lo que somos. Si su padre, rico labrador y avaro como un caracol, no vende tierras por valor de cien mil francos, Alejandro no tendrá nunca la notaría de Roguin que vale cuatrocientos ó quinientos mil francos. Si Crottat no puede ofrecer la mitad al contado, el negocio es imposible. A Cesarina le hace falta una dote de doscientos mil francos, y quiero retirarme, además, con quince mil francos de renta. ¡Ea! si te lo hiciese ver claro como el sol, ¿serías razonable?

— ¡Ah! si tienes un Perú...

— Sí, lo tengo, mujercita mía. Sí, prosiguió, cogiéndola por la cintura y golpeándole suavemente la espalda, emocionado por un goce que animaba

sus facciones. No quise hablarte de ese negocio antes de que fuera seguro; pero, acaso mañana, lo dejaré ya concluído. Mira: Roguin me ha propuesto una especulación tan segura que Ragon y él, con tu tío Pillerault y dos más de sus clientes entran á la parte. Vamos á comprar, á los alrededores de la Magdalena, unos terrenos que, según los cálculos de Roguin, obtendremos por un cuarto del precio que alcanzarán dentro de tres años, y, entonces, ya dueños absolutos, habiendo satisfecho el último plazo, podremos disponer libremente. Cada uno de los seis que intervenimos toma una participación acordada entre todos. Yo daré trescientos mil francos para disfrutar de tres octavas partes. Si alguno de nosotros necesita dinero, Roguin se lo facilitará hipotecando su lote. Para tener la sartén por el mango y freír á mi gusto la pesca, he conseguido aparecer como propietario de más de la mitad, representando así lo que les corresponde á Pillerault y al bueno de Ragon. Roguin estará representado por un Carlos Claparon, mi copropietario, que dará, como yo, un documento particular á sus socios. Las escrituras de compra se irán haciendo en documentos privados, compromisos de venta para hacerlos firmes cuando podamos acaparar todos los terrenos. Roguin examinará los contratos que deban formalizarse, porque no está seguro de que podamos evadirnos de registrar las propiedades, para que paguen los derechos de transferencia los que nos compren luego solares aislados; pero esto sería largo de contar. Una vez

pagados los terrenos, no queda otra cosa que hacer sino cruzarse de brazos y esperar que pasen tres años para encontrarnos millonarios. Cesarina tendrá veinte años para entonces, habremos vendido ya la perfumería, y nos iremos en gracia de Dios, modestamente, á gozar de nuestra prosperidad.

— Sí; pero ¿de dónde sacarás los trescientos mil francos? dijo la señora de Birotteau.

— No entiendes nada en estos negocios, mujercita mía. Daré los cien mil francos que tenemos depositados en la notaria de Roguin, tomaré un préstamo de cuarenta mil francos, con la garantía de las construcciones y jardines de nuestras fábricas en el arrabal del Temple; tenemos, además, veinte mil francos en caja. Faltan ciento cuarenta mil francos, para los cuales firmaré letras á la orden de Carlos Claparon, banquero, que las descontará. Ya tienes los trescientos mil francos pagados: *mientras no llega el vencimiento, no se debe nada*. Y, á medida que venzan las letras, las iré recogiendo con las ganancias de la perfumería. Si no pudiéramos hacerlo así, Roguin me daría el dinero al cinco por ciento con hipoteca de mi parte de los terrenos. Pero no hará falta recurrir al préstamo; he descubierto un específico para hacer salir el pelo, un *aceite de avellanas*. Livingston me ha instalado en las fábricas una prensa hidráulica para fabricar mi aceite con avellanas que, sometidas á mucha presión, darán grandes rendimientos. En un año, según mis probabilidades, habré ganado cien mil francos, por lo menos. Estoy discurriendo un

anuncio, de prodigioso efecto, que debe comenzar así: *¡Abajo las pelucas!* Tú no reparas en mis desvelos: hace tres meses que apenas duermo, pensando en el *aceite de Macassar*. Quiero vencer al Macassar.

— ¿Son éstos los proyectos que revuelves en tu magín hace muchos días, y no me los comunicabas? Yo acabo de verme como una mendiga, pidiendo limosna á mi propia puerta. ¡Qué aviso del cielo! Durante algún tiempo, sólo nos quedarían los ojos para llorar. Pero tú no harás lo que dices, mientras yo esté aquí para impedirlo; ¿me oyes, César? Descubro en todo eso marrullerías de que no te das cuenta; eres demasiado bueno y demasiado leal para suponer á los otros capaces de la estafa que adivino. ¿Por qué vinieron á ofrecerte millones? Te despojas de todo tu capital, y aun te comprometes en otro tanto; y si tu *aceite* no gusta, y si no encuentras dinero, y si después no se venden esos terrenos, ¿cómo pagarás las letras aceptadas? ¿con los cascarones de tus avellanas? Para encumbrarte entre la buena sociedad, no quieres que la muestra de tu casa luzca tu nombre; vas á suprimir *la Reina de las Rosas*, y estás proyectando ya llamativos carteles y prospectos que repetirán el nombre de César Birotteau en todas las esquinas y en todas las empalizadas.

— ¡Oh! tú no estás enterada. Tendré una sucursal con el nombre de Popinot en alguna casa próxima á la calle de los Lombardos, á cargo de Anselmo. Así, pagaré la deuda de agradecimiento

contraída con Ragon y su señora, estableciendo á su sobrino, que podrá hacer fortuna. Esa pobre familia de Ragon me hace cara de hallarse muy miserable de algún tiempo acá.

— Esas gentes no desean otra cosa que pescar tu dinero.

— Pero ¿qué gentes, mujercita mía? ¿Acaso tu tío Pillerault, que nos quiere como á sus propias entrañas y viene á comer con nosotros todo los domingos? ¿Acaso el bondadoso y anciano Ragon, nuestro predecesor, que acredita cuarenta años de negocios limpios y que juega con nosotros al boston? ¿Acaso Roguin, un notario de París, un hombre de cincuenta y siete años, que lleva ya veinticinco en su notaria? Un notario de París sería la espuma de la honradez, si las gentes honradas no valieran todas lo mismo. ¡En caso de apuro, mis socios me ayudarán! ¿Dónde has visto esa estafa? Es preciso que yo te diga lo que te ocurre: no te lo dije nunca, pero lo veo constantemente y no me lo dejas olvidar. ¡Eres recelosa como una gata! En cuanto hemos tenido cuatro cuartos, los parroquianos te parecían ladrones, desconfiabas de todos. ¡Hay que ponerse de rodillas á tus pies y suplicarte que te dignes consentir que te enriquezcan! Para ser nacida en París, tienes poca ambición. Sin tus perpetuos temores, no hubiese habido un hombre más dichoso que yo. Haciéndote caso, no hubiera fabricado nunca la *pasta de las sultanas* ni el *agua carminativa*. Nuestra tienda nos hizo vivir, pero á esas dos invenciones debemos

los ciento sesenta mil francos de capital neto. Sin mi decisión, porque yo como perfumista sé lo que hago, seríamos aún unos tenderos al pormenor y viviríamos á salto de mata y no figuraría yo entre los notables negociantes que concurren á la elección de jueces en el tribunal de comercio; ni me hubieran nombrado nunca juez ni concejal. ¿Sabes lo que yo sería? Un tendero, como lo era el viejo Ragon, sea dicho sin ofender á nadie, porque respeto las tiendas, entre otras cosas atendiendo á que nos enriquecen surtiéndose de nuestros productos. Después de vender perfumes durante cuarenta años, tendríamos, como él tiene, tres mil francos de renta; y, con los precios que alcanzaron las cosas, pues el valor de todo se ha duplicado, vivíamos, como ellos, á duras penas. (De día en día compadezco más á esa pobre familia. Es preciso que yo sepa á qué atenerme, y mañana mismo Popinot me dirá lo que haya de cierto.) Siguiendo tus consejos, inspirados en la angustia que no te deja disfrutar de nada, temerosa de que te falte lo necesario, ni tendríamos crédito, ni me hubieran dado la cruz de la Legión de honor, y no estaría yo á punto de ser un hombre político. Sí; por más que te quiebres la cabeza, si nuestro asunto se realiza, puedo llegar á ser diputado por París. ¡Ah! no en vano me llamo César: ¡todo me sale á pedir de boca! Es incomprensible; la gente de fuera me reconoce talento, y en casa la única persona á quien deseo agradar, aquella por cuya dicha me afano, es precisamente la que me juzga tonto.

Estas frases, entrecortadas por silencios elocuentes, y arrojadas como bombas, al modo que lo hacen todos los que discursen en actitud recriminatoria, expresaban una estimación tan profunda, tan constante, que la señora de Birotteau se sintió enternecida; pero, disimulando sus emociones, sirvióse para vencer, como todas las mujeres, del cañón que inspiraba.

— Pues, bueno, Birotteau; si tanto me quieres, déjame ser feliz á mi gusto. Ni tú ni yo fuimos educados para la sociedad; no aprendimos á sostener una conversación agradable, ni siquiera sabemos saludar como las personas distinguidas: ¿cómo quieres que hagamos buen papel desempeñando destinos oficiales? Yo sería dichosa en *las Tesoreras*, ¡muy dichosa! Me han gustado siempre los animales de corral y los pajarillos; pasaría mi vida muy agradablemente cuidando de los pollos y de todas las atenciones de una casa de labor. Traspasa el negocio, casemos á Cesarina, y no pienses más en tu *aceite de avellanas*. Vendremos á pasar los inviernos á París, en casa de nuestro yerno; seremos dichosos; nada, ni en la política ni en el comercio, podrá cambiar nuestras costumbres. ¿Para qué luchar contra todos? Nuestra fortuna actual ¿no es bastante para nuestras necesidades? Cuando seas millonario, ¿comerás dos veces? ¿Necesitas otra mujer, teniéndome á tu lado? Aprende de mi tío Pillerault, que se ha contentado modestamente con su rentita y emplea su vida en obras de caridad. ¿Necesita mi tío buenos mue-

bles? Temo que hayas encargado ya los que piensas regalarme; vi á Braschon en casa, y no vendría sin duda á comprar perfumes.

— Ya que lo adivinaste, mujercita mía, sí: tus muebles están encargados, y las obras de aquí empezarán mañana, dirigidas por un arquitecto que me recomendó el señor de la Billardiére.

— ¡Dios mío, exclamó ella, tened piedad de nosotros!

— Eres incorregible, no razones. ¿Te parece que á los treinta y siete años, fresca y guapetona como estás, puedas enterrarte en un pueblo como Chinon? Yo he cumplido treinta y nueve años; la casualidad me ofrece un porvenir, y lo acepto. Con prudencia y acierto, puedo crear una casa noble entre la burguesía de París, como se hacía en otros tiempos, y que se diga los « Birotteau », como se dice los Keller, los Desmarests, los Roguin, los Cochin, los Guillaume, los Lebas, los Nucingen, los Saillard, los Popinot, los Matifat, que figuran ó figuraron en París. Al fin y al cabo, si la especulación emprendida no fuese tan segura como comprar oro en barras...

— ¡Segura!

— Sí, vaya, ¡segura! Hace dos meses no reposo calculando siempre. Disimuladamente me informé acerca de las construcciones, en las oficinas del ayuntamiento, pregunté á los arquitectos y á los contratistas. El señor Grindot, el joven arquitecto que nos arreglará esta casa, lamenta no tener dinero para asociarse á nuestro negocio.

— ¡Claro! Le conviene que se construya mucho, y os anima con la esperanza de sacar algo.

— ¿Es tan fácil engañar á hombres como Pille-rault, como Carlos Claparon y Roguin? El resultado es tan seguro como el de la *pasta de las sultanas*. ¡Ya ves!

— Pero, ¡mi pobre César! ¿para qué necesita especular Roguin, que tiene pagada su notaría y hecha su fortuna? Algunas veces le veo pasar más preocupado que un ministro; nunca mira de frente, como si quisiera ocultar un pensamiento; no me gusta nada su manera de ser. Su rostro, de cinco años á esta parte, parece la cara de un viejo vi-cioso. ¿Quién te ha dicho que no espera vuestro dinero para abandonar el campo? No sería la primera vez que ocurren tales cosas. ¿Le conocemos á fondo? Hace quince años que se llama nuestro amigo, y no pondría yo la mano en el fuego por él. Reflexiona: es un mal bicho y no vive con su mujer; sin duda tendrá queridas que le arruinen: yo no discuro, para justificar su tristeza constante, otra causa. Mientras me peino, á través de las persianas le veo volver á su casa á pie; ¿de dónde vuelve á tales horas de la mañana? nadie lo sabe. Me parece un hombre que tiene otro domicilio, que vive con una querida y derrocha en placeres, mientras su mujer propia también gasta más de lo regular. ¿Es así como debería vivir un notario? Si ganan cincuenta mil francos y se comen sesenta mil, en veinte años devoran su fortuna y se quedan desnudos como san Juan; pero, acostumbrados á

lucir, para satisfacer sus necesidades y sus gustos, despojan sin compasión á los amigos: la caridad bien ordenada empieza por uno mismo. Es íntimo del canallita de Tillet, nuestro antiguo dependiente, y esas amistades no me hacen sospechar nada bueno. Si no supo juzgar á de Tillet, es ciego, y si conociéndole trata con él, ¿por qué será? Me dirás que su mujer quiere á de Tillet; pues, mira; no esperes nada bueno de un hombre que no procura guardarla honra de su mujer. En fin, los actuales poseedores de los terrenos ¿son bastante idiotas para dar por cinco francos lo que vale cien? Si encuentras á un chiquillo que juega con una moneda de oro, sin saber lo que vale, ¿no se lo advertirás? Vuestro negocio, de cualquier modo que se mire, me parece una especie de robo; y perdona si esto te ofende.

— ¡Dios mío! de ¡qué graciosa manera juzgan las mujeres de vez en cuando y cómo lo trabucan todo y de todo sacan partido! Si Roguin no estuviera en el negocio, me dirías: « Poco valdrá eso cuando Roguin no entra con vosotros. » Ahora que le tenemos como una garantía, me dices...

— No es él, es un señor Claparon.

— Ignoras que no puede figurar en especulaciones el nombre de un notario.

— Siendo así, ¿por qué hace una cosa que le prohíben las leyes? ¿Qué me respondes á eso tú, que andas á vueltas siempre con la ley?

— Déjame acabar. Roguin toma parte, y me dices que no vale nada el negocio. ¿Es razonable tu

apreciación? Y añades: «Hace una cosa ilegal.» Pero, en caso necesario, dará su nombre. Luego dices: «Está rico.» ¿No podían decir lo propio de mí? ¿Estaría bien que Ragon y Pillerault me dijeran: «Por qué tomáis participación en este negocio, si tenéis más dinero que un acaparador de cerdos?»

— Los comerciantes no pueden compararse con los notarios, objetó la señora de Birotteau.

— Tengo la conciencia tranquila, prosiguió César: los que venden lo hacen por necesidad; nosotros no cometemos abusos comprando, como no lo cometerán los que tomen papel á setenta y cinco. Ahora pagamos los terrenos al precio corriente; lo que suban con el tiempo, es nuestra ganancia, como cuando suben las rentas del Estado. Sábelo para siempre, dijo con solemnidad, sábelo para siempre, Constanza Bárbara Josefina Pillerault, que nunca sorprenderán á César Birotteau en asuntos que no sean absolutamente honrados, que César Birotteau no especula jamás contra las leyes, contra su conciencia, ni contra su delicadeza. ¿Que sospechen en su misma casa, de un hombre que lleva ya establecido diez y ocho años!

— ¡Vamos, tranquilízate, César! La mujer que vivió contigo todo ese tiempo conoce á fondo tu corazón. Al fin y al cabo, tú eres el dueño, y puedes hacer lo que te parezca. Nuestra fortuna, la ganaste con tu esfuerzo, ¿no es verdad? y puedes también derrocharla si es tu gusto. Aunque nos viésemos reducidos á la mayor miseria, ni tu hija

ni tu mujer se quejarán de ti. Pero atiende, cuando inventaste la *pasta de las sultanas* y el *agua carminativa*, ¿qué arriesgábamos? De cinco á seis mil francos, á lo sumo. Ahora pones á una carta la fortuna entera y tienes, en ese arriesgado juego, socios que pueden ser más astutos que tú. Da un baile, reforma tu casa, emplea diez mil francos en esos proyectos, que podrán ser inútiles, pero no son ruinosos. En cuanto al asunto de los terrenos, me opongo tenazmente. ¿No eres perfumista? Pues, ¡á tu perfumería y no á comprar y vender solares! Las mujeres tenemos un instinto que pocas veces nos engaña. Ya estás avisado, ahora resuelve lo que te parezca. Fuiste juez en el tribunal de comercio, conoces las leyes, hasta hoy dirigiste perfectamente los negocios de nuestra casa; yo te seguiré, César, pero temblando hasta que vea nuestra fortuna libre de riesgos y á Cesarina bien casada. ¡Quiera Dios que no resulte profecía el sueño que tuve!

Tanta sumisión contrariaba á Birotteau, quien usó entonces de un engaño inocente á que había recurrido en ocasiones parecidas.

— Constanza, yo no me comprometí aún, pero hice ofrecimientos que me comprometen como si hubiese dado mi palabra.

— ¡Oh! César. En ese caso, no hay más que decir. La honra es antes que el dinero; cumple lo que ofreciste. Vamos, acuéstate: ya se acabaron las astillas y el fuego se apaga; y, acostados, podemos continuar hablando, si es tu gusto... ¡Ah! ¡qué

pesadilla! Dios mío, ¡ verme como en sueños me vil ¡ es horroroso!... Cesarina y yo rezaremos para que Dios te saque bien de los nuevos negocios.

— Sin duda: la confianza en Dios no estorba, dijo gravemente Birotteau, pero el extracto de ave-lanas también es importante, mujercita mía. Me ha salido por casualidad este descubrimiento, como el de la *pasta de las sultanas*; entonces fué abriendo un libro, ahora mirando una estampa de *Hero y Leandro*. ¿La has visto alguna vez? Una mujer que unta con aceite la cabeza de su amante. ¿Qué te parece? Las más seguras especulaciones son las que se fundan en la vanidad, en el amor propio, en el ansia de parecer bien. Esos sentimientos nunca mueren.

— Sí, tienes razón.

— A cierta edad, los hombres harían diabluras por tener pelo, cuando no es posible que lo tengan ya. Los peluqueros me dicen que además del *Maccassar*, venden todas las drogas que, sirven para teñir el pelo y las que se ofrecen para hacerlo salir. Desde que vivimos en paz, los hombres se ocupan más de las mujeres, y á las mujeres no les gustan los calvos, ¡je, je! mujercita mía. La conveniencia de ese artículo está demostrada por la situación política. Un preparado que sostuviera el pelo en buen estado se vendería como pan, y con mayor motivo si logro que la Academia de ciencias certifique de su utilidad. Es muy probable que mi bondadoso señor Vauquelin me ayude. Mañana iré á consultarle mi proyecto, y á regalarle un grabado

que, al fin, hallé después de dos años de investigaciones en Alemania. Precisamente ahora se ocupa del análisis del pelo. Chiffreville, su asociado en la fábrica de productos químicos, me lo ha dicho. Si mi descubrimiento y sus observaciones no se contradicen, hombres y mujeres usarán mi esencia. Es una fortuna, te lo aseguro. Esta preocupación me quita el sueño. ¡Eh! gracias á Dios, el joven Popinot tiene un pelo magnífico; y despachando con él una muchacha que lo tenga largo y abundante, que lo arrastre hasta el suelo, á ser posible, todas las cabezas envejecidas se amontonarán allí como la pobreza en el mundo. Mujercita mía, dime, ¿y el baile? No tengo malas intenciones; pero quisiera encontrar á ese pícaro de Tillet, que se pavonea con su fortuna, y en la Bolsa evita mi presencia. Sabe que no ignoro una fechoría suya que le honra poco. Acaso fuí demasiado bondadoso con él. Tiene gracia que las buenas acciones no sean jamás recompensadas, en este mundo, se entiende. Me porté con él como un padre: no sabes aún todo lo que hice por él.

— Se me pone carne de gallina oyéndote hablar de semejante hombre. Si hubieses averiguado lo que pensaba hacer de ti, no le guardaras secreto el robo de los tres mil francos; porque yo adiviné de qué modo se arregló aquel asunto. Entregándole á los tribunales, hubieras hecho un buen servicio á mucha gente.

— ¿Qué pensaba de Tillet hacer de mí?

— Nada. Si esta noche te hallaras dispuesto á

atenderme, te aconsejaría que no te ocupases más de semejante canalla.

— ¿No parecería extraordinario ver excluido en mi casa un dependiente por el cual di una fianza de veinte mil francos para que pudiese trabajar en Bolsa? ¡Oh! hagamos el bien por el gusto de hacerlo. Además, tal vez se haya corregido.

— Será preciso revolver toda la casa.

— ¿Qué dices de revolver toda la casa? Daremos el baile, y todo estará en su lugar y á su tiempo como un papel de música. ¿Olvidaste ya lo que te dije de la escalera, de tomar el piso inmediato, cosa que tengo tratada con Cayron, el paraguero? Mañana iremos á ver al señor Molineux, dueño de la finca. Mañana tendré más negocios que un ministro...

— Me has trastornado la cabeza con tus proyectos, le dijo Constanza; ya me confundo. Además, Birotteau, estoy medio dormida.

— Buenos días, respondió el marido. Te digo buenos días, porque ya estamos al amanecer... ¡Nada! Se durmió. ¡Pobre mujercita mía! Yo haré que tengas millones, ó dejo de ser quien soy.

Momentos después, Constanza y César roncaban tranquilamente.

Una ojeada rápida sobre la vida interior de aquel matrimonio confirmará las ideas que debe haber sugerido el amistoso altercado de los dos personajes principales de esta escena. Pintando las costumbres de los tenderos, este bosquejo explicará también por qué singulares fortunas César Birot-

teau fué perfumista y teniente alcalde, oficial de la guardia nacional y caballero de la Legión de honor. Explicando las condiciones de su carácter y las causas de su encumbramiento, se podrá comprender cómo los accidentes mercantiles, bien sobrellevados por espíritus fuertes, producen irreparables catástrofes en los temerosos. Los acontecimientos nunca son absolutos, y sus resultados dependen por completo de los individuos: la desdicha es un estribo para el genio, una bendición para el cristiano, un tesoro para los hábiles y un abismo para los débiles.

Un labriego de las cercanías de Chinon, llamado Jacobo Birotteau, se casó con la doncella de una señora propietaria de las viñas que él cultivaba. Tuvieron tres hijos; murió su mujer del último parto, y el pobre hombre no vivió mucho tiempo más. La señora quería bastante á su doncella, y protegió á los niños, metiendo al mayor, llamado Francisco, en un seminario. Siendo ya cura, Francisco Birotteau, escondiéndose durante la Revolución, vivió de mala manera, como todos los curas que no quisieron reconocer el nuevo orden de cosas, perseguidos como fieras y, á veces, guillotinos.

Al empezar esta historia, se hallaba de vicario en la catedral de Tours, y una sola vez había dejado su rincón, para ir á casa de su hermano César. El movimiento de París aturdió de tal modo al bondadoso clérigo que no se atrevió á salir de su cuarto: le admiraba y le sorprendía todo. Al cabo

de una semana regresó á Tours, prometiéndose no volver jamás á la capital.

El segundo hijo del labriego, Juan Birotteau, ingresó en el ejército, alcanzando pronto el grado de capitán, durante las primeras guerras de la Revolución. En la batalla de Trebbia, Macdonald solicitó ayuda de los hombres de buena voluntad. El capitán Juan Birotteau avanzó con su compañía, y fué muerto. El destino de la familia Birotteau era, sin duda, verse combatida por los hombres y por los acontecimientos en todo lo que sus individuos intentaran.

El último hijo de Jacobo es el protagonista de esta escena. Cuando, á los trece años, César supo leer, escribir y las reglas aritméticas, abandonó el campo y fué á París á buscar fortuna con veinte francos en el bolsillo. La recomendación de un boticario de Tours le valió para entrar en casa de los señores Ragon, comerciantes de perfumería. César poseía entonces un par de zapatos claveteados, un pantalón y medias azules, un chaleco ramado, una chaqueta de labriego, tres camisas de gruesa tela de hilo y su garrote de camino. El cabello cortado al rape, robusto y dispuesto para el trabajo, porque, contra su pereza propia del país en que nació, luchaba su deseo de hacer fortuna. Si le faltaban instrucción y viveza, tenía, en cambio, una honradez instintiva y sentimientos delicados que le comunicó, sin duda, su madre, la cual era, según frase popular, *un corazón de oro*. Á César le daban la comida y seis francos al mes;

dormía en un jergón, en las buhardillas cerca de la cocinera. Los dependientes que le enseñaban á embalar y servir los encargos, á barrer la tienda y la calle, le hacían burlas mientras le acostumbraban al servicio, según las costumbres arraigadas en el comercio, donde la chanza entra como elemento principal de instrucción; los señores Ragon le trataban como á un perro. Nadie se preocupaba por las fatigas del aprendiz, aun cuando, al anochecer, sus pies lastimados de tanto andar le dolieran horriblemente y sus hombros estuviesen rendidos. Esta ruda aplicación del *cada uno para sí*, el evangelio de todos los capitales, fué bastante para que á César le pareciese muy fatigosa la vida en París. Al acostarse, lloraba pensando en su tierra, donde el labriego trabaja á placer, donde el albañil coloca un ladrillo en doce tiempos, donde la pereza se amalgama prudentemente con el trabajo. Pero el sueño le rendía, sin darle siquiera tiempo para pensar en huir, y á la mañana siguiente, desde muy temprano, empezaban sus ocupaciones, las que atendía puntualmente con el instinto de un perro. Si alguna vez, por casualidad, se le escapaba un lamento, el primer dependiente sonreía con expresión jovial.

— ¡Ah! muchacho, le decía, en *la Reina de las Rosas* te corresponden las espinas, y las alondras no caen guisadas: hay que perseguirlas, cogerlas y tener con qué sazónarlas.

La cocinera se comía lo mejor y no le dirigía la palabra más que para quejarse de los señores que

no la dejaban sisar. Hacia el fin del primer mes de la llegada de César, aquella moza, obligada á quedarse en casa un domingo, entabló conversación con él. Úrsula, lavada y aseada, pareció muy agradable al pobre muchacho, que á punto estuvo de caer en el primer tropiezo de su camino. Como todos los seres faltos de protección, encariñóse con la primera mujer que la miraba dulcemente. La cocinera se compadeció de César, y dieron principio sus amores secretos, de que los dependientes se reían sin piedad. Afortunadamente, á los dos años la cocinera dejó á César por un joven de veinte años, desertor: vivía escondido, era dueño de algunas tierras, y se casó con Úrsula.

En aquellos dos años, la cocinera tenía buen cuidado de alimentar bien á su César; le revelaba ciertos misterios de la vida parisiense en la clase humilde, y le inculcó, por celos, un profundo terror hacia los antros del vicio, cuyos peligros parecía conocer bastante. En 1792 los pies de César ya se habían acostumbrado á las piedras de las calles, y sus hombros á las cajas, y su espíritu á las miserias de París. Al abandonarle Úrsula, se consoló fácilmente, porque la cocinera no había influido en los sentimientos del muchacho. Lasciva y brutal, zalamera y ladrona, egoísta y borracha, hería el candor de Birotteau sin ofrecerle ningún encanto duradero. Á veces, el pobrecillo se creía dolorosamente ligado con los más fuertes nudos para corazones inocentes, á una mujer con la cual no simpatizaba. Cuando se vió libre, dueño de sí,

tenía ya diez y seis años. Despertando su razón con el trato de Úrsula y las bromas de los dependientes, estudió el comercio con una mirada inteligente, aunque sencilla y boba en apariencia; ob servó á los parroquianos, en los ratos de descanso, pidió explicación acerca de los productos en venta, recordando su nombre, su precio y el sitio en que se hallaban, y, cuando estuvo muy bien enterado de todo, procuró, mañosamente, que los señores Ragon se acostumbrasen á utilizar sus buenos servicios en la tienda.

Cuando el terrible llamamiento á las filas del año II hizo tabla rasa en el comercio del ciudadano Ragon, César Birotteau, ascendido á dependiente segundo, se aprovechó de las circunstancias para obtener cincuenta francos mensuales de salario, sentándose á la mesa de los Ragon con goce inefable. Con seiscientos francos de ahorros, vivió en un cuarto donde pudo guardar cuidadosamente las ropas que había reunido poco á poco, en muebles deseados durante mucho tiempo. Los días de fiesta, vestido como los jóvenes de su época, en la cual era moda aparentar modales feroces, aquel dulce y modesto campesino tomaba resueltas actitudes que le hacía igual á sus amos, rompiendo así las vallas que, poco antes, la domesticidad hubiera puesto entre la burguesía y él. A fines de año, gracia á su honradez, le confiaron la caja. El soberbio ciudadano Ragon cuidaba de la ropa de su dependiente, y hasta la señora llegó á tener familiaridades con él.

En vendimiario de 1796, César, que poseía ya cien luises de oro, compró, á treinta, seis mil francos de valores cotizables, guardándolos bajo llave con indecible gozo. Desde aquel día estuvo siempre al tanto de alzas y bajas en los fondos públicos y en las negociaciones del Estado, que le hacían palpar cuando escuchaba el relato de las derrotas ó de los triunfos que sintetizan aquel período de la historia de Francia. El señor Ragon, antiguo perfumista de S. M. la reina María Antonieta, confió á César Birotteau, en aquellos momentos críticos, su adhesión á los tiranos caídos. Esta confianza fué una de las circunstancias capitales de la vida de César. Las conversaciones de la noche, después de cerrar la tienda, cuando estaba silenciosa la calle y recogido el dinero de la venta diaria, fanatizaban al campesino, que, mostrándose realista, obedeció á inclinaciones innatas. La relación de las virtudes mostradas por Luis XVI, las anécdotas con las cuales el matrimonio glorificaba los méritos de la reina exaltaron la imaginación de César. La horrible suerte de aquellas dos cabezas reales, cortadas por la guillotina, muy cerca de la tienda, sublevó su corazón sensible, inspirándole odio hacia un sistema de gobierno que derramaba, con tanta facilidad, sangre inocente. Su interés mercantil hacía verle los trastornos que ocasionaban al comercio las algaradas políticas, enemigas eternas de los negocios. Como verdadero perfumista, odiaba profundamente una revolución que, resucitando modas

antiguas, suprimía el uso de los polvos de arroz. Solamente la tranquilidad que procura un poder absoluto facilitaba la vida y la ganancia; por eso le fanatizó la regia majestad. Cuando el señor Ragon estimó sus buenas disposiciones, le hizo dependiente principal, iniciándole en los secretos de la tienda *la Reina de las Rosas*, cuyos mejores parroquianos eran los más activos, los más fieles emisarios de los Borbones, y despachaban allí la correspondencia del Oeste con París. Arrastrado por el fervor de su juventud, magnetizado por sus relaciones con los Georges, la Billardiére, Montauran, Bauvan, Longuey, Manda, Bernier, de Guenic, y Fontaine, César intervino en la conspiración que los realistas y terroristas reunidos tramaron el 13 vendimiario para vencer la Convención agonizante.

César tuvo la honra de luchar contra Napoleón, en las gradas de San Roque, y recibió una herida en los comienzos de la refriega. Todos conocen el resultado de aquella intentona. Mientras el ayudante de campo de Barras salía de la obscuridad, Birotteau era salvado por sumirse más en ella. Varios amigos condujeron al belicoso dependiente á *la Reina de las Rosas* y le ocultaron en las buhardillas, donde, felizmente olvidado, la señora Ragon le hizo las curas, César Birotteau no tuvo más que una ráfaga de valor militar. En el mes que duró su convalecencia, hizo sólidas reflexiones acerca de la ridícula amalgama de la política y de la perfumería. Siguió siendo realista, pero resuelto

á ser pura y simplemente un perfumista realista, sin comprometerse jamás, y mantuvo esta idea á la que se entregó en cuerpo y alma.

El 18 brumario, los señores Ragon, desesperanzados del éxito de la causa monárquica, se decidieron á dejar la perfumería, para vivir como buenos burgueses, sin volver á meterse en política. Para resarcirse del valor de sus existencias, necesitaban encontrar un hombre que fuese más honrado que ambicioso, que tuviese más experiencia que capacidad; Ragon propuso, pues, el negocio á su dependiente principal. Birotteau, dueño á los veinte años de mil francos de renta en papel del Estado, dudó. Su ambición consistía en vivir cerca de Chinon, cuando reuniese mil quinientos francos de renta y el primer cónsul hubiera garantizado la deuda pública, consolidándola en las Tullerías. ¿Para qué arriesgar su honrada y sencilla independencia en los riesgos comerciales? se preguntaba. No había creído nunca ganar tanto dinero, debido á las aventuras, á las que sólo en la juventud se entrega el hombre; pensaba casarse en Turena con una mujer tan rica como él, para poder comprar y cultivar las Tesorerías, pequeña finca que desde que tuvo uso de razón había codiciado, que soñaba en ampliar cuando tuviera mil escudos de renta y donde pasaría una vida felizmente humilde. Iba á negarse, cuando el amor le hizo mudar de pronto sus resoluciones, duplicando la cifra de la renta ambicionada.

Desde la traición de Úrsula, César había sido

prudente, tanto por temor á los peligros que los amores acarrear en París, como á causa de sus ocupaciones. Cuando no se alimentan las pasiones, se cambian en necesidad; el matrimonio constituye entonces para los hombres de la clase media una idea fija, porque no tienen otra manera de conquistar y apropiarse una mujer. César Birotteau era de éstos. Todo estaba á cargo del dependiente principal en el almacén de *la Reina de las Rosas*: no tenía un instante para consagrarlo á los amores. Con esa vida, las necesidades son más imperiosas; así, el encuentro de una linda joven, de la cual no hubiera vuelto á acordarse un dependiente libertino, debía producir un gran efecto en el prudente César. Era un hermoso día de junio, cuando al desembocar por el puente María en la isla San Luis, vió á una joven de pie en la puerta de una tienda situada en la esquina del muelle de Anjou. Constanza Pillereault, era la dependiente principal de un almacén de novedades llamado *el Marinerito*, el primero de los almacenes que se han establecido en París, con exuberancia de muestras pintadas, flotantes banderolas, escaparates llenos de chales extendidos, corbatas colocadas como castillos de naipes, y mil otras seducciones comerciales, precios fijos, cintas, carteles, ilusiones y efectos de óptica llevados á tal grado de perfeccionamiento que las portadas de las tiendas se han convertido en poemas comerciales. Los precios económicos de todos los objetos llamados novedades que se encontraban en *el Marinerito* le pro-

porcionaban una animación nunca vista, en el sitio de París menos á propósito para atraer á la gente y negociar. Aquella dependienta principal tenía fama de muy hermosa, y se hablaba mucho de ella, como se habló más adelante de la Linda Camarera del café de las *Mil Columnas* y de otras muchas pobres criaturas que han atraído á los talleres de modistas, horchaterías y almacenes, más jóvenes y viejos que piedras hay en las calles de París. El primer dependiente de la *Reina de las Rosas*, que vivía entre San Roque y la calle de la Sourdière, ocupado exclusivamente de perfumería, desconocía la existencia de *el Marinerito*; porque los pequeños comercios de París se desconocen unos á otros. César se sintió impresionado tan hondamente por la belleza de Constanza, que entró muy decidido en *el Marinerito* á comprar seis camisas de hilo, regateándolas mucho tiempo, haciendo que le enseñaran muchas piezas de tela, ni más ni menos que una inglesa que sale de tientas (*shopping*). La primera dependienta principal se dignó ocuparse de César, comprendiendo, por síntomas que todas las mujeres aprecian, que iba más por la vendedora que por la mercancía. Dió su nombre y sus señas á la dependienta, la cual, terminada la compra, quedó indiferente á la admiración del comprador. Al pobre dependiente le había costado poco ganarse las simpatías de Úrsula: era inocente como un cordeiro; el amor le hizo más inocente aún, y no se atrevió á decir una palabra; estaba muy deslum-

brado para notar la indiferencia que siguió á la sonrisa de aquella sirena del comercio.

Durante una semana, fué todas las tardes á ponerse de poste frente á *el Marinerito*, esperando recoger una mirada, como un perro espera el hueso á la puerta de la cocina, indiferente á las bromas que se permitían los dependientes y las costureras, apartándose humildemente para dejar paso á compradores y transeuntes, atento á los menores movimientos de la tienda. Algunos días después entró nuevamente en el paraíso donde estaba su ángel, menos para comprar pañuelos que para comunicarle una idea luminosa.

— Si necesitáis perfumes, señorita, os los proporcionaré con mucho gusto, dijo al pagar.

Constanza Pillereault recibía á diario brillantes proposiciones, en las cuales nunca se trataba de matrimonio, y, aunque su corazón era tan puro como blanca su frente, no se dignó, sino después de seis meses de idas y venidas en que César la mostró su infatigable amor, admitir las asiduidades de César, pero sin comprometerse á nada; prudencia aconsejada por el número infinito de admiradores, almacenistas de vinos al por mayor, cafeteros ricos y otros que la decían ternezas. El amante estaba protegido por el tutor de Constanza, el señor Claudio José Pillereault, entonces comerciante de quincalla en el malecón de la Ferretería, cuyo descubrimiento había hecho César, dedicándose al espionaje subterráneo que caracteriza el verdadero amor. La rapidez de este relato obliga

á pasar en silencio las venturas del amor parisién con inocencia sentido, á callar las prodigalidades propias de los dependientes: los primeros melones maduros, delicadas comidas en casa de Venua, seguidas de alguna función de teatro, expediciones al campo en coche los domingos. Sin ser un muchacho guapo, César no tenía nada en su persona que le imposibilitase para inspirar amor. La vida de París y su permanencia en un triste almacén habían acabado por blanquear su tez coloradota de aldeano. Su robustez, su desarrollo, sus anchuras, su aire sencillez y honrado, todo predisponía á su favor. El tío Pillereault, encargado de velar por la dicha de la hija de su hermano, había tomado antecedentes: aprobó las intenciones del turenés. En 1800, en el hermoso mes de mayo, la señorita Pillereault consintió en casarse con César Birotteau, el cual se desmayó de gusto en el momento en que, bajo un tilo, en Sceaux, Constanza Bárbara Josefina le aceptaba por esposo.

— Hija mía, dijo el señor Pillereault, consigues un buen marido. Tiene corazón ardiente y sentimientos delicados; es dócil como el mimbres y prudente como un niño Jesús, en fin el mejor de los hombres.

Constanza renunció sinceramente á los brillantes destinos, en los cuales, como todas las muchachas de comercio, había alguna vez soñado. Quería ser una mujer honrada, una buena madre de familia, y tomó la vida, siguiendo el religioso programa de la clase media. Este destino estaba, desde luego,

más en armonía con sus ideas que las peligrosas vanidades que seducen tantas imaginaciones jóvenes de París. De limitada inteligencia, Constanza ofrecía el tipo de la modesta burguesa que trabaja de mala gana, que comienza por rechazar lo que desea y se disgusta cuando la cogen la palabra, cuya inquieta actividad se manifiesta en la cocina y en la caja, en los negocios más graves y en los zurcidos invisibles de la ropa blanca; que, hasta queriendo, es regañona, que sólo concibe las ideas sencillas, la vulgaridad del entendimiento que todo lo razona y de todo teme, que todo lo calcula y piensa siempre en el porvenir. Su belleza fría y cándida, su expresión atractiva, su juventud impidieron á Birotteau pensar en sus defectos, compensados, desde luego, por esa delicada honradez propia de las mujeres, por un orden extremado, por el fanatismo de trabajo y por la maña en el vender.

Constanza tenía entonces diez y ocho años y once mil francos. César, á quien el amor inspiraba una ambición sin límites, compró las existencias de *la Reina de las Rosas*, instalándose cerca de la plaza de Vendôme, en una bonita casa. A los veintiún años de edad, casado con una mujer hermosa y adorada, poseedor de un comercio de cuyo traspaso había pagado las tres cuartas partes, debió ver y vió dichoso el porvenir, sobre todo recordando los tiempos pasados. Roguin, notario de los Ragon, que había hecho el contrato matrimonial, dió prudentes consejos al nuevo perfumista, impidiendo

que éste concluyese de pagar las existencias con la dote de su mujer.

— Guardad ese dinero por si se presenta alguna especulación productiva, amigo mío, le dijo.

Birotteau miró al notario con admiración; acostumbándose á consultarle, intimó con él. Como Ragon y Pillereault, tuvo tanta fe en el notariado que se entregó á Roguin sin desconfiar. Gracias á ese consejo, César, con los once mil francos de Constantza pudo empezar sus negocios, y no hubiera cambiado entonces su posición por la del primer cónsul, por brillante que pareciese la de Napoleón. Al principio, Birotteau no tuvo más que una cocinera; se instaló en el entresuelo situado encima de su tienda, especie de tabuco bastante bien decorado por un tapicero, donde los recién casados empezaron una eterna luna de miel. La mujer de César apareció como una maravilla en su escritorio. Su belleza célebre ejerció una grande influencia en la venta; los elegantes del Imperio se preocupaban mucho de la bella señora Birotteau. César fué acusado de monárquico, pero todo el mundo hizo justicia á su honradez; aun cuando algunos comerciantes vecinos envidiaron su dicha, se le juzgaba acreedor á ella. El balazo que había recibido en las gradas de San Roque le acreditó de hombre iniciado en los secretos de la política y de valiente, sin que hubiera tenido nunca valor militar en su corazón ni ideas políticas en su cerebro. Fundadas en estos datos, las gentes honradas del distrito le nombraron capitán de la guardia nacional; pero fué

destituído por Napoleón, quien, según Birotteau, le guardaba rencor por la refriega de vendimiario. César adquirió entonces, y sin el menor trabajo, una importancia de perseguido que le hizo interesante á los ojos de los enemigos.

He aquí cuál fué la suerte de este matrimonio, constantemente dichoso en su trato íntimo, agitado sólo por las ansiedades comerciales.

Durante el primer año, César Birotteau puso á su mujer al corriente de la venta y del detalle de la perfumería, ocupación que ella entendió admirablemente bien; pareció que había nacido y se había educado expresamente para probar guantes á su parroquia. Terminado el primer año, el balance asombró al ambicioso perfumista: después de cubrir todos los gastos, le bastarían veinte años como aquél para reunir un modesto capital de cien mil francos, en el cual había cifrado su dicha. Resolvió entonces llegar á la fortuna más rápidamente, y quiso desde luego unir la fabricación á la venta. Contra la opinión de su mujer, alquiló una barraca y terrenos en el arrabal del Temple é hizo pintar en gruesos caracteres: « FÁBRICA DE CÉSAR BIROTTEAU ». Seducido por Grasse, un operario, empezó á medias con él algunas fabricaciones de jabón, de esencias y de agua de Colonia. Esta asociación no duró más que seis meses y terminó con pérdidas que César tuvo que sufragar. Sin desesperanzarse, Birotteau quiso obtener un resultado á toda costa, únicamente por no ser reconvenido por su mujer, á la cual confesó más tarde que, en esta época de desespera-

29712

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEX.

ción, la cabeza le bullía como un puchero, y que, muchas veces, á no ser por sus creencias religiosas, se hubiera arrojado al Sena.

Descorazonado por algunos experimentos infructuosos, se paseaba un día á lo largo de los bulevares después de comer, porque el paseante parisién es muchas veces un hombre desesperado y no un ocioso. Entre algunos libros á treinta céntimos que había en una banasta en el suelo, le llamó la atención por su portada descolorida y empolvada, *Abdeker ó el Arte de conservar la belleza*. Compró este supuesto libro árabe, especie de novela escrita por un médico del siglo anterior, y lo abrió por una página en que se trataba de perfumes. Apoyado contra un árbol del bulevar para hojear el libro, vió una nota en la cual el autor explicaba la naturaleza del cutis y de la epidermis, y demostraba que tal pasta ó tal jabón producían efecto muchas veces contrario al que se esperaba, si la pasta ó el jabón contraían la piel que necesitaba ser suavizada, ó suavizaba la que exigía tónicos. Birotteau compró este libro, en el cual adivinaba su fortuna. Sin embargo, desconfiando en absoluto de su inteligencia, fué á casa de un químico célebre, Vauquelin, al cual preguntó sencillamente la manera de preparar un doble cosmético que produjese los efectos apropiados á las diversas clases de epidermis humana. Los verdaderos sabios, esos hombres realmente superiores, que no suelen obtener en vida la reputación que merecen, la gloria que pudiera recompensar sus inmensos trabajos desconocidos, son casi

todos serviciales, y sonríen á los pobres de espíritu. Vauquelin protegió, pues, al perfumista, permitiéndole que se llamase inventor de una pasta para blanquear las manos, cuya composición le indicó. Birotteau llamó á ese cosmético la *doble pasta de las sultanas*. Con objeto de completar su obra, aplicó el procedimiento de la pasta para las manos á un agua para la tez que llamó *agua carminativa*. Imitando, además el sistema de *el Marinerito*, desplegó, el primero entre los perfumistas, ese lujo de carteles, de anuncios y de medios de publicidad, que llaman, tal vez injustamente, charlatanismo.

La *pasta de las sultanas* y el *agua carminativa* se ofrecieron al mundo galante y al universo comercialregonados por los carteles en colores, á la cabeza de los cuales se leían estas palabras: *Con aprobación de la Academia de ciencias*. Esta fórmula, empleada por primera vez, dió un resultado prodigioso. No solamente Francia, sino todas las naciones del continente, se vieron engalanadas con los carteles amarillos, rojos y azules del soberano de *la Reina de las Rosas*, que era depositario, fabricaba y expendía á precios moderados todo lo referente á su especialidad. En una época en que no se hablaba más que de Oriente, llamar á un cosmético cualquiera *pasta de las sultanas*, adivinando la magia ejercida por estas palabras en un país en que los hombres tienden tanto á ser sultanes como las mujeres á verse convertidas en sultanas, era una idea que podía ocurrírsele tanto á un hombre vulgar

como á un hombre de talento; pero el público, juzgando siempre por los resultados, hizo de Birotteau un hombre superior, comercialmente hablando, hasta el punto de que el prospecto de ridícula fraseología, redactado por él mismo, fué un elemento de éxito: en Francia no se hace burla sino de las cosas y de los hombres que preocupan, y nadie se preocupa de lo que no tiene éxito. Aunque Birotteau no había pretendido poner en juego su simpatía, las gentes le atribuyeron talento de aparentarla para llamar la atención. Se ha encontrado, no sin trabajo, un ejemplar de este prospecto en casa de Popinot y Compañía, almacenistas de drogas de la calle de los Lombardos. Este papel curioso está comprendido en el número de aquellos que, en un círculo más elevado, los historiadores llaman *documentos justificativos*. Dice así:

DOBLE PASTA DE LAS SULTANAS Y AGUA CARMINATIVA

DE

CÉSAR BIROTTEAU

DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO

APROBADO POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS

Hace mucho tiempo que una pasta para las manos y un agua para el rostro, dando un resultado superior al obtenido por el agua de Colonia en el tocado, eran generalmente deseados en Europa. Después de haber consagrado largas vigiliias al estudio de la dermis y de la epidermis en los dos

sexos, que uno y otro dan con razón mucha importancia á la dulzura, á la suavidad, á la brillantez, al aterciopelado de la piel, el señor Birotteau, perfumista ventajosamente conocido en la capital y en el extranjero, ha descubierto una pasta y un agua justamente calificadas, desde su aparición, de maravillosas entre los elegantes y las ilustres damas de Paris. En efecto, esta pasta y esta agua poseen sorprendentes propiedades para obrar sobre la piel sin arrugarla prematuramente, como lo hacen las drogas empleadas con exceso hasta aquí, é inventadas por ignorantes codicias. Este descubrimiento se funda en la diversidad de temperamentos, divididos en dos clases, indicadas por el color de la pasta y del agua, las cuales son rosadas para el cutis y la epidermis de las personas de constitución linfática, y blancas para aquellas personas que gozan de un temperamento sanguíneo,

La pasta lleva el nombre de *pasta de las sultanas*, porque ya fué descubierta para el serrallo por un médico árabe. Ha sido aprobada por la Academia de ciencias, mediante el dictamen de nuestro ilustre químico Vauquelin; lo mismo podríamos decir del agua, que se compone de los mismos principios que han entrado en la preparación de la pasta.

Esta preciosa pasta, que exhala los más suaves perfumes, hace, pues, desaparecer las pecas más rebeldes, blanquea las epidermis más recalcitrantes, y suprime el sudor de las manos, del cual se lamentan las mujeres no menos que los hombres.

El *agua carminativa* quita esos ligeros granos que en ciertos momentos aparecen de pronto en el cutis de las mujeres, contrariando sus proyectos para el baile; refresca y reaviva los colores, abriendo ó cerrando los poros, según las exigencias del temperamento; es tan conocida ya por contrarrestar los deterioros del tiempo, que muchas señoras la han llamado por agradecimiento *la amiga de la belleza*.

El agua de Colonia es pura y simplemente un perfume vulgar, sin eficacia especial, mientras que la *doble pasta de*

como á un hombre de talento; pero el público, juzgando siempre por los resultados, hizo de Birotteau un hombre superior, comercialmente hablando, hasta el punto de que el prospecto de ridícula fraseología, redactado por él mismo, fué un elemento de éxito: en Francia no se hace burla sino de las cosas y de los hombres que preocupan, y nadie se preocupa de lo que no tiene éxito. Aunque Birotteau no había pretendido poner en juego su simpatía, las gentes le atribuyeron talento de aparentarla para llamar la atención. Se ha encontrado, no sin trabajo, un ejemplar de este prospecto en casa de Popinot y Compañía, almacenistas de drogas de la calle de los Lombardos. Este papel curioso está comprendido en el número de aquellos que, en un círculo más elevado, los historiadores llaman *documentos justificativos*. Dice así:

DOBLE PASTA DE LAS SULTANAS Y AGUA CARMINATIVA

DE

CÉSAR BIROTTEAU

DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO

APROBADO POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS

Hace mucho tiempo que una pasta para las manos y un agua para el rostro, dando un resultado superior al obtenido por el agua de Colonia en el tocado, eran generalmente deseados en Europa. Después de haber consagrado largas vigiliias al estudio de la dermis y de la epidermis en los dos

sexos, que uno y otro dan con razón mucha importancia á la dulzura, á la suavidad, á la brillantez, al aterciopelado de la piel, el señor Birotteau, perfumista ventajosamente conocido en la capital y en el extranjero, ha descubierto una pasta y un agua justamente calificadas, desde su aparición, de maravillosas entre los elegantes y las ilustres damas de Paris. En efecto, esta pasta y esta agua poseen sorprendentes propiedades para obrar sobre la piel sin arrugarla prematuramente, como lo hacen las drogas empleadas con exceso hasta aquí, é inventadas por ignorantes codicias. Este descubrimiento se funda en la diversidad de temperamentos, divididos en dos clases, indicadas por el color de la pasta y del agua, las cuales son rosadas para el cutis y la epidermis de las personas de constitución linfática, y blancas para aquellas personas que gozan de un temperamento sanguíneo,

La pasta lleva el nombre de *pasta de las sultanas*, porque ya fué descubierta para el serrallo por un médico árabe. Ha sido aprobada por la Academia de ciencias, mediante el dictamen de nuestro ilustre químico Vauquelin; lo mismo podríamos decir del agua, que se compone de los mismos principios que han entrado en la preparación de la pasta.

Esta preciosa pasta, que exhala los más suaves perfumes, hace, pues, desaparecer las pecas más rebeldes, blanquea las epidermis más recalcitrantes, y suprime el sudor de las manos, del cual se lamentan las mujeres no menos que los hombres.

El *agua carminativa* quita esos ligeros granos que en ciertos momentos aparecen de pronto en el cutis de las mujeres, contrariando sus proyectos para el baile; refresca y reaviva los colores, abriendo ó cerrando los poros, según las exigencias del temperamento; es tan conocida ya por contrarrestar los deterioros del tiempo, que muchas señoras la han llamado por agradecimiento *la amiga de la belleza*.

El agua de Colonia es pura y simplemente un perfume vulgar, sin eficacia especial, mientras que la *doble pasta de*

las sultanas y el *agua carminativa* son dos composiciones que obran con potencia motriz, influyendo sin peligro sobre las cualidades internas secundándolas; sus aromas, esencialmente balsámicos y agradables, alegran el corazón y la cabeza perfectamente, sugieren ideas y las despiertan; son tan admirables por su mérito como por su sencillez; en fin, es un atractivo más ofrecido á las mujeres, y un medio de seducción que los hombres pueden adquirir.

El uso diario del agua disipa el escozor ocasionado por la navaja de afeitar, preserva de igual modo los labios de las grietas y los mantiene encarnados; destruye, naturalmente con el tiempo, las pecas, y acaba por tonificar la carne. Estos efectos anuncian siempre en el hombre un equilibrio perfecto de los humores, lo que tiende á librar á las personas víctimas de la jaqueca de los efectos que produce tan horrible enfermedad. En fin, el *agua carminativa*, que puede ser empleada por las mujeres en todos sus lavatorios y abluciones, evita las enfermedades cutáneas, no impidiendo la traspiración de los tejidos y comunicándoles desde luego un aterciopelado persistente.

Dirigirse, franco de porte, al señor César Birotteau, sucesor de Ragon, antiguo perfumista de la reina María Antonieta. *La Reina de las Rosas*, calle de San Honorato, cerca de la plaza de Vendôme, París.

El precio de la pasta es de tres francos, y el de la botella de agua, seis.

El señor César Birotteau, para evitar falsificaciones, advierte al público que la pasta está envuelta en un papel que lleva su firma, y que las botellas llevan un sello en el cristal.

El éxito fué debido, sin que César lo notase, á Constanza, que le aconsejó que enviase el *agua carminativa* y la *pasta de las sultanas* en cajas á todos los perfumistas de Francia y del extranjero, ofreciéndoles una ganancia de treinta por ciento si

querían tomar estos dos artículos por *gruesas*. La pasta y el agua no valían más en realidad que los cosméticos análogos y seducían á los ignorantes por la distinción establecida entre los temperamentos: los quinientos perfumistas de Francia, excitados por la ganancia, compraron anualmente en casa de Birotteau más de trescientas gruesas cada uno de pasta y de agua, consumo que le produjo beneficios pequeños en cuanto al artículo, enormes por la cantidad. César pudo entonces comprar las casuchas y los terrenos del arrabal del Temple, construyó allí grandes fábricas y decoró magníficamente su almacén de *la Reina de las Rosas*. El matrimonio experimentó las íntimas dichas del bienestar, y su mujer vivía menos recelosa.

En 1810, la mujer de César previó un alza en los alquileres é indujo á su marido á hacerse el principal inquilino de la casa, cuya tienda y entresuelo ocupaban, y á poner su habitación en el primer piso. Una circunstancia feliz decidió á Constanza á no apurarse, viendo las locuras que Birotteau hacía por ella en el decorado de su habitación. El perfumista acababa de ser elegido juez del tribunal de comercio. Su honradez, su delicadeza reconocida y la consideración de que gozaba le valieron este honor que le colocó desde entonces entre los más notables comerciantes de París. Para aumentar sus conocimientos, se levantaba á las cinco de la mañana, leía los códigos y los libros que trataban de los litigios comerciales. Su amor á lo justo, su rectitud, su buena voluntad, cualidades esenciales en la

apreciación de las dificultades sometidas á las sentencias consulares, hicieron de él uno de los jueces más estimados. Sus defectos contribuyeron también á su reputación. Conociendo su inferioridad, César subordinaba muy gustoso sus opiniones á las de sus colegas lisonjeados de ser tan atentamente oídos por él: unos buscaron la silenciosa aprobación de un hombre reputado por sesudo y reflexivo; otros, encantados de su modestia y de su dulzura, le elogiaban. Los litigantes alababan su benevolencia, su espíritu conciliador, y fué muchas veces árbitro para litigios en los que su buen juicio le sugería una justicia de cadí. Durante todo el tiempo que desempeñó sus funciones, supo usar un lenguaje lleno de lugares comunes, sembrado de axiomas y de cálculos traducidos en frases redondeadas que, dulcemente dichas, sonaban á los oídos de las gentes superficiales como elocuentes. Agradó así á esa mayoría naturalmente de mediano entendimiento, condenada á perpetuidad á los trabajos y á las negociaciones vulgares. César perdió tanto tiempo en el tribunal que su mujer le hizo dimitir para siempre aquel fatigoso honor. Hacia 1813, gracias á su constante unión, y después de haber sobrellevado vulgarmente su vida, el matrimonio vió comenzar una época de prosperidad que al parecer nada podía ya interrumpir. Los señores Ragon, sus predecesores, su tío Pillereault, Roguin el notario, los Matifat, almacenistas de drogas en la calle de los Lombardos, proveedores de *la Reina de las Rosas*; José Lebas, comerciante de paños, suce-

sor de Guillaume en el *Gato que pelotea*, una de las lumbreras de la calle de Saint-Denis; el juez Popinot, hermano de la señora Ragon; Chiffreville, de la casa Protez y Chiffreville; la señora y el señor Cochin, empleado en el Tesoro y socio de Matifat; el cura Loraux, confesor y director de las gentes religiosas de esta camarilla, y algunas otras personas, componían el círculo de sus amigos. Á pesar de las ideas monárquicas de Birotteau, la opinión pública estaba de su parte, juzgándole rico, aunque no poseía más que cien mil francos, además de su establecimiento. La regularidad de sus negocios, su exactitud, su costumbre de no deber nada, de no descontar nunca sus letras y de tomar en cambio valores firmes á aquellos á quienes podía ser útil su oficiosidad, le proporcionaron un crédito enorme. Había, por otra parte, ganado realmente mucho dinero, pero sus construcciones y sus fábricas le habían costado bastante. Además, su casa le representaba cerca de veinte mil francos de gasto anual. Por último, la educación de Cesarina, hija única idolatrada por Constanza tanto como por él, exigía grandes gastos. Ni el marido ni la mujer economizaban el dinero cuando se trataba de proporcionar el menor gusto á su hija, de la cual no habían querido separarse. ¡Imaginaos los goces del pobre labriego encumbrado, cuando oía á su encantadora Cesarina ensayando en el piano una sonata de Steibelt, ó cantando una romanza, cuando la veía escribir correctamente, cuando la contemplaba leyéndole á Racine, explicándole sus bellezas,

dibujando un paisaje ó pintando una figura! ¡Qué felicidad para él tener una hija, una flor tan bella, tan pura, que no había abandonado aún el regazo maternal, un ángel, en fin, cuyas nacientes gracias, cuyos primeros desarrollos habían sido apasionadamente observados! Hija única, incapaz de despreciar á su padre ó de burlarse de su falta de estudios, era verdaderamente *una niña*. Al llegar á París, César sabía leer, escribir y las reglas aritméticas, pero su instrucción no pasaba de ahí; su vida laboriosa le había impedido adquirir ideas y conocimientos ajenos al comercio de la perfumería. En trato constante con gentes para quienes las ciencias y las letras eran indiferentes y cuya instrucción se limitaba á ciertas especialidades, no teniendo tiempo para dedicarse á estudios superiores, el perfumista llegó á ser un hombre práctico. Adoptó forzosamente el lenguaje, los errores, las opiniones del burgués de París que admira á Molière, á Voltaire y á Rousseau bajo palabra, que compra sus obras sin leerlas, que sostiene que se debe decir *ormorio*, porque las mujeres encerraban en esos muebles su oro y sus ropas en otro tiempo, casi siempre de moaré, y que han dicho por corrupción *armario*. Potier, Talma y la señorita Mars eran diez veces millonarios y no vivían como los demás seres humanos: el gran trágico comía carne cruda, la señorita Mars hacía alguna vez guisar perlas, para imitar á una célebre actriz egipcia. El emperador tenía en sus chalecos bolsillos forrados de cuero para poder tomar el tabaco á puñados, montado en

su caballo y á galope tendido, subía la escalera de los naranjos en Versalles. Los escritores, los artistas morían en el hospital á consecuencia de sus extravagancias; eran todos ateos, y convenía guardarse bien de recibirlos en su casa. José Lebas contaba con espanto la historia del matrimonio de su cuñada Agustina con el pintor Sommervieux. Los astrónomos se alimentaban con telas de araña. Estas opiniones luminosas y sus conocimientos del idioma, de arte dramático, de política, de literatura, de ciencias, explican el alcance de aquellos cerebros burgueses. Un poeta que pase por la calle de los Lombardos puede, sintiendo en ella algunos perfumes, soñar en el Asia. Imagina el revoloteo de las bailadoras, respirando perfumes de petiveria. Deslumbrado por el brillo de la cochinilla, descubre allí los poemas brahamánicos, las religiones y sus castas. Tropezando contra el marfil natural, monta sobre el cuello de los elefantes en una jaula de muselina y enamora como el rey de Lahore. Pero el modesto comerciante no sabe de dónde vienen y dónde se producen los artículos con los cuales negocia. Birotteau, perfumista, no sabía una jota de historia natural ni de química. Teniendo á Vauquelin como un gran hombre, le consideraba como una excepción, era del temple de un droguista retirado que resumía así una discusión sobre la manera de traer el te: « *El te no viene más que de dos maneras, por la CARAVANA ó por el HAVRE.* » Según Birotteau, el acibar y el opio no se encontraban sino en la calle de los Lom

bardos. El agua de rosas supuesta de Constantinopla se fabricaba, como el agua de Colonia, en París. Estos nombres de lugares eran embustes inventados para agradar á los franceses que no toleraban los productos de su país. Un comerciante francés debía suponer que su invento era inglés, á fin de ponerlo en boga, como en Inglaterra un droguista atribuye lo suyo á Francia. Sin embargo, César no llegaba á ser nunca enteramente bobo ni tonto: su honradez, su bondad, arrojaban sobre los actos de su vida un reflejo que los hacía respetables, porque una buena acción dispensa todas las ignorancias posibles. Sus constantes éxitos acreditaron su importancia. En París el triunfo es la prueba del poder. Habiendo comprendido á César durante los tres primeros años de su matrimonio, su mujer fué víctima de continuas zozobras; representaba en esta unión la parte sagaz y previsor, la duda, la oposición, el temor, como César representaba la audacia, la ambición, la energía, el acierto. Pero á pesar de las apariencias, era medroso el comerciante, mientras que su mujer tenía, en realidad, paciencia y valor. Así, pues, un hombre pusilánime, mediocre, sin instrucción, sin ideas, sin conocimientos, sin carácter, sin condiciones para prosperar en el comercio más resbaladizo del mundo, llegó, por su comportamiento, por su justicia, por la bondad de su alma verdaderamente cristiana, por el amor hacia la única mujer que había gozado, á figurar como un hombre notable, valeroso y lleno de resolución. El pú-

blico no veía más que los resultados. Excepto Pillereault y el juez Popinot, las personas de su trato sólo conocían á César superficialmente y no podían juzgarle. Además, los veinte ó treinta amigos que se reunían decían todos las mismas tonterías, repetían los mismos lugares comunes, se reputaban todos como gentes superiores en su profesión. Las mujeres se afanaban por fiestas y lujos; cada una había dicho todo lo que tenía que decir pronunciando una palabra despreciativa para su marido. La señora Birotteau era la única que tenía el buen sentido de hablar en público del suyo con entusiasmo y respeto; veía en él al hombre que, á pesar de sus ocultas incapacidades, había ganado su fortuna, y con el cual ella compartía las atenciones que se le guardaban. Solamente alguna vez se hacía una pregunta: si todos los hombres tenidos por superiores eran como su marido. Esta conducta contribuía no poco á mantener la estimación respetuosa concedida al comerciante en un país donde las mujeres acostumbran á desprestigiar á sus maridos y quejarse de ellos.

Los primeros días del año 1814, tan fatal para la Francia imperial, fueron señalados en casa de los Birotteau por dos acontecimientos de ninguna importancia en cualquier otro matrimonio, pero de condición propicia para impresionar á seres tan cándidos como César y su mujer que, al dirigir la vista sobre su pasado, sólo encontraban emociones dulces. Habían tomado para dependiente principal á un joven de veintidós años llamado Fer-

nando de Tillet. Este muchacho, que salía de una casa de perfumería cuyos dueños se negaron á interesarle en los beneficios, y que pasaba por un genio, hizo todo lo posible para entrar en *la Reina de las Rosas*, cuyo personal, poderío y costumbres interiores conocía. Birotteau lo admitió, dándole mil francos de sueldo, con intención de hacerle su sucesor. Fernando ejerció sobre los destinos de esta familia tanta influencia, que es necesario decir de él algunas palabras. Al principio se llamaba simplemente Fernando, sin apellido. Este anónimo le pareció un inmenso adelanto en el momento en que Napoleón apuraba á las familias buscando en ellas soldados. Fernando había nacido por obra de algún cruel y voluptuoso capricho. He aquí las pocas noticias adquiridas sobre su estado civil. En 1793, una pobre muchacha de Tillet, pueblecillo situado cerca de los Andelys, dió á luz una noche en el jardín de la parroquia, y después de llamar en los cristales para que vieran á la criatura, se arrojó al río. El buen sacerdote recogió al niño, lo bautizó con el nombre del santo de aquel día, lo alimentó y lo educó como si fuese hijo suyo. El cura murió en 1804, sin dejar una herencia bastante para seguir la educación empezada. Fernando, abandonado en París, llevó una existencia de perdido, cuyas fechorías podían llevarle al cadalso ó á la fortuna, á los tribunales, al ejército, al comercio, al servicio doméstico. Obligado á vivir como un verdadero Figaro, se hizo viajante, después dependiente de una perfumería en París, adonde volvió después de ha-

ber recorrido la Francia, estudiado el mundo y decidido á prosperar á cualquier precio. En 1813 juzgó necesario justificar su edad y crearse un estado civil, obteniendo del tribunal de los Andelys un mandamiento, en virtud del cual se trasladó su fe de bautismo de los registros de la parroquia á los de la alcaldía, y allí obtuvo una rectificación, pidiendo que pusiesen el nombre de Tillet, bajo el cual era conocido. Sin padre ni madre ni otros tutores que los fiscales del Imperio, solo en el mundo, no debiendo nada á nadie, trató á la sociedad como á enemiga, viendo en ella una madrastra; no tenía otro consejero que su interés, y todos los recursos de hacer fortuna le parecían aceptables. Este normando, con disposiciones peligrosas, unía á su deseo de prosperar los graves defectos que se atribuyen generalmete á los naturales de su provincia. Con modales engañosos, disimulaba su carácter quisquilloso, porque era el más atrevido litigante; pero, si audazmente ponía en duda los derechos de cualquiera, jamás cedía lo más mínimo en su derecho; procuraba siempre ganar tiempo y fatigaba con su inflexible voluntad. Su principal mérito era como el de los criados de la antigua comedia: la fertilidad de recursos, destreza para orillar injusticias, prurito de apoderarse de lo que podía serle útil alguna vez. Por último pensaba aplicar á su indigencia la frase que el cura Terray aplicaba al Estado, sin perjuicio de convertirse después en hombre de bien. Dotado de una actividad excesiva, de una osadía militar para pe-

dir á todo el mundo lo mismo una buena que una mala acción, justificando su petición con la teoría del interés personal, despreciaba demasiado á los hombres creyéndoles á todos corruptibles; era muy poco escrupuloso en la elección de medios, pareciéndole todos buenos; sabiendo que los triunfos y el dinero consiguen la absolución del mecanismo moral, esperaba triunfar tarde ó temprano. Semejante hombre, colocado entre un presidio y los millones, debía de ser rencoroso, absoluto, rápido en sus determinaciones, pero astuto como Cromwell, que proyectaba decapitar la honradez. Sus proyectos estaban ocultos por un ingenio burlón y ligero. Modesto dependiente de perfumería, no puso límites á su ambición; había abarcado la sociedad con una mirada de odio diciéndose: « Tú serás mía. » Habíase prometido no casarse hasta los cuarenta años, y mantuvo su palabra. Físicamente, Fernando era un joven esbelto, de figura agradable y de maneras mixtas, que le permitían acomodarse según la necesidad al diapason de todas las sociedades. Su rostro flaco agradaba á primera vista, pero luego, observándole, se sorprendían expresiones extrañas que se reflejan en la cara de las gentes mal avenidas consigo mismas ó cuya conciencia les remuerde en ciertas ocasiones. Su tez tenía un color repulsivo. La mirada de sus ojos blancos y con irisaciones de plata, era vaga, pero terrible cuando la dirigía persistente sobre su víctima. Su voz parecía apagada como la de un hombre que ha hablado mucho tiempo. Sus labios delgados no carecían de gracia; pero su nariz

puntiaguda, su frente ligeramente abotagada, descubrían un defecto de raza. En fin, sus cabellos, de un color semejante al de las pelucas teñidas de negro, indicaban un aspecto social que dejaba traducir la infamia de un gran señor libertino, la bajeza de una aldeana seducida, los rastros de una educación defectuosa y los vicios del abandono. Birotteau supo con la mayor sorpresa que su dependiente salía muy elegantemente vestido, que se retiraba muy tarde, que iba á los bailes de los banqueros ó de los notarios. Estas costumbres desagradaron á César: en su concepto, los dependientes debían estudiar los libros de la casa y pensar exclusivamente en su participación. El perfumista se extrañaba de estas bagatelas y reconvino dulcemente á de Tillet, porque llevaba ropa demasiado fina, porque tenía tarjetas sobre las cuales su nombre estaba impreso así: F. DE TILLET, costumbre que, según su jurisprudencia comercial, pertenecía á los hombres de mundo. Fernando había entrado en casa de este Orgon, con las intenciones de Tartufo: quiso enamorar á la mujer de César, procuró seducirla y juzgó á su principal como ella misma le juzgaba, pero descubriendo sus flaquezas con una prontitud espantosa. Aunque discreto y reservado, no diciendo sino lo que le convenía decir, de Tillet descubrió sus opiniones acerca de los hombres y la vida, de tal modo que fué el espanto de aquella mujer timorata, la cual participaba de las creencias de su marido y miraba como un crimen causar el más ligero daño al prójimo. A pesar de la habilidad con que la señora Birotteau disimulaba,

de Tillet adivinó el desprecio que por él sentía. Constanza, á quien Fernando había escrito algunas cartas amorosas, observó pronto un cambio en los modales de su dependiente, que la trató en adelante de manera oportuna para dar á entender que disimulaba intimidades y confianzas secretas. Sin enterar á su marido de los motivos que tenía, le aconsejó que despidiese á Fernando. Birotteau estaba de acuerdo con su mujer en este punto. Decidieron despedirle, y, tres días antes de comunicárselo, un sábado por la tarde, Birotteau hizo el arqueo mensual de su caja, y se descubrió un desfaldo de tres mil francos. Su consternación fué horrorosa, menos por la pérdida que por las sospechas que recaían sobre tres dependientes, una cocinera, un mozo de almacén y tres obreros más. ¿De quién sospechar? La señora Birotteau no abandonaba el escritorio. El dependiente encargado de la caja era un sobrino del señor Ragon llamado Popinot, joven de diez y ocho años que vivía con ellos, la honradez personificada. Sus cifras, en desacuerdo con la suma en caja, acusaban el déficit é indicaban que la sustracción había sido hecha después del balance. Los Birotteau resolvieron callarse y observar á todos en su casa.

Al día siguiente, domingo, recibieron á sus amigos. Las familias que componían esta especie de camarilla se agasajaban recíprocamente. Jugando á la berlanga, Roguin, el notario, puso sobre el tapete unos luises antiguos que la mujer de César había recibido algunos días antes de una recién casada, la señora de Espard.

— ¿Dónde los habéis apandado? dijo riendo el perfumista.

Roguin dijo que, jugando en casa de un banquero, había ganado aquellas monedas á de Tillet, quien confirmó lo dicho por el notario, sin ruborizarse. En cambio, el perfumista se puso colorado hasta las orejas. Acabada la tertulia, en el momento en que Fernando iba á acostarse, Birotteau le llamó á la tienda con el pretexto de hablar de negocios.

— De Tillet, le dijo, faltan tres mil francos en mi caja, y no puedo sospechar de nadie; la circunstancia de los antiguos luises os compromete demasiado, y no debemos dejar en pie la sospecha; es lo más prudente que no nos acostaremos, sin haber puesto en claro el error, porque, después de todo, esto no puede ser más que un error. Es posible que hayáis tomado alguna cantidad á cuenta de vuestros honorarios.

De Tillet dijo haber cogido, efectivamente, los luises. El perfumista miró su libro mayor; el anticipo de su dependiente no figuraba en él.

— Iba de prisa, debí hacer que lo anotase Popinot, dijo Fernando.

— Es cierto, dijo Birotteau desconcertado por la fría indiferencia del normando, que conocía bien á las bondadosas personas á cuya casa había ido con intención de hacer en ella fortuna.

El perfumista y su dependiente pasaron la noche en comprobaciones que el digno comerciante consideraba inútiles. Yendo y viniendo, César dejó caer en una ranura de la caja tres billetes de banco de

mil francos, y fingiendo una fatiga extenuada, hizo ver que se dormía, y hasta roncó. De Tillet le despertó triunfalmente, y, aparentando una satisfacción muy viva, le dijo que ya estaba aclarado el error. Al día siguiente Birotteau reprendió en presencia de los demás al joven Popinot y á Constanza, condenando su negligencia. Quince días después, Fernando de Tillet era dependiente de un bolsista. La perfumería no le convenía, según dijo, y consideraba preferible dedicarse á la banca. Saliendo de casa de Birotteau, de Tillet habló de la mujer de César de cierto modo, para dar á entender que su principal le había despedido por celos. Algunos meses después, de Tillet fué á ver á Birotteau, pidiéndole que le hiciera una fianza de veinte mil francos, á fin de completar las garantías que le pedían para tomar parte en una empresa que le pondría en el camino de la fortuna. Al notar la sorpresa de Birotteau ante tamaño atrevimiento, de Tillet frunció el entrecejo, preguntando si no tenía confianza en él. Matifat y dos agentes de negocios que estaban con Birotteau notaron la indignación del perfumista, que reprimió la cólera en su presencia. Acaso de Tillet sería de nuevo un hombre honrado, su falta pudo haber sido motivada por una mujer comprometida, ó por una intentona en el juego; la pública reprobación de un hombre honrado le podía lanzar en una vida de crímenes y desgracias, acaso en el momento en que se hallaba en camino de arrepentirse. Aquel santo varón tomó entonces la pluma y garantizó los pagarés de Tillet, diciéndole que prestaba muy gus-

oso ese pequeño servicio á un joven que le había sido tan útil. La sangre le subió al rostro al decir esa mentira oficiosa. De Tillet no resistió la mirada de aquel hombre, y le juró sin duda en el mismo instante un odio á muerte, como el que los ángeles de las tinieblas concibieron contra los ángeles de la luz. De Tillet supo guardar el equilibrio de tal modo, mientras danzaba en la cuerda tirante de las especulaciones financieras, que se mostró elegante y rico en apariencia, antes de serlo en realidad. Desde que tuvo un cabriolé, no se apeaba; se mantenía en la esfera elevada de las gentes que mezclan los placeres con los negocios, haciendo del vestíbulo de la Opera la sucursal de la Bolsa, los Turcarets de nuestro tiempo. Gracias á la señora Roguin, á quien conoció en casa de Birotteau, hizo pronto amistades con los banqueros más poderosos. Fernando de Tillet había llegado á una prosperidad verdadera. En muy buena inteligencia con la casa Nucingen, donde Roguin le había hecho admitir, se puso pronto en relaciones con los hermanos Keller, con la alta banca. Nadie sabía de dónde sacaba ese mozo los inmensos capitales que manejaba, pero atribuían su suerte á su inteligencia y á su honradez.

La Restauración convirtió en personaje á César, á quien, naturalmente, el torbellino de las crisis políticas hizo olvidar estos dos accidentes domésticos. La inmutabilidad de sus opiniones monárquicas, á las cuales había permanecido indiferente desde su herida, pero en las que había persistido por decoro,

el recuerdo de su adhesión en vendimiario, le valieron altas protecciones, precisamente porque no pedía nada. Le nombraron jefe de batallón en la guardia nacional, aunque era incapaz de repetir la más insignificante voz de mando. En 1815, Napoleón, siempre enemigo de Birotteau, le destituyó. Durante los Cien Días, Birotteau llegó á ser la pesadilla de los liberales de su barrio; porque sólo en 1815 empezaron las excisiones políticas entre los comerciantes, hasta entonces unánimes en sus deseos de tranquilidad, indispensable para los negocios. En la segunda Restauración, el gobierno del rey debió organizar el ayuntamiento. El prefecto quiso nombrar á Birotteau alcalde. Gracias á su mujer, el perfumista aceptó solamente la plaza de teniente alcalde, que le ponía menos en evidencia. Esta modestia aumentó mucho la estimación en que se le tenía y le valió la amistad del alcalde señor Flamet de la Billardière. Birotteau, que le había visto en *la Reina de las Rosas* cuando la tienda servía de punto de reunión á los conspiradores, le designó él mismo al prefecto del Sena, que le había pedido parecer en la elección. Los señores Birotteau recibieron siempre las invitaciones del alcalde para toda clase de fiestas. En fin, la mujer de César estuvo muchas veces en las mesas de peticitorio de la iglesia de San Roque, entre ilustres y elegantes damas. La Billardière sirvió con gran interés á Birotteau cuando llegó el caso de distribuir en el ayuntamiento las condecoraciones concedidas, recordando la herida recibida en San Roque, su

afección á los Borbones y la consideración de que gozaba. El ministerio que se proponía, prodigando bastante la cruz de la Legión de honor para destruir la obra de Napoleón, crearse adictos y atraer al partido de los Borbones á los diferentes comercios, á los hombres de artes y de ciencias, incluyó á Birotteau en la próxima promoción. Este favor, en armonía con la importancia de Birotteau en su barrio, le colocó en una situación en la cual debieron exaltarse las ideas de un hombre á quien hasta entonces todo le había sido favorable. La noticia de su nombramiento que el alcalde le había dado fué lo que decidió al perfumista á lanzarse en la especulación que acababa de explicar á su mujer, á fin de abandonar lo más pronto posible la perfumería y elevarse á las altas regiones de la burguesía de París.

César tenía entonces cuarenta años. Los trabajos á los cuales se entregaba en su fábrica le habían valido algunas arrugas prematuras y habían encañecido ligeramente su larga y espesa cabellera en la que la presión del sombrero dejaba un círculo brillante. Su frente, sobre la cual sus cabellos formaban cinco ondas, indicaba la sencillez de su vida. Sus pobladas cejas no le afeaban en nada, porque sus ojos azules se armonizaban por su clara mirada, siempre franca, con su frente de hombre de bien. Su nariz, chata en su nacimiento y gorda en la punta, le daba la expresión de sorpresa de los papamoscas de París. Sus labios eran muy abultados, y su barba recta. Su cara, muy colora-

da, de contornos muy acusados, presentaba, por la disposición de sus arrugas, por el conjunto de la fisonomía, el tipo del astuto campesino. Lo fornido de su cuerpo, sus anchas espaldas y sus pies grandes, todo denotaba desde luego á un lugareño transplantado en París. Sus manos velludas, las gruesas falanges de sus dedos arrugados, las uñas cuadradas, hubiesen atestiguado su origen, si no conservara señales en toda su persona. Sonreía con esa sonrisa de benevolencia propia de los comerciantes cuando reciben á un cliente; pero esa sonrisa comercial era el reflejo de su satisfacción interior, la imagen de su alma dulzona. Su desconfianza se limitaba á los negocios; su astucia le abandonaba en cuanto salía de la Bolsa ó en cuanto cerraba su libro mayor. La desconfianza era para él lo que eran sus facturas impresas: una necesidad impuesta por el negocio. Su rostro mostraba una especie de satisfacción cómica, de fatuidad mezclada con hombría de bien que le daban cierto carácter propio, diferenciándole de un parecido demasiado completo con la vulgar figura del burgués parisién. Sin este aire de ingenua admiración y de confianza en su persona, hubiese inspirado mucho respeto; se acercaba de esta suerte á los hombres, contribuyendo con la parte de ridículo que le correspondía. Habitualmente, mientras hablaba, cruzaba las manos atrás. Cuando creía haber dicho alguna galantería ó alguna agudeza, se empinaba sobre la punta de los pies y volvía á caer sobre sus talones pesadamente como si quisiese apoyar su frase. En el aca-

loramiento de una discusión, se le veía alguna veces volverse bruscamente, dar algunos pasos como si buscara objeciones y acercarse á su adversario con un movimiento brusco. No interrumpía jamás á nadie, y era víctima, con frecuencia, del exacto cumplimiento de las conveniencias, porque los otros le interrumpían, y el buen hombre se marchaba sin haber podido manifestar su pensamiento. Una gran experiencia en los asuntos comerciales le había creado costumbres calificadas de manías por algunas personas. Si le devolvían alguna letra de cambio, la enviaba al procurador, y no se ocupaba más de aquel asunto hasta recibir el capital, los intereses y las costas; el procurador debía proceder hasta cobrar ó hasta conseguir, si era preciso, que el comerciante quebrara; César desistía entonces de todo procedimiento, no concurría á ninguna junta de acreedores y guardaba sus documentos. Este sistema y su implacable desprecio hacia los quebrados lo aprendió del señor Ragon, quien en el curso de su vida comercial había comprendido que, todo el tiempo que hacen perder los negocios litigiosos, vale más que el ruin é incierto dividendo estipulado por los convenios, y se puede emplear en cosas de mayor provecho, sin ir y venir, dando mil pasos, en busca de pruebas que acrediten la mala fe del deudor.

— Si el quebrado es buena persona y se rehace, os pagará, decía el señor Ragon. Si queda sin recursos y es verdaderamente desgraciado, ¿á qué atormentarle? Si es un bribón, no conseguiréis ja-

más nada. Vuestra severidad os da fama por intratable, y como no es posible transigir con vos mientras se puede pagar, os pagan antes que á nadie.

César acudía á una cita á la hora fijada; pero habiendo aguardado diez minutos, se marchaba con una inflexibilidad que nadie podía doblegar; así, su puntualidad hacía puntuales á las gentes que trataban con él. El traje que él había adoptado concordaba con sus costumbres y con su fisonomía. Nadie le hubiera hecho renunciar á las corbatas de muselina blanca, cuyas puntas bordadas por su mujer ó su hija le caían á los lados del cuello. Su chaleco de piqué blanco, abrochado correctamente, era bastante largo para cubrir su abultado vientre. Llevaba pantalón azul, medias de seda negra y zapatos con cintas, cuyos nudos se deshacían frecuentemente. Su redingote verde aceituna, muy largo siempre, y su sombrero de anchas alas, le daban el aspecto de un cuákero. Cuando se vestía para las reuniones del domingo, se ponía un calzón de seda, zapatos con hebillas doradas y su imprescindible chaleco entreabierto para mostrar la chorrera rizada. Su frac de paño color castaña era de anchos y largos faldones. Conservó hasta 1819 dos cadenas de reloj que caían paralelamente, pero no se ponía la segunda sino cuando se vestía de gala. Tal era César Birotteau, hombre digno, á quien los misterios que presiden al nacimiento de las criaturas no concedieron la facultad de adquirir juicios generales acerca de la política y de la vida, ni la de elevarse por encima del nivel social en que vive la

clase media, que sigue en todas las cosas rutinarios errores; todas sus opiniones le habían sido sugeridas y las aplicaba sin examinarlas. Corto de alcances, pero bueno, poco espiritual, pero profundamente religioso, tenía un corazón puro. En este corazón brillaba un solo amor, la luz y la fuerza de su vida; porque su deseo de prosperar, las escasas relaciones que había adquirido, todo provenía de su cariño hacia su mujer y hacia su hija.

En cuanto á la esposa de César, entonces de treinta y siete años de edad, se asemejaba tanto á la Venus de Milo, que todos los que la conocía vieron su retrato en esa hermosa estatua cuando el duque de Rivière la envió. En pocos meses, las penas extendieron con tal rapidez sus huellas amarillas sobre su deslumbradora blancura, hundiendo y ennegreciendo con tal crueldad el círculo azulado en que se movían sus bellos ojos verdes, que adquirió el aspecto de una vieja *madonna*, porque siempre conservó, en medio de su decadencia, un dulce candor, una mirada pura, aunque triste, y era imposible no encontrarla siempre bella, de aspecto prudente y decoroso. En el baile premeditado por César debía gozar aún del último destello de su belleza, lo que fué advertido y tomado en consideración.

Toda existencia tiene su apogeo, una época durante la cual las causas obran y están en relación perpetua con los resultados. Este centro de la vida, en el cual las energías se equilibran y manifiestan en todo su esplendor, es común no solamente á los seres organizados, sino también á las ciudades, á

las naciones, á las ideas, á las instituciones, á los comercios, á las empresas, que, á semejanza de las razas nobles y de las dinastías, nacen, se elevan y caen. ¿De dónde procede el rigor con que se aplica este orden de crecimiento y de decrecimiento á todo lo que se organiza aquí abajo? Porque la muerte tiene también, en los periodos marcados, progreso, disminución, recrudescimiento y letargo. Nuestro globo mismo, acaso, no es otra cosa que un fenómeno algo más duradero que los otros. La historia, divulgando las causas de prosperidad y decadencia de todo lo que ha existido en este mundo, podría indicar al hombre el momento en que debiera detener el ejercicio de todas sus facultades; pero ni los conquistadores, ni los actores, ni las mujeres, ni los autores, escuchan su advertencia saludable. César Birotteau, que debía considerarse ya en el apogeo de su fortuna, tomó aquel punto de reposo como un nuevo punto de partida. Desconocía, y jamás los reyes ni las naciones la grabaron con imborrables caracteres, la causa de tantas ruinas que llenan las historias, de que tantas dinastías y tantas empresas comerciales ofrecen grandiosos ejemplos. ¿Por qué nuevas pirámides no perpetuarán incesantemente este principio que debe presidir á la política de las naciones lo mismo que á la de los particulares: *Cuando el efecto producido no está en relación directa ni en proporción igual con su causa, la desorganización comienza?* Pero estos monumentos existen por todas partes, son las tradiciones y las piedras que nos hablan del

pasado, que recuerdan los caprichos del indomable destino, cuya mano borra nuestros sueños y nos prueba que los más grandes acontecimientos se resumen en una idea. Troya y Napoleón no son más que poemas. Ojalá llegue á ser esta historia el poema de las vicisitudes burguesas que ninguna voz ha cantado, considerándolas desprovistas de grandeza cuando son, por su misma humildad, grandiosas; no se trata de un hombre solo, sino de los dolores de todo un pueblo que sufre como él.

Al dormirse, César temió que al día siguiente su mujer le hiciese algunas observaciones perentorias, y decidió levantarse muy temprano para resolverlo todo. Muy de mañana, saliendo silenciosamente, dejando á su mujer en la cama, se vistió de prisa y bajó al almacén en el momento en que el muchacho quitaba los tableros del escaparate. Birotteau, viéndose solo, esperó que sus dependientes bajaran, y se puso delante de la puerta observando cómo el mozo llamado Raguet, desempeñaba su trabajo; ¡y Birotteau conocía perfectamente aquel trabajo! A pesar del frío, el tiempo estaba hermoso.

— Popinot, ponte las botas y el sombrero, y di á Celestino que baje. Tú irás conmigo á las Tullerías; tenemos que hablar, dijo viendo á Anselmo.

Popinot, era todo lo contrario de Tillet, y una de esas casualidades que hacen creer en una providencia lo había colocado cerca de César; este personaje desempeña un papel tan importante en esta historia, que es nesario describirlo aquí. La señora Ragon era hija de un Popinot. Tenía dos hermanos.

El menor se hallaba de juez suplente del juzgado de primera instancia del Sena. El mayor se había dedicado al comercio de lanas en bruto, consumiendo su fortuna, y murió dejando á cargo de los Ragon y de su hermano el juez, que no tenía familia, á su hijo único cuya madre había muerto de parto. Para procurar una manera de vivir á su sobrino, la señora Ragon le había colocado en la perfumería, con la esperanza de que fuera el sucesor de Birotteau. Anselmo Popinot era bajo y cojo, defecto físico que la casualidad ha dado á lord Byron, á Walter Scott, á Talleyrand, para no desanimar á los que lo padecen. Tenía el cutis brillante y lleno de pecas que distingue á las personas de cabellos rojos; pero su frente pura, sus ojos de color de ágata gris vetada, su pequeña boca, su blancura y la sencillez de una juventud pudorosa, la timidez que le inspiraba su defectuosa conformación, despertaban en su favor sentimientos protectores: los débiles se hacen estimables; interesan. El joven Popinot, como le llamaba todo el mundo, tenía una familia esencialmente religiosa, que practicaba las virtudes, cuya vida era modesta y no escasa en buenas acciones. Por eso el niño, educado por su tío el juez, reunía las cualidades que hacen á la juventud agradable; prudente y afectuoso, un poco vergonzoso, pero lleno de ardor, humilde como un cordero, mas animoso para el trabajo, desinteresado, sobrio, estaba dotado de todas las virtudes de un cristiano de los primeros tiempos de la Iglesia. Al oír hablar de un paseo por las Tullerías, la proposición más

extraña que podía hacerle á tales horas su respetable principal, Popinot creyó que trataría de casarle; el dependiente pensó de pronto en Cesarina, la verdadera *reina de las rosas*, la muestra viviente de la casa, y de la cual se había enamorado desde que, dos meses antes que de Tillet, entró en casa de Birotteau. Subiendo la escalera, tuvo que pararse; su corazón palpitaba, sus arterias latían con demasiada violencia; bajó pronto, seguido de Celestino, el primer dependiente de Birotteau. Anselmo y su principal andaban camino de las Tullerías sin decir una palabra. Popinot tenía entonces veintiún años. Birotteau se había casado á esa edad. Anselmo no vería, pues, ningún inconveniente á su matrimonio con Cesarina, aunque la fortuna del perfumista y la belleza de su hija fuesen inmensos obstáculos para el éxito de sus deseos ambiciosos; pero el amor obra á impulsos de la esperanza, y cuanto más insensato es, más fe se tiene; de igual modo, cuanto más lejos está el ser querido, son más ardientes los deseos. ¡Feliz muchacho; en un tiempo que todo lo nivela, en que todos los sombreros se parecen, consigue establecer diferencias entre la hija de un perfumista y él, descendiente de una antigua familia parisiense! Á pesar de sus dudas, de sus inquietudes, era feliz; ¡todos los días, se sentaba á la mesa junto á Cesarina!

Además, consagrándose á los asuntos de la casa, desplegaba en ellos un celo, un ardor, que despojaba al trabajo de toda amargura; haciéndolo todo por Cesarina no se había sentido fatigado jamás. En un

hombre de veinte años, el amor está lleno de abnegación.

— Será un comerciante, prosperará, decía César hablando de él á la señora Ragon, ponderando la actividad de Anselmo en los trabajos de la fábrica, alabando su actitud para comprender los primores del arte, recordando sus múltiples ocupaciones y sus afanes cuando, con las mangas de la camisa remangadas y los brazos desnudos, el cojo preparaba los envíos y hacía embalajes clavando él solo más cajas que los otros dependientes.

Los propósitos conocidos y declarados de Alejandro Crottat, primer pasante de Roguin, la fortuna del padre de Alejandro, rico labrador de la Brie, eran obstáculos grandes para el triunfo del huérfano; pero estas dificultades no eran, sin embargo, las más difíciles de vencer: Popinot guardaba en el fondo de su alma tristes secretos que le separaban más y más de Cesarina. La fortuna de los Ragon, con la que hubiera podido contar, estaba comprometida; el huérfano tenía la satisfacción de ayudarlos á vivir dándoles su pequeño jornal. Sin embargo, confiaba. Había sorprendido varias veces algunas miradas que le dirigía Cesarina con aparente orgullo; en el fondo de sus azulados ojos se había atrevido á leer un secreto pensamiento lleno de acariciadoras ilusiones. Iba, pues, preocupado por la esperanza del momento, temblón, silencioso, conmovido, como podrían estarlo en semejante caso los jóvenes que desconocen aún la vida.

— Popinot, le dijo el comerciante, ¿está bien tu tía?

— Sí, señor.

— Sin embargo, me parece inquieta desde algún tiempo. ¿Tendrá alguna preocupación dolorosa? Escúchame. No hay por qué guardar secretos conmigo, soy casi de la familia, hace veinticinco años que conozco á tu tío Ragon. Entré en su casa con zapatos claveteados, recién venido de mi pueblo. Aunque salía de las Tesorerías, toda mi fortuna consistía en un Luis de oro que me dió mi madrina, la difunta marquesa de Uxelles, parienta de los señores duques de Lenoncourt, que son parroquianos nuestros. He rogado por su alma todos los domingos; envió á Turéna, á su sobrina, la señora de Mortsau, cuantos perfumes usa. Me recomienda siempre parroquianos, como por ejemplo el señor de Vandenesse, que consume por valor de mil doscientos francos al año. Si no fuésemos agradecidos por buen corazón, debíamos serlo por cálculo; pero yo quiero tu bien, no por otra cosa, por tí.

— ¡Ah! señor, siempre tuvisteis, si me permitís decíroslo, muy buenos pensamientos.

— No, muchacho, no, esto no basta. Yo no digo que mis ideas no valgan tanto como las de otro, pero tuve, ante todo, honradez, tenacidad, ¡caramba! tuve continencia; no he querido nunca más que á mi mujer. El amor es un gran *vehículo*, palabra feliz que ha empleado ayer el señor de Villèle en la tribuna.

— ¡El amor! dijo Popinot. ¡Oh señor! ¿Es que...?

— Mira, mira al señor Roguin que viene á pie

por la plaza de Luis XV, á las ocho. ¿Qué hará ese pobre hombre allí? dijo César olvidándose de Anselmo Popinot y del aceite de avellanas.

Las sospechas de su mujer asaltaron su memoria, y, en vez de entrar en el jardín de las Tullerías, Birotteau se adelantó hacia el notario para salirle al encuentro. Anselmo siguió á su principal desde lejos, sin poderse explicar el súbito interés que tomaba por cosa tan poco importante en apariencia, pero sintiéndose dichoso con los ánimos que le daban las palabras de César hablándole de sus zapatos claveteados, de su oro y de su amor.

Roguín, hombre alto, grueso, con la cara llena de granos, la frente ancha y el pelo negro, no careció, en su juventud, de atractivos: había sido audaz y brioso; de pasante había llegado á ser notario; pero, en aquel momento, su cara ofrecía, á los ojos de un hábil observador, el decaimiento, las fatigas de los placeres abusivos. Cuando un hombre se enfanga en los excesos, es difícil que no asomen á su rostro señales de su degradación; así pues, los caminos de las arrugas y el color de la tez carecían en Roguín de nobleza. En lugar de la transparencia pura que brilla en la cara de los hombres sobrios y les conserva la frescura de la salud, se entreveía en él la impureza de una sangre viciada por los esfuerzos contra los cuales se rebela el cuerpo. Tenía la nariz innoblemente remangada, como la de las gentes en las cuales los humores, tomando el camino de este órgano, producen una enfermedad secreta, que una virtuosa reina de Francia creía

inocentemente común á la especie humana, no habiéndose aproximado á otro hombre que al rey lo bastante para reconocer su error. Tomando mucho rapé de España, Roguín había creído disimular sus molestias, y no hizo, en realidad, más que aumentar los inconvenientes que fueron la causa principal de sus desdichas.

¿No es una lisonja social demasiado prolongada, considerar á los hombres bajo falsas apariencias, y no revelar algunos de los verdaderos motivos de sus vicisitudes, tan frecuentemente producidas por una enfermedad? El mal físico, considerado en sus estragos morales, examinado en sus influencias sobre el mecanismo de la vida, ha estado, tal vez hasta hoy, muy desatendido por los historiadores de costumbres. La señora Birotteau había adivinado perfectamente el secreto de aquel matrimonio.

Desde la primera noche de novios, la encantadora hija única del banquero Chevrel había sentido por el pobre notario una invencible antipatía, y quiso inmediatamente pedir el divorcio. Muy satisfecho de tener una esposa con quinientos mil francos, sin contar con los que podrían venir además, Roguín suplicó á su mujer que no intentase el divorcio, prometiendo dejarla libre y sometiéndose á todas las consecuencias de semejante pacto. La señora Roguín, libre y soberbia, se conducía con su marido como una cortesana con un antiguo amante. Roguín juzgó luego á su mujer demasiado costosa, y, como muchos maridos en situación parecida, buscó los placeres del hogar en otra parte, y tuvo una

casa. Al principio, contenido en prudentes límites, ese gasto no era muy grande.

Roguin encontró, sin grandes dispendios, grisetas que se creyeron dichosas con su protección; pero en los tres últimos años le había dominado una de esas indomables pasiones que se apoderan de los hombres entre cincuenta y sesenta años, inspirada por una de las más deliciosas criaturas de su tiempo, conocida en los fastos de la prostitución con el sobrenombre de la Bella Holandesa, que había sido llevada en otro tiempo de Brujas á París por uno de los clientes de Roguin, el cual, obligado á huir á consecuencia de los sucesos políticos, se la presentó en 1815. El notario había comprado para su querida una casita en los Campos Eliseos, amueblándola ricamente, y se había dejado arrastrar á satisfacer los costosos caprichos de aquella mujer, cuyas exigencias absorbieron su fortuna.

La sombría expresión impresa en el rostro de Roguin, y que se disipó al ver á su cliente, obedecía á dos acontecimientos misteriosos, que explicaban el secreto de la fortuna tan rápidamente conseguida por de Tillet. El plan formado por éste cambió desde el primer domingo en que pudo observar en casa de su principal la situación respectiva de los señores Roguin. Había ido á la perfumería, no tanto para seducir á la mujer de César, como para conquistar la mano de Cesarina, que pediría en recompensa de una pasión ahogada, y tuvo menos pena renunciando á este matrimonio cuanto que, habiendo creído á César poderoso, le hallaba pobre. Espió al

notario, se insinuó en su confianza, se hizo presentar en casa de la bella Holandesa, estudió el estado de relaciones de ésta con Roguin, supo que amenazaba á su amante con despedirle si regateaba su lujo. La bella holandesa era de esas mujeres locas que no se preocupan jamás de dónde viene el dinero, ni cómo se adquiere, y quedarían una fiesta sufragada por un parricida. No pensaba nunca en el mañana. Para ella el porvenir era la hora de sobremesa, y el fin de mes la eternidad, hasta cuando tenía cuentas pendientes. Encantado de encontrar un auxiliar tan poderoso, de Tillet empezó por conseguir de la bella Holandesa que tolerase á Roguin por treinta mil francos al año en vez de los cincuenta mil prometidos.

En fin, después de una cena en que los vinos se habían prodigado con profusión, Roguin descubrió á de Tillet su estado financiero. Pesando sobre sus inmuebles la hipoteca legal de su mujer, su pasión le había conducido á disponer de los depósitos hechos en su casa por sus clientes, habiendo gastado ya cantidades que representaban casi el valor de la notaría. Cuando hubiese devorado el resto, Roguin se suicidaría, creyendo disminuir el horror de la quiebra, imponiendo la compasión pública. De Tillet vió que una fortuna rápida y segura brillaba como un relámpago en aquella noche de borrachera; consoló á Roguin, y le pagó su confianza haciéndole disparar sus pistolas al aire.

— Arriesgándose á todo, le dijo, un hombre de vuestra capacidad no debe conducirse como un es-

túpido y andar á tientas; debe obrar resueltamente.

Le aconsejó que tomase desde luego una importante cantidad, que se la confiase para jugarla con audacia en una oscilación de la Bolsa ó en algún agio elegido entre los mil que se proyectaban por entonces. En caso de ganar, fundarían entre los dos una casa de banca donde sacarían partido de los depósitos, y cuyos beneficios le bastarían para satisfacer su pasión. Si la suerte les era adversa, Roguin iría á vivir al extranjero en vez de suicidarse, porque *su* de Tillet le sería fiel hasta el último ochavo. Esto era una cuerda ofrecida á un hombre que se ahogaba, y Roguin no reparó que el dependiente de perfumista se la echaba al cuello.

Dueño del secreto de Roguin, de Tillet lo utilizó para ejercer á un tiempo su poder sobre la esposa, sobre la querida y sobre el marido. Advertida de un desastre que no podía siquiera sospechar, la señora Roguin aceptó las asiduidades de de Tillet, que salió entonces de casa del perfumista, seguro de su porvenir. No le costó trabajo convencer á la querida de que arriesgase una cantidad con el objeto de no verse obligada jamás á recurrir á la prostitución si le sucedía una desgracia. La esposa arregló sus negocios, reunió pronto un pequeño capital y lo entregó á un hombre de quien su marido se fiaba, porque el notario dió, desde luego, cien mil francos á su cómplice. Hallándose cerca de la señora Roguin, procuró transformar en afecto el interés de aquella encantadora mujer, y hasta supo hacerle sentir una violenta pasión. Sus tres comanditarios

le asignaron, naturalmente, una participación; pero, ambicionando más aún, tuvo la audacia de hacerles jugar á la Bolsa, conviniéndose con otro que hacía la jugada contraria y le devolvía el importe de las supuestas pérdidas, porque él jugaba por sus clientes y por sí mismo. En cuanto dispuso de cincuenta mil francos, adquirió la seguridad de hacer una gran fortuna; con su intuición poderosa apreció las fases por que atravesaba el país: jugó á la baja durante la campaña de Francia, y al alza á la vuelta de los Borbones. Dos meses después de la entrada de Luis XVIII, la señora Roguin tenía doscientos mil francos, y de Tillet trescientos mil. El notario, á cuyos ojos este joven era un ángel, había restablecido la regularidad de sus negocios. La bella Holandesa lo gastaba todo; era víctima de un terrible cáncer llamado Máximo de Trailles, antiguo paje del emperador. De Tillet descubrió el verdadero nombre de aquella mujer, al formalizar un documento. Se llamaba Sarah Gobseck. Preocupado por la coincidencia de este nombre con el de un usureiro de quien había oído hablar, fué á casa del viejo prestamista — la providencia de los jóvenes menores de edad, hijos de familias ricas — á fin de saber cómo apreciaba el crédito de la sobrina. El Bruto de los usureros fué implacable con ella, pero de Tillet supo agradarle, presentándose como banquero de Sarah, que tenía fondos para especular. La naturaleza normanda y la naturaleza usurera se compenetraron. Gobseck necesitaba un hombre joven y hábil para inspeccionar una pequeña operación en el ex-

tranjero. Un auditor del Consejo de Estado, sorprendido por el regreso de los Borbones, había tenido la idea, para conseguir valimiento en la corte, de ir á Alemania á comprar los títulos de las deudas contraídas por los príncipes durante su emigración. Ofrecía los beneficios de este negocio, para él puramente político, á los que le suministrasen los fondos necesarios.

El usurero no quería soltar el dinero sino á medida que se fuesen adquiriendo los créditos y los examinara un avisado representante suyo. Los usureros no se fian de nadie, quieren garantías; para ellos la ocasión es el todo; de hielo cuando no necesitan al hombre, embaucadores y dispuestos á la benevolencia cuando encuentran utilidad en alguno. De Tillet conocía la inmensa importancia que alcanzaban sin ostentación en la plaza de París los Werbrust y Gigonnet, prestamistas del comercio de las calles de San Dionisio y San Martín, y Palma, banquero del arrabal Poissonnière, casi siempre ligados á Gobseck por sus negocios. Ofreció, pues, una fianza metálica, conviniendo un interés y exigiendo que estos señores empleasen en su comercio de dinero los fondos que él les entregaría, preparándose de este modo nuevos apoyos; acompañó al señor Chardin de Lupeaulx en un viaje á Alemania durante los Cien Días, y volvió al hacerse la segunda restauración, trayendo una ganancia mayor que su capital. Había sorprendido los secretos de los más hábiles calculadores de París, había conquistado la amistad del hombre del cual era él vigilante, porque

este hábil escamoteador le había descubierto los resortes y la jurisprudencia de la alta política. De Tillet era uno de esos entendimientos á los que basta media palabra para penetrarlo todo, y acabó de perfeccionarse con su viaje. Cuando volvió, la señora Roguin le aguardaba fielmente. En cuanto al pobre notario, esperaba á Fernando con tanta impaciencia como su mujer; la bella holandesa le había arruinado de nuevo. De Tillet interrogó á la bella holandesa, y no encontró que los gastos fuesen iguales á las sumas disipadas, descubriendo entonces el secreto que Sarah Gobseck le había ocultado tan cuidadosamente, su loca pasión por Máximo Trailles, cuyos primeros pasos en la carrera de vicios y de relajación anunciaban lo que fué, uno de esos bribones políticos necesarios á todo buen gobierno, y á quien el juego hacía insaciable. Hecho este descubrimiento, de Tillet comprendió la indiferencia de Gobseck para su sobrina. En estas circunstancias, el banquero novel, porque ya era banquero, aconsejó con vehemencia á Roguin que se previniera para lo sucesivo, embarcando á sus clientes, los más ricos, en un negocio donde podría ganar importantes cantidades. Después de *alzas y bajas*, aprovechables solamente para de Tillet y la señora Roguin, el notario vió al cabo llegada la hora de su derrota. Su agonía fué aprovechada entonces por su mejor amigo. De Tillet inventó el negocio de los terrenos situados alrededor de la Magdalena. Naturalmente, los cien mil francos depositados por Birotteau en casa de Roguin esperando una in-

versión fueron remitidos á Fernando, quien, deseando arruinar al perfumista, hizo comprender á Roguin que corría menos riesgo pescando en sus redes á sus amigos íntimos.

— Un amigo, le dijo, conserva miramientos hasta en sus cóleras.

Pocas personas conocen hoy el escaso valor que representaba entonces un terreno alrededor de la Magdalena; pero aquellos terrenos alcanzarían, al ser solicitados, un precio momentáneo mayor del suyo verdadero, pues los propietarios aprovecharían la ocasión. De Tillet quería ponerse en condiciones de percibir los beneficios sin soportar las molestias de una especulación á largo plazo. En otros términos, su plan consistía en matar el negocio para adjudicarse un cadáver que luego haría revivir. En circunstancias parecidas, los Gobseck, los Palma, los Werbrust y Gigonnet se ayudaban mutuamente; pero de Tillet no tenía bastante intimidación con ellos para pedirles ayuda; por otra parte, deseaba dirigir aquel negocio sin que se adivinase que ponía la mano en él, para poder recoger los beneficios del robo sin tener que sufrir sus vergüenzas; sintió, pues, la necesidad de procurarse uno de esos maniqués vivientes, llamados en lenguaje comercial *testaferros*. Su contrincante supuesto de la Bolsa le pareció muy á propósito para ese oficio, y usurpó los derechos divinos creando un hombre. De un antiguo comisio- nista, sin capital ni inteligencia, pero capaz de hablar indefinidamente de toda clase de asuntos, no diciendo nada, de un hombre que sabía aprender

su papel y representarlo sin comprometer la obra, poseyendo la más rara cualidad, es decir, sabiendo guardar un secreto, y dejándose deshonrar en beneficio de su cómplice, de Tillet hizo un banquero que establecía y dirigía las más grandes empresas, el jefe de la casa Claparon. El destino de Carlos Claparon era ser entregado un día á los judíos y fariseos, si los negocios emprendidos por de Tillet exigían una quiebra, y Claparon lo sabía. Pero para un pobre diablo que se paseaba melancólicamente por los bulevares con un porvenir de dos francos en el bolsillo cuando su camarada de Tillet le encontró, las pequeñas participaciones que debían dársele en cada negocio fueron un paraíso. Así, su amistad, su abnegación por de Tillet, corroboradas por un agradecimiento irreflexivo, excitadas por las necesidades de una vida libertina y despilfarradora, le hicieron decir amén á todo. Además, después de haber vendido su honor, lo vió arriesgar con tanta prudencia, que concluyó por ligarse á su antiguo camarada como un perro á su amo. Claparon estaba siempre dispuesto al sacrificio. En aquella combinación debía representar á la mitad de los compradores de los terrenos, como César Birotteau representaba á la otra mitad. Los pagarés que Claparon recibiría de Birotteau serían descontados por uno de los usureros de quien de Tillet podía tomar el nombre para precipitar á Birotteau en los abismos de una quiebra cuando Roguin se alzara con los fondos. Los síndicos de la quiebra obrarían según las inspiraciones de Tillet, quien, poseedor del dinero dado por el

perfumista y su acreedor bajo diferentes nombres, haría subastar los terrenos y los compraría por la mitad de su valor, pagándolos con el capital de Roguin y el dividendo de la quiebra. El notario, complicado en este plan, creyó alcanzar una buena parte de los preciosos despojos del perfumista y de sus co-interesados; pero el hombre á cuya discreción se confiaba debía hacerse, y se hizo, con la mayor parte. Roguin, no pudiendo perseguir á de Tillet ante un tribunal, se contentó royendo el hueso que le arrojaron mensualmente al centro de Suiza, donde halló mujeres baratas. Las circunstancias, y no la imaginación de un autor trágico inventando una intriga, habían urdido este horrible plan. El odio sin deseo de venganza es una semilla caída sobre la roca; pero la venganza jurada á César por de Tillet era uno de los movimientos más naturales, ó hay que negar la batalla entre los ángeles de las tinieblas y los ángeles de la luz. De Tillet no podía sin grandes inconvenientes asesinar al único hombre que en París le reconocía como culpable de un robo doméstico; pero podía arrojarle en el fango y aniquilarle hasta el punto de hacer su testimonio inútil. Durante largo tiempo la venganza había germinado en su corazón sin fructificar, porque hasta las gentes más rencorosas hacen en París pocos planes: la vida es demasiado rápida, demasiado agitada, hay demasiados accidentes imprevistos; pero también estas perpetuas oscilaciones, si no permiten la premeditación, sirven muy bien á un pensamiento oculto en el fondo de un alma precavida, bastante capaz para acechar

los cambios de corrientes. Cuando Roguin hizo su confidencia á de Tillet, el dependiente entrevió vagamente la posibilidad de destruir á César, y no se había engañado. Ante el temor de perder á su ídolo, el notario bebió el resto de su filtro en la copa rota; iba todos los días á los Campos Elíseos, y volvía á su casa muy de mañana. Así, la recelosa mujer de César tenía razón. Desde que un hombre se resuelve á representar el papel que de Tillet había confiado á Roguin, adquiere los talentos del más famoso cómico, tiene la vista de un lince y la penetración de un vidente, sabe magnetizar al incauto; así, el notario había visto á Birotteau mucho antes que Birotteau le viese, y, al mirarle el perfumista, ya él, desde lejos, le tendía la mano.

— Vengo de otorgar el testamento de un alto personaje, al que no le quedan ni ocho días de vida, dijo con la expresión más natural del mundo; pero me han tratado como á un médico de aldea: me enviaron á buscar en coche, y vuelvo á pie.

Estas palabras disiparon una ligera nube de desconfianza que había obscurecido la frente del perfumista, y que Roguin entrevió; por tanto, el notario se guardó bien de ser el primero en hablar del negocio de los terrenos, porque deseaba rematar á su víctima.

— Después de los testamentos, los contratos de casamiento, dijo Birotteau; así es la vida. Y, á propósito de esto, ¿cuando nos casamos con la Magdalena, ¡eh! ¡eh! señor Roguin? añadió dándole unas palmaditas en el vientre.

Hablando entre hombres solos, todos los burgueses tienen la pretensión de ser calaveras.

— Pues, si esto no se realiza hoy, respondió el notario diplomáticamente, no se realizará nunca. Tememos que el negocio se divulgue; dos de mis más ricos clientes, que desean tomar parte en esta especulación me apuran con sus ruegos. Así, no hay que andarse por las ramas. Después de medio día extenderé las escrituras, y sólo hasta la una os podremos aguardar. Adiós. Voy precisamente á leer las minutas que Alejandro ha debido poner en limpio esta noche.

— Por mi parte, ya es cosa hecha, os he dado mi palabra, dijo Birotteau corriendo tras el notario y cogiéndole la mano. Disponed de los cien mil francos que debían servir para dote de mi hija.

— Bien, dijo Roguin alejándose.

Mientras Birotteau volvía á reunirse con Popinot, sintió en sus entrañas un calor violento; su diafragma se contrajo, los oídos le zumbaban.

— ¿Qué tenéis, señor? le preguntó el dependiente, viendo el pálido semblante de su principal.

— ¡Ah, muchacho! En este momento acabo de formalizar con una sola palabra un gran negocio; nadie es dueño de sus emociones en tales casos. Y, por cierto, que alguna parte te corresponde. Por esto te he traído aquí, para que hablemos más á placer, nadie nos escuchará. Tu tía está disgustada; ¿cómo ha perdido su dinero? Dímelo.

— Señor, mis tíos tenían su capital en casa del señor Nucingen, y se vieron obligados á tomar ac-

ciones de las minas de Worstchín, que no dan aún dividendos; es difícil á su edad vivir de la esperanza.

— Pero ¿de qué viven?

— Me han hecho el favor de aceptar mis honorarios.

— Bien, bien, Anselmo, dijo el perfumista, dejando ver una lágrima que asomó á sus ojos. Eres digno del afecto que te tengo. También vas tú á recibir una alta recompensa por el interés que muestras en mis asuntos.

Al decir estas palabras, el negociante se elevaba tanto á sus propios ojos como á los de Popinot, dándole un énfasis burgués é ingenuo, expresión de su superioridad ficticia.

— ¡Cómo! ¿habréis adivinado mi pasión por...?

— ¿Por quién? dijo el perfumista.

— Por la señorita Cesarina.

— ¡Ah! muchacho, eres muy atrevido, exclamó Birotteau. Guarda bien tu secreto, yo te prometo olvidarlo, y mañana saldrás de mi casa. No te guardo rencor. En tu lugar, ¡diablo! ¡diablo! hubiera hecho yo otro tanto. ¡Es tan bonita!

— ¡Ah, señor! dijo el dependiente, que sentía humedecido todo su cuerpo, de tal modo sudaba.

— Muchacho, este negocio no es asunto de un día; Cesarina es libre, y su madre tiene sus proyectos. Así, pues, tranquilízate, enjuga tus ojos, refrena los impulsos de tu corazón, y no hablemos más de esto. No me avergonzaría de tenerte por yerno; sobrino del señor Popinot, juez del tribunal de pri-

mera instancia; sobrino de los Ragón, con perfecto derecho puedes tener aspiraciones. Pero hay mucho que hablar, ¡ caramba! ¡ Qué diablura me dices cuando vamos á tratar de negocios! Toma, siéntate en esta silla, y que el enamorado ceda su punto al comerciante. Popinot, ¿ eres hombre de energías? dijo mirando cara á cara al dependiente. ¿ Tienes valor para luchar con uno más fuerte que tú, para luchar cuerpo á cuerpo?...

— Sí, señor.

— ¿ Para sostener un combate largo, peligroso?...

— ¿ De qué se trata?

— ¡ De competir con el aceite de Macassar! dijo Birotteau, irguiéndose de pie como un héroe de Plutarco. No nos alucinemos, el enemigo es fuerte, muy acreditado, temible. El aceite de Macassar se ha extendido por todas partes. El invento es ingenioso. Los frascos cuadrados tienen la originalidad de la forma. Para mi proyecto pensaba hacer los nuestros triangulares; pero prefiero, después de maduras reflexiones, botellitas de cristal delgado, revestidas de paja; tendrán un aspecto misterioso, y al consumidor le gusta más lo que más le intriga.

— Resultaría costoso, dijo Popinot. Será menester buscar algo económico, á fin de hacer grandes remesas á los vendedores al por menor.

— Bien, muchacho, éstos son los principales fundamentos. Pero piensa que el aceite de Macassar se defenderá. Tiene buen aspecto y tiene un bonito nombre. Lo presentan como una importación extranjera, y el nuestro lucha con la desgracia de ser

del país. Veamos, Popinot, ¿ te sientes con fuerzas para destruir al Macassar? Desde luego, lo incluirás en los envíos á ultramar; parece ser que Macassar existe realmente en las Indias; parece más natural enviar un producto francés á los indios que una fabricación suya ó que está reputada como tal. ¡ Anda tú contra los farsantes! ¡ Pero es menester luchar con el extranjero, luchar en las provincias! Porque el aceite de Macassar ha sido muy anunciado y no hay que desconocer su poderío; está bien acreditado, el público lo acepta.

— Lo desacreditaré, exclamó Popinot con los ojos encendidos.

— ¿ Cómo? dijo Birotteau. No te precipites en tus ardores juveniles y déjame acabar.

Anselmo se cuadró como un soldado ante un mariscal de Francia.

— Popinot, he inventado un aceite para favorecer el crecimiento del pelo, reavivar el cuero cabelludo y conseguir que las cabelleras conserven su color en ambos sexos. Esta esencia no tendrá menos éxito que mi pasta y mi agua; pero no quiero explotar este secreto con mi nombre, porque pienso retirarme del comercio. Tú eres, hijo mío, quien lanzarás mi aceite *comagino* (de *coma*, palabra latina, que significa cabellos, según me ha dicho el señor Alibert, médico del rey; esta palabra se encuentra en una tragedia de Racine, en la cual aparece un rey de Comagina, amante de una reina, célebre por su hermosa y abundante cabellera, y sin duda por lisonja, dió á su reino ese nombre alusivo. Como los grandes

genios tienen entendimiento, descienden hasta los menores detalles.)

El joven Popinot permanecía serio escuchando esta inoportuna divagación que le dedicaba su principal, teniéndolo por hombre ilustrado.

— ¡Anselmo! vas á servirme para fundar una casa de comercio, un almacén de drogas, en gran escala, en la calle de los Lombardos, dijo Birotteau. Seré tu asociado secreto, te adelantaré las cantidades que necesites. Después del aceite de avellanas, intentaremos la esencia de vainilla, el espíritu de menta. En fin, haremos una revolución en la droguería, vendiendo sus productos concentrados, en vez de venderlos al natural. Joven ambicioso, ¿estás contento?

Anselmo no podía responder, tan impresionado estaba; pero sus ojos, llenos de lágrimas, respondieron por él. Este ofrecimiento le parecía dictado por una indulgencia paternal que le gritaba: « Procura ser digno de Cesarina, enriqueciéndote y acreditándote.»

— ¡Señor, respondió, al fin, tomando la emoción de Birotteau por asombro, yo también prosperaré!

— Ahí tienes cómo soy, exclamó el perfumista; con lo dicho, basta. Podrá ser que no logres casarte con Cesarina; pero siempre habrás conseguido hacer fortuna. ¿Qué te ocurre?

— Dejádme confiar en que, logrando lo uno, conseguiré lo otro.

— No puedo quitarte la esperanza, amigo mío, dijo Birotteau, comovido por la emoción de Anselmo.

— Pues bien, señor, ¿puedo desde hoy dar pasos para encontrar una tienda, á fin de empezar lo antes posible?

— Sí, hijo mío. Mañana iremos á encerrarnos los dos en la fábrica. Antes de ir hoy á la calle de los Lombardos, pasarás por casa de Livingston, para saber si mi prensa hidráulica podrá funcionar mañana. Esta tarde iremos á la hora de comer á casa del ilustre y bondadoso señor Vauquelin, para consultarle. Este sabio se ha ocupado muy recientemente del análisis de los cabellos; ha investigado acerca de la substancia que los colora, de dónde provenía, cuál era la contextura de los cabellos. En esto estriba todo, Popinot. Conocerás mi secreto, y no se tratará más que de explotarlo con inteligencia. Antes de ir á casa de Livingston, pásate por casa de Pieri Benard. Hijo mío, el desinterés del señor Vauquelin es una de las grandes amarguras de mi vida: es imposible hacerle aceptar nada. Felizmente averigüé por Chiffreville, que deseaba una *Virgen* de Dresde, grabada por un tal Muller, y después de dos años de gestiones en Alemania, Benard ha encontrado una copia en papel de China, uno de los primeros ejemplares: cuesta mil quinientos francos. Hoy, nuestro bienhechor, la verá en su antesala cuando salga á despedirnos, porque ya deben tener hecho el marco; luego irás á enterarte. Así, conseguiremos que se acuerde de nosotros, de mi mujer y de mí, porque de nuestro agradecimiento no hay que hablar; hace diez y seis años que pedimos á Dios por él todos los días. No le olvidaré nunca; pero,

Popinot, engolfados en la ciencia, los sabios olvidan todo, mujer, amigos, protegidos. A nosotros, nuestra escasa inteligencia nos permite, al menos, tener corazón. Esto consuela de no ser un hombre de genio. Los señores de la Academia son todo cerebro, ya verás; no los encontrarás nunca en una iglesia. El señor Vauquelin está siempre en su gabinete ó en su laboratorio; llevo á creer que piensa en Dios, analizando sus obras. Ya todo está resuelto: pongo el capital necesario y te confío mi secreto; partiremos las ganancias, y no es preciso hacer ningún documento. Una vez logrado el éxito, arreglaremos cuentas. Corre, muchacho, yo me voy á mis negocios. ¡Ah! oye, Popinot: dentro de veinte días daré un gran baile; mándate hacer un frac, y preséntate como un comerciante bien acomodado.

Este último rasgo de bondad emocionó de tal modo á Popinot que, cogiendo la gruesa mano de César, la besó. El buen hombre había hecho feliz al enamorado con esta confidencia, y las gentes enamoradas son capaces de todo.

— ¡Pobre muchacho! dijo Birotteau, viéndole correr por las Tullerías; ¡si Cesarina le amase! pero es cojo, ¡tiene los cabellos de color de cobre, y las muchachas son tan singulares! No creo que Cesarina... Y además, su madre quiere casarla con un notario. Alejandro Crottat será muy pronto rico; la riqueza todo lo hace llevadero, mientras que no hay dicha que no sucumba á la escasez. En fin, he resuelto dejar á mi hija en libertad, á no ser que se le ocurriese una locura.

El vecino de Birotteau era un tendero que vendía paraguas, sombrillas y bastones, llamado Cayron, oriundo del Mediodía, y cuyos negocios eran bastante desgraciados; Birotteau le había servido en diferentes ocasiones. Cayron no deseaba otra cosa que reducirse á la tienda y ceder al rico perfumista las dos piezas del primer piso, disminuyendo así los alquileres.

— Bravo, vecino, le dijo familiarmente Birotteau, entrando en casa del vendedor de paraguas, mi mujer está conforme en que aumentemos nuestra habitación. Si queréis, iremos á casa del señor Molineux á las once.

— Mi querido señor Birotteau, replicó el vendedor de paraguas, nada os he pedido jamás por esta cesión; pero sabéis que un buen comerciante debe hacer que todo le valga dinero.

— ¡Diablo! ¡diablo! respondió el perfumista. No puedo tirar muy de largo y no sé aún si mi arquitecto, á quien espero, creará la cosa factible. «Antes de hacer nada, me dijo, sepamos si los pisos están á nivel. Además, es menester que el señor Molineux nos permita rasgar el muro, ¿es de medianería?» Tengo además que arreglar la escalera de mi casa. Son muchos gastos; no quiero arruinarme.

— ¡Oh, señor! dijo el meridional. Cuando vos estéis arruinado, se habrá juntado el cielo con la tierra y tendrán hijos.

Birotteau se acarició la barba, se puso de puntillas, y se dejó caer luego sobre sus talones, sonriendo, satisfecho.

— Además, replicó Cayron, sólo pido que me toméis estos valores...

Y le presentó una pequeña factura de cinco mil francos que contenía diez y seis documentos.

— ¡Ah! dijo el perfumista hojeando los documentos: pequeños pagarés; dos meses, tres meses...

— Tomádmelos á seis por ciento, dijo el vendedor con una expresión humilde.

— ¿Soy usurero por ventura? dijo el perfumista con tono de reconvencción.

— ¡Dios mío! señor, he estado en casa de vuestro antiguo dependiente de Tillet; dijo que no tomaría pagarés á ningún precio, sin duda porque sabe que yo estoy necesitado, y para darme lo menos posible.

— No conozco estas firmas, dijo el perfumista.

— ¡Hay nombres tan extraños en el comercio de bastones y paraguas! son de ambulantes.

— No me comprometo á tomarlo todo; me quedaré con los vencimientos más próximos.

— Por mil francos que hay á cuatro meses no me dejéis en manos de los canallas que nos roban la mayor parte de los beneficios; tomadlo todo, señor. No puedo recurrir al descuento, no tengo ningún crédito, esto es lo que nos mata.

— Vamos, acepto vuestros pagarés; Celestino ajustará la cuenta. A las once estad dispuesto... Ya viene mi arquitecto, el señor Grindot, añadió el perfumista, viendo llegar al joven á quien había citado el día antes en casa del señor de la Billardiére.

— Contra la costumbre de los hombres de talento, sois exacto, señor, le dijo César, desplegando sus más galantes figuras mercantiles. Si la exactitud, según dijo un rey, hombre de talento y gran político, es la cortesía de los reyes, es también la fortuna de los comerciantes. El tiempo, el tiempo es oro, sobre todo para los artistas. La arquitectura es la reunión de todas las artes; me permito decirlo así... No pasemos por la tienda, añadió, indicándole la puerta de su casa.

Cuatro años antes, el señor Grindot había obtenido el *premio de honor* de arquitectura; volvía de Roma, después de una estancia de tres años á costa del Estado. En Italia, el joven artista pensaba en el arte; en París, pensaba en la fortuna. El gobierno solamente puede dar los millones necesarios á un arquitecto para edificar su gloria; volviendo de Roma, es tan natural creerse un Fontaine ó un Percier que todo arquitecto ambicioso se inclina al ministerialismo: el pensionado liberal, convertido en monárquico, trataba de hacerse proteger por los personajes influyentes. Cuando un *premio de honor* discurre así, sus compañeros le llaman intrigante. El joven arquitecto podía elegir entre dos resoluciones: servir al perfumista ó explotarle. Pero Birotteau, teniente alcalde y futuro poseedor de la mitad de los terrenos de la Magdalena, alrededor de la cual, más pronto ó más tarde, se construiría un hermoso barrio, era un hombre á quien se debía agradar. Grindot sacrificó, pues, las ganancias presentes á los beneficios del porvenir. Escuchó tranquilamente los

planes, los dicharachos, las ideas de uno de esos burgueses, blanco constante de los ataques y de las bromas de los artistas, objeto eterno de su desprecio, y atendió al perfumista, aprobando sus proyectos con un movimiento de cabeza. Cuando el perfumista lo había explicado todo, el joven arquitecto trató de resumir, á su manera, el plan :

— Tenéis tres huecos de fachada que se abren sobre la calle, además el que ahora corresponde al descansillo y otros dos que tomaréis de la casa próxima. Desviando la escalera para unir todas las habitaciones de delante, os quedarán seis huecos de fachada.

— Me habéis entendido perfectamente, dijo el perfumista admirado.

— Para realizar vuestro plan es menester dar luz á la nueva escalera, que será interior, por una claraboya, y hacer la portería en la base.

— ¿En la base?

— Sí, debajo del primer tramo.

— Comprendo, señor.

— En cuanto á vuestras habitaciones, dejadme en libertad para distribuirlas y decorarlas á mi gusto. Quiero hacer una obra digna.

— ¡Digna! habéis acertado con la palabra.

— ¿De cuánto tiempo puedo disponer para los trabajos?

— De veinte días.

— ¿Cuánto queréis gastar? dijo Grindot.

— Pero ¿á qué pueden ascender estas reparaciones?

— Un arquitecto presupuesta una construcción nueva, casi al céntimo, respondió el joven, pero como yo no sé cómo se da gusto á un burgués... — dispensadme, caballero, la palabra se me ha escapado, — debo preveniros que es imposible presupuestar las restauraciones y composturas. Difícilmente en ocho días llegaría á hacer un cálculo aproximado. Concededme vuestra confianza: tendréis una hermosa escalera, con luz cenital y con un precioso vestíbulo. Haremos una pequeña portería. Vuestras habitaciones serán estudiadas, restauradas con primor. Sí, caballero, me preocupa el arte y no la ganancia. ¿No me conviene, ante todo, que se hable de mí? Según mi opinión, el mejor medio es no regatear á los proveedores y comprar buenos materiales á buen precio.

— Con tales ideas, joven, dijo Birotteau con tono protector, haréis una obra magnífica.

— Así pues, replicó Grindot, tratad directamente con vuestros albañiles, pintores, cerrajeros, carpinteros, ebanistas. Yo me encargo de revisar sus presupuestos. Concededme sólo dos mil francos de honorarios que será un dinero bien empleado, dejadme las habitaciones desocupadas mañana á medio día y enviadme obreros.

— ¿A cuánto puede ascender el gasto, poco más ó menos? preguntó Birotteau.

— Diez ó doce mil francos, dijo Grindot. Pero no incluyo en esta suma el mobiliario que, sin duda alguna, renovaréis. Me daréis las señas de vuestro tapicero; he de entenderme con él para escoger los colores, á fin de hacer una cosa de buen gusto.

— El señor Braschon, calle de San Antonio, recibió ya órdenes mías, dijo el perfumista dándose aires de gran señor.

El arquitecto escribió las señas en uno de esos libritos de memorias que proceden casi siempre de una mujer bonita.

— Vamos, dijo Birotteau, confío en vos, caballero; únicamente será necesario arreglar antes la cesión de las habitaciones inmediatas y obtener permiso del dueño para abrir la comunicación.

— Avisadme luego por escrito, dijo el arquitecto. Pasaré la noche dibujando los proyectos. De todos modos, voy á tomar las medidas, las alturas, la dimensión de las paredes y la situación de las ventanas.

— Estará la obra corriente para el día indicado, ó no hay nada de lo dicho.

— Es preciso, respondió el arquitecto. Los obreros trabajaran día y noche, emplearán procedimientos para secar las pinturas; guardaos de que os engañen los contratistas. Ajustadlos primero, y haced que conste lo convenido.

— París es el único pueblo del mundo donde pueden hacerse tales milagros, dijo Birotteau, con un gesto asiático digno de *las Mil y una Noches*. Me honraréis asistiendo á mi baile, señor. No todos los hombres de talento desdeñan al comercio, y veréis, sin duda alguna, á un sabio de primér orden: al señor Vauquelin, de la Academia de Ciencias; además al señor de la Billardiére, al señor conde de Fontaine, al presidente del tribunal de comercio y á sus magistrados, al señor conde de Granville, del Con-

sejo de Estado; al señor Popinot, juez de primera instancia; al señor Camusot, del tribunal de comercio, y al señor Cardot, su suegro... en fin, acaso al señor duque de Lenoncourt, primer gentilhombre de cámara del rey. Reuno algunos amigos, tanto... para celebrar la liberación del territorio... como para festejar mi... entrada en la orden de la Legión de honor.

Grindot hizo un gesto singular.

— Acaso... me hice acreedor á esta... consideración... y... real... favor por haber formado parte del tribunal consular, y combatiendo por los Borbones en la jornada de San Roque el 13 vendimiario, en que fui herido por Napoleón. Estos títulos...

Constanza, en traje de mañana, salió de la alcoba de Cesarina, donde se había vestido; al verla se paralizó completamente la verbosidad de su marido, que buscaba el modo más natural de contar con modestia sus prosperidades.

— Mira, mujercita mía, vino el señor de Grindot, joven distinguido y de mucho talento. Es el arquitecto que nos ha recomendado el señor de la Billardiére para dirigir nuestras *pequeñas* obras aquí.

El perfumista procuró evitar la mirada de su mujer para hacer una seña al arquitecto, poniendo un dedo sobre sus labios al pronunciar la palabra *pequeñas*, y el artista lo comprendió.

— Constanza, este señor se queda aquí tomando las medidas, las alturas. Yo no puedo aguardar dijo Birotteau.

Y se fué precipitadamente á la calle.



— ¿Costará esto mucho? dijo Constanza al arquitecto.

— No, señora, seis mil francos aproximadamente...

— ¡Aproximadamente! exclamó la señora Birotteau. Caballero, ruego que no empiecen nada sin tener un presupuesto exacto y todos los ajustes firmados y todo previsto. Conozco las mañas de los señores contratistas: seis mil francos quiere decir veinte mil. No estamos en situación de hacer locuras. Atendedme, caballero, aunque mi marido sea dueño de su casa, tened en cuenta lo que os digo y dejadle tiempo para reflexionar.

— Señora, el señor teniente alcalde me advirtió que todo ha de quedar listo dentro de veinte días, y, si perdemos uno solamente, os exponéis á hacer el gasto sin conseguir el objeto.

— Hay gastos y gastos, dijo la hermosa perfumista.

— ¡Qué, señora! ¿Creéis que es una gran gloria para un arquitecto que aspira á construir monumentos decorar una habitación? Sólo descendiendo á estas pequeñeces por servir al señor de la Billardière, y si os asusto...

Hizo intención de retirarse.

— Bien, bien, caballero, dijo Constanza, volviendo á entrar en la alcoba, donde apoyó la cabeza en el hombro de Cesarina. ¡Ah! hija mía, ¡tu padre se arruinará! ¡Ha tomado un arquitecto que gasta bigote y perilla, y que habla de construir monumentos! Echará la casa por la ventana para convertirla

en un Louvre. César nunca pierde tiempo cuando trata de hacer una locura; me habló anoche de su proyecto, y lo ejecuta ya de mañana.

— ¡Bah! mamita, déjale; Dios le ha protegido siempre, dijo Cesarina besando á su madre.

Y se puso á tocar el piano para demostrar al arquitecto que la hija de un perfumista no era refractaria á las bellas artes.

Al entrar el arquitecto en la alcoba, quedó asombrado, confuso, ante la belleza de Cesarina. Recién salida de su tocador, en traje de mañana, Cesarina, fresca y sonrosada como lo es una mujer á los diez y ocho años, rubia y esbelta, con ojos azules, ofrecía á la mirada del artista esa elasticidad, tan rara en Paris, que hace resaltar las carnes más delicadas, y matiza un color adorable para los pintores, el azul de las venas, cuyas ramificaciones transparente la blancura de la tez. Aunque viviendo en la linfática atmósfera de una tienda parisiense, donde el aire se renueva difícilmente, donde penetra poco el sol, sus costumbres le ofrecían los beneficios de la vida al aire libre de una transtiberina de Roma. Su abundante cabello, fuerte como el de su padre y recogido de modo que dejaba ver un cuello bien formado, caía en bucles muy bien hechos como llevan todas las señoritas de tienda, á las cuales el deseo de agradar inspira las minuciosidades más inglesas en lo que se refiere al tocado. La hermosura de aquella encantadora muchacha no era ni la de una lady, ni la de las duquesas francesas, pero sí la sólida y rubia de las flamencas de Rubens. Cesa-

rina tenía la nariz arremangada como su padre, pero bonita, por la delicadeza de su forma semejante á las narices esencialmente francesas, que reprodujo con tanto acierto Largillière. Su piel, como un tejido apretado y suave, anunciaba la vitalidad de una virgen. Tenía la hermosa frente de su madre, pero iluminada por la serenidad de una criatura libre de cuidados. Sus ojos azules, inundados de luz, expresaban la encantadora ternura de una rubia. Si la felicidad no daba á su cabeza esa poesía que los pintores ponen con frecuencia en las mujeres, presentándolas demasiado pensativas, en cambio la vaga melancolía física que sienten las jóvenes cuando no se han separado jamás de la tutela maternal la realizaba con atractivo encanto. A pesar de la delicadeza de sus formas, era de constitución robusta; sus pies acusaban el origen aldeano de su padre, y algo la perjudicaba este defecto de raza, como también el color encendido de sus manos, signo de una vida puramente burguesa. Debía llegar más ó menos pronto á la gordura. Viendo en la tienda algunas jóvenes elegantes, había conseguido adquirir buen gusto en el tocado y en algunos movimientos de cabeza, en su manera de hablar ó de moverse, que resultaban propios de una mujer elegante, trastornando y enloqueciendo á todos los parroquianos y á los dependientes, á los cuales parecía muy distinguida. Popinot había jurado no tener jamás por esposa otra mujer que Cesarina. Esta rubia espiritual, que parecía no resistir una mirada, pronta á anegarse en lágrimas por una palabra de

reproche, podía sólo infundirle un sentimiento de superioridad masculina. Esta encantadora criatura inspiraba el amor, sin dejar tiempo de pensar en si tendría bastante ingenio para hacerlo durable; pero ¿á qué conduce lo que llaman en París ingenio, tratándose de gentes entre las cuales los elementos principales de la dicha son la cordura y la virtud? En lo moral, Cesarina era lo mismo que su madre, un poco más perfeccionada por los primores de la educación: le agradaba la música, dibujaba al lápiz la *Virgen de la Silla*, leía las obras de las señoras Cottin y Riccoboni, las de Bernardino de Saint-Pierre, de Fenelon, de Racine. No estaba como su madre en la tienda más que algunos momentos antes de sentarse á la mesa ó para reemplazarla en raras ocasiones. Su padre y su madre, como todos los advenedizos afanosos de procurarse la ingratitud de sus hijos haciéndoles superiores á ellos, se complacían en endiosar á Cesarina, que, felizmente, tenía las virtudes de la clase media y no abusaba de su debilidad.

La señora Birotteau miraba al arquitecto con expresión inquieta y curiosa, viendo con terror y mostrando á su hija los movimientos caprichosos del metro — la medida que usan los arquitectos y los contratistas — con el cual Grindot tomaba sus datos. Parecíanle aquellas aplicaciones de la varita mágica un conjuro que anunciaba grandes males; hubiera querido las paredes menos altas, las habitaciones más pequeñas, y no se atrevía á preguntar al joven acerca de los resultados de sus brujerías.

— Estad tranquila, señora, no me llevaré nada, dijo el artista sonriendo.

Cesarina no pudo contener la risa.

— Caballero, dijo Constanza con voz suplicante sin notar siquiera el *quid pro quo* del arquitecto; buscad la economía, y más tarde podremos recompensároslo...

Antes de ir á ver al señor Molineux, dueño de la casa inmediata, César quiso recoger en el despacho de Roguin la escritura privada que Alejandro Crottat debía tener extendida para esta cesión de arrendamiento. Al salir Birotteau, estaba de Tillet asomado á la ventana del gabinete de Roguin. Aunque la intimidad de su antiguo dependiente con la mujer del notario justificaba su presencia á cualquiera hora en aquella casa, pensando en que se hacían entonces los convenios relativos á los terrenos, Birotteau se inquietó, á pesar de su extrema confianza. La expresión animada de Tillet hacía sospechar que había discutido con bastante calor.

— ¿Andará en el negocio? se preguntó instintivamente, animado por su prudencia comercial.

La sospecha desapareció como un relámpago. Levantando la cabeza, vió á la señora Roguin, y entonces creyó muy natural la presencia del banquero.

— Sin embargo, ¿tendrá razón Constanza? pensó. ¡Seré tonto para dar oídos á las cavilaciones de las mujeres! Iré luego á decírselo al tío. Del patio Batave, donde vive el señor Molineux, á la calle Bourdonnais, no hay más que un paso.

Un observador desconfiado, un comerciante que en su carrera hubiese tropezado con algunos cuantos bribones, se hubiera puesto en salvo; pero los antecedentes de Birotteau, la incapacidad de su entendimiento, poco adecuada para discurrir de deducción en deducción hasta llegar al descubrimiento de las causas, como lo hace un hombre superior, todo estaba contra él. Encontró al paragüero vestido de etiqueta, y se iban los dos á visitar al dueño de la casa, cuando Virginia, su cocinera, le detuvo cogiéndole de un brazo:

— Señor, la señora no quiere que os vayáis ahora...

— ¡Vamos, exclamó Birotteau, siempre las preocupaciones femeninas!

— ... Sin tomar la taza de café que tenéis preparada.

— ¡Ah! ¡es verdad! Vecino, dijo Birotteau á Cayron, tengo tantas cosas en la cabeza que no tomo en cuenta mi estómago. Haced el favor de adelantaros; nos encontraremos en la puerta del señor Molineux, en caso de que no subáis para explicar el negocio mientras yo llego. Así perderíamos menos tiempo.

El señor Molineux era un modesto propietario estrambótico, de un tipo que sólo existe en París, como ciertos líquenes no se producen más que en Islandia. La comparación es tanto más justa, cuanto que este hombre pertenecía á una naturaleza mixta, á un reino animal-vegetal, que otro Mercier podría clasificar entre los criptógamos que brotan,

florecen y mueren en, sobre ó bajo los muros yesosos de las muchas casas extrañas y malsanas donde estos seres habitan con preferencia. A primera vista, esa planta humana umbelífera, visto el casquete azul en forma de tubo que la coronaba, el tallo envuelto en un pantalón verdoso, las raíces bulbosas, cubiertas con zapatos de orillo, presentaba una fisonomía descolorida y vulgar que, ciertamente, no acusaba nada de venenoso. En ese raro producto hubierais reconocido al accionista por excelencia, creyendo en todas las noticias que la prensa da, y que responde á todo diciendo: « ¡ Leed el periódico ! » El burgués esencialmente amigo del orden y siempre en rebelión moral contra el poder, al cual, sin embargo, obedece siempre; criatura débil en conjunto y feroz en detalle; insensible como un escribano cuando se trata de su derecho, y dando pamplina á los pájaros y espinas al gato; interrumpiendo un contrato de inquilinato para enseñar unos trinos á un canario; desconfiado como un carcelero, pero aportando su dinero para cualquier negocio ilícito y tratando entonces de indemnizarse con torpe avaricia. La malevolencia de esa planta híbrida sólo se revelaba en el trato; para experimentar su nauseabundo amargor, requería el conocimiento de un comercio cualquiera, en el cual sus intereses se encontrasen mezclados con los de los hombres. Como todos los parisienses, Molineux experimentaba un deseo de dominar, aspiraba á esa parte de soberanía más ó menos considerable ejercida por cualquiera, hasta por un portero, sobre mayor ó menor

número de víctimas, hijos, mujer, inquilinos, dependientes, caballo, perro ó mono, á los cuales se les hacen tragar, de rechazo, las mortificaciones recibidas en la esfera superior á que se aspira. Este viejecillo fastidioso no tenía ni mujer, ni hijos, ni sobrinos; trataba con excesiva aspereza á su criada, un burro de carga que evitaba todo rozamiento, atendiendo cuidadosamente á sus obligaciones. Sus ansias de tiranía veíanse, por esta parte, defraudadas; para satisfacerlas, había estudiado detenidamente las leyes sobre los contratos de inquilinato y sobre las medianerías; había profundizado la jurisprudencia que rige las casas de París, servidumbres, impuestos y tributos, limpiezas y colgaduras el día de Corpus, desagües, iluminación, salientes sobre la vía pública, y proximidad de establecimientos insalubres. Sus recursos y su actividad, todo su entendimiento, los empleaba en mantener su condición de casero en pie de guerra; había hecho de ello una distracción, y ésta se había convertido en monomanía. Le gustaba protegerse como ciudadano contra los abusos de la ilegalidad; pero, siendo muy pocos los motivos de queja, su pasión había concluído por arremeter contra sus inquilinos. Un inquilino era para él su enemigo, su inferior, su víctima, su feudo; creía tener derecho á que le respetasen, y consideraba grosero al que pasaba por su lado en la escalera sin decirle alguna cosa. El mismo extendía los recibos y los enviaba á las doce el día del vencimiento. El contribuyente moroso recibía un aviso á hora fija Des-

pués, el embargo, los gastos, todo el cortejo judicial iba inmediatamente con la rapidez de lo que el verdugo llama *la mecánica*. Molineux no concedía treguas ni prórrogas; su corazón estaba encallecido en punto á alquileres.

— Os prestaré dinero si lo necesitáis, decía á un hombre solvente, pero pagadme el alquiler; cualquiera retraso me ocasiona una pérdida de intereses de que la ley no me indemniza.

Después de un detenido examen de la manera de ser de los inquilinos que se sucedían contradiciendo las prácticas de sus antecesores, ni más ni menos que las dinastías, llegó á otorgarse un código, y lo observaba religiosamente. Desde luego, el vejete no hacía nunca reparaciones; según él, ninguna chimenea estaba sucia, sus escaleras brillaban de limpias, sus techos eran blancos, sus cornisas irreprochables, sus suelos inflexibles sobre las viguetas; las pinturas en buen estado, los cerrojos nunca tenían más de tres años, no faltaba ningún cristal, no había requebrajaduras ni ladrillos rotos, hasta que un inquilino se despedía, y entonces, antes de recoger las llaves, lo examinaba todo, acompañado de un cerrajero, de un pintor, de un vidriero, personas muy tolerantes, según él decía. El que tomaba un cuarto estaba autorizado para hacer mejoras en él, pero si el imprudente restauraba su habitación, el viejo Molineux pensaba noche y día en la manera de deshauciarle, para disponer á su gusto de su habitación recién decorada; le acechaba, procurando tener ocasión para entablar lo antes posible la serie de sus malos procedimientos.

Conocía todas las triquiñuelas de la legislación parisiense en cuanto se refiere á contratos. Redactaba cartas cariñosas y corteses á sus inquilinos; pero en el fondo de su estilo como bajo su semblante frío y obsequioso, se ocultaba el alma de Shylock. Exigía siempre seis meses adelantados y un sinnúmero de espinosas condiciones que había inventado. Compraba si las habitaciones estaban alhajadas con muebles suficientes para responder al alquiler. Cuando se presentaba un nuevo inquilino, le sometía á una serie de interrogatorios, porque no transigía con ciertas profesiones: el más pequeño martillo le horrorizaba. Además, cuando era menester hacer un arrendamiento, guardaba el contrato y lo depuraba durante ocho días, temiendo á lo que él llamaba los *etcéteras* del notario. Aparte de su condición de casero, Juan Bautista Molineux parecía bueno, servicial; jugaba al boston sin quejarse cuando perdía, reía con lo que hace reír á los burgueses, hablaba de lo que ellos hablan, de los actos arbitrarios de los panaderos que tenían la desvergüenza de robar en el peso, de las connivencias de la policía, de los diez y siete heroicos diputados de la izquierda. Leía *el Buen Sentido* del cura Meslier, iba á misa, no pudiendo elegir entre el deísmo y el cristianismo; pero cuando le pedían para la iglesia, razonaba mucho, tratando de sustraerse á las pretensiones invasoras del clero. El infatigable demandante escribía entonces á los periódicos acerca de aquel asunto cartas que no insertaban y que dejaban sin contestación. En fin, parecía un apreciable burgués que arroja al

fuego solemnemente su haz de leña en la noche de Navidad, echa los estrechos, inventa bromas para el 1.º de abril, recorre los bulevares si el tiempo está bueno, va á ver patinar y acude muy temprano al terraplén de la plaza Luis XV los días de fuegos artificiales, con un pedazo de pan en el bolsillo, para estar en *primera fila*.

El patio Batave, donde vivía este vejete, es el resultado de una de esas extrañas especulaciones de las que no podemos darnos cuenta hasta que ya están realizadas. Esa construcción claustral, con arcos y galerías interiores contruidos de piedra labrada, provista de una fuente en el fondo, una fuente que abre su boca de león no tanto para dar agua como para pedirla á todos los transeuntes, fué sin duda proyectada para dotar al barrio San Dionisio de una especie de Palais-Royal. Ese edificio malsano, enterrado por sus cuatro costados entre casas altas, no tiene vida y movimiento más que de día, está en el centro de pasadizos oscuros que se reúnen allí, uniéndolo el barrio de los Mercados con el de San Martín, por la célebre calle de Quincampoix, veredas húmedas, donde las gentes pobres adquieren reumatismos; pero de noche ningún sitio de París está más desierto: parece las catacumbas del comercio. Hay allí muchas cloacas industriales, y no pocas tiendas de comestibles. Naturalmente, las habitaciones de este palacio de mercaderes no tienen otras vistas que las del patio central del que toman luz todas las ventanas, de manera que los alquileres son de poco precio. El señor Molineux vivía en uno de

sus ángulos, en el sexto piso, por motivos de salud; el aire apenas empezaba á ser respirable allí, á setenta pies sobre el nivel de la calle. Desde aquellas alturas, el viejecillo disfrutaba del aspecto encantador de los molinos de Montmartre, paseando por la cornisa, donde cultivaba flores contraviniendo las ordenanzas de policía relativas á los jardines suspendidos de la moderna Babilonia. Su vivienda se componía de cuatro habitaciones. Al entrar, una indecorosa desnudez revelaba en seguida la avaricia del hombre; en la antesala, seis sillas de paja, una estufa de barro y las paredes cubiertas de papel verde botella, cuatro grabados adquiridos en subastas; en el comedor, dos aparadores, dos jaulas con pájaros, una mesa cubierta con un hule, un barómetro, una ventana rasgada hasta el suelo, que le permitía salir á los jardines suspendidos, y sillas de caoba con mullido de crin; la sala tenía visillos de vieja seda verde, un mueble de madera pintado de blanco y forrado de terciopelo de Utrecht verde. La alcoba del viejo solterón tenía muebles del tiempo de Luis XV, destrozados por un largo uso, y en los cuales una mujer vestida de blanco hubiera temido mancharse. Su chimenea estaba adornada con un reloj de columnas que sostenían un cuadrante sobre el cual una Palas blandía su lanza: un mito. El pasillo estaba obstruido con platos llenos de sobras de comida para los gatos. Sobre una cómoda de palo rosa un retrato al pastel (Molineux en su juventud). Además, libros, mesas donde se veían innobles carpetas verdes; sobre una consola, los canarios disecca-

dos; en fin, una cama tan humilde que parecía la de un carmelita.

César Birotteau quedó encantado de la extremada cortesía de Molineux, á quien encontró vestido con una bata de muletón gris, calentando en un hornillo de hojalata, sobre un rincón de la chimenea, un poco de leche y agua de borrajas, que cocía en un pucherito de barro y echaba á pequeñas dosis en su cafetera. Para que no se molestase su casero, el vendedor de paraguas había ido á abrir la puerta á Birotteau. Molineux guardaba gran consideración á los alcaldes y tenientes alcaldes de la villa de París á los que llamaba *sus oficiales municipales*. Á la vista del magistrado, permaneció de pie con el casquete en la mano, hasta que el gran Birotteau se hubo sentado.

— No, señor... Sí, señor... ¡Ah! señor. Si hubiera sabido que iba á tener el honor de recibir en el seno de mis modestos lares á un miembro de la corporación municipal de París, creed que me apresurara á veros en vuestro domicilio, como lo creo deber mio, á pesar de ser vuestro casero ó... estar á punto... de llegar á serlo...

Birotteau hizo un gesto para rogarle que se pusiera el casquete.

— No lo haré, no me cubriré hasta que no os vea sentado y os cubráis, si estáis constipado; mi cuarto es un poco frío, lo escaso de mis rentas no me permite más... Á vuestras órdenes, señor teniente alcalde.

Birotteau había estornudado buscando su con-

trato. Lo presentó, no sin decir, para evitar explicaciones, que el notario señor Roguin lo había redactado á sus expensas.

— Reconozco el talento del señor Roguin, cuyo nombre hace mucho tiempo es muy conocido en el notariado parisiense; pero tengo mis costumbres, hago á mi modo las cosas, manía bastante perdonable, y mi notario es...

— Pero nuestro asunto es tan sencillo, dijo el perfumista, acostumbrado á las prontas resoluciones de los comerciantes.

— ¡Tan sencillo! exclamó Molineux. Nada hay sencillo en materia de arrendamientos. ¡Ah! se conoce que no sois casero, señor, afortunadamente para vuestra tranquilidad. ¡Si supierais hasta dónde llevan los inquilinos la ingratitud, y cuántas precauciones nos vemos obligados á tomar! Mirad, caballero, tengo un inquilino...

Molineux relató, durante un cuarto de hora, cómo el señor Gendrin, dibujante, había burlado la vigilancia de su portero de la calle San Honorato. ¡El señor Gendrin había cometido infamias dignas de un Marat, dibujos obscenos que la policía toleraba, atendiendo á sus particulares connivencias! ¡Ese Gendrin, artista grandemente inmoral, llevaba á su habitación mujeres de mala vida, desacreditando así la casa! ¡Ocurrencia digna de un hombre que dibujaba caricaturas contra el gobierno! ¡Y por qué todas esas fechorías?... ¡Porque se le pedía su alquiler el día quince! Gendrin y Molineux iban á pleitear; pues, á pesar de no pagarla, el artista tuvo

la pretensión de seguir ocupando su habitación sin muebles. Molineux recibía anónimos en que Gendrin, sin duda, le amenazaba con asesinarle por la noche en las callejuelas que conducen al palacio Batave.

— Hasta el punto, caballero, dijo continuando, que el señor prefecto de policía, á quien he confiado mi difícil situación... (he aprovechado esta circunstancia para decirle algo sobre las modificaciones que deben introducirse en las leyes para evitar abusos) me ha autorizado el uso de unos pistoles para mi seguridad personal.

El vejete se levantó para ir á buscar sus pistoles.

— Aquí están, caballero, dijo.

— Pero, caballero, nada semejante podéis temer de mí, dijo Birotteau fijándose en Cayron, á quien sonrió dirigiéndole una mirada en la cual expresaba un sentimiento de conmiseración hacia semejante hombre.

Molineux sorprendió aquella mirada, y le molestó descubrir semejante intención en un teniente alcalde que debía proteger á sus administrados. Á cualquiera otro se lo hubiera perdonado, pero no se lo perdonaba á Birotteau.

— Caballero, replicóle con tono seco, un juez consular de los más considerados, un teniente alcalde, un ilustre comerciante no descenderá á estas pequeñeces, ¡porque son pequeñeces! Pero en el caso presenté hay que abrir una comunicación y ha de autorizarla vuestro casero, el señor conde de Granville; hay que estipular condiciones para ce-

rrar de nuevo la medianería al concluirse el arrendamiento; en fin, los alquileres son extremadamente módicos, y subirán, la plaza de Vendôme ganará, gana de día en día. ¡Se hace la calle de Castiglione! Me comprometo... me comprometo...

— Acabemos, dijo Birotteau estupefacto; ¿qué pretendéis? ¡Conozco bastante bien los negocios para adivinar que vuestros inconvenientes desaparecerán ante la razón superior, el dinero! ¿En cuánto lo calculáis?

— No pretendo nada que no sea justo, señor teniente alcalde. ¿Por cuánto tiempo haremos el arrendamiento?

— Por siete años, respondió Birotteau.

— En siete años, ¿qué no valdrá mi primer piso? exclamó Molineux. ¿Qué no producirán dos habitaciones amuebladas en aquel barrio? ¡Acaso más de doscientos francos al mes! ¡Me comprometo, me comprometo por un arrendamiento así! Subiremos el alquiler á mil quinientos francos. En ese precio consiento; quitaré las dos habitaciones á la casa del señor Cayron, aquí presente, dijo dirigiendo una mirada ambigua al vendedor, para dárselas en arriendo por siete años. Antes de abrirla medianería, obra que será, naturalmente, de cuenta vuestra, no exijo más que la venia del señor conde de Granville renunciando á toda clase de reclamaciones. Os comprometeréis á responderme de las consecuencias imprevistas que pudiera traer la abertura de la medianería, que no estaréis obligado á reparar, por lo que á mi concierne, pero me daréis como indemni-

zación inmediata quinientos francos; nadie tiene la vida comprada, y no quiero verme después obligado á ir detrás de nadie suplicando que arreglen la medianería.

— Esas condiciones me parecen casi justas, dijo Birotteau.

— Además, añadió Molineux, me entregaréis seiscientos cincuenta francos á toca teja, aplicables á los seis últimos meses de alquiler. ¡Oh! aceptaré pequeños pagarés, considerados como recibos de inquilinato, para no perder mi garantía, á la fecha que os agrade. Soy muy claro en mis negocios. Estipularemos que os obligáis á no hacer uso de la puerta que dá á mi escalera, y que la tapiaréis á cal y canto, por vuestra cuenta... Tranquilizaos, no pediré ninguna indemnización para su restablecimiento al finalizar el contrato; considero esto comprendido en los quinientos francos. Caballero, siempre me encontraréis justo.

— Nosotros los comerciantes no somos tan minuciosos, dijo el perfumista; no habría negocio posible con tales formalidades.

— ¡Oh! en el comercio es diferente, y sobre todo en la perfumería, donde todo va como un guante, dijo el vejete con una sonrisa displicente. Pero, caballero, en materia de alquileres en París, nada es indiferente. Mirad, tengo un inquilino en la calle Montorgueil...

— Caballero, dijo Birotteau, sentiría mucho retardar vuestro desayuno: ahí dejo los contratos, rectificadlos; todo lo que me habéis dicho es cosa

convenida; compromiso bajo nuestra palabra, hasta mañana que firmaremos, porque mañana mi arquitecto debe tener disponibles las habitaciones.

— Caballero, replicó Molineux mirando al vendedor de paraguas, hay un mes vencido, el señor Cayron no quiere pagarlo, lo incluiremos en los pagarés para que el arrendamiento sea de enero á enero. Esto es lo regular.

— Sea, dijo Birotteau.

— El cinco por ciento de portería...

— Pero, dijo Birotteau, si me priváis de la escalera, de la entrada, no es justo...

— ¡Oh! sois inquilino, dijo con voz perentoria el viejo Molineux, aferrado á sus principios, estáis obligado á pagar los impuestos de puertas y ventanas y á la parte que os corresponda en todos los tributos. Cuando todo está bien precisado, caballero, no hay ninguna dificultad. Os ensancháis mucho, señor; ¿los negocios prosperan?

— Sí, dijo Birotteau, pero el motivo es otro. Reuno algunos amigos, tanto para celebrar la redención del territorio, como para festejar mi nombramiento en la orden de la Legión de honor...

— ¡Ah! ¡ah! dijo Molineux, una recompensa bien merecida.

— Sí, dijo Birotteau, tal vez me haya hecho digno de esa condecoración y real favor, por haber pertenecido al tribunal de comercio y derramado mi sangre por los Borbones en la jornada de San Roque el 13 vendimiario; fui herido por Napoleón; estos títulos...

— Valen tanto como los de nuestros bravos soldados del viejo ejército. La insignia es roja, porque está empapada en sangre generosa.

Á estas palabras, tomadas de *el Constitucional*, Birotteau no pudo contenerse y acabó invitando para su fiesta á Molineux, que se deshacía en demostraciones de agradecimiento sintiéndose casi dispuesto á perdonarle su desdén. El viejo acompañó á su nuevo inquilino hasta la escalera, colmándole de cumplimientos. Cuando Birotteau se encontró en medio del patio Batave junto á Cayron miró á su vecino con expresión burlona.

— No creía yo que pudiera existir un hombre tan... minucioso, dijo, reteniendo en sus labios la palabra *tonto*.

— ¡Ah! señor, dijo Cayron, no todo el mundo tiene vuestro talento.

Birotteau podía creerse un hombre superior, comparándose con el señor Molineux; la respuesta del vendedor de paraguas le hizo sonreír, satisfecho, y saludó con actitudes regias.

— Ya que paso por el mercado, se dijo Birotteau, voy á comprar las avellanas.

Después de una hora de buscarlas, Birotteau, enviado por unas vendedoras del mercado á la calle de los Lombardos, donde se vendían las avellanas de la confitería, supo por sus amigos los Mafat, que *el fruto seco* no lo tenía en grandes partidas sino cierta señora Angélica Madou que vivía en la calle de Perrin-Gasselin, único establecimiento en que había las verdaderas avellanas

de Provenza y la verdadera nuez blanca de los Alpes.

La calle Perrin-Gasselin es uno de los senderos del laberinto estrechamente cerrado por el Malecón, la calle de San Dinisio, la calle de la Ferretería y la calle de la Moneda, y que es como el centro de la ciudad. Allí bullen un número infinito de comercios heterogéneos y mezclados, mal olientes y coquetones, el arenque y la muselina, la seda y las mieles, las mantecas y los tules, sobre todo muchas tiendecitas ignoradas en París, como ignoran los hombres lo que se cuece en su páncreas, y que tenían entonces por sanguijuela á un cierto Bidault, llamado Gigonnet, prestamista, que vivía en la calle de Grenétat. Á un lado, antiguas cuadras ocupadas por toneles de aceite, las cocheras llenas de millares de medias de algodón. Á otro lado, los depósitos de los géneros vendidos al por menor en los mercados. La señora Madou, antigua revendedora de pescado fresco, dedicada hacía diez años á las *frutas secas*, por cierta intimidación con el antiguo propietario de sus productos, dando que hablar durante mucho tiempo á toda la gente del mercado, era una belleza viril y provocadora, enterrada ya en su excesiva gordura. Habitaba el cuarto bajo de una casa amarillenta y ruinoso, pero sostenida en cada piso por cruces de hierro. El difunto había conseguido evitar competidores y convertir su comercio en monopolio: á pesar de algunos ligeros defectos de educación, su heredera podía continuarlo rutinariamente, yendo y viniendo de los almacenes que

ocupaban cocheras, cuabras y antiguos talleres, en donde cuidaba de destruir los insectos. Sin escritorio, ni caja, ni libros, porque no sabía leer ni escribir, contestaba á una carta estrujándola, porque la consideraba como un insulto. En lo demás, buena mujer, coloradota, poniéndose á la cabeza un pañuelo encima de la cofia, ganándose con su lenguaje brutal la estimación de los carreteros que le llevaban sus mercaderías y con los cuales acababan las disputas en una botella de vino blanco. No podía tener ninguna dificultad con los labradores que enviaban sus frutos, porque pagaba éstos al recibirlos, única manera de entenderse con ellos, y la señora Madou iba á verlos en verano. Birotteau descubrió á esa vendedora salvaje, rodeada de sacos de avellanas, castañas y nueces.

— Buenos días, mi querida señora, dijo Birotteau ligeramente.

— ¡Querida! respondió ella. ¡Eh! hijo mío, ¿me conoces, por haber tenido conmigo relaciones agradables? ¿Dónde aprendiste á *quererme* tan pronto?

— Soy perfumista y además teniente alcalde del segundo distrito de París; así, pues, como magistrado y como consumidor, tengo derecho á que uséis conmigo otros modales.

— Me caso cuando me place, sin ir á la alcaldía, dijo la marimacho; allí no gastan papel en mis asuntos. Respecto á ser consumidor, tampoco eso es cuenta: les hablo como quiero, y, si no les gusta, se van á otra parte.

— ¡He aquí las consecuencias del monopolio! murmuró Birotteau.

— Anatolio es mi ahijado, ¿habrá hecho alguna tontería? ¿Venís por su causa, mi respetable magistrado? dijo dulcificando la voz.

— No; tengo el honor de deciros que vengo en calidad de consumidor.

— Y bien, ¿cómo te llamas tú, muchacho? No te he visto aquí nunca.

— ¿Con esos modales debéis vender vuestras nueces baratas? dijo Birotteau, que dió su nombre y sus títulos.

— ¡Ah! ¿sois el famoso Birotteau, que tiene una mujer bonita? ¿Cuántas libras queréis de mis ricas avellanas, amor mío?

— Seis mil.

— Estas son todas las que tengo, dijo la vendedora, hablando como una flauta enronquecida. Mi querido señor, no sois de los perezosos para casar mozas y perfumarlas. Que Dios os bendiga, ya tenéis ocupación. Llegaréis á ser un buen parroquiano, y os llevará en el corazón la mujer que más yo quiero en el mundo...

— ¿Quién?

— Pues la señora Madou.

— ¿A cuánto las avellanas?

— Para vos, mi dueño, á veinticinco francos las cien libras, tomándolas todas.

— Veinticinco francos, dijo Birotteau, ¡mil quinientos francos! ¡Y necesitaré acaso cien millares de libras al año!

— Pero, ¡mirad, mirad qué deliciosa mercancía, van á cogerlas, descalzos! dijo, undiendo su brazo encarnado en un saco de avellanas. ¡Y no están hueras! mi querido señor. Pensad, pues, qué los tenderos de ultramarinos las venden á más de un franco la libra y con maulas. ¿Queréis que pierda en mi mercancía para daros gusto? Sois un guapo mozo; ¡pero no me habéis enamorado bastante aún para eso! Si necesitáis muchas, os las podré dar á veinte francos, por no disgustar á un teniente alcalde, ¡esto podría ser perjudicial para las novias! No entran cincuenta en la libra. Están llenas, no tienen gusanos.

— Vamos, enviadme seis mil libras por mil francos, y á noventa días, á la calle del arrabal del Temple, á mi fábrica, mañana, muy temprano.

— Nos daremos prisa, como si fuéramos á casarnos. Adiós, señor alcalde, no me guardéis rencor. Pero, si os es igual, dijo ella, siguiendo á Birotteau por el patio, prefiero los pagarés á cuarenta días, porque habéis hecho buena compra, ¡no puedo perder el descuento! Con esto se le ablandará el corazón al padre Gigonnet, nos chupa el alma como una araña chupa á una mosca.

— Pues bien; los pondremos á cincuenta días.

— ¡Ah! ¡cómo sabe, el condenado! exclamó la señora Madou, cualquiera le engaña con carantoñas. ¡Son esos cochinos de la calle de los Lombardos los que le han dicho esto! Aquellos lobos no saben más que devorar á los pobres *corderos*.

Aquel *cordero* tenía cinco pies de altura y tres

pies de diámetro; parecía un tonel, vestido de algodón rayado y sin cintura.

El perfumista, entregado á sus preocupaciones, meditaba, mientras recorría la calle de San Honorato, sobre su lucha con el aceite de Macassar; discurría sus etiquetas, la forma de sus botellas, calculaba la contextura del tapón, el color de los prospectos. ¡Y luego dicen que no hay poesía en el comercio! Newton no hizo más cálculos para su célebre binomio que Birotteau para la esencia *comagina*, porque el aceite se convirtió en esencia; el perfumista pasaba de una expresión á otra sin conocer su valor. Todas las combinaciones se agolpaban en su cerebro, y confundió aquella actividad en el vacío con la substancial acción del talento. Preocupado, pasó de la calle de Bourdonnais, y tuvo que retroceder al acordarse de su tío.

Claudio José Pillereault, en otro tiempo comerciante de quincalla, dueño de *la Campana de oro*, era una de esas fisonomías simpáticas por su equilibrio; trajes y costumbres, inteligencia y corazón, lenguaje y pensamiento, todo se armonizaba en él. Solo y único pariente de la señora Birotteau, Pillereault había reconcentrado todas sus afecciones en ella y en Cesarina, después de haber perdido, en el transcurso de su vida comercial, á su mujer y á su hijo, luego á un muchacho, al que protegía, hijo de su cocinera. Estas pérdidas crueles habían sumido al pobre hombre en un estoicismo cristiano, hermosa doctrina que animaba su vida y coloreaba sus últimos años con resplandores á la vez calientes y

fríos como los que doran las puestas del sol en invierno. Su cabeza, pequeña y aplastada, de aspecto severo, donde el amarillo y el negro estaban armoniosamente mezclados, ofrecía un evidente parecido á la con que los pintores simbolizan el Tiempo, pero vulgarizándolo, porque las costumbres de la vida comercial habían aminorado en él ese carácter monumental y áspero exagerado por los pintores, los estatuarios y los fundidores de relojes de sobremesa. De estatura mediana, Pillereault era más bien rechoncho que gordo; la naturaleza le había formado para el esfuerzo y la longevidad; sus anchuras acusaban una fuerte osamenta, porque era de temperamento seco sin emociones superficiales, pero no sin sensibilidad. Pillereault, poco persuasivo, como lo indicaba su actitud tranquila y su rostro inmóvil, tenía un sentimentalismo interior sin frases ni énfasis. Sus ojos, de pupilas verdes, con puntos negros, eran notables por una persistente brillantez. Su frente, arrugada por surcos rectos y amarillenta por el tiempo, era pequeña, estrecha, dura, cubierta por cabellos de un gris plateado, que siempre llevaba cortos. Su boca, de labios delgados, indicaba la prudencia y no la avaricia. La viveza de la mirada revelaba una vida morigerada. Por último, la honradez, el sentimiento del deber, una verdadera modestia, le servían de aureola, dando á su persona la expresión de una salud perfecta. Durante sesenta años había llevado la vida dura y sobria de un trabajador encarnizado. Su historia se asemejaba á la de César, menos en los acontecimientos felices. De-

pendiente hasta los treinta años, su capital estaba empleado en su comercio, mientras César invertía sus ahorros en papel del Estado; en fin, había sufrido lo que no es decible, sus azadones y sus hierros habían sido denunciados. Su carácter, prudente y reservado, su previsión y reflexión matemáticas habían contribuido á *su manera de trabajar*. La mayor parte de sus negocios se habían llevado á cabo bajo su palabra, y había tenido escasas dificultades. Observador como todas las personas reflexivas, estudiaba á las gentes, dejándolas hablar; solía rechazar con frecuencia proposiciones ventajosas admitidas por sus vecinos, que más tarde se arrepentían, diciendo que á Pillereault los bribones le daban en la nariz; prefería ganancias mínimas y seguras á esos golpes audaces que obligan á comprometer sumas de consideración. Vendía placas de chimenea, parrillas, morillos toscos, calderos de cobre y de hierro, azadones y utensilios de labrador. Esta parte del negocio, bastante molesta, exigía un trabajo mecánico excesivo. La ganancia no estaba en relación con el trabajo, había poco beneficio en estos utensilios pesados, difíciles de mover y de almacenar. Había clavado muchas cajas, había hecho muchos embalajes, había desembalado muchas mercancías y había descargado muchos carros. No puede haber fortuna ganada más noble, ni más legítima, ni más honradamente que la suya. Nunca encareció los artículos valiéndose de las ocasiones, ni corrió tras los negocios. En los últimos tiempos se le veía fumando su pipa delante de su puerta, mi-

rando á los transeúntes y viendo trabajar á sus dependientes. En 1814, época en que se retiró, su fortuna consistía, por de pronto, en setenta mil francos empleados en valores del Estado, que le producían más de cinco mil francos de renta; además tenía unos cuarenta mil francos, pagaderos en cinco años, sin interés, producto de sus existencias vendidas á uno de sus dependientes. Durante treinta años, haciendo anualmente ventas por valor de cien mil francos, había ganado el siete por ciento y gastaba en vivir la mitad de sus ganancias. Tal fué su balance. Sus vecinos, poco envidiosos de su mediocridad, alababan su prudencia sin comprenderla. En la esquina que forman la calle de la Moneda y la de San Honorato se encuentra el café David, adonde algunos viejos comerciantes iban, como Pillereault, por la tarde. Allí, alguna vez la adopción del hijo de la cocinera había sido objeto de algunas bromas, de esas que se dan á un hombre respetable, porque el quincallero inspiraba una estima respetuosa sin haberse esforzado por conseguirla; su correcto proceder le bastó. Así, cuando Pillereault perdió al pobre muchacho, asistieron más de doscientas personas al entierro, y todos le acompañaron hasta el cementerio. En aquella ocasión estuvo heroico. Su dolor, contenido como el de todos los hombres fuertes, sin ostentación, aumentó la simpatía del barrio, por aquel *hombre animoso*, frase dicha por Pillereault con un tono que ampliaba su sentido y lo ennoblecía. La sobriedad de Claudio Pillereault, convertida en costumbre, no

pudo doblegarse á los placeres de una vida ociosa; cuando al dejar el comercio, entró en ese reposo que tanto abate al burgués parisién, continuó su género de vida y animó su vejez con sus convicciones políticas que, dicho sea, eran las de la extrema izquierda. Pillereault pertenecía á ese partido obrero agregado por la Revolución á la burguesía. La única falta de su carácter era la importancia que daba á sus conquistas: estaba orgulloso de sus derechos, de la libertad, frutos de la Revolución; creía su bienestar y su consistencia política comprometidas por los jesuitas, cuyo secreto poder anunciaban los liberales, amenazados por las ideas que *el Constitucional* atribuía á MONSEÑOR. Era, sin embargo, consecuente con su vida, con sus ideas; su política no le inspiraba mezquinas pasiones; nunca injuriaba á sus adversarios, temía á los cortesanos, confiaba en las virtudes republicanas: se imaginaba á Manuel, prudente; al general Foy, grande hombre; á Casimiro Perier, sin ambición; á Lafayette, como un profeta político; á Courier, como hombre bondadoso. Acariciaba nobles quimeras. Aquel honrado viejo sentía el amor de la familia; iba á casa de los Ragon y á casa de su sobrina, á la del juez Popinot, á la de José Lebas y á la de los Matifat. En sus gastos personales no invertía más que mil quinientos francos, comprendidas todas sus necesidades. El resto de sus rentas, lo empleaba en obras caritativas y en regalos para Cesarina; convidaba á comer cuatro veces al año á sus amigos en casa de Roland, calle del

Azar, y los llevaba al teatro. Representaba el papel de los solterones, contra los que las mujeres casadas giran letras á la vista para sus caprichos: un día de campo, la ópera, la montaña rusa. Pillereault era entonces dichoso con el placer que proporcionaba, ensanchando su corazón con las alegrías de todos. Después de haber vendido sus existencias, no había querido abandonar el barrio donde todo le era ya conocido, y tomó en la calle de Bourbonnais una pequeña vivienda con tres habitaciones en un piso cuarto de una casa contigua. De igual modo que las costumbres de Molineux se reflejaban en su extraño mobiliario, la vida pura y sencilla de Pillereault se traslucía en la disposición interior de su casa, compuesta de una antesala, una sala y una alcoba. Por sus dimensiones, era la celda de un cartujo. La antesala, con el suelo rojo y brillante, no tenía más que una ventana adornada con cortinas de percal con guarniciones encarnadas, sillas de caoba y de badana encarnada, con clavos dorados; las paredes, revestidas de papel verde aceitunado y adornadas con *el Juramento de los americanos*, el retrato de Bonaparte, vestido de primer cónsul, y la *Batalla de Austerlitz*. La sala, decorada, sin duda, por el tapicero, tenía muebles amarillos con rosetones, una alfombra; sobre la chimenea, reloj y candelabros en bronce, sin dorar, una pantalla de pie, pintada, una consola, con un florero encerrado en campana de cristal, una mesa redonda cubierta con un tapete, y encima una licorera. El perfecto estado de aquella habitación cla-

ramente indicaba un sacrificio hecho en aras de las costumbres sociales por el viejo quincallero, que tenía visitas rara vez. En su alcoba, sencilla como la de un monje ó de un soldado viejo, — los dos hombres que aprecian mejor la vida — un crucifijo con pila de agua bendita á la cabecera de su cama, atraía los ojos. Esta profesión de fe de un republicano estoico conmovía profundamente. Una vieja iba á hacer la limpieza de la casa, pero como su respeto por las mujeres era tan grande, no le consentía que le embetunara los zapatos, y estaba abonado á un limpiabotas. Su traje era sencillito é invariable. Llevaba de ordinario un redingote y un pantalón de paño azul, un chaleco de Ruan, una corbata blanca y zapato bajo. Los días de fiesta se ponía un frac de botón dorado. Sus costumbres desde que se levantaba, su desayuno, sus salidas, su comida, sus reuniones y su regreso á casa eran caracterizadas por la más escrupulosa exactitud, porque la regularidad en las costumbres hace la vida larga y saludable. Nunca se hablaba de política entre César, los Ragon, el cura Loraux y él, porque las gentes de aquella sociedad se conocían demasiado para no descender al terreno del proselitismo. Como su sobrino y como los Ragon, tenía mucha confianza en Roguin. Para él, un notario de París era siempre venerable, imagen viva de la probidad. En el negocio de los terrenos, Pillereault se había entregado á un contraexamen que motivaba el calor con que César había combatido los presentimientos de su mujer.

El perfumista subió los setenta y ocho escalones que conducían á la puertecita del cuarto de su tío, pensando que el viejo debía sentirse muy joven para subirlos siempre sin quejarse. Vió la levita y el pantalón colgados en la percha de la antesala; la señora Vaillant los cepillaba y frotaba mientras aquel verdadero filósofo, envuelto en una bata de muletón gris, almorzaba junto á la chimenea, leyendo los debates parlamentarios en *el Constitucional* ó en el *Diario del Comercio*.

— Tío, dijo César, el negocio está concluído; van á formalizarse las escrituras; sin embargo, si tenéis algunos temores ó escrúpulos, todavía es tiempo de arrepentiros.

— ¿Por qué he de arrepentirme? El negocio es bueno, aunque de lejana realización, como todos los negocios seguros. Mis cincuenta mil francos están en el Banco; ayer me pagaron los últimos cinco mil francos del traspaso de mi tienda. En cuanto á los Ragon, ponen toda su fortuna.

— Y ¿cómo viven?

— No te preocupes: ¡viven!

— Tío, ya lo comprendo, los ayudáis, dijo Birotteau vivamente conmovido y estrechando las manos del virtuoso viejo.

— ¿Cómo se hará el negocio? preguntó bruscamente Pillereault.

— Yo tomaré tres octavas partes, vos y los Ragon un octavo; y acreditaré vuestra participación en mis libros hasta que se halle resuelta la cuestión de escrituras.

— ¡Bien! muchacho: muy rico debes estar cuando aportas al negocio trescientos mil francos. Creo que arriesgas demasiado en asuntos ajenos á tu industria. ¿No puede comprometer tus negocios esa aventura? Tú sabrás lo que haces. Si te ocurriera una desgracia, las rentas están hoy á ochenta, podría yo vender dos mil francos de consolidado. No lo olvides; si necesitaras recurrir á mí, sería disponer de la fortuna de tu hija, pues todo lo que tengo será para ella.

— ¡Tío! ¡de qué manera tan sencilla expresáis los sentimientos más hermosos! Vuestras palabras me conmueven.

— El general Foy me conmovió de bien distinta manera. En fin, bien está, concluyamos. Los terrenos no pueden escaparse: serán nuestros, aunque haya que esperar seis años; tendremos siempre algún producto; hay allí corrales y talleres que producen alquiler; no se puede perder nada. No hay más que un peligro, y lo considero imposible: Roguin no se alzarará con nuestros fondos...

— Sin embargo, mi mujer me lo decía esta noche; teme..

— ¿Llevarse Roguin nuestro dinero? dijo Pillereault riendo. ¿Y por qué?

— Ella supone que tiene muchos devaneos, y, como todos los hombres que no pueden agrandar á las mujeres, está rabiando por...

Después de haber dejado escapar una sonrisa de incredulidad, Pillereault fué á cortar una hoja de un cuaderno, escribió la cantidad y firmó.

— Toma: ahí va un cheque de cien mil francos contra el Banco, por la parte de Ragon y la mía. Esas pobres gentes han vendido al canallita de Tillet sus quince acciones de las minas Wortschin para completar la cantidad. ¡Ver en la desgracia personas tan buenas, oprime el corazón! ¡personas tan dignas, tan nobles, la flor de la antigua burguesía! Su hermano Popinot, el juez, no sabe nada de esto; le ocultan este asunto. Comerciantes que han trabajado como yo durante treinta años...

— Quiera Dios que el *aceite comagino* dé resultado, exclamó Birotteau, esto me haría doblemente feliz. Adiós, tío; iréis á comer el domingo á mi casa con los de Ragon, Roguin y el señor Claparon, porque lo firmaremos todo pasado mañana; mañana es viernes, no quiero hacer negocios en...

— ¡Tú, haciendo caso de supersticiones?

— Tío, no creeré jamás que el día en que el Hijo de Dios padeció la muerte por los hombres sea un día dichoso.

— Hasta el domingo, dijo bruscamente Pillereault.

— Si no fuese por sus ideas políticas, pensó Birotteau bajando la escalera, no se hallaría otro hombre tan bueno como mi tío. ¿Por qué le preocupará la política? ¡Estaría tan bien si no pensara nunca en ella! Su obcecación demuestra que no es un hombre perfecto... Las tres ya, dijo César entrando en su casa.

— Señor, ¿tomáis estos valores? le preguntó Celestino enseñándole los pagarés del vendedor de paraguas.

— Sí; al seis por ciento sin comisión... Mujercita mía, prepáralo todo para vestirme, voy á casa del señor Vauquelin, ya sabes para qué. Una corbata blanca sobre todo.

Birotteau dió algunas órdenes á sus dependientes; no vió á Popinot; comprendió que su futuro socio se estaba vistiendo, y subió en seguida á su cuarto, donde encontró la *Virgen* de Dresde, con su magnífico marco, según había encargado.

— Mira qué grabado tan bonito, dijo á su hija.

— Pero, papá, no digas que es bonito; di, si acaso, que es bueno, porque si no, se reirán de ti.

— ¡Una hija que riñe á su padre!... Te diré... me gusta más *Hero y Leandro*. La *Virgen* es un asunto religioso muy propio de una capilla; pero *Hero y Leandro*, ¡ah! lo compraré, porque me sugirió la idea del aceite...

— Papá, no te comprendo.

— ¡Virginia, un coche! gritó César con voz fuerte, cuando se hubo afeitado y cuando apareció el tímido Popinot esforzándose para cojear lo menos posible en presencia de Cesarina.

El enamorado no había notado aún que la muchacha no veía ya su cojera. Deliciosa prueba de amor que solamente las personas á quienes la desgracia condena á padecer un defecto físico pueden experimentar.

— Señor, dijo, la prensa podrá funcionar mañana.

— ¿Qué te pasa, Popinot? preguntó César, al ver lo encarnado que se puso Anselmo.

— Señor, es la satisfacción de haber encontrado una tienda con trastienda, cocina, habitaciones arriba y almacenes, por mil doscientos francos al año, en la calle de los Cinco Diamantes.

— Es menester procurarse un arrendamiento por diez y ocho años, dijo Birotteau. Pero vamos á casa del señor Vauquelin, charlaremos por el camino.

César y Popinot subieron al coche á la vista de los dependientes, asombrados por los exorbitantes lujos y la presencia anormal de un coche, ignorantes como estaban de los grandes proyectos concebidos por el dueño de la *Reina de las Rosas*.

— ¡Vamos á ver lo que darán de sí las avellanas, dijo el perfumista.

— ¿Las avellanas? preguntó Popinot.

— Ya sabes mi secreto, Popinot, dijo el perfumista; he soltado la palabra *avellanas*, todo consiste en eso. El aceite de avellana es el único que actúa sobre el cabello; á ningún perfumista se le ha ocurrido. Al ver el grabado de *Hero y Leandro*, dije para mí: « Si los clásicos usaban tanto el aceite para sus cabellos, alguna razón tendrían »; ¡porque los clásicos, son los clásicos! A pesar de las pretensiones modernas, soy de la opinión de Boileau acerca de los clásicos. Partiendo de este punto, he llegado al aceite de avellanas, gracias al joven Bianchon, estudiante de medicina, tu pariente; me dijo que sus compañeros usaban el aceite de avellanas para activar el crecimiento de sus bigotes y patillas. Sólo nos falta la aprobación del ilustre Vauquelin. Guiados por él, no engañaremos al público. Hace

poco estuve en el mercado, en el establecimiento de una vendedora de avellanas, para comprar la primera materia; dentro de un instante llegaré á la casa de uno de los más ilustres sabios de Francia para obtener la quinta esencia. Los proverbios son verdaderos: los extremos se tocan. Mira, muchacho, el comercio es el intermediario entre las producciones vegetales y la ciencia. Angélica Maddou acapara el fruto, el señor Vauquelin extrae la esencia, y nosotros la vendemos. Las avellanas cuestan á veinte céntimos la libra; el señor Vauquelin centuplicará su valor, y nosotros prestaremos tal vez un servicio á la humanidad, porque, si bien la vanidad es causa de grandes tormentos para el hombre, un buen cosmético resulta un beneficio.

La religiosa admiración con que Popinot escuchaba al padre de Cesarina estimuló la elocuencia de Birotteau, que se permitió las frases más bárbaras que puede inventar un burgués:

— Procura mostrarte muy respetuoso, Anselmo, dijo al embocar la calle donde vivía Vauquelin; vamos á penetrar en el santuario de la ciencia. Coloca la *Virgen* donde se vea bien, sin afectación, en el comedor, sobre una silla. ¡Mientras no me trabuque y diga lo que quiero decir! exclamó ingenuamente Birotteau. Popinot, ese hombre me produce una impresión química, su voz me da calor en las entrañas y me aligera las funciones digestivas á punto de ponerme en un aprieto. Es mi bienhechor, y dentro de algunos instantes, Anselmo, será también el tuyo.

Estas palabras produjeron frío á Popinot, que andaba como si fuera pisando huevos, y miró con aire tranquilo las paredes. El señor Vauquelin estaba en su gabinete cuando le anunciaron á Birotteau. El académico recibió inmediatamente al perfumista y teniente de alcalde, por el que sentía verdadera estimación.

— ¿No me olvidáis en vuestras prosperidades? dijo el sabio; pero de químico á perfumista no háy mucha distancia.

— ¡Ay señor! entre vuestro gran talento y la sencillez de un hombre como yo, hay una distancia inmensa. Os debo lo que llamáis mis prosperidades, y no lo olvidaré ni en este mundo ni en el otro.

— ¡Oh! en el otro, dicen que seremos todos iguales, los reyes y los zapateros.

— Sí, los reyes y los zapateros que hayan vivido santamente, observó Birotteau.

— ¿Es vuestro hijo? preguntó Vauquelin, mirando al joven Popinot, el cual estaba absorto no descubriendo nada extraordinario en el gabinete donde creía encontrar monstruosidades, máquinas gigantes, metales voladores y substancias animadas.

— No, señor, es un joven á quien estimo, y que viene á implorar la bondad generosa de vuestro talento; ¿no es infinita? dijo con expresión muy cortés. Venimos á consultaros de nuevo, después de diez y seis años, sobre un asunto importante acerca del cual estoy ignorante como perfumista.

— Sepamos de qué se trata.

— El estudio de los cabellos ocupa vuestras vi-

galias, y os consagraís á su análisis. Mientras que vos pensáis en ello por la gloria, yo pienso en ello por el comercio.

— Querido señor Birotteau, ¿qué deseáis de mí? ¿El análisis de los cabellos?

Cogió un papelito.

— Voy á leer en la Academia de Ciencias una Memoria sobre este asunto. Los cabellos están formados por una cantidad bastante grande de mucosidades, una pequeña cantidad de aceite blanco, mucho aceite negro verdoso, hierro, algunos átomos de óxido, manganeso, fosfato de cal, una pequeñísima parte de carbonato de cal, sílice y mucho azufre. Las diferentes proporciones de estas materias constituyen la distinta coloración de los cabellos. Así, los rojos tienen mucho más aceite negro verdoso que los demás.

César y Popinot abrieron los ojos tan desmesuradamente que causaban risa.

— ¡Nueve cosas! exclamó Birotteau. ¡Cómo! ¿se encuentran en un pelo metales y aceites? Es menester que seáis vos, un hombre á quien venero, quien me lo dice, para que yo lo crea. Es una cosa extraordinaria... Dios es omnipotente, señor Vauquelin.

— El cabello está producido por un órgano foliular, prosiguió el gran químico, una especie de tubo abierto por sus dos extremidades; comunica por una con los nervios y los vasos, por la otra sale el pelo. Según algunos de nuestros sabios compañeros, y entre ellos el señor de Blainville, el ca-

bello sería una secreción muerta, expulsada del tubo ó cripta que contiene una materia bulbosa.

— Es, como si dijéramos, el sudor en barras, exclamó Popinot, á quien el perfumista dió un pequeño puntapié en el talón.

Vauquelin sonrió al oír la ocurrencia de Popinot.

— Hay recursos, ¿no es verdad? dijo entonces César mirando á Popinot. Pero si los cabellos nacen muertos, es imposible hacerlos vivir; ¡estamos perdidos! el prospecto es absurdo; no sabéis lo extravagante que es el público; no se le puede decir...

— Que tiene un estercolero en la cabeza, dijo Popinot, queriendo hacer reír de nuevo á Vauquelin.

— Catacumbas aéreas, añadió el químico siguiendo la broma.

— ¡Y mis avellanas que están compradas ya! exclamó Birotteau, sensible á la pérdida comercial. ¿Pero por qué venden esos...?

— Tranquilizaos, dijo Vauquelin sonriendo; veo que se trata de un secreto para impedir que se caiga ó que encanezca el pelo. Escuchadme, ahí tenéis mi opinión acerca del asunto después de los estudios realizados.

Popinot aguzó los oídos como una liebre espantada.

— La decoloración de esa sustancia muerta ó viva es, á mi juicio, producida por la interrupción de la secreción de las materias colorantes, y esto explicaría por qué motivo, en los climas fríos, el pelo de algunos animales palidece y blanquea durante el invierno.

— ¡Oh! Popinot.

— Es evidente, prosiguió Vauquelin, que la alteración de las cabelleras es debida á los cambios súbitos en la temperatura del ambiente...

— ¡Ambiente, Popinot, fíjate, fíjate! exclamó César.

— Sí, dijo Vauquelin, al frío y al calor alternativos, ó á fenómenos interiores que producen el mismo efecto. Así, probablemente, las jaquecas y las afecciones cefalálgicas absorben, consumen ó desvían los fluidos generadores. Lo interior incumbe á los médicos. En cuanto á lo exterior, corresponde á vuestros cosméticos.

— Señor, me volvéis la vida. He soñado con vender aceite de avellanas, pensando que los antiguos hacían uso del aceite para los cabellos, y los clásicos son los clásicos, soy de la opinión de Boileau. ¿Por qué los atletas se ungian...?

— El aceite de oliva tiene la misma virtud que el de avellanas, dijo Vauquelin, que no escuchaba á Birotteau; todo aceite es bueno para preservar la bulba de las impresiones perjudiciales á las sustancias que contribuyen á su formación. Acaso acertéis: el aceite de avellanas, según me ha dicho Dupuytren, contiene un estimulante. Trataré de conocer la diferencia que existe entre los aceites de hayuco, de colza, de oliva, de nuez, etc.

— No me he equivocado, dijo Birotteau con regocijo; he tropezado con un grande hombre. ¡Macassar está hundido! Macassar, señor, es un cosmético afortunado, que se vende mucho y á buen precio, para hacer salir el pelo.

— Querido señor Birotteau, dijo Vauquelin, no han venido dos onzas de aceite de Macassar á Europa. El aceite de Macassar no puede influir en el crecimiento del pelo; pero lo conserva, y por esta causa los malayos lo compran á peso de oro ignorando que el aceite de ballena es mejor aún. Ningún poder, ni químico ni sobrenatural...

— ¡Oh! sobrenatural... No digáis eso, señor Vauquelin.

— Pero, señor, la primera ley que Dios impone es la de ser consecuente consigo mismo: sin unidad no hay fuerza...

— ¡Ah! viéndolo así...

— No hay poder alguno capaz de producir cabellos en una calva; y hay peligro siempre que se tiñen los cabellos rojos ó los blancos; pero, aconsejando el uso del aceite, no cometeréis ningún error, ninguna mentira, y hasta creo que podrán conservar sus cabellos cuantos sigan vuestro consejo.

— ¿Creéis que la Real Academia de Ciencias aprobaría...?

— ¡Oh! no hay en cuanto hablamos el menor descubrimiento, dijo Vauquelin. Pero los charlatanes han abusado tanto del nombre de la Academia, que ya nada significa su aprobación. Mi conciencia se resiste á considerar el aceite de avellanas como un prodigio.

— ¿Cuál sería la mejor manera de extraerlo, por el calor ó por la presión? dijo Birotteau.

— Por la presión entre dos planchas calientes, la cantidad de aceite será mayor, pero obtenido por

la presión entre dos planchas frías, será de mejor calidad. Para usarlo, dijo Vauquelin con bondad, hace falta untarse la piel suavemente y no frotar los cabellos; de otro modo, no surtiría buen efecto.

— Recuerda bien esto, Popinot, dijo Birotteau con un entusiasmo que inflamó su cara. Ved, señor, á un joven que contará este día entre los más dichosos de su existencia. Os conocía, os veneraba sin haberos visto. ¡Ah! con frecuencia hablamos de vos en mi casa; el nombre que está siempre en los corazones se sube á los labios. Mi mujer, mi hija y yo rezamos todos los días, para que Dios conserve á nuestro bienhechor.

— No hay para tanto, dijo Vauquelin, molesto por la verbosidad del agradecido perfumista.

— ¡Ta, ta, ta! dijo Birotteau. No podéis impedirnos que os veneremos, aunque no aceptéis nada nuestro. Sois como el sol, arrojáis vuestra luz, y aquellos á quienes ilumináis no pueden ofreceros nada en cambio.

El sabio sonrió, y se levantó; el perfumista y Popinot se levantaron también.

— Mira, Anselmo, mira bien ese gabinete. Con vuestro permiso, señor. Como vuestros instantes son tan preciosos, éste no volverá seguramente aquí, por no estorbaros.

— ¿Estáis contento de los negocios? dijo Vauquelin á Birotteau. Porque, al fin y al cabo, todos somos comerciantes.

— Bastante bien, señor, dijo, retirándose hacia

el comedor, adonde le siguió Vauquelin. Pero para dar al público este aceite con el nombre de *esencia comagina* se necesita mucho dinero...

— *Esencia y comagina* son dos palabras que raban de verse juntas. Llamad á vuestro cosmético *aceite de Birotteau*. Si no queréis vulgarizar vuestro nombre, ponedle otro... ¡Pero aquí está la *Virgen de Dresde!*... ¡Ah! señor Birotteau, ¿queréis que riñamos al despedirnos?

— Señor Vauquelin, dijo el perfumista cogiendo las manos del químico, esta antigüedad no tiene otro mérito que la persistencia con que la he buscado; ha sido menester revolver toda Alemania para encontrarla estampada en papel de China; es uno de los primeros ejemplares: sabía que la deseabais; vuestras ocupaciones no os dejaban tiempo para distraeros buscándola; fui vuestro comisionista. Ved en esto, no un mal grabado, sino los afanes, el interés, las idas y venidas que prueban un agradecimiento absoluto. Hubiera querido que desearais algunas sustancias que fuese menester ir á buscar al fondo de los precipicios, y venir á deciros: « Ahí las tenéis. » No me hagáis un desprecio. ¡Hay tantos motivos para que no penséis nunca en nosotros! Permitidme dejar en vuestro casa un objeto que os recuerde á mi mujer y á mi hija, á mí y á mi yerno futuro. Alguna vez diréis, mirando la *Virgen*: « Hay gentes honradas que se acuerdan de mí. »

— Acepto, dijo Vauquelin.

Popinot y Birotteau se enjugaron las lágrimas;

tan conmovidos quedaron por el acento de bondad que imprimió el académico á esta palabra.

— ¿Queréis colmar vuestras bondades? dijo el perfumista.

— ¿De qué modo? replicó Vauquelin.

— Reuno algunos amigos...

Se irguió sobre los talones y siguió diciendo, no obstante, con aire humilde:

— ... tanto para celebrar la libertad del territorio, como para festejar mi entrada en la orden de la Legión de honor.

— ¡Ah! dijo Vauquelin admirado.

— Tal vez me hice digno de este insigne y real favor cuando fui miembro del tribunal de comercio y combatiendo por los Borbones en la jornada de San Roque el 13 vendimiario, en que fui herido por Napoleón... Mi mujer da un baile, dentro de veinte días, un domingo; honradnos con vuestra presencia, señor; hacednos el honor de comer con nosotros, aquel día. Para mí, eso me parecería estar doblemente condecorado. Os escribiré con anticipación.

— Bien; sí; iré, dijo Vauquelin.

— Mi corazón no cabe en el pecho, salta de gozo, exclamó el perfumista una vez en la calle. Irá á mi casa. Temo de que se me haya olvidado lo que me ha dicho sobre el pelo; ¿te acuerdas, Popinot?

— Sí, señor; y aunque pasen veinte años, no se me olvidará.

— ¡Un grande hombre! ¡Qué mirada, y qué penetración! dijo Birotteau. ¡Ah! no ha titubeado;

en seguida adivinó nuestras intenciones, y nos ha dado los medios para desprestigiar el aceite de Macassar. ¡Ah! nada puede hacer salir el pelo; ¡Macassar, mientes! Popinot, es una fortuna. Mañana á las siete, estaremos en la fábrica; llevarán las avellanas, y haremos aceite. No es posible decir que cualquier aceite es bueno; estaríamos perdidos si el público lo supiera. Si no entrase en la composición de nuestro aceite algo de avellana y de perfume, ¿bajo qué pretexto podríamos venderlo á tres ó cuatro francos las cuatro onzas?

— Vais á ser condecorado, señor, dijo Popinot. ¡Qué gloria para...!

— Para el comercio, ¿no es así, hijo mío?

El aire triunfal de César Birotteau, seguro de su buena fortuna, fué notado por sus dependientes, que se hicieron señas unos á otros, porque la salida en coche y el traje del cajero y del dueño los habían lanzado en las más novelescas imaginaciones. El mutuo contento de César y de Anselmo, revelado por sus actitudes, las miradas llenas de esperanza que Popinot lanzó repetidamente á Cesarina, anunciaban algún suceso grave y confirmaban las sospechas de los dependientes. En esa vida de sujeción casi claustral, los más pequeños incidentes adquieren el interés que inspiran á un prisionero los menores detalles de un calabozo. La actitud de Constanza, que respondía á las miradas olímpicas de su marido con expresión de duda, acusaba una nueva contrariedad; porque, en tiempos normales, la mujer de César hubiera estado satisfecha,

cuando hasta las afortunadas ventas al por menor conseguían alegrarla. Por caso extraordinario, los ingresos ascendieron aquel día á seis mil francos, habiendo ido algunos clientes á pagar cuentas atrasadas.

El comedor y la cocina, que recibía luz de un patinillo y estaba separada del comedor por un pasillo, donde desembocaba la escalera que partía de un rincón de la trastienda, eran habitaciones del entresuelo donde en otro tiempo tenían su alcoba César y Constanza; por esta razón, el comedor donde habían pasado su luna de miel conservaba el aspecto de un saloncito. Durante la comida, Raguét, el mozo de confianza, cuidaba de la tienda, pero á los postres los dependientes bajaban, dejando á César, á su mujer y á su hija de sobremesa, junto á la chimenea. Esta costumbre procedía del tiempo de los Ragon, quienes, siguiendo los antiguos usos y costumbres del comercio, mantenían entre ellos y los dependientes la enorme distancia que antes existía entre *maestros* y *aprendices*. Cesarina ó Constanza preparaban luego al perfumista su taza de café, que tomaba sentado en una butaca, cerca del fuego. Entonces Birotteau enteraba á su mujer de todos los acontecimientos del día, le contaba lo que había visto en París y lo que ocurría en el arrabal del Temple, las dificultades de su fabricación.

— ¡Mujercita mía, dijo cuando los dependientes hubieron bajado, hoy es, ciertamente, uno de los días más importantes de nuestra vida! Las avellanas compradas, la prensa hidráulica dispuesta á

funcionar mañana, el negocio de los terrenos realizado. Toma, guarda ese cheque del Banco, dijo entregándole el que le dió Pillereault. La restauración de nuestras habitaciones decidida, nuestra casa ensanchada... ¡Dios mío! ¡He visto en el patio Batavé un hombre muy singular!

Y contó la escena con el señor Molineux.

— Veo, respondió su mujer interrumpiéndole en uno de sus períodos, que te has entrampado por doscientos mil francos.

— Es verdad, mujercita mía, dijo el perfumista con una falsa humildad. ¿Cómo los pagaremos, Dios mío? Porque no hay que contar para nada con los terrenos de la Magdalena destinados á ser un día el barrio más bonito de París.

— Un día, César.

— ¡Ay de mí! dijo él continuando su broma; mis tres octavas partes no me valdrán un millón hasta dentro de veinte años. ¡Y cómo pagar doscientos mil francos! repitió César fingiendo espanto. Pero es posible que lo paguemos con esto, dijo sacando de su bolsillo una avellana que había cogido en casa de la señora Madou, guardándola cuidadosamente.

Mostró á Cesarina y á Constanza la avellana, oprimida entre dos dedos. Su mujer calló, pero su hija, preocupada, le dijo sirviéndole café:

— ¡Ah! con eso, papá: ¿te burlas?

El perfumista, como sus dependientes, había sorprendido durante la comida las miradas de Popinot á Cesarina, y quiso aclarar sus sospechas.

— No lo dudes, hijita, esta avellana causará una revolución aquí. Desde hoy, saldrá de nuestra casa una persona que vivía en ella.

Cesarina miró á su padre como si quisiera decirle: « ¡Qué me importa! »

— Popinot se va.

Aunque César era poco observador, como había preparado esta última frase, tanto para tender un lazo á su hija cuanto para llegar á decir lo de la creación de una casa *A. Popinot y Compañía*, su ternura paternal le hizo adivinar los sentimientos confusos que brotaron del corazón de su hija, enrojecieron sus mejillas y su frente, y abrigaron sus ojos, que se apresuró á bajar. César creyó entonces que se había cambiado entre Cesarina y Popinot alguna promesa. Pero no estaba en lo firme; se comprendían, como todos los amantes tímidos, sin decir ni una palabra.

Algunos moralistas creen que el amor es la pasión más involuntaria, la más desinteresada, la menos calculadora de todas, exceptuando, naturalmente, el cariño maternal. Esta opinión induce á un error grande. Aunque la mayoría de los hombres ignora las razones que originan el amor, toda simpatía física ó moral está basada en conveniencias del entendimiento, del sentimentalismo ó de la brutalidad. El amor es una pasión esencialmente egoísta. Quien dice egoísmo, dice interesada conveniencia. Así, para toda imaginación impresionada sólo por los resultados, puede parecer, á primera vista, inverosímil ó singular suponer á una encan-

tadora joven, como Cesarina, prendada de un pobre muchacho cojo y pelirrojo. Sin embargo, este fenómeno está en armonía con la aritmética de los sentimientos burgueses. Explicarlo, será darse cuenta de los matrimonios frecuentes y que producen cada vez la misma sorpresa, entre bellas y arrogantes mujeres y hombres bajos, entre raquíticas y feas criaturas y buenos mozos. Cualquier hombre que tiene algún defecto de conformación, como un cojo, un manco, un jorobado, un herpético, uno que tenga facciones desproporcionadas ó un defecto como Roguin, y otras monstruosidades independientes de la voluntad de los individuos, se ve obligado á ser ó hacerse temible ó bondadoso con exceso; no le es dable mantener los términos medios, como la mayoría de los hombres. Para lo primero se necesita imaginación, genio ó fuerza: un hombre no inspira respeto sino cuando puede hacer daño; admiración, sólo cuando se impone su inteligencia; y temor, cuando tiene mucho ingenio para ridiculizar. Un hombre bondadoso se hace querer, porque sufre admirablemente las tiranías femeninas, y es amoroso con humildad, como nunca lo son aquellos que gozan de un irreprochable equilibrio corporal. Educado por gentes virtuosas, por los Ragon, modelo de la más prudente burguesía, y por su tío el juez Popinot, Anselmo lograba, con su candor y sus sentimientos religiosos, que su agradable trato hiciese olvidar su defecto físico. Impresionados por esa tendencia que hace á la juventud atractiva, Constanza y César habían elo-

giado con frecuencia á Anselmo delante de Cesarina. Mezquinos algunas veces en sus apreciaciones, aquellos comerciantes tenían grandeza de alma bastante para interpretar los nobles sentimientos del corazón. Sus elogios encontraron eco en la muchacha, que, á pesar de su inocencia, leyó en los ojos tan puros de Anselmo una pasión violenta, siempre halagadora, cualquiera que sea la edad, el rango y el porte del enamorado. El joven Popinot debía tener muchas más razones que un buen mozo para sentir adoración hacia una mujer. Siendo hermosa, estaría loco por ella eternamente, su amor despertaría sus ambiciones, se mataría por hacerla dichosa, la dejaría dueña de su casa, dichoso al sentirse dominado por su ídolo. Así pensaba Cesarina sin proponérselo y acaso no tan claramente; entreveía á la ligera los beneficios del amor y razonaba por comparación: la dicha de su madre se ofrecía á sus ojos, no anhelaba más; su instinto le hacía ver en Anselmo otro César, perfeccionado por la educación como ella lo estaba por la suya.

Soñaba á Popinot alcalde de un distrito y le halagaba suponerse recostada en el petitorio de su parroquia como vió á su madre en San Roque. Había acabado por no ver diferencia entre la pierna izquierda y la derecha de Popinot: hubiese sido capaz de decir: «¿Pero cojea?» Le agradaban aquellos ojos dulces y claros y se complacía al observar el efecto producido por su mirada que los encendía en ardores púdicos, y los obligaba á cerrarse me-

lancólicamente. El primer pasante de Roguin, dotado de esa precoz experiencia debida á la costumbre de los negocios, Alejandro Crottat, tenía una expresión medio cínica y medio crédula, que le hizo antipático á Cesarina, ya molestada por los lugares comunes de su conversación. El silencio de Popinot descubría un entendimiento sencillo, y le agradaba su sonrisa algo melancólica, haciéndole concebir insignificantes trivialidades; las torpezas que le hacían sonreír producían siempre en ella el mismo efecto; sonreían ó se entristecían á la vez. Esta superioridad visible hacía que Anselmo se obstinase más en sus propósitos, y su infatigable ardor agradaba á Cesarina, comprendiendo que si los otros dependientes decían: « Cesarina se casará con el primer pasante del señor Roguin », Anselmo, pobre, cojitranco y pelirrojo, no desesperaba de obtener su mano. Una decidida esperanza prueba un inmenso amor.

— ¿Adónde irá? preguntó Cesarina á su padre tratando de aparentar una expresión indiferente.

— ¡ Se establece en la calle de los Cinco Diamantes! y así le proteja Dios, como se lo deseo, dijo Birotteau, cuya exclamación no fué comprendida por su mujer ni por su hija.

Cuando Birotteau tropezaba en una dificultad moral, hacía como los insectos ante un obstáculo, se iba por la izquierda ó por la derecha; cambió, pues, de conversación, prometiéndose hablar de Cesarina con su mujer.

— He contado á tu tío tus temores y la opinión

que tienes de Roguin, y se ha echado á reír, dijo á Constanza.

— No debes jamás repetir lo que decimos entre nosotros, exclamó Constanza. Ese pobre Roguin será, tal vez, el hombre más honrado del mundo; tiene cincuenta y ocho años, y acaso no piensa en...

Se detuvo á tiempo viendo á Cesarina atenta, y se lo hizo comprender á César con un guiño de ojos.

— Entonces, hice bien en formalizar el compromiso, dijo Birotteau.

— Eres el amo, respondió ella.

César cogió las manos de su mujer, y la besó en la frente. Aquella respuesta: « Eres el amo », fué siempre una aprobación tácita de los proyectos del marido.

— Vamos, exclamó el perfumista bajando á su almacén y hablando á sus dependientes, cerraremos á las diez la tienda. ¡ Señores, todos ayudarán! Se trata de subir esta noche los muebles del primer piso al segundo. Es necesario meter, como se dice, la olla pequeña en la grande, á fin de que mañana el arquitecto encuentre el campo libre. Popinot ha salido sin permiso, dijo César, al notar su ausencia. ¡ Oh! pero ya no duerme aquí, se me olvidaba. Ha ido, pensó, á tomar nota de las opiniones del señor Vauquelin, ó á alquilar una tienda.

— Conocemos el motivo de esta mudanza, dijo Celestino hablando en nombre de los otros dos dependientes y en el de Raguét, agrupados detrás de él. ¿ Nos será permitido felicitar al señor por la

honra que recae sobre toda la tienda?... Popinot nos ha dicho que el señor...

— Bien, hijos míos, ¡qué queréis! ¡Me han decorado! Así, pues, no solamente á causa de la libertad del territorio, sino también para celebrar mi promoción en la Legión de honor, reuniremos á nuestros amigos. Acaso me hice digno de este insigne y real favor, formando parte del tribunal de comercio y combatiendo por la causa monárquica que he defendido, siendo de vuestra edad, en la jornada de San Roque, el 13 vendimiario; y á fe mía, que Napoleón, llamado el emperador, me hirió. Estuve herido en la pierna, y la señora Ragon me curaba. ¡Tened valor y seréis recompensados! He aquí, hijos míos, cómo una desdicha encuentra siempre recompensa.

— Ya no habrá combates en las calles, dijo Celestino.

— Hay que esperarlo así, dijo César, que tomó pie de esto para pronunciar á sus dependientes un discurso que terminó en una invitación.

La perspectiva de un baile animó á los tres dependientes, á Raguet y á Virginia, dándoles la destreza de los equilibristas. Todos iban y venían por las escaleras, cargados, sin romper ni tirar nada. A las dos de la madrugada terminaron de hacer la mudanza. César y su esposa durmieron en el segundo piso. El cuarto de Popinot se destinó á Celestino y al segundo dependiente. El tercer piso se convirtió en almacén provisional de muebles.

Poseído de ese magnífico ardor que produce la

afluencia del fluido nervioso y convierte en un hornillo el diafragma de las gentes ambiciosas ó enamoradas movidas por grandes designios, Popinot, tan dulce y tranquilo, había pifado como un caballo de raza antes de la carrera, en la tienda, al acabar de comer.

— ¿Qué tienes? le dijo Celestino.

— ¡Vaya un día, amigo mío! me establezco, le dijo al oído; y al señor Birotteau le han condecorado.

— Eres dichoso, el principal te ayuda, exclamó Celestino.

Popinot no respondió, desapareciendo como impulsado como por un huracán furioso: ¡el huracán de los éxitos!

— ¡Oh! ¡dichoso! dijo á su compañero, que repasaba etiquetas, un dependiente ocupado en empaquetar guantes por docenas; el principal ha reparado en las miradas que Popinot dirige á la señorita Cesarina, y, como es muy perspicaz, se libra de Anselmo; sería difícil despedirle, por consideración á sus parientes. Celestino toma por generosidad esa astucia.

Anselmo Popinot bajó la calle de San Honorato y recorrió la calle de Dos Escudos, para ponerse al habla con un joven que su *doble vista* comercial le designaba como el primer elemento de su fortuna. El juez Popinot había prestado un servicio al más hábil viajante de París, cuya floreciente locuacidad y cuya viveza infatigable le hicieron merecer, andando el tiempo, que se le pusiera de sobrenom-

bre *el ilustre*. Consagrado especialmente á la sombrerería y al *artículo de París*, ese rey de los viajeros se llamaba, entonces aún, pura y simplemente Gaudissart. A los veintidós años era conocido ya por su poderoso magnetismo comercial. Delgado, con ojos alegres y rostro expresivo, con una memoria infatigable y penetración para adivinar los gustos de cada uno, merecía ser lo que fué más tarde, el rey de los comisionistas, *el francés* por excelencia. Algunos días antes, Popinot había encontrado á Gaudissart, que estaba á punto de partir; la esperanza de encontrarle aún en París lanzaba al enamorado hacia la calle de Dos Escudos, donde se enteró de que el viajante había mandado guardar un asiento en las mensajerías; para despedirse de su querida capital, Gaudissart había ido á ver una comedia nueva en el Vaudeville: Popinot resolvió aguardarle. Confiar la comisión del aceite de avellanas al incomparable propagandista de las invenciones comerciales, ya solicitado por las casas más ricas, ¿no era girar una letra de cambio contra la fortuna? Popinot estaba seguro de que Gaudissart le atendería. El comisionista, maestro en el arte de comprometer á las gentes más rebeldes, á los tenderos de provincias, se había dejado comprometer en la primera conspiración tramada contra los Borbones después de los Cien Días. Gaudissart, á quien el aire libre era indispensable, se vió reducido á prisión bajo el peso de una acusación grave. El juez Popinot, encargado del proceso, había declarado inocente á Gaudissart,

seguro de que sólo fué una imprudente ligereza lo que le había comprometido en aquel asunto. Con un juez deseoso de agradar al poder ó con un monárquico exaltado, el infeliz dependiente hubiese acabado en el patíbulo. Gaudissart, seguro de que el juez de instrucción le había salvado la vida, se desesperaba, no pudiendo ofrecer á su protector más que un estéril agradecimiento. No creyendo prudente dar gracias á un juez por su justicia, fuese á casa de los Ragon y se declaró esclavo de los Popinot. Para hacer tiempo, Popinot fué, naturalmente, á ver de nuevo su tienda de los Cinco Diamantes y á averiguar el domicilio del dueño, á fin de tratar del arrendamiento. Vagando por el laberinto obscuro del gran mercado y discurriendo la manera de organizar un éxito rápido, Popinot encontró, en la calle de Aubry-le-Boucher, una ocasión única y de buen augurio con la cual pensaba obsequiar á César al día siguiente. De centinela en la puerta del hotel de Dos Escudos, hacia media noche, Popinot oyó á lo largo de la calle de Grenelle un estribillo, cantado por Gaudissart con acompañamiento de bastón, significativamente arrastrado por el suelo.

— Señor, dijo Anselmo abandonando la puerta y mostrándose de repente: dos palabras.

— Once, si queréis, dijo el comisionista levantando su bastón sobre el agresor.

— Soy Popinot, dijo el pobre Anselmo.

— Me basta, exclamó Gaudissart reconociéndole. ¿Qué necesitas? ¿dinero? Está en vacaciones, pero lo buscaré al punto. ¿Mi ayuda para un duelo?

Soy todo para serviros desde los pies al occipucio.
Y cantó :

Ya lo ves, ya lo ves,
aquí está el soldado francés.

— Venid y hablaremos diez minutos, no en vuestro cuarto, donde podrían oírnos, sino en el malecón del Reloj, donde no hay nadie á esta hora, dijo Popinot; se trata de algo muy importante.

— ¿Y es urgente? ¡Vamos!

A los diez minutos, Gaudissart estaba enterado de los secretos de Popinot y reconocía su importancia.

— Asomad, perfumistas, calvos y peluqueros, exclamó Gaudissart imitando á Lafon en el papel de Cid. Voy á empuñar las riendas de todos los comercios de Francia y de Navarra. ¡Oh! ¡una idea! Iba á marcharme; pero desisto para tomar las comisiones de la perfumería parisiense.

— ¿Con qué objeto?

— Uno muy sencillo: estrangular á vuestros rivales. ¡Inocente! Cuando tenga yo las comisiones de los demás, haré tragar el aceite en vez de sus pérfidos cosméticos, no hablando y no ocupándome sino de lo vuestro. ¡Una famosa estratagema de viajante! ¡Ah, ah! ¡Somos los diplomáticos del comercio! ¡Muy chistoso! El prospecto corre de mi cuenta. Es mi amigo desde la infancia Andoquio Finot, el hijo del sombrerero de la calle del Gallo, quien me decidió á viajar con artículos de sombrerería; Andoquio, que tiene mucho ingenio, se apropió

él de todas las cabezas que media su padre, se metió á escribir, y hace críticas de teatros en el *Courrier des Spectacles*. Su padre, perro viejo, con sobradas razones para no estimar el ingenio, desconfía en absoluto del ingenio; imposible hacerle comprender que la literatura produce dinero y que también se hace fortuna con ella. El viejo Finot sitió al joven Finot por hambre. Andoquio, mozo de talento y muy amigo mío — yo sólo me trato con tontos comercialmente — hace reclamos para el *Buen Pastor*, que paga, mientras que los periódicos donde trabajaba como un presidiario le alimentaban con esperanzas. ¡Hay muchas envidias en el comercio literario! Sucede como en el *artículo de París*. Finot tenía una preciosa comedia, en un acto, para la señorita Mars, la mejor entre las mejores, ¡ah! ¡es una de mis grandes admiraciones! Pues bien, para ver su obra representada, tuvo que llevarla á la Gaité. Andoquio sabe hacer un prospecto, entiende las conveniencias del comerciante, no es orgulloso, redactará nuestro prospecto *gratis*. Ya lo creo; le obsequiaremos con un ponche y unos pasteles. Mucha prudencia, Popinot, yo viajaré sin comisión y sin gastos; vuestros competidores pagarán, los desplumaré. Entendámonos. Para mí, este negocio es un asunto de honor. ¡No quiero más recompensa que ser testigo de vuestra boda! ¡Iré á Italia, á Alemania, á Inglaterra! ¡Llevaré carteles en todos los idiomas, los haré colocar en todas partes, en los pueblos, en las puertas de las iglesias, en los sitios más concurridos de las ciudades. Vues-

tro aceite brillará sobre todas las cabezas. ¡Oh! Y vuestra boda, no será una ceremonia humilde, sino una fiesta estrepitosa. Os casaréis con Cesarina, ó dejaré de llamarme *Ilustre*, nombre que me puso el viejo Finot, por haber dado salida á sus sombreros grises. Vendiendo vuestro aceite, no salgo de mi especialidad: la cabeza humana; el aceite y el sombrero se fabrican para conservar el pelo al público.

Popinot llegó á casa de su tía, donde iba á dormir, con tal fiebre, producida por el presagio de los éxitos, que las calles le parecían arroyos de aceite. Durmió poco, soñó que sus cabellos ercían locamente, y vió dos ángeles que le mostraban un cartel que decía: *Aceite cesarino*. Despertó, recordando su ensueño, y resolvió llamar así al aceite de avellanas, considerando esta fantasía como una orden celestial.

César y Popinot estuvieron en su laboratorio del arrabal del Temple, mucho antes que llegasen las avellanas; esperando á los mozos de la señora Maddou, Popinot refirió triunfalmente su tratado de alianza con Gaudissart.

— Teniendo de nuestra parte al ilustre Gaudissart somos dichosos, exclamó el perfumista, alargando la mano á su cajero, con la expresión que debió tomar Luis XIV al recibir al mariscal de Villars, de regreso de Denain.

— Conseguimos otra cosa más, dijo el feliz dependiente, sacando de su bolsillo un frasco de forma aplastada y prismática. Encontré una partida de

diez mil como este modelo, almacenados y disponibles, á veinte céntimos, y á seis meses de plazo.

— Anselmo, dijo Birotteau mirando la forma espumpanante del frasco: ayer (y al decir esto procuró dar á sus palabras entonaciones majestuosas), en las Tullerías, ayer mismo, dijiste: « Venceré. » Hoy te digo solemnemente: « ¡Vencerás! » ¡Veinte céntimos! ¡Seis meses de plazo! ¡Una forma original! ¡Al Macassar le arde ya el pelo! ¡Qué frascos los del aceite de Macassar! ¡Bien hice acaparando todas las avellanas que hay en París! ¿Dónde hallastes los frascos?

— Esperando la hora de ver á Gaudissart, andaba sin rumbo...

— Como yo en otro tiempo, exclamó Birotteau.

— Bajando la calle de Aubry-le-Boucher, vi en casa de un vidriero al por mayor, en un almacén de vasos y de fanales que tiene mucho surtido, vi este frasco... ¡Ah! me deslumbró como una luz repentina; una voz me gritó: « ¡Ahí tienes tu negocio! »

— Nació para comerciante. Será digno de mi hija, dijo César entre dientes.

— ¡Al punto vi millares de estos frascos, en cajas!

— ¿Preguntaste?

— ¡No me creáis tan tonto! exclamó Anselmo.

— ¡Nació para comerciante! murmuraba Birotteau.

— Pregunté por unos fanales para imágenes en cera del niño Jesús. Regateando con insistencia los

fanales, ridiculicé la forma de los frascos. Así hostigado, el comerciante hizo confesión general diciéndome que Faille y Bouchot, poco antes de quebrar, iban á emprender la fabricación de un cosmético y querían frascos de forma rara; desconfiando de ellos, les exigió la mitad al contado; Faille y Bouchot, seguros de futuras ganancias, aprontaron el dinero; llegó la quiebra: sin estar entregada la partida, los síndicos, requeridos al pago, transigieron dejando al fabricante los frascos y el dinero ya recibido, como indemnización de un artículo extraño y sin venta posible. Los frascos valían á cuarenta céntimos, pero sería una suerte colocarlos á veinte. ¡Dios sabe cuánto tiempo tendría en el almacén una forma que no es usual! « ¿Sabéis quién pudiera tomar los diez mil á veinte céntimos? — Acaso, porque soy dependiente en la perfumería del señor Birotteau. » Examiné una muestra y la guardé; mi hombre confía, espera, es nuestro.

— ¡Veinte céntimos! dijo Birotteau. ¿Sabes que se puede vender el aceite á tres francos y ganar uno y medio?

— ¡El aceite cesarino! gritó Popinot.

— ¡El aceite cesarino?... ¡Ah! señor enamorado, queréis halagar al padre y á la hija. Pues bien, sea; ¡vaya por el aceite cesarino! Los Césarres eran dueños del mundo y debieron tener buen pelo.

— César fué calvo, dijo Popinot.

— ¡Porque no hizo uso de nuestro aceite! Lo di-

remos así. A tres francos el *aceite cesarino*; el aceite de Macassar cuesta doble. ¡Gaudissart nos ayuda! ganaremos cien mil francos al año, hay que suponer que las personas que se estimen consuman seis frascos al año; ¡diez y ocho francos! Suponiendo diez y ocho mil cabezas, resultan ciento ochenta mil francos. Somos millonarios.

Llegaron las avellanas; Raguet, los obreros, Popinot y César mondaron una cantidad suficiente, y se obtuvieron en menos de cuatro horas algunas libras de aceite. Popinot fué á presentar el producto á Vauquelin, el cual regaló á Popinot una fórmula para mezclar la esencia de avellanas con substancias oleaginosas más baratas y para perfumarla. Popinot solicitó al instante la patente de invención y de perfeccionamiento. El agradecido Gaudissart prestó á Popinot algún dinero para los derechos de la Hacienda. Popinot quería á todo trance pagar su mitad en los gastos de establecimiento.

La prosperidad lleva consigo una embriaguez, á la cual los hombres inferiores no resisten jamás. Esta exaltación tuvo un resultado fácil de prever. Grindot apareció, presentando el croquis en color de una preciosa vista interior del futuro cuarto adornado con sus muebles. Birotteau, seducido, consintió en todo. En seguida los albañiles dieron los primeros golpes con sus piquetas, que hicieron estremecer la casa y temblar á Constanza. El pintor decorador, señor Lourdois, un contratista muy rico, que se comprometía á que nada faltase, hablaba de dorar el salón. Al oír esta palabra, Constanza inter-

— Señor Lourdois, dijo ella, tenéis treinta mil francos de renta y habitáis una casa de vuestra propiedad; podéis hacer allí vuestro gusto, pero nosotros...

— Señora, el comercio debe brillar y no dejarse aplastar por la aristocracia. Además, el señor Birotteau forma parte del gobierno, y ocupando un lugar tan visible...

— Sí, es tendero aún, dijo Constanza delante de los dependientes y de cinco personas que podían oírlo; ni él, ni yo, ni sus amigos, ni sus enemigos lo olvidaremos.

Birotteau se empinó sobre la punta de los pies, dejándose caer luego sobre los talones repetidas veces, con las manos cruzadas atrás.

— Mi mujer tiene razón, dijo. Hasta en la prosperidad seremos modestos. Además, mientras un hombre vive del comercio, debe ser prudente en sus gastos, reservado en su lujo; la ley le obliga: no debe *entregarse á gastos excesivos*. Si el ensanchamiento de mi casa y su ornamentación traspasaran límites regulares, sería en mí una imprudencia que vos mismo censuraríais, Lourdois. ¡El barrio tiene puestos los ojos en mí, las gentes que prosperan tienen muchos envidiosos! ¡Ah! pronto lo sabréis por experiencia, joven, dijo á Grindot; aunque sea imposible ahogar la calumnia, procuraremos no dar motivo á la maledicencia.

— Ni la calumnia ni la maledicencia pueden alcanzaros, dijo Lourdois; tenéis una posición independiente y una gran costumbre del comercio; sa-

béis poner en orden vuestros negocios, y sois en todo muy perspicaz.

— Verdaderamente, no me falta experiencia de los negocios; ¿sabéis por qué nos ensanchamos? Si os apuro algo para que todo quede listo en el plazo propuesto, ¿sabéis por qué lo hago?

— No.

— Pues bien; mi mujer y yo reunimos algunos amigos, tanto para celebrar la redención del territorio, cuanto para festejar mi nombramiento en la orden de la Legión de honor.

— ¡Cómo, cómo! dijo Lourdois, ¿os han dado la cruz?

— Sí; tal vez me hice digno á este insigne y real favor, siendo juez del tribunal de comercio, y combatiendo por la causa monárquica el 13 vendimiario en San Roque, donde fui herido por Napoleón... Vendréis con vuestra mujer y vuestra hija...

— Os quedo agradecido por el honor que os dignáis dispensarme, dijo el liberal Lourdois. Pero buen cuco está el señor Birotteau; me invita para estar seguro de que no faltará á la palabra empeñada. Enviaré los mejores oficiales; encenderemos un fuego infernal para secar las pinturas; apuraremos todos los recursos y todos los procedimientos desecantes para que no haya humedad la noche del baile. Barnizaremos para evitar olores de pintura.

A los tres días el comercio del barrio estaba inquieto con el solo anuncio del baile que preparaba Birotteau. Todos veían los andamios indispensables necesarios para el pronto desplazamiento de la esca-

lera, los canalones cuadrados de madera por donde caían los escombros en los carros dispuestos en la calle. Los obreros no reposaban, á la luz del sol ó con hachones, porque trabajaban de día y de noche, llamando la atención de los vagabundos y de los curiosos que pasaban por allí; y los chismes tomaban asunto en estos preparativos, acabando por anunciar suntuosidades enormes.

El domingo señalado para la terminación del negocio, los señores Ragon y el tío Pillerault fueron á eso de las cuatro de la tarde. Por no permitirlo el derribo, según decía César, le fué imposible invitar aquel día más que á Carlos Claparon, á Crottat y á Roguin. El notario llevó el *Diario de los Debates*, donde el señor de la Billardiére había hecho insertar el artículo siguiente:

«Sabemos que la redención del territorio será celebrada con entusiasmo en toda Francia; pero en París, los miembros de la corporación municipal han comprendido que había llegado el momento oportuno para devolver á la capital todo su esplendor que por un sentimiento prudente había cesado durante la ocupación extranjera. Cada uno de los alcaldes y tenientes alcaldes se propone dar un baile; el invierno promete ser muy brillante; este movimiento nacional será imitado. Entre todas las fiestas que se disponen, preocupa mucho el baile que prepara el señor Birotteau, nombrado caballero de la Legión de honor, y tan conocido por su desinterés en la causa monárquica. El señor Birotteau, herido en la jornada de San Roque, el 13 vendimiario, es

uno de los jueces del tribunal de comercio más estimados, y merece toda clase de honores.»

— ¡Qué bien escriben ahora los periodistas! exclamó César. Habla de nosotros el diario, dijo á Pillerault.

— ¿Y qué? respondió Pillerault, á quien el *Diario de los Debates* era especialmente antipático.

— Acaso ese artículo nos hará vender más *pastas de las sultanas y agua carminativa*, dijo por lo bajo la mujer de César á la señora Ragon, sin compartir el entusiasmo de su marido.

La señora Ragon, alta, enjuta y arrugada, de nariz fina, de labios delgados, tenía cierta semejanza con las marquesas de la antigua corte. El cerco de sus ojos aparecía siempre húmedo y enrojecido como en las ancianas que han sufrido muchas penas; su porte severo y digno, aunque afable, inspiraba respeto. Tenía, por otra parte, un no sé qué raro que chocaba, sin hacer reír, y que su traje y sus maneras explicaban; llevaba mitones, y en todo tiempo se apoyaba en una sombrilla de puño largo, semejante á la que usaba la reina María Antonieta en Trianon; su vestido, cuyo color favorito era el siena pálido llamado hoja seca, caía sobre sus caderas formando pliegues inimitables, cuyo secreto se llevaron á la tumba las viudas de otros tiempos. Conservaba la manteleta negra guarnecida de encajes de grandes mallas cuadradas; sus cofias, de forma antigua, tenían agremanes que recordaban los calados de antiguas cornucopias. Tomaba tabaco con esa exquisita limpieza y haciendo esos gestos

que recordarán los jóvenes que han tenido la dicha de ver á sus abuelas dejando solemnemente las cajas de oro sobre una mesa, mientras sacudían el polvo del rapé caído sobre su pañoleta.

El señor Ragon era un hombre bajo, de cinco pies de altura á lo sumo; su cara parecía un cascanece, donde no se veía más que los ojos, los pómulos prominentes, la nariz y la barba; sin dientes, comiéndose la mitad de las palabras, y salpicando como la lluvia al hablar; galante, presuntuoso y sonriendo siempre, con la sonrisa que empleó para recibir á las mujeres bonitas que por variadas contingencias llegaron en otro tiempo á su tiendecita. El polvo de arroz dibujaba en su cráneo una blanca media luna muy raída, cuyas puntas estaban separadas por una coleta atada con una cinta. Llevaba el frac azul, el chaleco blanco, el calzón y las medias de seda, los zapatos con hebillas de oro y guantes de seda negros. El rasgo más notable de su carácter consistía en ir por las calles con el sombrero en la mano. Tenía el porte de un ordenanza de la Cámara de los pares, de un ujier del gabinete del rey, de todas esas gentes que están colocadas cerca de los poderosos de manera que reciben su reflejo, sin dejar de ser nunca insignificantes.

— Sé franco, Birotteau, dijo con entonación magistral; ¿te arrepientes de haber seguido los consejos que te dábamos? ¿Hemos dudado alguna vez del agradecimiento de nuestros muy queridos soberanos?

— Debéis de sentirnos muy dichosa, hija mía, dijo la señora Ragon á Constanza.

— Sí, respondió la bella perfumista, siempre bajo la fascinación de la sombrilla de puño largo, de las cofias en forma de mariposa, de las mangas estrechas y de la gran pañoleta *al modo de Julia* que usaba la señora Ragon.

— Cesarina es encantadora. Venid aquí, bella niña, dijo la señora Ragon con su voz de falso y como si dispensara una protección.

— ¿Tratamos de los negocios antes de comer? dijo el tío Pillerault.

— Esperemos al señor Claparon, dijo Roguin; le dejé vistiéndose.

— Señor Roguin, dijo César, le habréis prevenido que comemos en un *mal* entresuelito...

— Nos parecía inmejorable hace diez y seis años, murmuró Constanza.

— ... ¿entre los escombros y entre los obreros?

— ¡Bah! conoceréis á un buen muchacho que no se fija en pequeñeces, dijo Roguin.

— Raguet está prevenido para que le haga entrar por la tienda. Es imposible subir por otro lado, ¿habéis visto la obra? dijo César al notario.

— ¿Por qué no trajisteis á vuestro sobrino? dijo Pillerault á la señora Ragon.

— ¿Le veremos? preguntó Cesarina.

— No, hija mía, dijo la señora Ragon. Anselmo trabaja como una fiera. Esa calle sin aire y sin sol, esa apestosa calle de los Cinco Diamantes me horroriza; el arroyo está siempre azul, verde ó

negro. A ver si enferma. ¡Pero cuando á la gente joven se le mete algo en la cabeza! dijo á Cesarina haciendo un gesto que explicaba la palabra *cabeza* en el sentido de *corazón*.

— ¿Ha hecho ya su contrato? preguntó César.

— Ayer, y ante notario, replicó Ragon; lo ha hecho por diez y ocho años, pero exigen seis meses adelantados.

— Bien, señor Ragon, ¿estáis satisfecho de mí? dijo el perfumista. Le he dado el secreto de una invención... ¡vaya!

— Conocemos bastante vuestros sentimientos generosos, César, dijo Ragon, cogiéndole las manos y apretándoselas con religiosa amistad.

Roguin estaba inquieto pensando en Claparon, cuyas costumbres y desenfados podían espantar á los virtuosos burgueses; juzgó, pues, necesario preparar los ánimos.

— Van ustedes á ver, dijo á Ragon, á Pillereault y á las señoras, un hombre original que oculta su importancia bajo una vulgaridad que asusta; porque desde una posición muy humilde llegó á la fortuna por su inteligencia. Sin duda tratando con los banqueros aprenderá que deben usarse buenos modales. No es difícil que le veáis algún día en la calle ó en el café despechugado, emborrachándose ó jugando al billar; tiene las apariencias de un majadero... Pues bien, cuando más distraído parece estar, estudia y piensa en favorecer la industria con nuevas creaciones.

— Lo comprendo, dijo Birotteau; yo también en-

contré mis mejores ideas vagando por las calles, ¿no es así, mujercita mía?

— Claparon, prosiguió Roguin, se resarce durante la noche del tiempo empleado en buscar, en combinar negocios durante el día. Todas las personas de mucho talento llevan una vida rara é inexplicable. Pues bien; en medio de su desorden, yo soy testigo, consigue su objeto; acabó por conquistar á todos los propietarios; no querían, desconfiaban temiendo alguna cosa, los ha embromado, los ha fatigado, ha ido á verlos todos los días, y somos, gracias á él, dueños de los terrenos.

Un singular carraspeo propio de los bebedores de aguardiente y de licores fuertes, anunció al personaje más estrambótico de esta historia, y árbitro visible de los futuros destinos de César. El perfumista se lanzó á la escalerilla oscura, tanto para decir á Raguét que cerrase la tienda, cuanto para rogar á Claparon dispensara que le recibiera en el comedor.

— ¡Cómo! un sitio admirable para estar bebiendo... para estar viendo, quise decir, como se resuelven los negocios.

Á pesar de las hábiles preparaciones de Roguin, los señores Ragon, burgueses de buen tono, el observador Pillereault, Cesarina y su madre, fueron desde luego muy desagradablemente impresionados por aquel supuesto representante de la alta banca.

Á la edad de veintiocho años próximamente, Claparon, antiguo comisionista, no tenía ni un pelo en la cabeza y llevaba una peluca rizada formando

tirabuzones. Tal peinado exige la frescura de una virgen, una diafanidad láctea, las más encantadoras gracias femeninas; hacía, pues, resaltar innoblemente una cara granujenta y rojiza como la de un conductor de diligencias, cuyas arrugas prematuras indicaban, por su abundancia y por sus muchas sinuosidades, una vida viciosa, cuyas desgracias estaban además atestiguadas por el mal estado de los dientes y los barrillos sembrados en la piel curtida. Claparon tenía el aire de un cómico de la legua, que sabe todos los papeles, llama al público, y no se ruboriza por nada; derrengado por sus fatigas, con los labios pastosos, la lengua siempre en juego, aun en sus embriagueces, la mirada cínica; en una palabra, comprometía con sus gestos. Aquel rostro, iluminado por las alegres llamaradas del punch, desmentía la gravedad de los negocios. Así necesitó Claparon largos estudios mímicos antes de obtener una actitud en armonía con su importancia supuesta. De Tillet había asistido al tocado de Claparon como un director de escena inquieto de la salida de su principal actor; temía que las costumbres groseras de aquella existencia descuidada se trasluciesen demasiado en la superficie del banquero.

— Habla lo menos posible, le había dicho. Nunca un banquero es parlanchín; los banqueros observan, meditan, oyen, reflexionan y averiguan. Así, para darte aires de banquero, lo mejor será que no hables nada ó hables poco y de cosas insignificantes. Disimula el descaro de tus ojos y finge

una mirada grave, aun á riesgo de que resulte estúpida. En política ponte de parte del gobierno y trata de generalidades, como: *El presupuesto es gravoso. No hay transacciones posibles entre los partidos. Los liberales son dañinos. Los Borbones deben evitar todo conflicto. El liberalismo es la capa de los intereses coligados. Los Borbones abren una era de prosperidad, sostengámoslos aunque no los admiremos. Francia ha hecho bastantes experiencias políticas*, etc. No te revuelques sobre las mesas, piensa que debes conservar la dignidad de un millonario. No sorbas con fuerza tu tabaco como hace un inválido; juega con tu tabaquera, mira á menudo á tus pies ó al techo antes de responder; en fin, aparenta una expresión meditabunda. Sobre todo, evita la mala costumbre que tienes de tocarlo todo. En sociedad un banquero debe aparentar que tiene fatigado el tacto. ¡ Ah! esto; las preocupaciones te desvelan, y los números te agobian; ¡ es menester reunir tantos elementos para proponer un negocio! ¡ Tantos cálculos! Sobre todo habla muy mal de los negocios. « Los negocios son pesados, molestos, difíciles, espinosos. » No salgas de ahí, no especificques nada. No cantes en la mesa coplas de Béranger, y no bebas mucho. Si te emborrachas, pierdes tu porvenir. Roguin te vigilará; vas á encontrarte con personas honradas, con burgueses virtuosos; no los escandalices soltando alguna de tus ideas tabernarias.

Este discurso había producido en el cerebro de Carlos Claparon un efecto semejante al que producía en su persona su traje nuevo. Aquel despreo-

cupado, amigo de todo el mundo, acostumbrado á ir cómodo con las ropas desabrochadas, entre las cuales su cuerpo no estaba más sujeto que sus ideas en su lenguaje, encerrado en el traje nuevo que el sastre había hecho esperar, tieso como un poste, desconfiando de sus movimientos como de sus frases, retirando su mano imprudentemente puesta sobre un frasco ó sobre una caja, cortando estudiadas frases, ofrecía un desacuerdo risible á la observación de Pillereault. Su cara enrojecida, su peluca de atrevidos tirabuzones desmentían su fingida corrección, como sus pensamientos desmentían sus palabras. Pero los honrados burgueses acabaron por convencerse que aquellas continuas disonancias eran efecto de la preocupación.

— Tiene tantos negocios, decía Roguin.

— Los negocios no le afinaron gran cosa, dijo la señora Ragon á Cesarina.

Llegando la frase á oídos del señor Roguin, se puso un dedo sobre los labios para recomendar prudencia.

— Es rico, hábil y de una excesiva probidad, dijo inclinándose hacia la señora Ragon.

— Se le pueden tolerar ciertas cosas en gracia de esas cualidades, dijo Pillereault á Ragon.

— Leamos las escrituras antes de comer, dijo Roguin, estamos solos.

La señora Ragon, Cesarina y Constanza se alejaron de los contratantes, mientras Pillereault, Ragon, César, Roguin y Claparon escuchaban lo que leía Alejandro Crottat. César firmó á favor de un

cliente de Roguin una obligación de cuarenta mil francos, con hipoteca de los terrenos y las fábricas situadas en el arrabal del Temple; entregó á Roguin el cheque de Pillereault contra el Banco, dió sin recibo los veinte mil francos efectivos que tenía en su cartera, y los ciento cuarenta mil francos en pagarés á la orden de Claparon.

— No tengo ningún recibo que daros, dijo Claparon; vos debéis entenderos solamente con el señor Roguin, como lo hacemos también nosotros. Los vendedores recibirán en su casa el precio de las ventas en metálico, y me comprometo solamente á proporcionar el dinero que os falta, negociando estos pagarés que acreditan ciento cuarenta mil francos.

— Es lo justo, dijo Pillereault.

— Y bien, caballeros, llamemos á las señoras, porque se siente frío sin ellas, dijo Claparon mirando á Roguin, como para ver si la galantería era demasiado fuerte.

— ¡Señoras mías!... ¡Oh, señorita! ¿es sin duda vuestra hija? dijo Claparon irguiéndose y mirando á Birotteau. Pues bien, no estuvisteis desacertado. Ninguna de las rosas que habéis destilado puede comparársele, y acaso porque habéis destilado rosas brotó...

— A fé mía, dijo Roguin interrumpiendo, confieso que tengo hambre.

— Pues bien, comamos, dijo Birotteau.

— Vamos á comer ante notario, dijo Claparon estirándose.

— ¿Hacéis muchos negocios? preguntó Pillereault colocándose en la mesa junto á Claparon, intencionalmente.

— Con exceso, por gruesas, respondió el banquero; pero son pesados, espinosos. Ahora los canales. ¡Oh, los canales! ¡No podéis figuraros cuánto me ocupan los canales! y es natural. El gobierno quiere canales. El canal es una necesidad que se hace sentir generalmente en todas partes, y que interesa á todos los comercios. ¡Ya lo sabéis! Los ríos, ha dicho Pascal, son caminos que andan. Es preciso abrir paso á las aguas. Los canales dependen del terreno, porque hay excavaciones muy difíciles; la excavación concierne á la clase pobre, ¡de ahí los empréstitos que en definitiva, se hacen para favorecer á los pobres! Voltaire dijo: *¡Canales, canales!* Pero el gobierno tiene sus ingenieros que le ilustran; es difícil engañar al gobierno, á menos de ponerse en connivencia con los ingenieros. ¡La Cámara!... ¡Oh! señor, la Cámara nos perjudica. No quiere confesar que los asuntos políticos dependen de los asuntos financieros. Hay mala fe de una parte y de la otra. ¿Creeréis lo que os digo? ¡Los Keller! Pues bien, Francisco Keller es un orador, un gran orador, ataca al gobierno en las cuestiones de hacienda y á propósito de los canales. De vuelta en su casa, mi hombre se encuentra con nuestras proposiciones; son buenas, y es menester arreglarse con el gobierno susodicho, momentos antes atacado insolentemente. El interés del orador y el del banquero luchan, ¡estamos entre dos fuegos! Comprende-

deréis ahora de qué manera los negocios se hacen difíciles, ¡es menester agradar á tantos! Los agentes, las Cámaras, las antecámaras, los ministros...

— ¿Los ministros? dijo Pillereault, que quería descifrar por completo á su coasociado.

— Sí, señor, los ministros.

— Entonces los periódicos tienen razón, dijo Pillereault.

— Mi tío habla de política, dijo Birotteau; el señor Claparon le hace salir de sus casillas.

— ¡Los periódicos! ¡raza de truhanes! dijo Claparon, los periódicos lo embrullan todo; son útiles algunas veces, pero me hacen pasar crueles noches; preferiría mejor pasarlas de otra manera; porque tengo los ojos perdidos á fuerza de leer y de hacer cálculos.

— Volvamos á los ministros, dijo Pillereault esperando revelaciones.

— Los ministros tienen exigencias puramente gubernamentales... Pero ¿qué me dieron á comer? ¿ambrosia? dijo Claparon interrumpiéndose. Estas salsas sólo se ofrecen en las casas de los burgueses: nunca en los figones...

Á esta palabra, las flores de la cofia de la señora Ragon saltaron como carneros. Claparon comprendió que la palabra era innoble y quiso enmendarlo.

— En la alta banca, dijo, solemos llamar así, en broma, *figones*, á los restaurants más elegantes. Very, los Hermanos Provenzales... Pues bien, ni en esos infames figones, ni en nuestras presuntuosas

cocinas particulares, nos presentan salsas tan sustanciosas; los unos las hacen con agua clara acidulada con limón, los otros químicamente.

Mientras comieron, no cesaron las investigaciones de Pillereault, que trataba de sondear á su hombre, y descubriendo sólo vaciedades en él, juzgólo peligroso.

— Todo marcha bien, dijo Roguin al oído de Carlos Claparon.

— ¡Ah! sólo me consuela pensar que, saliendo de aquí, podré desnudarme, murmuró Claparon, que se ahogaba.

— Señor, le dijo Birotteau, si nos vemos reducidos á este comedor, que hoy servirá también de sala, es porque dentro de diez y ocho días reuniremos á varios amigos, tanto para celebrar la redención del territorio...

— Bien, señor: también soy partidario del gobierno. Pertenezco por mis opiniones al *statu quo* del grande hombre que preside los destinos de la casa de Austria, ¡un mozo de temple! Conservar para adquirir, y sobre todo adquirir para conservar... Esta es la base de mis opiniones, y tengo el honor de pensar como el príncipe de Metternich.

— ...del territorio, cómo para festejar mi nombramiento en la orden de la Legión de honor, prosiguió César.

— Lo sé ya. ¿Quién me dió la noticia?... ¿Los Keller ó Nucingen?

Roguin, asombrado de tanto aplomo, hizo un gesto de admiración.

— ¡Ah! no; en la Cámara.

— ¿En la Cámara? ¿Sería el señor de la Billardièrè? preguntó César.

— Precisamente.

— Resulta muy agradable, dijo César á su tío.

— Suelta palabras y más palabras, dijo Pillereault, todas incoherentes.

— Tal vez me haya hecho digno de tanto favor... prosiguió Birotteau.

— Por vuestros trabajos en perfumería; los Borbones saben recompensar todos los méritos. ¡Ah! tengamos confianza en esos generosos príncipes legítimos, de quienes aguardamos prosperidades inauditas... Porque, creedlo, la Restauración conoce que debe competir con el Imperio, ¡hará conquistas en plena paz, muchas conquistas!

— ¿El señor nos hará, sin duda, el honor de asistir á nuestro baile? dijo la mujer de César.

— Para pasar una velada en vuestra compañía, señora, renunciaría á ganar millones.

— Decididamente, resulta muy charlatán, dijo César á su tío.

Mientras que la gloria de la perfumería, en su decadencia iba á lanzar sus últimos resplandores, un astro aparecía lentamente en el horizonte comercial. El joven Popinot sentaba en aquella misma hora los cimientos de su fortuna en la calle de los Cinco Diamantes. La calle de los Cinco Diamantes, corta y estrecha, por donde los carros pasaban con gran dificultad, desembocaba en la calle de los Lombardos, y en la de Aubry-le-Boucher, frente á la de

Quincampoix, calle famosa del antiguo París, y cuyo nombre se repite muchas veces en la historia de Francia. Á pesar de su insignificancia, por hallarse allí reunidos los comerciantes de drogas, era buen sitio aquél para lo que Popinot se proponía; fué buena elección. La casa, la segunda entrando por la calle de los Lombardos, era tan obscura, que muchas veces hacía falta encender luz en pleno día. El novato se posesionó la vispera por la tarde de aquellos lugares sucios y muy desagradables. Su predecesor, tratante en melaza y azúcar sin refinar, había dejado las huellas de su comercio en las paredes, en el patio y en los almacenes. Figuraos una grande y espaciosa tienda con grandes puertas pintadas de verde lagarto, reforzadas con flejes de hierro sostenidos por clavos cuyas cabezas parecían hongos; rejas alambradas y panzudas en su parte inferior, como las de los antiguos panaderos; el suelo formado por grandes baldosas blancas, rajadas la mayor parte; las paredes amarillas y desnudas como las de un cuartel. Tenía trastienda y una cocina que daban al patio; y detrás otro almacén que antes habría sido cuadra. Una escalera interior, partiendo de la trastienda, terminaba en dos habitaciones con luces á la calle, donde Popinot pensaba poner la caja, su despacho y sus libros. Encima de los almacenes había tres habitaciones pequeñas, adosadas á la medianería, con vistas al patio, y destinadas á vivienda. Tres alcobas ruinosas que recibían sólo ventilación del patio irregular, estrecho, sombrío, húmedo siempre, tanto que sobre sus tapias brillaba

el agua; en los intersticios de las baldosas del patio aparecía una grasa negra y hedionda, formada por los residuos de la melaza y de los azúcares. Todas las alcobas estaban sin empapelar y enladrilladas, y sólo una tenía chimenea. Desde muy temprano, Gaudissart y Popinot, ayudados por un cartelero que el comisionista había apalabrado, cubrieron aquella horrible alcoba con papel de setenta y cinco céntimos la pieza. Una camita de madera encarnada, una mesucha de noche, una cómoda vieja, una mesa, dos butacas y seis sillas, regalo del juez Popinot á su sobrino, componían el mobiliario. Gaudissart había puesto sobre la chimenea un mal espejo, comprado de lance. Hacia las ocho de la noche, sentados delante de la chimenea, donde ardía un haz de leña, los dos amigos se disponían á comer las sobras del almuerzo.

— ¡No más fiambres! Debemos celebrar la nueva instalación, exclamó Gaudissart.

— Pero yo..., dijo Popinot enseñando la única moneda de veinte francos que guardaba para pagar el prospecto.

— ¿Yo?... dijo Gaudissart poniéndose una moneda de cuarenta francos sobre un ojo.

Un aldabonazo resonó entonces en el patio, naturalmente solitario y sonoro el domingo, día en que los industriales abandonan sus labores y salen de casa.

— Ya lo tenemos aquí, prosiguió Gaudissart; lo había encargado.

En efecto; un mozo y dos marmitones entraron,

en tres canastos, abundante servicio, manjares y seis botellas de vino, elegidas con discernimiento.

— Pero ¿cómo nos arreglaremos para comer tantas cosas? dijo Popinot.

— ¿Y nuestro colaborador literario? exclamó Gaudissart. Finot conoce las *pompas* y *vanidades*; vendrá sin falta, ¡oh cándido niño! provisto de un prospecto *espeluznante*. Los prospectos siempre tienen sed. Es preciso regar las simientes si se quiere que salgan flores. ¡Largo de aquí, esclavos! dijo á los marmitones, tomando una actitud teatral. Ahí tenéis oro.

Y les dió cincuenta céntimos á cada uno, con un gesto digno de Napoleón, su ídolo.

— Gracias, señor Gaudissart, respondieron los marmitones, agradeciendo más aún la broma que el dinero.

— Tú, hijo mío, dijo al mozo que se quedaba para servir, has de saber que hay una portera cerca de aquí, en las profundidades de un antro, donde alguna vez guisa, como en otro tiempo Nausicaa fregaba para entretenerse. Llégate á ella, implora su candor, interésala, ¡oh joven! para que caliente estos platos. Dile que será bendecida y, sobre todo, respetada, muy respetada por Félix Gaudissart, hijo de Juan Francisco Gaudissart, nieto de los Gaudissart, viles proletarios muy antiguos. Anda, y procura que todo salga bien, si no quieres que imprima en tu reverso la punta de mi extremidad inferior.

Otro aldabonazo resonó.

— Sin duda es el ingenioso Andoquio, dijo Gaudissart.

Un muchachote bastante mofletudo, de regular estatura, y que desde los pies á la cabeza parecía el hijo de un sombrerero, de facciones abultadas y expresión altiva, entró de repente. Su rostro entristecido como el de los hombres á los que aburre la miseria, se animó, llegando á mostrarse risueño al ver la mesa puesta y las botellas con envolturas significativas. Al grito de Gaudissart, sus mortecinos ojos azules chispearon, su cabezota giró de derecha á izquierda; saludó á Popinot de una manera extraña, ni servil ni respetuosa, como un hombre que no se halla en su centro y que no se amolda á las circunstancias. Empezaba entonces á reconocer que no tenía ningún talento literario, y estaba resuelto á tomar la literatura como negocio, elevarse á hombros de infelices talentos y explotar á los demás en lugar de escribir obras mal pagadas. En aquel momento, después de haber agotado las solicitudes humildes y las tentativas humillantes, se disponía, como los hombres que presumen de financieros, á mostrarse, de propósito, impertinente. Pero le faltaba dinero; Gaudissart le había facilitado una manera de conseguirlo con el aceite de Popinot.

— Trataréis directamente con los periódicos, pero sin engañarle, porque si lo hiciérais, tendríais una cuestión grave conmigo. Anunciadle cuanto en justicia le corresponda por el dinero que os dé.

Popinot miró al *autor* con cierta inquietud. Los verdaderos comerciantes miran á un escritor con un

sentimiento mezcla de terror, compasión y curiosidad. Aun cuando Popinot había recibido buena educación, las costumbres de sus parientes, sus ideas, los cuidados asiduos de una tienda y de una caja modificaron su inteligencia doblegándola á los usos y costumbres de su profesión, fenómeno que se puede observar notando las metamorfosis variadas que ofrecen en el trascurso de diez años cien compañeros muy semejantes al salir del colegio. Andoquio tradujo aquel encogimiento por una profunda admiración.

— Pues bien; antes de comer, abordemos el asunto del prospecto, para beber luego descuidados, insinuó Gaudissart. Con el estómago lleno, la lengua está muy torpe.

— Señor, dijo Popinot, un prospecto puede ser base de una fortuna.

— Para los plébeyos como yo, dijo Andoquio, la fortuna no es más que un prospecto.

— ¡Ah, muy gracioso! dijo Gaudissart. Este fanfante de Andoquio tiene ingenio como cuarenta.

— ¡Como ciento! añadió Popinot.

El impaciente Gaudissart, apoderándose del manuscrito, leyó en alta voz con énfasis: « ¡ACEITE CEFÁLICO! »

— Preferiría llamarlo *aceite cesarino*, dijo Popinot.

— Amigo mío, dijo Gaudissart, no conoces el público de provincias: hay una operación quirúrgica á la cual se da ese nombre, y son tan bestias que creerían que tu aceite era á propósito para facilitar

los partos; sería difícil hacerles comprender que se trata de la cabeza.

— Sin propósito de mantener el nombre, dijo el autor, os advierto que *aceite cefálico* es como decir aceite para la cabeza, y resume vuestras intenciones.

— Veamos, dijo Popinot impaciente.

— Ahí va el prospecto como, aun hoy, el comercio los recibe á millares. (*Otro documento justificativo*).

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE 1824

ACEITE CEFÁLICO

Con patentes de invención y de perfeccionamiento.

Ningún cosmético puede hacer crecer el pelo, así como ninguna preparación química puede tenerlo sin riesgo para el órgano donde reside la inteligencia. La ciencia ha declarado recientemente que los cabellos eran una substancia muerta, y que no hay agente capaz de evitar que se caigan ó encanezcan. Para prevenir la xeracia y la calvicie, basta preservar de toda influencia atmosférica el bulbo productor y conservar en la cabeza la temperatura conveniente. El *aceite cefálico*, basado en estos principios establecidos por la Academia de ciencias, produce este importante resultado, conocido ya por los antiguos, romanos, griegos y naciones del Norte, gentes de cabellera preciosa.

Sabias investigaciones demuestran que los aristócratas antiguos, notables por sus largas cabelleras, no empleaban otra cosa; pero su procedimiento, hábilmente reconstruido por A. Popinot, inventor del *aceite cefálico*, se había olvidado.

Conservar, y no esforzarse para producir un estímulo

sentimiento mezcla de terror, compasión y curiosidad. Aun cuando Popinot había recibido buena educación, las costumbres de sus parientes, sus ideas, los cuidados asiduos de una tienda y de una caja modificaron su inteligencia doblegándola á los usos y costumbres de su profesión, fenómeno que se puede observar notando las metamorfosis variadas que ofrecen en el trascurso de diez años cien compañeros muy semejantes al salir del colegio. Andoquio tradujo aquel encogimiento por una profunda admiración.

— Pues bien; antes de comer, abordemos el asunto del prospecto, para beber luego descuidados, insinuó Gaudissart. Con el estómago lleno, la lengua está muy torpe.

— Señor, dijo Popinot, un prospecto puede ser base de una fortuna.

— Para los plébeyos como yo, dijo Andoquio, la fortuna no es más que un prospecto.

— ¡Ah, muy gracioso! dijo Gaudissart. Este fanfante de Andoquio tiene ingenio como cuarenta.

— ¡Como ciento! añadió Popinot.

El impaciente Gaudissart, apoderándose del manuscrito, leyó en alta voz con énfasis: « ¡ACEITE CEFÁLICO! »

— Preferiría llamarlo *aceite cesarino*, dijo Popinot.

— Amigo mío, dijo Gaudissart, no conoces el público de provincias: hay una operación quirúrgica á la cual se da ese nombre, y son tan bestias que creerían que tu aceite era á propósito para facilitar

los partos; sería difícil hacerles comprender que se trata de la cabeza.

— Sin propósito de mantener el nombre, dijo el autor, os advierto que *aceite cefálico* es como decir aceite para la cabeza, y resume vuestras intenciones.

— Veamos, dijo Popinot impaciente.

— Ahí va el prospecto como, aun hoy, el comercio los recibe á millares. (*Otro documento justificativo*).

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE 1824

ACEITE CEFÁLICO

Con patentes de invención y de perfeccionamiento.

Ningún cosmético puede hacer crecer el pelo, así como ninguna preparación química puede tenerlo sin riesgo para el órgano donde reside la inteligencia. La ciencia ha declarado recientemente que los cabellos eran una substancia muerta, y que no hay agente capaz de evitar que se caigan ó encanezcan. Para prevenir la xeracia y la calvicie, basta preservar de toda influencia atmosférica el bulbo productor y conservar en la cabeza la temperatura conveniente. El *aceite cefálico*, basado en estos principios establecidos por la Academia de ciencias, produce este importante resultado, conocido ya por los antiguos, romanos, griegos y naciones del Norte, gentes de cabellera preciosa.

Sabias investigaciones demuestran que los aristócratas antiguos, notables por sus largas cabelleras, no empleaban otra cosa; pero su procedimiento, hábilmente reconstruido por A. Popinot, inventor del *aceite cefálico*, se había olvidado.

Conservar, y no esforzarse para producir un estímulo

estéril ó dañino en la dermis que contiene los bulbos, es el objeto del *aceite cefálico*. Este aceite, que se opone á la exfoliación de las películas, que exhala un olor suave, por las substancias de que está compuesto, entre las cuales figura como principal elemento la esencia de avellana, preserva de toda acción del aire sobre las cabezas, evitando también los catarros, las corizas y todas las afecciones dolorosas del encéfalo, conservando su temperatura interior. De esta manera, los bulbos que contienen los jugos generadores de los cabellos no son jamás heridos ni por el frío ni por el calor. La cabellera, ese producto magnífico al cual hombres y mujeres conceden tanta importancia, conserva perfectamente, hasta la edad avanzada de las personas que usan el *aceite cefálico*, la brillantez, la finura, el lustre que hacen tan encantadoras las cabezas de los niños.

La manera de usarlo acompaña á cada frasco, y va envolviéndolo.

MANERA DE USAR EL ACEITE CEFÁLICO

Es completamente inútil untarse mucho los cabellos; no es solamente una preocupación ridícula, sino también una costumbre molesta, toda vez que el cosmético deja huella en todas partes. Basta empapar todas las mañanas una esponjita fina en el aceite, sujetar con un peine los cabellos, impregnar las raíces de los mismos, de raya en raya, de manera que la piel retenga una ligera capa de aceite, después de haber limpiado previamente la cabeza con el cepillo y el peine.

Este aceite se vende en frascos firmados por el inventor para impedir falsificaciones, al precio de *tres francos*, en casa de *A. Popinot*, calle de los Cinco Diamantes, barrio de los Lombardos, en París.

Se suplica el franqueo en los pedidos.

Nota. — La casa *A. Popinot* tiene también otros productos, como esencia de azahar, aceites de aspic, de almendras dulces, de cacao, de café, de ricino y otros.

— Amigo mío, dijo el ilustre Gaudissart á Finot, está perfectamente redactado. ¡ Caramba! ¡ cómo abordamos las elevadas ciencias! Sin rodeos; vamos derechos al objeto. ¡ Ah! os felicito sinceramente; ahí tenéis una literatura útil.

— ¡ Qué delicioso prospecto! dijo Popinot entusiasmado.

— Un prospecto, cuya primera palabra desacredita el Macassar, dijo Gaudissart levantándose con un aire magistral para pronunciar las palabras siguientes, que iba desgranando entre ademanes parlamentarios: « No-se-hace-crecer-el-pelo. ¡ No-se-puede-teñir-sin-peligro! » ¡ Ah! ¡ oh! aquí está el éxito. La ciencia moderna está de acuerdo con las costumbres de los antiguos. Se puede convencer á los jóvenes y á los viejos. ¿ Se trata de un viejo? « ¡ Ah! ¡ oh! ¡ señor, los antiguos, los griegos, los romanos, tenían razón y no eran tan tontos como se quiere suponer! » ¿ Se trata de un joven? « ¡ Joven, otro descubrimiento debido á los progresos de la ciencia! ¡ progresamos! ¿ Quién no ha oído hablar del vapor, de los telégrafos y de otros muchos inventos? ¡ Este aceite es el resultado de un informe del señor Vauquelin! » Si reprodujéramos un fragmento del informe del señor Vauquelin en la Academia de Ciencias confirmando nuestros asertos, ¿ eh? ¡ Notable! ¡ Vamos, Finot, á la mesa! ¡ A comer! ¡ Destapemos el champagne en honor de los triunfos de nuestro joven amigo!

— He pensado, dijo el autor modestamente, que la época del prospecto ligero y jugueteón ha pasado;

entramos en el período de la ciencia; se necesita una forma doctoral, un tono de autoridad para imponerse al público.

— Acreditaremos ese aceite. Ya los pies me bailan y la lengua me cosquillea... Corre que corre; habla que habla, ¡y el aceite prosperando! Tengo das comisiones de todos los que tratan en cabellos; ninguno da más del treinta por ciento; es indispensable ofrecer el cuarenta por ciento; respondo desde ahora de colocar cien mil frascos en seis meses. Abordaré las farmacias, tiendas de ultramarinos y peluquerías: con el cuarenta por ciento, todos untarán a sus clientes.

Los tres jóvenes comieron como leones, bebieron como suizos, y se embriagaron con el futuro éxito del *aceite cefálico*.

— Este aceite se sube a la cabeza, dijo Finot sonriendo.

Gaudissart agotó la serie de ingeniosos equívocos factibles con las palabras aceite, cabellos, cabeza, etc. Entre las risas homéricas de los tres amigos, á los postres, dominando los brindis y enhorabuenas, un aldabonazo resonó, y fué oído.

— ¡Debe ser mi tío! Es capaz de venir á verme, exclamó Popinot.

— ¿Un tío? dijo Finot. ¡Y no tenemos vaso!

— El tío de mi amigo Popinot es un juez de instrucción, dijo Gaudissart á Finot: ni asomo de chanzas con él, ¿oyes? le debo la vida. ¡Oh! ¡cuando un hombre se ha visto en trance tan doloroso como yo me vi, abocado á la guillotina donde un *rist* pudo

dejarme sin pelo — y procuraba imitar con ademanes el paso de la feroz cuchilla — no se olvida fácilmente al virtuoso magistrado á quien se debe la conservación de la canal por donde pasa el vino de Champagne! Hasta borracho perdido, hace una memoria. No sabéis, Andoquino, si necesitaréis al señor Popinot; ¡Caramba! es preciso rezarle y hasta ponerle unas velas, como á los santos.

El virtuoso juez de instrucción preguntó, en efecto, á la portera, por su sobrino. Reconociendo la voz, Anselmo bajó con un candelero para alumbrar:

— Buenas noches, caballeros, dijo el magistrado.

El ilustre Gaudissart se inclinó respetuosamente. Finot examinó al juez con los ojos borrachos, y le pareció bastante zoquete.

— No tienes lujos, dijo el juez gravemente mirando al cuarto; pero, hijo mío, para llegar á ser algo es preciso empezar acostumbrándose á no ser nada.

— ¡Qué hombre tan sentencioso! dijo Gaudissart á Finot.

— Asunto para un artículo, dijo el periodista.

— ¡Ah! estabais aquí, señor mío, añadió el juez reconociendo al comisionista. ¿Qué hacéis aquí?

— Señor, quiero contribuir por todos los medios posibles á la fortuna de vuestro querido sobrino. Acabamos de aprobar el prospecto de su aceite, y este amigo que nos acompaña es el autor del prospecto, que nos parece una de las más bellas producciones de la literatura capilar.

El juez miró á Finot.

— Señor, dijo Gaudissart, es Andoquio Finot, uno de los jóvenes que se distinguen más en las letras; hace artículos de fondo y gacetillas teatrales en los diarios del gobierno: está en camino de ser ministro y autor cómico.

Finot tiró á Gaudissart del faldón de la levita.

— Bien, hijos míos, dijo el juez, á quien estas palabras explicaron el aspecto de la mesa donde se veían los restos de un festín muy justificado. Anselmo, dijo el juez á Popinot, vístete, iremos esta noche á casa del señor Birotteau, á quien debo una visita. Firmaréis vuestra escritura de asociación, que ya examiné cuidadosamente. Como tendréis la fábrica de vuestro aceite en los terrenos del arrabal del Temple, creo que debe hacerte un contrato de arrendamiento; las cosas en regla evitan discusiones. Estas paredes me parecen húmedas; Anselmo, cubrelas con esterilla de paja en el rincón donde pongas tu cama.

— Dispensadme, señor juez de instrucción, dijo Gaudissart con la astucia de un cortesano; lo hemos empapelado nosotros mismos hoy, y... el papel... no se ha... secado... aún.

— ¡ Mucha economía en todo! Me agrada, repuso el juez.

— Escuchad, dijo Gaudissart al oído de Finot; mi amigo Popinot es un joven muy virtuoso, va con su tío; vayamos nosotros á casa de nuestras... primas.

El periodista puso del revés los bolsillos de su chaleco. Popinot deslizó veinte francos al autor de

su prospecto. El juez tenía un coche al extremo de la calle, y fué con su sobrino á casa de Birotteau. Pillereault, los señores Ragon y Roguin, jugaban al *boston*, y Cesarina bordaba una pañoleta, cuando llegaron el juez Popinot y Anselmo. Roguin, sentado frente á la señora Ragon, junto á la cual estaba Cesarina, notó la alegría de la joven al ver entrar á Anselmo, y por señas indicó á su primer pasante los rubores de la muchacha.

— ¿Será, pues, el día de los contratos? dijo el perfumista, cuando después de saludar, el juez le indicó el objeto de su visita.

César, Anselmo y el juez subieron al segundo piso, á la habitación provisional del perfumista para discutir el contrato de arrendamiento y la escritura de asociación redactada por el magistrado. El arrendamiento se hizo por diez y ocho años, á fin de concordarlo con el de la calle de los Cinco Diamantes, circunstancia en apariencia insignificante, pero que más tarde favoreció los intereses de Birotteau. Cuando César y el juez volvieron al entresuelo, el magistrado, advertido ya del desorden general y de la presencia de los obreros en domingo en casa de un hombre tan religioso como el perfumista, preguntó los motivos: el perfumista no deseaba otra cosa.

— Aunque no seáis mundano, señor, no os parecerá mal que celebremos la redención del territorio. Pero, hay más. Reuniré algunos amigos para festejar también mi nombramiento en la orden de la Legión de honor.

— ¡ Ah! exclamó el juez, que no estaba condecorado.

— Tal vez me hice digno á este insigne y real favor perteneciendo al tribunal consular... ¡ oh! y combatiendo por los Borbones en la jornada...

— Sí, dijo el juez.

— ... de San Roque, el 13 vendimiario, donde me hirió Napoleón.

— Me parece bien, dijo el juez. Si mi esposa está para entonces aliviada, la traeré.

— Alejandro, dijo Roguin á su pasante en la puerta, no pienses de ningún modo en casarte con Cesarina, y dentro de mes y medio sabrás que te aconsejo bien.

— ¿ Por qué? dijo Crottat.

— Birotteau, amigo mío, gasta cien mil francos en su baile, arriesga su fortuna en ese negocio de los terrenos, á pesar de mis consejos. Antes de mes y medio esta familia no tendrá que comer. Cásate con la señorita Lourdois, la hija del pintor decorador, que tiene trescientos mil francos de dote; te preparo el asunto. Si me entregas cien mil francos al contado por la compra de mi estudio, es cosa hecha; mañana queda todo resuelto.

Las magnificencias del baile que preparaba el perfumista, pregonadas por los diarios á toda Europa, eran de muy distinto modo repetidas en el comercio por los rumores á los que daban margen los trabajos de día y de noche. Unos decían que César había alquilado tres casas; otros, que hacía dorar sus salones; éstos, que la cena se compondría

de platos inventados expresamente para el festín; aquéllos, que los comerciantes no serían invitados; que la fiesta se daba únicamente para los políticos; y no faltó quién criticase al perfumista severamente por su ambición, y se mofara de sus pretensiones políticas, negando hasta que le hubiesen herido. El baile engendraba más de una intriga en el segundo distrito; los amigos estaban satisfechos, pero las exigencias de los que sólo tenían con la casa un trato superficial eran enormes. Todo favor posible es un semillero de cortesanos. Hubo muchas personas á quienes la invitación costó bastantes pasos.

Los Birotteau estaban estupefactos del número de sus amigos á los cuales ni siquiera conocían. Estas ansias asustaron á la señora Birotteau; su expresión era cada vez más triste, á medida que se acercaba el día solemne. Desde luego confesó á César que ignoraba cuál debía ser en aquellas circunstancias su actitud, aterrada con las innumerables atenciones de la fiesta; ¿ dónde buscar la plata, la cristalería, los refrescos, la vajilla, el servicio? ¿ Y quién atendería luego á todo? Rogó á Birotteau que tuviese cuidado de la puerta, y que sólo dejara entrar á los invitados; había oído contar cosas muy extrañas de gentes que acudían á los bailes burgueses, llamándose amigos de personas á las que ni siquiera conocían. Cuando con más de una semana de anticipación Braschon, Grindot, Lourdois y Chaffaroux, el contratista de albañilería, hubieron asegurado que las habitaciones estarían

disponibles para el célebre domingo 17 de diciembre, hubo una conferencia muy graciosa, por la noche, después de comer, en el modesto saloncito del entresuelo, entre César, su mujer y su hija, dispuestos á formar la lista de los invitados y extender la invitación que, desde por la mañana, estaba impresa en presiosa cursiva, de carácter inglés y sobre papel rosa, redactada con arreglo al formulario de la cortesía pueril y atenta.

— ¡Ah, cuidado, que no se nos olvide nadie! dijo Birotteau.

— Si olvidamos alguno, dijo Constanza, ya nos lo recordará él mismo. La señora Derville, que nunca nos ha visitado, vino ayer por la tarde muy peripuesta.

— Muy elegante, dijo Cesarina, me gustó.

— Sin embargo, antes de su matrimonio era menos aún que yo, dijo Constanza; cosía ropa blanca, en la calle Montmartre; ha hecho camisas á tu padre.

— Bien, principiemos la lista, dijo Birotteau, por las personas más encopetadas. Escribe, Cesarina: señores duques de Lenoncourt...

— ¡Dios mío! César, dijo Constanza, no envíes invitaciones á las personas que sólo conoces como parroquianos. ¿Piensas invitar á la princesa de Blamont-Chauvry, parienta más cercana de tu difunta madrina, la marquesa de Uxelles, que el duque de Lenoncourt? ¿Invitarías á los señores de Vandenesse, al señor de Marsay, al señor de Ronquerolles, al señor de Aiglemon, que también son

parroquianos de tu casa? Estás loco; las grandezas te trastornan la cabeza...

— Bueno, pero al señor conde de Fontaine y á su familia, sí. ¡Caramba! ese venía con el nombre de *Gran Jacobo*, de igual manera que se llamaba *el Mozo* el señor marqués de Montauran y el señor de la Billardière, que se llamaba *el nantes* cuando conspiraban en *la Reina de las Rosas*, antes del gran acontecimiento del 13 vendimiario. ¡Qué apretones de de manos entonces, diciéndome: « Valor, querido Birotteau, arriesgad la vida, como nosotros, por defender la buena causa! » Somos antiguos compañeros de conspiración.

— Ponle, dijo Constanza. Si el señor de la Billardière y su hijo vienen, al menos que tengan con quien hablar.

— Escribe, Cesarina, dijo Birotteau. Primero: el señor prefecto del Sena; vendrá ó no vendrá, pero es el jefe de la corporación municipal: *á cada uno lo suyo*. El señor de la Billardière y su hijo el alcalde. Pon, al margen, el número de invitados que lleva cada invitación. Mi colega el señor Granet, concejal, y señora. Es muy fea, pero no hay remedio; hay cosas de que no se puede prescindir. El señor Curel, el platero, coronel de la guardia nacional, señora é hijas. Ya están las autoridades; ahora, los personajes de importancia. Señores condes de Fontaine y su hija la señorita Emilia.

— Una impertinente que me hace salir de mi tienda por no bajarse del coche, y me tiene junto á la portezuela, en todo tiempo, dijo la señora Bi-

rotteau. Si viene, será para burlarse de nosotros.

— Siendo así, es posible que venga, dijo César, que, á todo trance, quería tener gente. Continúa, Cesarina. Señores condes de Granville, mi casero y el personaje más notable de la corte, como dice Derville. ¡A propósito! El señor de la Billardiére ha conseguido que mañana me ponga las insignias de la orden el mismo señor conde de Lacépède. Sería conveniente mandar una invitación para el baile y para la comida al gran canciller. Señor Vauquelin. Pon baile y comida, Cesarina. Y para que no se olviden, á todos los Chiffreville y á los Protez. Señores de Popinot, juez del tribunal del Sena. Señores de Thirion, ujier de la cámara real, amigos de los de Ragon, é hija, que va, según dicen, á casarse con uno de los hijos del primer matrimonio del señor Camusot.

— César, no te olvides del joven Horacio Bianchon, sobrino del señor Popinot y primo de Anselmo, dijo Constanza.

— ¡Ah! ¡todo previsto! Cesarina puso, acertadamente, *un cuatro* junto al nombre del señor Popinot. Señor de Roubourdin, uno de los jefes de negociado á las órdenes del señor de la Billardiére. Señor Cochin, del mismo ministerio, señora é hijo, los consocios de los Matifat. Señores y señorita de Matifat, puesto que los he nombrado.

— Los Matifat, dijo Cesarina, han recomendado con insistencia que tuviésemos presentes á los señores Colleville, á los señores de Thuillier y á los Saillard.

— Veremos, dijo César. Nuestro agente de Bolsa, Julio Desmarests, y señora.

— ¡Será la más bella del baile! dijo Cesarina. Me gusta, ¡oh! ¡me gusta más que todas!

— Derville y su mujer.

— Pon ya los señores Coquelin, sucesores de mi tío Pillereault, dijo Constanza. Confían tanto en ser invitados, que la pobre mujer ha encargado á la modista un soberbio traje de baile, sobrefalda de raso blanco, falda de tul bordado con flores. Si se descuida, se hace un vestido de corte. Si no los invitamos, tendremos en ellos unos enemigos rabiosos.

— Ponlos, Cesarina; debemos honrar al comercio, pertenecemos á él. Señores Roguin.

— Mamá, la señora Roguin se pondrá su diadema, todos sus diamantes y su falda de encaje.

— Señores de Lebas, dijo César. Señor presidente del tribunal de comercio, señora é hijas. Se me olvidó, ponerlo entre las autoridades. Señores de Lourdois é hija. Señor Claparon, banquero. De Tillet, Grindot, Molineux, Pillereault y su casero. Señores de Camusot, los grandes almaceneros de seda, é hijos, todos, el de la Escuela politécnica y el abogado, que pronto será juez, gracias á su casamiento con la señorita Thirion.

— Pero en una provincia, dijo Cesarina.

— Señor Cardot, suegro de Camusot, é hijos; ¡Calla! También los Guillaume, calle del Palomar, el suegro de Lebas, dos ancianos, figuras decorativas. Alejandro Crottat; Celestino...

— Papá, no olvides al señor Finot y al señor Gaudissart, dos jóvenes que son muy útiles á Popinot.

— ¡ Gaudissart! *Estuvo procesado*. Pero no importa; se va pronto y lleva la comisión de nuestro aceite... Inclúyelo. En cuanto al señor Finot, ¿ qué motivo hay?

— Anselmo dice que será pronto un personaje; tiene tanto ingenio como Voltaire.

— ¿ Un autor? Son ateos todos.

— Invítale, papá; en esta lista, los jóvenes que puedan bailar son muy escasos. Además, el magnífico prospecto de vuestro aceite es obra suya.

— Tiene confianza en nuestro aceite, dijo César, invítale, hijita mía.

— También invito á mis recomendados, dijo Cesarina.

— Señor Mitral, mi procurador. Señor Haudry, nuestro médico; pura fórmula; no vendrá.

— Vendrá con la golosina del juego, dijo Cesarina.

— ¡ Ah! supongo, César, que invitaréis para la comida al señor cura Loraux.

— Escribí al señor cura, rogándole que no faltara, dijo César.

— ¡ Ah! no hay que olvidarse de la cuñada de Lebas, la señora de Sommervieux, dijo Cesarina. ¡ Pobre mujer! está muy enferma, se muere de pesadumbre; nos lo ha dicho Lebas.

— Ved las consecuencias de casarse con artistas, exclamó el perfumista. Mira, tu madre tiene sueño,

se duerme, dijo muy bajo á su hija. ¡ Buenas noches! Oye, dijo César á Cesarina, ¿ y el vestido de tu madre?

— Sí; estará todo á punto. Mamá piensa que le hacen un traje de crespón de la China como el mío; la modista dice que no hace falta probárselo.

— ¿ Cuántos van á ser? dijo César en alta voz viendo que despertaba su esposa.

— Ciento nueve, con los dependientes, dijo Cesarina.

— ¿ Dónde los meteremos á todos? exclamó la señora Birotteau. ¡ Paciencia! después del domingo, prosiguió ingenuamente, vendrá el lunes.

Todo es extraordinario entre personas que se encumbran en la esfera social. Ni la señora Birotteau, ni César, ni nadie de la casa podían entrar bajo ningún pretexto en el primer piso. César había prometido á Raguet, su mozo de almacén, un traje nuevo para el día del baile, esperando que fuese un buen centinela que cumpliera bien la consigna. Birotteau, como el emperador Napoleón en Compiègne, cuando hizo restaurar el castillo para celebrar allí su matrimonio con María Luisa de Austria, no quería ver nada parcialmente, quería *gozar de la sorpresa*. Estos dos antiguos adversarios se aproximaban una vez más, inadvertidamente, no ya en el campo de batalla, sino en el terreno de las vanidades burguesas. El señor Grindot se había comprometido á prepararlo todo, y, llegada la hora, enseñar á Birotteau su casa, como enseña un cicerone una galería de pinturas á un curioso. Todos los de la casa

habían preparado alguna *sorpresa*. Cesarina empleó sus economías, cien luises, en comprar libros á su padre. El señor Grindot le había revelado, en secreto, que pensaba poner dos armarios para libros en el aposento de César, convertido en gabinete: una sorpresa del arquitecto. Cesarina gastó su caudal en casa de un librero para ofrecer á su padre las obras de Bossuet, Racine, Voltaire, Juan Jacobo Rousseau, Montesquieu, Molière, Buffon, Fenelon, Delille, de Saint-Pierre, La Fontaine, Corneille, Pascal, La Harpe, en una palabra, la biblioteca vulgar que tiene todo el mundo y que César no leería jamás. La cuenta de las encuadernaciones amenazaba ser terrible. Thouvenin, el inexacto y famoso encuadernador, un artista, estaba comprometido á entregar los volúmenes el 18 al medio día. Cesarina confió á su tío Pillereault este secreto, y el buen señor dijo que pagaría las encuadernaciones. La sorpresa de César á su mujer era un vestido de terciopelo rojo guarnecido con blondas. La sorpresa de la señora Birotteau al nuevo caballero consistía en un par de hebillas de oro, y alfiler de cortaba con un solitario. En fin, había para toda la familia la sorpresa de las habitaciones á la cual debía seguir, durante dos semanas, la no menor de las cuentas.

César pensó muy despacio qué invitaciones debían hacerse personalmente, y cuáles podría repartir Raguét, por la tarde. Tomó un coche y se metió en él con su mujer, desfigurada por un sombrero adornado con plumas, y un chal comprado para esta

ocasión, la cachemira tan deseada durante quince años. Los perfumistas hicieron veintidós visitas.

César había evitado á su mujer las dificultades que presentaba el servicio y la confección casera de los diferentes manjares exigidos para el esplendor del festín. Chevet y Birotteau se convinieron diplomáticamente. Chevet llevaría un magnífico servicio de plata que rentaba tanto como una buena finca, encargándose también de la comida, de los vinos, de los criados, dirigidos por un jefe de comedor de buen aspecto, todos responsables de sus hechos y maneras. Chevet necesitaba la cocina y el comedor del entresuelo para establecer su cuartel general; no tenía que descuidarse para servir á veinte personas una comida á las seis de la tarde, y á la una de la mañana un magnífico ambigú á ciento veinte. Birotteau había encargado en el café de Foy los helados de frutas, servidos en finas porcelanas, cucharillas doradas y bandejas de plata. Tanrade, otra notabilidad, cuidaría de los refrescos.

— No te impacientes, dijo César á su mujer viéndola demasiado inquieta la antevíspera, Chevet, Tanrade y el del café de Foy ocuparán el entresuelo; Virginia vigilará en el segundo; mandaremos cerrar la tienda. A nosotros nos toca sólo el trabajo de saludar á los concurrentes.

El día 16, á las dos de la tarde, el señor de la Billardiére fué á buscar á César para acompañarle á la cancillería de la Legión de honor, donde debía recibirle caballero el señor conde de Lacépède en unión de otros diez oficiales de la misma orden. El



alcalde sorprendió al perfumista muy enternecido. Constanza acababa de presentarle su regalo : hebillas de oro y alfiler de corbata con un solitario.

— ¡ Es tan agradable verse tan querido ! exclamó subiendo al coche en presencia de sus dependientes agrupados, de Cesarina y de Constanza.

Todos miraban á César, vestido con su calzón de seda negra, medias de seda y el nuevo frac azul, sobre el cual brillaría pronto la cinta que, según Molineux, estaba enrojecida con sangre.

Cuando César volvió á la hora de comer, estaba pálido de alegría, miraba su cruz en todos los espejos, porque en sus primeros entusiasmos no se contentó con la cinta ; fué vanidoso, sin falsa modestia.

— Mujercita mía, dijo, el gran canciller es un hombre encantador ; á una indicación de la Billardiére, ha aceptado mi invitación ; vendrá con el señor Vauquelin. El señor de Lacépède es un hombre famoso ; sí, tanto como el señor Vauquelin ; ¡ ha publicado cuarenta obras ! Un escritor que también es par de Francia. No debemos olvidarnos de llamarle « vuestra señoría » ó « señor conde. »

— Pero, come, hombre, le dijo su mujer. Es peor que un niño tu padre, dijo Constanza á Cesarina.

— ¡ Cómo luce puesta en el ojal ! dijo Cesarina. Te saludarán los centinelas, saldremos juntos.

— Me saludarán todas las guardias.

En aquel momento Grindot bajaba con Braschon. Después de comer, los señores y la señorita podrían gozar del espectáculo de las habitaciones ; el pri-

mer oficial de Braschon estaban rematando algunos detalles, y tres hombres encendían las bujías.

— Son ciento veinte bujías, dijo Braschon.

— Una cuenta de doscientos francos en casa Trudon, dijo Constanza, cuyas lamentaciones fueron interrumpidas por una mirada del caballero Birotteau.

— Vuestra fiesta será magnífica, señor comendador, dijo Braschon.

Birotteau se dijo para sí :

— ¡ Ya empiezan los aduladores ! El cura Loraux me ha encargado mucho que no me deje alucinar y siga siendo modesto. Recordaré mi origen humilde.

César no comprendió lo que pretendía el rico tapicero de la calle de San Antonio. Braschon hizo once tentativas inútiles para ser invitado, pensaba llevar á su mujer, á su hija, á su suegra y á su tía ; Braschon, al ver fracasado su propósito, se declaró enemigo de César ; al salir, no le llamaba ya « señor comendador ».

Dió principio el ensayo general. César, Constanza y Cesarina salieron de la tienda y entraron en su casa, por la calle. La puerta de la casa estaba restaurada en un soberbio estilo, partida en dos postigos, formados por tableros bien labrados y gruesos, en medio de los cuales resaltaba un adorno arquitectónico de bronce fundido y pintado. Esa clase de puertas, que ya son en París cosa corriente, fueron por entonces una sorprendente novedad. En el fondo del vestíbulo se veía la escalera, y debajo de la escalera la portería, una especie de caja donde apenas cabía una persona. El vestíbulo em-

baldosado con mármol blanco y negro, con las paredes pintadas imitando a mármol, estaba alumbrado por una lámpara antigua de cuatro mecheros. El arquitecto había reunido la riqueza á la sencillez. Un paso de alfombra roja hacía resaltar la blancura de los escalones de piedra pulimentada. Las puertas de los pisos eran semejantes á la de la calle, pero sin bronce, con los adornos de talla.

— ¡Qué bonito! dijo Cesarina, y sin embargo no hay nada que llame la atención.

— Precisamente, señorita, lo que agrada es que todo está en armonía y proporción, pedestales, zócalos, cornisas y molduras; además, no he dorado nada, los colores son muy sobrios y no ofrecen llamativas entonaciones.

— Esto es una ciencia, dijo Cesarina.

Entraron entonces todos en la antesala, de buen gusto, entarimada, espaciosa, decorada sencillamente. Luego pasaron al salón, que tenía tres huecos á la calle, y estaba decorado en blanco y rojo, las cornisas elegantes, las pinturas finas, y donde nada era chillón ni llamativo. Sobre una chimenea de mármol blanco, lucían dos candelabros y un reloj de sobremesa, muy hermosos; allí no había nada ridículo, todo armonizaba, obedecía todo á un estilo, dificultad que solamente los buenos artistas logran vencer, ligando hasta los menores detalles de un decorado á una ley que preside su obra y que los profanos desconocen, aun cuando la sienten y admiran. Una araña de veinticuatro bujías hacía brillar los cortinajes de seda roja; el

pavimento invitaba, era tentador: á Cesarina se le ocurrió bailar. Una salita verde y blanca daba paso al gabinete de César.

— He puesto aquí una cama, dijo Grindot abriendo las puertas de una alcoba cuidadosamente disimulada entre los dos armarios de libros. Vos ó la señora podéis enfermar, y para esos casos conviene mucho disponer de dos alcobas.

— Pero estos armarios llenos de libros encadenados... ¡Oh! ¡mujercita mia! ¡mujercita mia! exclamó César.

— No; esto es un regalo de Cesarina.

— Dispensad la emoción de un padre, dijo al arquitecto después de besar á la hija.

— No debe preocuparos mi presencia, caballero, dijo Grindot; estáis en vuestra casa.

En el gabinete dominaban los colores oscuros, realzados por adornos verdes, y las más hábiles y armónicas transiciones ligaban todos los objetos allí reunidos. El color que servía de fondo á un mueble lucía en el adorno de otro, y vice versa. El grabado de *Hero y Leandro* aparecía en una pared del gabinete de César.

— Vosotros pagaréis todo esto, dijo alegremente Birotteau á las figuras del cuadro.

— Te lo regala Anselmo, dijo Cesarina.

Anselmo también se había permitido una sorpresa.

— ¡Pobre muchacho! Ha hecho lo que hice yo con el señor Vauquelin.

La alcoba de la señora Birotteau estaba inme-

diata. El arquitecto había desplegado magnificencias oportunas para las excelentes personas á quienes se había propuesto agradar; cumplió su palabra estudiando aquella *restauración*. Las paredes, revestidas de seda azul con adornos blancos; los muebles tapizados de casimir blanco y adornos azules. Sobre la chimenea de mármol blanco un reloj figurando una Venus agachada. Una preciosa alfombra de moqueta, semejante á los tapices turcos, unía con la alcoba de Constanza la de Cesarina, tapizada con una tela persa, muy elegante; un piano, un precioso armario de espejo, una camita de virgen, rodeada por sencillas colgaduras y todos los muebles propios del objeto á que se destinaban. El comedor estaba detrás del cuarto de Birotteau y del de su mujer; tenía puerta á la escalera; estaba decorado estilo Luis XIV, con un reloj de concha y bronce dorado; los aparadores eran también de bronce y concha, las paredes estaban revestidas de tela con clavos dorados. La satisfacción de aquella familia no es descriptible sobre todo cuando, al volver á su alcoba, la señora Birotteau vió sobre su cama el vestido de terciopelo color cereza guarnecido con encajes, regalo de su marido, y que Virginia había puesto allí entrando de puntillas.

— Caballero, lo que habéis hecho aquí basta para conquistaros celebridad, dijo Constanza á Grindot. Mañana por la noche reuniremos ciento veinte personas y recibiréis los plácemes de todo el mundo.

— Os recomendaré, dijo César. Veréis la *flor*

del comercio, y os daréis á conocer en una sola noche más que si hubieseis construido cien casas.

Constanza, emocionada, no pensaba ya en el gasto ni en censurar á su marido. He aquí por qué. Por la mañana, cuando había ido á llevar el cuadro de *Hero y Leandro*, Anselmo Popinot, á quien Constanza concedía una poderosa inteligencia y grandes alientos, le aseguró el éxito del *aceite céfálico* en cuyo asunto trabajaba con una tenacidad sin ejemplo. El enamorado había prometido que, á pesar de lo enorme de la suma á que se elevarían las locuras de Birotteau, en seis meses esos gastos quedarían cubiertos con su parte en los beneficios obtenidos por el aceite. Después de haber temblado durante diez y nueve años, era tan dulce entregarse una vez á la felicidad, que Constanza prometió á su hija no envenenar la dicha de su marido con ninguna reflexión y dejarle hacer cuanto imaginara. Cerca de las once, después de haberse despedido el señor Grindot, Constanza se arrojó al cuello de su marido y lloró de alegría, diciéndole:

— ¡Cesar! ¡Ah! me haces enloquecer y me haces muy feliz.

— Con tal que dure, ¿no es verdad? dijo César muy risueño.

— Esto dudará, no desconfío, dijo la señora de Birotteau.

— ¡Gracias á Dios! exclamó el perfumista, que al cabo me comprendes.

Las personas bastante capaces para reconocer sus debilidades, confesarán que una pobre huérfana,

diez y ocho años antes primera dependienta de *el Marinerito*, en la isla de San Luis, y un pobre aldeano que salió de Turena, á pie, con un garrote y unos zapatos claveteados, debían sentirse orgullosos, felices de realizar semejante fiesta por tan loables motivos.

— Dios mío, daría con gusto cien francos, dijo César, porque viniera hoy alguien de visita.

— El señor cura Loraux, anunció Virginia.

El cura Loraux entró. Era entonces párroco de San Sulpicio. Jamás las energías del alma se revelaron mejor que en aquel santo sacerdote, cuyo trato dejaba profunda huella en la memoria de todos los que le conocieron. Su rostro adusto, feo hasta inspirar desconfianza, había tomado expresión sublime con el ejercicio de las virtudes católicas; brillaba con un destello celestial. Un candor infundido en su sangre endulzaba sus facciones defectuosas, y el fuego de la caridad purificaba las líneas incorrectas por el fenómeno contrario al que en Claparon lo había embrutecido y degradado todo. En sus arrugas se traslucían las tres preciadas virtudes humanas: la esperanza, la fe, la caridad. Su palabra era lenta, dulce y penetrante. Su traje era el de los sacerdotes de París; se permitía el redingote de color castaño obscuro. Ninguna ambición se había deslizado en su corazón puro que los ángeles debieron presentar á Dios bañado en inocencia primitiva. Fué menester la dulce violencia de la hija de Luis XVI para hacer aceptar al padre Loraux una de las parroquias de París, por entonces de las más modestas.

Miró con intranquilidad todas aquellas magnificencias, sonrió á la familia entusiasmada, y movió la encanecida cabeza.

— Hijos míos, les dijo, mi misión no es asistir á fiestas, sino consolar á los afligidos. Vengo á dar las gracias al señor Birotteau y á felicitaros. Sólo prometo venir á celebrar un acontecimiento fausto: cuando caséis á esta hermosa criatura.

Transcurrido un cuarto de hora, el sacerdote se fué sin que ni el perfumista ni su mujer se atreviesen á enseñarle las nuevas habitaciones. Aquella grave aparición enfrió un poco los entusiasmos de César. Cada uno se acostó en su lujo, tomando posesión de los buenos y bonitos muebles que había deseado. Cesarina desnudó á su madre delante de un tocador de mármol blanco con espejo. César se había permitido algunas superfluidades de las que se dispuso á usar en seguida. Todos durmieron imaginando las alegrías del día siguiente. Después de oír misa y haber leído sus oraciones, Cesarina y su madre se vistieron hacia las cuatro de la tarde, habiendo entregado ya el entresuelo al brazo secular de los dependientes de Chevet. Ningún adorno favoreció tanto jamás á la mujer de César como aquel traje de terciopelo rojo guarnecido con encajes, descotado y de manga corta. Sus hermosos brazos, frescos y vigorosos aún, su pecho de transparente blancura, su cuello, sus hombros de correctas líneas, estaban realzados por la rica tela y por el color magnífico. La inocente alegría que toda mujer experimenta al sentir el poder de sus encantos

dió cierta suavidad al perfil griego de la perfumista, cuya belleza se mostró con toda la finura de un cañafao. Cesarina, vestida de crespón blanco, llevaba en la cabeza una corona de rosas blancas y una rosa encarnada en el pecho; una banda cubría castamente sus hombros y su descote; Cesarina enloqueció á Popinot.

— Estas gentes nos aplastan, dijo la señora Roguin á su marido, examinando las habitaciones.

La mujer del notario estaba furiosa por no sentirse tan atractiva como la esposa de César; toda mujer sabe siempre por sí misma á qué atenerse acerca de la superioridad ó la inferioridad de una rival.

— ¡Bah! ¡Esto no durará mucho tiempo, y tu carruaje salpicará pronto á la pobre mujer, tropezándola en la calle, á pie y arruinada, murmuró Roguin al oído de su esposa.

Vauquelin hizo el favor completo; asistió, llevando consigo al señor de Lacépède, su colega de la Academia, que fué á buscarle en coche. Al ver á la deslumbradora perfumista, los dos sabios cayeron en su galantería científica.

— ¿Tendréis algún secreto que la ciencia ignora para conservaros tan joven y bella? dijo el químico.

— Aquí estáis en vuestra casa, os corresponde una buena parte de mi fortuna, señor académico, dijo Birotteau... Sí, señor conde, añadió, dirigiéndose al gran canciller de la Legión de honor: debo mi suerte al señor Vauquelin. Tengo la honra de pre-

sentar á vuestra señoría al señor presidente del tribunal de comercio... Es el señor conde de Lacépède, par de Francia, uno de sus hombres eminentes; ha publicado cuarenta libros, dijo á José Lebas, que acompañaba al presidente del tribunal.

Los convidados llegaban puntualmente. La comida fué como son los banquetes de comerciantes, extremadamente alegre, rebosando ingenuidad, matizada con bromas exageradas, que siempre hacen reír. La excelencia de los manjares, la exquisitez de los vinos fueron muy estimados. Cuando los invitados volvieron de nuevo á los salones para tomar el café, ya eran las nueve y media. Algunos coches habían conducido á impacientes que debían asistir al sarao. Una hora después, el salón estaba lleno y el baile animadísimo. El señor de Lacépède y el señor Vauquelin se marcharon, con gran sentimiento de Birotteau que, siguiéndoles hasta la escalera, les rogaba, en vano, que se quedasen. Logró conservar al señor Popinot, el juez, y al señor de la Billardiére. Exceptuando á tres mujeres, que representaban la aristocracia, la banca y la administración, la señorita de Fontaine, la señora Jules, la señora Rabourdin, cuyas deslumbradoras bellezas, aposturas y maneras sobresalían en aquella reunión, las demás presentaban á la vista lujos pesados, macizos y cierta expresión de abundancia que da á las masas burguesas un aspecto común y que la ligera elegancia de aquellas tres mujeres hacía resaltar cruelmente.

La burguesía de la calle de Saint-Denis osten-

tábase majestuosa, mostrándose en toda la plenitud de su risible petulancia. Era la misma burguesía que viste á sus hijos de lanceros ó de oficiales de la guardia nacional, que compra *Victorias y Conquistas*, el *Soldado labrador*, admira el *Entierro del pobre*, se regocija el día de guardia, va el domingo á una casa de campo de su propiedad, se inquieta por tener movimientos distinguidos y vive soñando en los honoríficos destinos municipales; la burguesía, celosa de todo y, sin embargo, bondadosa, servicial, desinteresada, sensible, compasiva, suscribiendo cantidades para los hijos del general Foy, para los griegos cuyas piraterías desconoce, para el Campo de Asilo, cuando ya no existe, víctima de sus virtudes y escarnecida en sus defectos por una sociedad que vale mucho menos aún, precisamente porque la burguesía tiene corazón y virtud, é ignora las conveniencias; educa á las inocentes hijas habituadas al trabajo, llenas de cualidades que el contacto con esferas más elevadas hace disminuir, tan pronto como se lanzan en ellas; muchachas sin malicia, entre las cuales el bondadoso Crysala hubiera elegido mujer; en fin, una burguesía admirablemente representada por los Matifat, drogueros de la calle de los Lombardos, cuya casa surtía á *la Reina de las Rosas* desde sesenta años atrás.

La señora Matifat, que había querido mostrarse distinguida, llevaba un prendido en forma de turbante y un traje de tupida seda, color amapola, bordado en oro, todo en armonía con su expresión

altiva, su nariz romana y los esplendores de su color arrebatado. El señor Matifat, tan arrogante en las revistas de la guardia nacional, donde se distinguía á cincuenta pasos su redondo vientre, sobre el cual brillaba la cadena del reloj y un manojo de dijes, estaba dominado por aquella Catalina II de mostrador. Grueso y rechoncho, provisto de antiparras, con el cuello de la camisa á la altura del cerebelo, se hacía notar por su voz cóncava y por la riqueza de su vocabulario. Jamás dijo Corneille, sino «el sublime Corneille». Racine, era «el dulce Racine». ¡Voltaire! ¡Oh, Voltaire! «el segundo en todos los géneros, más ingenioso que inspirado, pero, á pesar de todo, una eminencia». Rousseau, «entendimiento sombrío y orgulloso, que ha acabado ahorcándose». Contaba groseramente las anécdotas vulgares sobre Piron, considerado entre la burguesía como un hombre prodigioso. Matifat era muy apasionado por las actrices, mostrando una ligera tendencia á la obscenidad; se murmuraba también que, á semejanza del buen Cardot y del rico Camussot, tenía una querida. Alguna vez la señora Matifat, viéndolo abocado á referir alguna anécdota, se apresuraba á interrumpirle, gritando con toda su fuerza: «¡Gordinflón! repara en lo que vas á decirnos.» Le llamaba familiarmente «su gordinflón». Aquella voluminosa reina de las drogas hizo perder á la señorita Fontaine su compostura aristocrática; la orgullosa joven no pudo dejar de sonreír, oyéndola decirle á Matifat:

— No te atraques de helados, mi gordinflón; es de mal gusto.

Es más difícil explicar la diferencia que distingue al gran mundo de la burguesía, que le fuera á la burguesía borrarla. Esas mujeres, sintiéndose incómodas en sus tocados, no podían olvidar sus molestas galas, y descubrían sencillamente una satisfacción reveladora de que el baile era un extraordinario en su vida laboriosa, mientras que las tres mujeres representantes de más elevadas esferas sociales estaban con la misma naturalidad que debían estar al día siguiente; no se las conocía que se hubieran vestido exprofeso, no se contemplaban envueltas en las maravillas de sus tocados, no se inquietaban por el efecto que producían: todo terminaba para ellas, cuando, ante su espejo, perfilaban los últimos detalles de su tocado; sus rostros no revelaban nada excesivo, bailaban con la gracia y el abandono que genios desconocidos han dado á ciertas estatuas antiguas. Las otras, por el contrario, marcadas con el sello del trabajo, consultaban sus posturas vulgares y se divertían excesivamente; sus miradas eran demasiado curiosas; sus voces no conservaban ese ligero murmullo que da á las conversaciones del baile un fascinador atractivo; carecían, sobre todo, de la seriedad impertinente que contiene el epigrama en germen, de la tranquila actitud que distingue á las personas acostumbradas á tener mucho dominio de sí mismas. Por eso la señora Roubourdin, la señora Jules y la señorita de Fontaine, que se habían propuesto

hallar motivo de infinita diversión en el baile del perfumista, sobresalían entre toda la burguesía por sus delicadas gracias, por el exquisito gusto de sus tocados y por sus maneras, como los tres primeros personajes de la Opera se destacan de la manada torpe de las comparsas. Erán observadas con ojos atontados y celosos. La señora Roguin, Constanza y Cesarina formaban como un lazo de unión entre las figuras comerciales y aquellos tres tipos de aristocracia femenina. Como en todos los bailes, llegó un momento de animación, en el cual, torrentes de luz, de alegría, de música y el atractivo del baile causaron una embriaguez que borró nimias diferencias, confundiéndolo todo en un *crescendo* general. Aumentaba la animación, ruidosa: la señorita de Fontaine quiso retirarse; pero cuando buscó el brazo del venerable vendeano, Birotteau, su mujer y su hija corrieron para impedir que desertara de su reunión toda la aristocracia.

— Se nota en este salón un perfume de buen gusto, que, en verdad, me sorprende, dijo la impertinente joven al perfumista, y os alabo el acierto.

Birotteau estaba tan embriagado con las felicitaciones públicas, que no la comprendió; pero su mujer se turbó, ruborizándose, no sabiendo qué responder.

— He aquí una fiesta nacional que os honra, decía Camussot.

— He visto pocas veces un baile tan hermoso, decía el señor de la Billardiére, á quien una mentira oficiosa no le costaba nada.

Birotteau creía seriamente todos los cumplidos que le hacían.

— ¡Qué maravilloso espectáculo y qué buena orquesta! ¿Nos daréis bailes con frecuencia? dijo la señora Lebas.

— ¡Qué bonitas habitaciones! ¿Las hicisteis decorar á gusto vuestro? le decía la señora Desmarets.

Birotteau se atrevió á mentir, diciéndole que todo se había hecho con arreglo á instrucciones dadas por él. Cesarina, que debía ser muy obsequiada en el baile, pudo apreciar toda la delicadeza de Anselmo.

— Si no atendiese más que mi deseo, dijo Anselmo al oído de Cesarina, cuando se levantaron de la mesa, os rogaría que me hicieseis el favor de concederme una contradanza; pero mi dicha costaría demasiado caro á nuestro mutuo amor propio.

Cesarina, que hallaba faltos de gracia en el andar á todos los hombres que tenían sanas las piernas, quiso empezar bailando con Popinot. Este, alentado por su tía, la cual le aconsejaba que se atreviese, se atrevió, durante la contradanza, á hablar de su amor á Cesarina, pero empleando los rodeos propios de los amantes tímidos.

— Mi fortuna depende de vuestra voluntad, señorita.

— ¿De qué modo?

— Solamente una esperanza me alentaría.

— Esperad.

— ¿Sabéis lo que significa esa sola palabra? replicó Popinot.

— Esperad la fortuna, dijo Cesarina sonriendo maliciosamente.

— ¡Gaudissart! ¡Gaudissart! dijo después de la contradanza Anselmo á su amigo, oprimiéndole un brazo con fuerza hercúlea. Si no triunfo, me suicido. Triunfar es casarme con Cesarina; me lo ha dicho, y ¡mira qué linda es!

— Sí, está lindamente presentada y es rica. La freiremos en el aceite.

La buena inteligencia de la señorita Lourdois y de Alejandro Crottat, designado como sucesor de Roguin, fué notada por la señora de Birotteau, que no renunciaba sino á duras penas á ver á su hija casada con un notario de París. El tío Pillereault, que había cambiado un saludo con el viejo Molineux, fué á sentarse en una butaca cerca de la biblioteca; miró á los jugadores, escuchó las conversaciones y se acercó de cuando en cuando á ver desde la puerta los canastillos de flores agitadas, formados por las cabezas de las damas, al hacer el molinete. Su compostura era la de un verdadero filósofo. Los hombres resultaban ordinarios, á excepción de Tillet, que había adquirido ya las maneras de sociedad, del joven la Billardiére, petimetre en canuto, del señor Desmarets y de los personajes oficiales. Entre todas las figuras más ó menos cómicas que daban carácter á la reunión, aparecía una, singularmente borrosa como una moneda vieja, pero llamativa por su traje. Era el tirano del patio Betave, luciendo camisa fina, que amarilleaba por haber estado mucho tiempo guardada,

exhibiendo á las miradas una chorrera de encaje antiguo, sujeta por un alfiler con azulado camafeo; vistiendo calzón corto de seda negra, delatando la delgadez extremada de sus piernas que debían sostenerle por milagro. César le enseñó triunfalmente las cuatro habitaciones construídas en el primer piso de su casa.

— ¡Sí, sí! corre de vuestra cuenta conservarlo, señor, dijo Molineux. Mi primer piso, decorado así, valdrá más de tres mil francos.

Birotteau respondió con una broma, pero sintiendo como un pinchazo, la intención del vejete que parecía decir: « ¡Entraré pronto en posesión de todo; este hombre se arruina! » Tal era el sentido de la palabra *valdrá* que pronunció Molineux como si diese un zarpazo.

La cara innoble, la mirada traidora del casero, chocaron á de Tillet, cuyos ojos habían descubierto ya la cadena de reloj que sostenía una libra de diversos y ruidosos dijes y un frac verde con el cuello extrañamente vuelto que daba al anciano la expresión de una serpiente de cascabel. El banquero se acercó para interrogar al usurero y saber por qué motivo se regocijaba.

— Aquí, señor, dijo Molineux adelantando un pie hacia la salita, estoy en la propiedad del conde de Granville; pero aquí, dijo enseñando el otro pie, ya estoy en la mía, porque soy el dueño de esta otra casa.

Molineux se ofrecía siempre con tanta complacencia á quien le escuchaba, que, agradecido en-

tonces á la atención de Tillet, se vació explicando sus costumbres, las insolencias de Gendrin y sus arreglos con el perfumista, sin los cuales el baile no se hubiera verificado.

— ¡Ah! ¿El señor Birotteau os ha hecho efectivos los alquileres del otro? dijo de Tillet; no tengo noticia de cosa más opuesta á sus costumbres.

— ¡Oh! Se lo he pedido yo.

— Si Birotteau quiebra, pensaba de Tillet, este bribonzuelo será un excelente síndico. Su impertinente minuciosidad es admirable; debe, como Domiciano, entretenerse en matar moscas cuando está solo en su casa.

De Tillet se fué á jugar donde Claparon estaba ya jugando por orden suya; había supuesto que, á la sombra de una pantalla, junto á una mesa de juego, libraría su facha de todo examen. Su expresión, al hallarse uno frente á otro, fué de tal manera semejante á la de dos personas que no se han visto jamás, que no era posible á nadie sospechar de sus misteriosas combinaciones. Gaudissart, que conocía la fortuna de Claparon, no se atrevió á abordarlo, recibiendo del antiguo comisionista la mirada solemnemente fría de un enriquecido que no quiere ser saludado por un compañero. El baile concluyó á las cinco de la mañana. Hacia esa hora, de los ciento y pico de coches que ocupaban la calle de San Honorato, quedaban unos cuarenta. Para despedirse bailaron la *bolanchera*, que más adelante fué destronada por el *cotillón* y el *galop* inglés. De Tillet, Roguin, Cardot hijo, el conde de Granville, Julio

Desmarests, jugaban á la berlanga. De Tillet ganó tres mil francos. Los reflejos del sol hicieron palidecer las bujías, y los jugadores presenciaron la última contradanza. En las casas de burgueses, la suprema alegría no se manifiesta sin algunas enormidades de última hora. Las personas más respetables se habían ido ya, la embriaguez de las agitaciones, el calor comunicativo de la atmósfera, los espíritus ocultos en las bebidas más inocentes ablandan las callosidades de las señoras maduras, que, por complacencia, bailan y se entregan á la locura de un momento; los hombres están acalorados, sus cabellos humedecidos les caen sobre la frente dándoles grotescas expresiones que provocan risas; las jóvenes, cada vez más ligeras; algunas flores caen de sus tocados. ¡El Momo burgués aparece seguido de sus bufonadas! Las risas estallan, entrégase cada cual á sus bromas, pensando que al día siguiente, en vez de divertirse, tendrá que trabajar. Matifat baila llevando sobre la cabeza un sombrero de señora. Celestino hace equivocar á las señoras y ellas golpean en sus manos con exageración cuando lo exigen las figuras de aquella interminable contradanza.

— ¡Cómo se divierten! decía el feliz Birotteau.

— Mientras no rompan nada, dijo Constanza á su tío.

— Habéis dado el baile más precioso que vi en mi vida, y he visto muchos, dijo de Tillet á su antiguo principal al despedirse.

Entre las sinfonías de Bethoven, hay una fanta-

sía, como un poema, que domina el final de la sinfonía en *do* menor. Cuando después de las lentas preparaciones del sublime mago, tan bien interpretadas por Habeneck, una señal del director de orquesta entusiasta hace converger todas las potencias musicales hacia el maravilloso motivo, el corazón palpita con gozo inefable. Algo así representaba en la vida de Birotteau su baile, algo semejante al efecto que producen en las almas aquellas celestes notas, á las cuales debe la sinfonía en *do* la preferencia de que es objeto entre todas las demás. Un hada luminosa llega. Se oyen crugir los cortinajes de seda purpurina que los ángeles descorren. Puertas de oro, esculpidas como las del baptisterio florentino, giran sobre sus goznes de diamantes. La mirada se pierde en horizontes espléndidos, abarca una perspectiva de palacios maravillosos de donde se deslizan seres de una naturaleza superior. ¡El incienso de las prosperidades humea, el altar de la dicha se ilumina, un aire perfumado circula! Almas de sonrisa divina, cubiertas con túnicas blancas bordadas de azul, pasan ligeramente delante de vuestros ojos, mostrando semblantes de sobrehumana belleza, formas de corrección infinita. Los amores revolotean esparciendo las llamas de sus antorchas. Sois dichosos, con una dicha que aspiráis sin comprenderla; bañándoos en las olas de celestial armonía que se derrama, ofreciendo á cada cual el deleite que más desea, os llegan al corazón y realizan las secretas esperanzas que guardabais en él. Cuando ya os hubo mostrado el cielo, por la profunda y mis-

teriosa transición de los sonidos, el encantador os lanza de nuevo á la dura realidad y os abandona cuando sentís más deseos de sumergiros en sus celestiales melodias. La historia psíquica del motivo más brillante de aquel hermoso final es muy semejante á las emociones prodigadas á Constanza y César por aquella fiesta, digno remate de su sinfonia comercial.

Fatigados, pero felices, los tres Birotteau se durmieron por la mañana entre los murmullos de aquella fiesta que, en obras, reparaciones, mobiliario, comida, refrescos, trajes y biblioteca, reintegrada á Cesarina, no bajaba, sin que César lo sospechase, de sesenta mil francos. Eso costó el fatal boton encarnado, concedido por el rey al perfumista. Si le ocurría una desgracia comercial á César Birotteau, ese gasto loco era bastante para autorizar que se le persiguiera criminalmente. Un comerciante está en el caso de la bancarrota simple si ha hecho gastos considerados como excesivos. Es, talvez, más horrible hallarse ante un tribunal de policía por inocentes bagatelas ó torpezas, que ser procesado por un inmenso fraude. A los ojos de ciertas gentes más vale ser criminal que tonto.

II

CÉSAR VENCIDO POR LA DESGRACIA

Ocho días después de aquella fiesta, último fulgor de una prosperidad de diez y ocho años próxima á extinguirse, César miraba á los transeuntes á través de los cristales de su tienda, pensando en sus múltiples negocios que iban pareciéndole complicados. Hasta entonces todo había sido fácil en su vida; fabricaba y vendía, ó compraba para revender. Desde entonces, el negocio de los terrenos, su participación en la casa A. POPINOT Y COMPAÑÍA, el reembolso de los ciento sesenta mil francos lanzados á la plaza y que reclamaban tráficos de giros que disgustarían á su mujer, ó éxitos inauditos en los asuntos de Popinot, amedrentaban al hombre por la diversidad de los conceptos, haciéndole temer que se le enredase la madeja, pues abarcaba en su mano más ovillos de los que podía buenamente devanar. ¿De qué modo manejaría Anselmo el timón de su nave? Birotteau trataba á Popinot como un profesor de retórica trata á su discípulo; desconfiaba de sus recursos y sentía no estar á su lado. El puntapié que le había largado para hacerle callar en casa de

teriosa transición de los sonidos, el encantador os lanza de nuevo á la dura realidad y os abandona cuando sentís más deseos de sumergiros en sus celestiales melodias. La historia psíquica del motivo más brillante de aquel hermoso final es muy semejante á las emociones prodigadas á Constanza y César por aquella fiesta, digno remate de su sinfonia comercial.

Fatigados, pero felices, los tres Birotteau se durmieron por la mañana entre los murmullos de aquella fiesta que, en obras, reparaciones, mobiliario, comida, refrescos, trajes y biblioteca, reintegrada á Cesarina, no bajaba, sin que César lo sospechase, de sesenta mil francos. Eso costó el fatal boton encarnado, concedido por el rey al perfumista. Si le ocurría una desgracia comercial á César Birotteau, ese gasto loco era bastante para autorizar que se le persiguiera criminalmente. Un comerciante está en el caso de la bancarrota simple si ha hecho gastos considerados como excesivos. Es, talvez, más horrible hallarse ante un tribunal de policía por inocentes bagatelas ó torpezas, que ser procesado por un inmenso fraude. A los ojos de ciertas gentes más vale ser criminal que tonto.

II

CÉSAR VENCIDO POR LA DESGRACIA

Ocho días después de aquella fiesta, último fulgor de una prosperidad de diez y ocho años próxima á extinguirse, César miraba á los transeuntes á través de los cristales de su tienda, pensando en sus múltiples negocios que iban pareciéndole complicados. Hasta entonces todo había sido fácil en su vida; fabricaba y vendía, ó compraba para revender. Desde entonces, el negocio de los terrenos, su participación en la casa A. POPINOT Y COMPAÑÍA, el reembolso de los ciento sesenta mil francos lanzados á la plaza y que reclamaban tráfico de giros que disgustarían á su mujer, ó éxitos inauditos en los asuntos de Popinot, amedrentaban al hombre por la diversidad de los conceptos, haciéndole temer que se le enredase la madeja, pues abarcaba en su mano más ovillos de los que podía buenamente devanar. ¿De qué modo manejaría Anselmo el timón de su nave? Birotteau trataba á Popinot como un profesor de retórica trata á su discípulo; desconfiaba de sus recursos y sentía no estar á su lado. El puntapié que le había largado para hacerle callar en casa de

Vauquelin explica los temores que el joven negociante inspiraba al perfumista.

Birotteau cuidada mucho de ocultar sus dudas á su mujer, á su hija y á su dependiente; pero sentía entonces la perplejidad de un pobre marinero del Sena á quien por acaso el ministro confiara el mando de una fragata. Estos pensamientos formaban como una especie de niebla en su inteligencia, poco acostumbrada á la meditación, y permanecía de pie tratando de ver claro. En aquel momento apareció en la calle una persona que le inspiraba violenta antipatía, y era su segundo casero, el vejete Molineux.

Todo el mundo ha tenido ensueños poblados de acontecimientos que representan una vida entera y en los cuales asoma repetidas veces un ser fantástico encargado de las nuevas desagradables, el traidor de la comedia. A Birotteau le parecía Molineux encargado por la casualidad de un papel análogo en su vida. Aquel rostro había hecho muecas diabólicas en el baile, contemplando las suntuosidades con ojos rencorosos. Volviendo á verle, César recordó tanto más las perturbaciones que le había ocasionado aquel bellaco maldito, cuanto que Molineux le hizo sentir una nueva repulsión al presentarse de pronto entre sus preocupaciones.

— Señor, le dijo el vejete con su voz horriblemente insustancial, apresuramos tanto las cosas, que os olvidásteis de firmar el documento privado entre nosotros convenido.

Birotteau cogió el contrato para reparar su olvido.

El arquitecto entró, saludando al perfumista y rodeándole con diplomacia.

— Señor, le dijo por fin al oído, ya sabéis cuán difíciles son los principios de una profesión; si estais satisfecho de mí, me obligaríais mucho haciendo efectivos mis honorarios.

Birotteau, que se había despojado en absoluto de todo, al dar lo que tenía en cartera y el dinero de la caja, dijo á Celestino que hiciese un pagaré de dos mil francos á tres meses fecha y que preparase un recibo.

— Ha sido para mí una gran fortuna, que os encargarais de pagarme los alquileres de vuestro vecino, dijo Molineux con expresión burlona. El portero fué á decirme esta mañana que el juez de paz sellaba la tienda por haber desaparecido el señor Cayron.

« ¡ Mientras no me toque perder también los cinco mil francos! » pensó Birotteau.

— Se le creía muy ordenado en sus negocios, dijo Lourdois, que acababa de llegar con su cuenta para el perfumista.

— Un comerciante no está libre de infortunios hasta que se ha retirado, dijo Molineux doblando su documento con minuciosa regularidad.

El arquitecto miró al vejete con el placer que todo artista siente al hallar una caricatura que confirma sus opiniones acerca de los burgueses.

— Cuando se tiene la cabeza bajo un paraguas, es opinión general suponerse á cubierto de la lluvia, dijo el arquitecto.

Molineux reparó bastante más en los bigotes y en la perilla, que en la expresión del rostro del arquitecto, al mirarle, y le despreció tanto como el señor Grindot le despreciaba. Se dispuso á darle un zarpazo al salir. Por la costumbre de rozarse con sus gatos, Molineux tenía en su porte y en sus ojos algo de la raza felina.

En aquel momento Ragon y Pillereault entraron.

— Hemos hablado al juez de nuestro negocio, dijo Ragon al oído de César; cree que en una especulación de ese género necesitaríamos la carta de pago de los que venden, y formalizar las escrituras á fin de ser todos realmente propietarios pro indiviso...

— ¡ Ah ! ¿ Emprendéis el negocio de la Magdalena ? dijo Lourdois. Da bastante que hablar; allí construiremos casas en abundancia.

El pintor, que iba decidido á exigir el pago de su obra, creyó conveniente no apremiar al perfumista.

— Os traje mi cuenta, por ser fin de año, le dijo al oído; no tengo necesidad de dinero.

— ¿ Qué te pasa, César ? dijo Pillereault, notando la sorpresa de su sobrino, que estupefacto ante la factura no contestaba ni á Ragon ni á Lourdois.

— ¡ Ah ! Una bagatela; he tomado pagarés por valor de cinco mil francos al paraguero, mi vecino, y quiebra. Si los créditos que me cedió no son cobrables ó resultan falsos, me atrapan como á un tonto.

— Hace ya mucho tiempo que os lo tengo dicho, exclamó Ragon; el que se ahoga se agarraría á la pierna de su padre para salvarse, y le arrastraría

sin compasión al fondo. ¡ He visto tantas quiebras ! Al principio, el que hace malos negocios no es un bribón, pero se hace bribón irremediamente.

— Es cierto, dijo Pillereault.

— ¡ Ah, si llego alguna vez á ser diputado, ó si tengo alguna influencia con el gobierno !... dijo Birotteau poniéndose de puntillas y cayendo sobre sus talones.

— ¿ Qué haríais ? preguntó Lourdois : porque vos sois un hombre discreto.

Molineux, á quien interesaba cualquiera discusión jurídica, se quedó escuchando; y como la atención de los demás fija la nuestra, Pillereault y Ragon, á pesar de que ya conceían las opiniones de César, le oyeron gravemente como los otros para quienes aquello era cosa nueva.

— Quisiera, dijo el perfumista, un tribunal de jueces inamovibles con un ministerio fiscal juzgando al delincuente. Después de un proceso, durante el cual un juez desempeñaría las funciones actuales de los agentes, síndicos y juez-comisario, el comerciante sería declarado *quebrado rehabilitable* ó *quebrado insolvente*. El quebrado rehabilitable tendría la obligación de pagarlo todo; sería entonces el administrador de sus bienes, de los de su mujer, porque sus créditos, sus herencias, todo pertenecería á sus acreedores; giraría por su cuenta, y bajo una inspección; en una palabra, continuaría los negocios, firmando : *Fulano de Tal, quebrado*, hasta el absoluto reembolso. El *quebrado insolvente* sería condenado, como en otro tiempo, á la picota, en la sala

de la Bolsa, tenido allí dos horas con la cabeza cubierta por un gorro verde. Sus bienes, los de su mujer y sus créditos se adjudicarían á sus acreedores y él sería desterrado del reino.

— El comercio estaría un poco más seguro, dijo Lourdois, y se mirarían bien antes de hacer operaciones.

— La ley vigente no se cumple como debiera, dijo César exasperado. De cien comerciantes, más de cincuenta deben doble de lo que tienen y venden sus mercancías con un veinticinco por ciento de rebaja, con relación al precio de inventario, y así arruinan al comercio.

— El señor está en lo cierto, dijo Molineux; la ley actual deja demasiada latitud. Se impone la renuncia total, ó la infamia.

— ¡Eh! ¡Caramba! dijo César. Un comerciante, por el camino que llevan las cosas, acabaría siendo un ladrón autorizado. Con su firma, puede saquear los bolsillos de todo el mundo.

— No sois indulgente, señor Birotteau, dijo Lourdois.

— Tiene razón, dijo el viejo Ragon.

— Todos los quebrados son sospechosos, dijo César exasperado por la pequeña pérdida que sonaba en sus oídos como debe sonar para los ciervos el primer grito del halali.

En aquel momento el jefe de comedor presentó la cuenta de Chevet. Luego un aprendiz de Félix, un mozo del café Foy, el clarinete de la orquesta llegaron con sus facturas.

— El cuarto de hora de Rabelais, dijo Ragon sonriendo.

— A fe mía, disteis una preciosa fiesta, dijo Lourdois.

— Estoy ocupado, dijo César; y se fueron todos, dejando allí las cuentas.

— Señor Grindot, dijo Lourdois viendo como el arquitecto doblaba el pagaré firmado por Birotteau; comprobaréis y ordenaréis mi cuenta; no hay más que medir; todos los precios están convenidos por vos en nombre del señor Birotteau.

Pillereault miró á Lourdois y á Grindot.

— Precios convenidos entre arquitecto y contratista, dijo el tío al oído del sobrino: te han robado.

Grindot salió, Molineux le siguió, abordándole y diciéndole misteriosamente:

— Señor, me habéis escuchado, pero no me habéis entendido: os deseo un paraguas.

El miedo se apoderó de Grindot. Cuanto más ilegal es una ganancia, más la defiende un hombre; flaquezas del corazón humano. Efectivamente, el artista había estudiado la habitación con interés, había invertido en aquella obra toda su ciencia y mucho tiempo, trabajó para sacarse diez mil francos, y se veía engañado por su amor propio; los contratistas no tuvieron que esforzarse mucho para seducirle. El argumento irresistible y la amenaza bien clara de perjudicarlo con calumnias, influyeron menos en él que la observación hecha por Lourdois acerca del negocio de terrenos en la Magdalena: Birotteau no pensaba construir en ellos ni una sola

casa; especularía solamente sobre el precio de los solares. Los arquitectos y los contratistas son entre sí como el autor y los actores, dependen los unos de los otros; Grindot, encargado por Birotteau de convenir los precios, favoreció á las gentes del oficio contra los burgueses. Así, tres grandes contratistas, Lourdois, Chaffaroux y Thorein el carpintero, le proclamaron *uno de los muchachos con los cuales da gusto trabajar*. Grindot supuso que las cuentas en las cuales tenía participación serian pagadas, como sus honorarios, con pagarés, y el vejete acababa de inspirarle dudas sobre el pago. Grindot sería implacable como lo son los artistas, los enemigos más crueles de los burgueses. Hacia fin de diciembre, César debía sesenta mil francos. Félix, el café Foy, Tanrade y las pequeñas cuentas que se deben saldar inmediatamente, se habían presentado ya tres veces en casa del perfumista. En el comercio esas frioleras perjudican más que una desgracia: la anuncian; y las pérdidas conocidas están determinadas, pero el pánico no tiene límites. Birotteau vió su caja vacía. El miedo se apoderó entonces del perfumista, á quien nunca semejante cosa le había ocurrido en su vida comercial. Como todas las personas que no han luchado con la miseria y que son débiles, esta circunstancia, muy común en la vida de la mayor parte de los pequeños comerciantes de París, perturbaba el juicio de César.

El perfumista ordenó á Celestino que enviase las cuentas á casa de sus parroquianos; pero, antes de hacerlo, el primer dependiente se hizo repetir la

orden, sorprendido. Los clientes, noble calificativo aplicado entonces por los vendedores al pormenor á sus parroquianos, usado por César, á pesar de su mujer, que había concluído por decirle: « llámalos como quieras, con tal que paguen », los clientes de Bitotteau eran personas ricas con las cuales no había jamás quiebras, aunque pagaban solamente cuando les parecía bien, sin plazo fijo; y entre todos le deberian á César algunas veces hasta cincuenta ó sesenta mil francos. El segundo dependiente cogió el libro de facturas y se puso á copiar las más importantes. César temía á su mujer. Para que no descubriese Constanza el abatimiento que le producía el *simoun* de la desgracia, se dispuso á salir.

— Buenos días, señor, dijo Grindot al entrar con ese aire desenvuelto que toman los artistas para tratar cuestiones de dinero, de las cuales fingen siempre desconocimiento absoluto. No sé como hacer efectivos vuestros pagarés, y me veo obligado á rogaros que me los cambiéis por dinero. Soy el peor librado en esta cuestión; pero no quise hablar á los usureros, no me decido á salir con vuestra firma al hombro, y sé lo suficiente de comercio para comprender que mis pasos podian perjudicaros; en vuestro interés redunda que...

— Señor, dijo Birotteau estupefacto, os ruego que bajéis la voz; me sorprende mucho lo que decís.

Lourdois entró.

— Lourdois, dijo Birotteau sonriendo; ¿ acceptais?...

Birotteau se detuvo. El pobre hombre iba á pedir

á Lourdois que tomase el pagaré de Grindot, burlándose del arquitecto con la buena fe del comerciante seguro de sí mismo; pero descubriendo cierta severidad en el rostro de Lourdois, calló, estremecido por su imprudencia. La inocente burla fuera la muerte de un crédito que infundía sospechas. En tal caso, un comerciante rico recoge su pagaré sin ofrecérselo á nadie. Birotteau sentía su cabeza agitada como si mirase al fondo de un abismo abierto á sus pies.

— Mi querido señor Birotteau, dijo Lourdois llevándole hasta el fondo del almacén, mi cuenta está repasada y comprobada; os ruego que me tengáis el dinero para mañana. Se casa mi hija con el joven Crottat, le hace falta dinero, los notarios no pueden negociar su firma; además, yo tampoco arriesgué nunca la mía.

— Enviad pasado mañana, dijo con arrogancia Birotteau, que contaba con el cobro de las cuentas pendientes en la perfumería. Y vos también, señor, dijo á Grindot.

— ¿Y por qué no ahora mismo? preguntó el arquitecto.

— Hoy he de pagar á los obreros de mi fábrica, dijo César, que jamás había mentido.

Tomó el sombrero para salir con los dos, pero el capintero Thorein y Chaffaroux le detuvieron cuando cerraba la puerta.

— Señor, le dijo Chaffaroux, necesitamos dinero con urgencia.

— Yo necesito las minas del Perú, dijo César

impaciente, alejándose de todos. ¡Hay algo en todo eso! ¡Maldito baile! Todo el mundo me cree millonario. Sin embargo, la expresión de Lourdois no era natural, pensó, alguna maquinación oculta.

Iba por la calle de San Honorato, sin dirección fija, sintiéndose anulado, y tropezó con Alejandro en la esquina de una calle, como un carnero ó como un matemático absorbido en la resolución de un problema hubiera tropezado con otro.

— ¡Ah! señor, dijo el futuro notario, una pregunta: ¿Roguin ha dado vuestros cuatrocientos mil francos al señor Claparon?

— El negocio se hizo en presencia vuestra; el señor Claparon no me dió recibo; mis valores eran... negociables... Roguin ha debido entregarle... mis doscientos cuarenta mil francos en efectivo... Se dijo que formalizaríamos definitivamente los contratos de venta... El señor Popinot, el juez, pretende... La carta de pago... Pero... ¿por qué me hacéis tal pregunta?

— ¿Por qué puedo yo hacéroslo? Para saber si vuestros doscientos cuarenta mil francos los teniais ya en casa de Claparon ó en casa de Roguin. Roguin era vuestro amigo; pudo, por delicadeza, haberlos entregado á Claparon, y ¡eso tendriais que agradecerle! Pero, ¡seré tonto! Vuestro dinero se lo lleva con el del señor Claparon, que afortunadamente no le había entregado todavía más que cien mil francos. Roguin ha huído, llevándose también cien mil francos míos que le di por su notaria, pero uyo recibo no tengo; se los di como podía daros

ahora el portamonedas. Los vendedores de los terrenos no han recibido aún ni un céntimo, estuvieron en mi casa. El dinero de vuestro empréstito sobre vuestros terrenos no existe ni para vos ni para quien os lo ha prestado. Roguin lo devoró como vuestros cien mil francos... que... no tenía hace ya mucho tiempo... Si, vuestros últimos cien mil francos están perdidos; me acuerdo de haber ido á cobrarlos al Banco.

Las pupilas de César se dilataron tan desmesuradamente, que no vió más que una llama roja.

— Vuestros cien mil francos retirados del Banco, mis cien mil francos por la notaría y cien mil francos del señor Claparon, ahí tenéis trescientos mil francos que se han evaporado, aparte de los robos que se descubrirán, añadió el joven notario. El golpe ha sido terrible para la señora Roguin. El señor de Tillet ha pasado la noche acompañándola. De Tillet escapó de una buena; Roguin le ha atormentado durante un mes para meterle en el negocio de los terrenos, y felizmente tenía sus fondos en una especulación con la casa Nucingen. Roguin ha escrito á su mujer una carta espantable; acabo de leerla. El notario escamoteaba los fondos de sus clientes hace cinco años, y ¿para qué? para mantener una querida, la bella Holandesa, de la que se había separado quince días antes de la huída. Ella no tenía un céntimo; vendieron sus muebles; había firmado pagarés la muy bribona. Para no ser perseguida judicialmente se refugió en una casa del Palais-Royal, en la que ha sido asesinada anoche por un

capitán. Bien pronto la castiga Dios por haber devorado la fortuna de Roguin. ¡Hay mujeres para las cuales no hay nada sagrado! ¡Comerse una notaría! La señora Roguin sólo puede recuperar su fortuna valiéndose de la hipoteca legal; sobre todos los bienes del miserable gravitan cargas por más de su valor. La notaría se ha vendido en trescientos mil francos. Yo pensaba realizar un buen negocio y principio dando cien mil francos de más. No tengo recibo; hay depósitos que absorberán la notaría y la fianza; los acreedores me supondrían cómplice del abuso en cuanto mencionara mis cien mil francos, y al principio, sobre todo, hay que sacrificar los intereses á la buena reputación. Apenas cobraréis el treinta por ciento. ¡A mi edad sufrir un tropiezo semejante! ¡Un hombre de cincuenta y nueve años manteniendo una querida!... ¡El viejo bellaco! Hace veinte días me aconsejó que no me casara con Cesarina, diciéndome que muy pronto no tendrías que comer, ¡el monstruo!

Alejandro hubiera podido hablar cuanto hubiera querido, Birotteau estaba de pie petrificado. Cada frase para él era un martillazo. Solamente oía un ruido de campanas mortuorias, así como había empezado por no ver más que el fuego de su incendio. Alejandro Crottat, que creía al digno perfumista fuerte y animoso, se asustó al ver su palidez y su inmovilidad. El sucesor de Roguin no sabía que el notario se llevaba más que la fortuna de César. La idea del suicidio inmediato pasó por el cerebro del comerciante, sinceramente religioso. Siendo el sui-

cidio en el caso aquel un medio de rehuir muchas muertes, le parecía lógico aceptar una sola. Alejandro Crottat dió el brazo á César intentando hacerle andar, pero fué imposible; sus piernas se doblaban, apenas le sostenían, como si estuviese borracho.

— ¿Qué os ocurre? dijo Crottat. Mi querido señor Birotteau, ¡un poco de valor, una desdicha no es la muerte de un hombre! Por de pronto, recogeréis cuarenta mil francos, vuestro prestador no tenía esa cantidad, no os la entregó, hay motivo para pedir la rescisión del contrato.

— Mi baile, mi cruz, doscientos mil francos de letras aceptadas, vacía la caja... Los Ragon, Pillereault... ¡Y mi mujer que veía claro!

Un torrente de palabras confusas que revelaban el cúmulo de ideas abrumadoras y sufrimientos inauditos cayó arrasando como una granizada todas las flores del jardín de la *Reina de las rosas*.

— Quisiera que me cortaran la cabeza, dijo al fin Birotteau; me molesta, no me sirve para nada...

— ¡Pobre señor Birotteau! dijo Alejandro; pero ¿estáis en peligro realmente?

— ¡Peligro!

— En todo caso, ¡valor! ¡A luchar!

— ¡Luchar! repitió el perfumista.

— De Tillet ha sido vuestro dependiente, tiene mucha inteligencia, os ayudará.

— ¿De Tillet?

— Vamos, venid.

— ¡Dios mío, no quisiera volver á mi casa como estoy! dijo Birotteau. Vos que sois mi amigo, si hay

amigos en el mundo; vos que siempre me interesásteis y que habéis comido en mi casa... por mi mujer, os lo ruego, acompañadme á dar un paseo en coche, no me abandonéis...

El nuevo notario embutió con bastante dificultad en un coche la máquina inerte que se llamaba César.

— Alejandro, dijo el perfumista con la voz empañada por el llanto que brotaba en aquel momento de sus ojos, aflojando un poco el círculo de hierro que oprimía su cráneo; acerquémonos á la tienda y hablad en mi nombre á Celestino. Amigo mío, decidle que en ello se interesa mi vida y la de mi mujer; que bajo ningún pretexto nadie comente la desaparición de Roguín. Llamad á Cesarina y rogadle que haga lo posible para que su madre no se entere de tal desdicha. Debemos desconfiar de nuestros mejores amigos de Pillereault, de los Ragon, de todo el mundo...

El cambio de voz de Birotteau llamó vivamente la atención de Crottat, que comprendió la importancia de aquellas advertencias. La calle de San Honorato era camino para la *Reina de las rosas*; cumplió el encargo del perfumista, á quien Celestino y Cesarina vieron con espanto, sin voz, pálido y como embrutecido en el fondo del coche.

— Guardadme el secreto sobre este asunto, dijo Birotteau.

« ¡Ah! pensó Alejandro. ¡Vuelve en sí! Le creía perdido. »

La conferencia de Alejandro Crottat y el teniente

alcalde, fué muy larga; vieron al presidente del Colegio Notarial; llevaron á César por todas partes como un fardo; ni se movía ni decía palabra. A eso de las siete de la tarde, Alejandro Crottat dejó al perfumista en su casa. La idea de comparecer delante de Constanza dió alientos á César. El joven notario tuvo la caridad de adelantarse para prevenir á la señora de Birotteau que su marido acababa de sufrir una especie de congestión.

— Le han quedado las ideas un poco turbias, dijo haciendo un gesto para indicar un desequilibrio cerebral; será necesario sangrarle ó ponerle sanguijuelas.

— Eso tenía que suceder, dijo Constanza, muy lejos de sospechar el desastre; no ha refrescado la sangre á principio de invierno, y trabaja hace dos meses como un presidario, como si no tuviese ya su fortuna ganada.

La mujer y la hija de César le rogaron que se acostara y enviaron á buscar al viejo doctor Haudry, médico de Birotteau. El viejo Haudry era un médico de la escuela de Molière, muy práctico y amigo de los antiguos procedimientos. Llegó, y después de observar el estado de César, ordenó que se le pusieran sinapismos en las plantas de los pies; apreciaba síntomas de congestión cerebral.

— ¿Qué habrá podido producirla? dijo Constanza.

— El tiempo húmedo, respondió el doctor, á quien Cesarina pudo advertir oportunamente.

Con frecuencia se ven obligados los médicos á

decir expresamente simplezas para salvar el honor ó la vida de las personas que rodean á un enfermo. El viejo doctor tenía tanta experiencia, que comprendió á media palabra. Cesarina le siguió hasta el pie de la escalera pidiéndole instrucciones.

— Calma y silencio; después trataremos de fortalecer el cuerpo, cuando la cabeza esté despejada.

La señora de Birotteau pasó dos días junto á la cama de su marido, el cual parecía delirar con frecuencia. Colocado en la preciosa alcoba azul de su mujer, decía cosas incomprensibles para Constanza, al ver los cortinajes, los muebles y tantas costosas magnificencias.

— Está loco, dijo á Cesarina en un momento en que César se había incorporado en la cama y citaba con voz solemne los artículos del Código de comercio en que se trata de los tramposos.

— Si los gastos se creen excesivos... ¡quitad las colgaduras!

Después de tres días terribles, durante los cuales la razón de César estuvo en peligro, la fuerte naturaleza del campesino triunfó, despejándose al fin su cabeza; el señor Haudry le hizo tomar cordiales, alimentación muy substanciosa y una taza de café á su tiempo; el comerciante pudo levantarse. Constanza, fatigada, se acostó.

— ¡Pobre mujer! dijo César cuando la vió dormida.

— ¡Vamos, papá, valor! Sois un hombre de tantas energías, que saldréis triunfante. Todo eso no será nada. Anselmo os ayudará.

Cesarina dijo con voz muy dulce estas insignificantes palabras, que la ternura dulcificó más aún, haciendo renacer los ánimos abatidos, como las canciones de una madre adormecen los dolores de un niño atormentado por la dentición.

— Sí, hija mía, lucharé; pero no hay que decir ni una palabra á nadie en el mundo, ni á Popinot, que nos quiere, ni á tu tío Pillerault. Por de pronto, escribiré á mi hermano; es, según creo, canónigo vicario de una catedral; no gasta nada, debe tener dinero. A razón de cinco mil francos de economías al año, en veinte años debió reunir cien mil francos. Además, en provincias, los sacerdotes tienen crédito.

Cesarina, apresurándose á llevar á su padre una mesa y todo lo necesario para escribir, le puso á la vista el resto de las invitaciones para el baile, impresas en papel color de rosa.

— Quema todo eso, gritó el comerciante; sólo el diablo pudo inspirarme la idea del baile. Si sucumbo pasaré por un bribón. Vamos, basta de frases.

CARTA DE CÉSAR A FRANCISCO BIROTTEAU

« Mi querido hermano:

» Atraveso una crisis comercial tan difícil, que te suplico me envíes todo el dinero de que puedas disponer; en último caso, toma un préstamo.

» Todo tuyo,

» CÉSAR. »

« Tu sobrina Cesarina, que me ve escribir esta carta, mientras mi pobre mujer duerme, se recomienda á ti y te envía su cariño. »

Esta postdata fué puesta á ruego de Cesarina, la cual entregó la carta á Raguel.

— Padre mío, dijo al volver, aquí está el señor Lebas que quiere hablaros.

— ¡El señor Lebas! exclamó César espantado, como si su desgracia le hiciese criminal, ¡un juez!

— Mi querido señor Birotteau, me interesan mucho vuestros asuntos, dijo al entrar el voluminoso almacenista de paños; nos conocemos hace mucho tiempo, fuimos nombrados jueces juntos la primer vez, os estimo demasiado para no advertiros que un tal señor Bidault, llamado Gigonnet, un usurero, tiene pagarés vuestros endosados á su orden *sin garantía*, por la casa Claparon. ¡Sin garantía! Estas dos palabras que os afrentan son la muerte de vuestro crédito.

— El señor Claparon desea hablaros, dijo Celestino compareciendo; ¿queréis que le haga subir?

— Averiguaremos la causa de este insulto, dijo Lebas.

— Señor, dijo el perfumista á Claparon al verle entrar, aquí tenéis al señor Lebas, juez del Tribunal de comercio y amigo mío.

— ¡Ah! ¿El señor Lebas? dijo Claparon interrumpiendo; me alegro mucho de conocerle; un señor Lebas magistrado... hay tantos Lebas...

— Ha visto, replicó Birotteau interrumpiendo al

Cesarina dijo con voz muy dulce estas insignificantes palabras, que la ternura dulcificó más aún, haciendo renacer los ánimos abatidos, como las canciones de una madre adormecen los dolores de un niño atormentado por la dentición.

— Sí, hija mía, lucharé; pero no hay que decir ni una palabra á nadie en el mundo, ni á Popinot, que nos quiere, ni á tu tío Pillerault. Por de pronto, escribiré á mi hermano; es, según creo, canónigo vicario de una catedral; no gasta nada, debe tener dinero. A razón de cinco mil francos de economías al año, en veinte años debió reunir cien mil francos. Además, en provincias, los sacerdotes tienen crédito.

Cesarina, apresurándose á llevar á su padre una mesa y todo lo necesario para escribir, le puso á la vista el resto de las invitaciones para el baile, impresas en papel color de rosa.

— Quema todo eso, gritó el comerciante; sólo el diablo pudo inspirarme la idea del baile. Si sucumbo pasaré por un bribón. Vamos, basta de frases.

CARTA DE CÉSAR A FRANCISCO BIROTTEAU

« Mi querido hermano:

» Atravieso una crisis comercial tan difícil, que te suplico me envíes todo el dinero de que puedas disponer; en último caso, toma un préstamo.

» Todo tuyo,

» CÉSAR. »

« Tu sobrina Cesarina, que me ve escribir esta carta, mientras mi pobre mujer duerme, se recomienda á ti y te envía su cariño. »

Esta postdata fué puesta á ruego de Cesarina, la cual entregó la carta á Raguel.

— Padre mío, dijo al volver, aquí está el señor Lebas que quiere hablaros.

— ¡El señor Lebas! exclamó César espantado, como si su desgracia le hiciese criminal, ¡un juez!

— Mi querido señor Birotteau, me interesan mucho vuestros asuntos, dijo al entrar el voluminoso almacenista de paños; nos conocemos hace mucho tiempo, fuimos nombrados jueces juntos la primer vez, os estimo demasiado para no advertiros que un tal señor Bidault, llamado Gigonnet, un usurero, tiene pagarés vuestros endosados á su orden *sin garantía*, por la casa Claparon. ¡Sin garantía! Estas dos palabras que os afrentan son la muerte de vuestro crédito.

— El señor Claparon desea hablaros, dijo Celestino compareciendo; ¿queréis que le haga subir?

— Averiguaremos la causa de este insulto, dijo Lebas.

— Señor, dijo el perfumista á Claparon al verle entrar, aquí tenéis al señor Lebas, juez del Tribunal de comercio y amigo mío.

— ¡Ah! ¿El señor Lebas? dijo Claparon interrumpiendo; me alegro mucho de conocerle; un señor Lebas magistrado... hay tantos Lebas...

— Ha visto, replicó Birotteau interrumpiendo al

charlatán, los pagarés que os he dado, y que dijisteis que no circularían; los ha visto con estas palabras: *sin garantía*.

— Bien, dijo Claparon: no circularán, efectivamente; los dejé en manos de un hombre con quien hago muchos negocios, el señor Bidault. Por eso puse *sin garantía*. Si los pagarés hubieran debido circular, los hubierais puesto á su orden directamente. El señor juez comprenderá mi situación. ¿Qué representan esos pagarés? el precio de un inmueble; ¿pagado por quién? por Birotteau. ¿Debo garantizar á Birotteau con mi firma? Nos comprometimos á pagar separadamente cada uno su parte del precio convenido. Pero ¿no es ya mucho aparecer solidarios ante los vendedores? En mi casa la fórmula comercial es inflexible. No doy nunca mi garantía sin tener obligación, como tampoco doy recibo de una cantidad que no recibí aún. Lo supongo todo. Quien firma, paga. No quiero exponerme á pagar tres veces.

— ¡Tres veces! dijo César.

— Sí, señor, respondió Claparon. Ya he garantizado á Birotteau ante los vendedores, ¿por qué debo garantizarle otra vez ante un banquero? Las circunstancias que atravesamos son muy duras. Roguin se me lleva cien mil francos. Por consiguiente, la mitad que me corresponde en los terrenos me cuesta quinientos mil francos en vez de cuatrocientos mil. Roguin se lleva doscientos cuarenta mil francos de Birotteau. ¿Qué haríais en mi lugar, señor Lebas? poneos en mi caso. No tengo el

honor de que me conozcáis, pero conozco al señor Birotteau. Atended. Hacemos juntos un negocio por mitad. Vos aprontáis todo el dinero de vuestra parte, yo cubro la mía con vencimientos aceptados por mi; os los ofrezco y os encargáis, por una excesiva complacencia, de convertirlos en dinero. Averiguáis que Claparon, banquero, rico, respetado (aceptadas todas las virtudes del mundo), que el virtuoso Claparon debe seis millones y le amenaza la quiebra ¿Pondríais, en semejante caso vuestra firma para garantizar la mía? ¡A menos que fuerais loco! Pues bien, señor Lebas, Birotteau está en el caso en que supongo á Claparon. Podría verme comprometido á pagar su parte, como solidario que soy en el negocio, y á recoger los pagarés de Birotteau á su vencimiento, si los garantizase; y todo, sin disponer...

— ¿Qué decis? preguntó el perfumista interrumpiéndole.

— Sin disponer de su mitad en los terrenos, dijo Claparon, sin poderme incautar de su parte, porque no me concederian privilegio alguno; ¡sería preciso comprar de nuevo! Ya veis cómo podía verme comprometido á pagar tres veces.

— ¿Recoger mis firmas á quién? preguntaba con insistencia Birotteau.

— Claro, si yo endosara vuestros pagarés y no pudieseis recogerlos...

— Es que no dejaré de recogerlos de ningún modo, afirmó Birotteau.

— Bien, dijo Claparon. Habeis sido juez, sois

hábil comerciante, sabéis que se debe prever todo; no os admiréis, pues, de que yo proceda cautamente.

— El señor Claparon está en lo cierto, dijo José Lebas.

— Estoy en lo cierto, prosiguió, Claparon; en lo cierto, mercantilmente. Ahora tratamos de un negocio territorial. ¿Que necesito?... Dinero, pues dinero han de percibir los vendedores. Dejemos aparte los doscientos cuarenta mil francos que el señor Birotteau encontrará, estoy seguro, dijo Claparon, mirando á Lebas. Venía á pedir nada más que veinticinco mil francos, dijo, mirando á Birotteau.

— ¡ Veinticinco mil francos! exclamó César, sintiendo que circulaba por sus venas hielo en vez de sangre. Pero, señor mío ¿ que significa esto?

— ¡ Ah! Mi respetable señor; vamos á formalizar las ventas ante notario. Por lo que al precio toca, podemos entendernos amistosamente, pero con la hacienda, ya son otros cantares; la hacienda no se divierte con palabras ociosas, los créditos que hace son desde la mano al bolsillo, y tenemos que aprontarle esta semana cuarenta y cuatro mil francos de los derechos. No pude suponer que me recibirais con reproches, mientras venía pensando en la molestia que podían ocasionaros los veinticinco mil, y en que, por una grandísima casualidad, os he salvado...

— ¿ Qué? dijo Birotteau, dejando escapar ese grito de angustia que jamás engaña.

— ¡ Una miseria! Los veinticinco mil francos de *pagarés contra varios* que Roguin me había enviado para que los negociara, os los acredito en la liquidación y en la nota de gastos cuya factura os enviaré; hay que deducir la negociación, una friolera; me deberéis seis ó siete mil francos.

— Todo esto me parece muy razonable, dijo Lebas. En el puesto de este señor, que, al parecer, es muy entendido en los negocios, yo haría lo mismo tratándose de un desconocido.

— El señor Birotteau no muere de esta enfermedad, dijo Claparon; hace falta más de un tiro para matar un lobo viejo; he visto lobos con balazos en la cabeza correr como... sí, ¡ caramba!, como lobos.

— ¿ Quién puede prever una infamia semejante á la de Roguin? dijo Lebas tan espantado por el silencio de César, como por aquella enorme negociación ajena á la perfumería.

— En poco estuvo que no hiciese yo un recibo de cuatrocientos mil francos al señor, dijo Claparon; y ¡ me luzco si lo hago! Había entregado la víspera cien mil francos á Roguin. Nuestra mutua confianza me ha salvado. Que el dinero estuviese en la notaría ó en mi casa, hasta que se hicieran los contratos definitivos, la cosa nos pareció á todos indiferente.

— Hubiera valido más que cada uno guardase su dinero en el Banco hasta el momento de pagar, dijo Lebas.

— Roguin era el Banco para mí, dijo César. Pero también tenía participacion en el negocio, añadió mirando á Claparon.

— Sí, una participación... de palabra, respondió Claparon. Después de la torpeza de dejarle llevar mi dinero, sólo me faltaba insistir con otra morrocotuda: reservarle sus ganancias. ¡Si remite mis cien mil francos y otros doscientos mil por su participación, entonces veremos! Pero se guardará bien de poner dinero en ese negocio que necesita cinco años de paciencia antes de dar el primer beneficio. Si no se ha llevado, como dicen, más que trescientos mil francos, le hace falta la renta, quince mil, para vivir en el extranjero.

— ¡El canalla!

— ¡Eh, Dios mío! Una pasión le ha conducido á eso, dijo Claparon. ¿Algún viejo puede responder de no dejarse arrastrar y seducir por su última ilusión? Ninguno de nosotros, y somos prudentes, sabe cómo acabará. Un último amor ¡ah! es violentísimo. Veamos los Carnot, los Camusot, los Matifat... ¡Todos tienen queridas! Y si nos atrapan, ¿de quién es la culpa? ¿Por qué no hemos desconfiado de un notario que se mete en una especulación? Cualquier notario, cualquier agente de cambio, cualquier corredor que negocie por su cuenta, es sospechoso. La quiebra en tal caso es una bancarrota fraudulenta, irían á la Sala de lo criminal, prefieren ir al extranjero. No hay que hacerse ilusiones. Somos bastante débiles para no perseguir, hasta verlos condenados por contumaces, á hombres que nos dieron en sus casas banquetes y magníficos bailes, hombres mundanos, al fin. Pero, nadie se queja, y es un mal.

— Un grave mal, dijo Birotteau; urge reformar la ley sobre suspensiones y quiebras.

— Si me necesitáis, dijo Lebas á Birotteau, estoy á vuestro servicio.

— El señor no necesita de nadie, dijo el incansable parlanchín, á quien de Tillet había preparado hábilmente, haciéndole aprender sus discursos de memoria. El asunto es claro; la quiebra de Roguin ofrecerá un cincuenta por ciento de dividendo, según lo que me ha dicho el joven Crottat. Además de este dividendo, el señor Birotteau recobra cuarenta mil francos que su prestador no tenía; puede también pedir un préstamo sobre sus propiedades. Por otra parte, aún faltan cuatro meses hasta efectuar el pago de doscientos mil francos á los vendedores de los terrenos. Mucho antes el señor Birotteau habrá recogido sus pagarés, porque sin duda no contaba para recogerlos, con lo que Roguin se le ha llevado. Y aun cuando el señor Birotteau se vea un poco apurado... no faltarán recursos para ponerle á flote.

El perfumista había recobrado sus bríos oyendo á Claparon mientras éste analizaba sus dificultades, resumiéndolas, trazándole, por decirlo así, un plan de conducta. Su resolución fué decidida y firme, se había formado una elevada idea de los recursos del antiguo viajante. De Tillet había creído conveniente aparecer como víctima de Roguin á juicio de Claparon. Había dado cien mil francos á Claparon para que se los diese á Roguin, quien los había devuelto á de Tillet. Claparon, inquieto,

hacía su papel muy á lo vivo, diciendo á todo el mundo que Roguin le costaba cien mil francos. De Tillet no había juzgado á Claparon bastante curtido, le creía con demasiados prejuicios de honor y delicadeza para confiarle sus planes en toda su magnitud; y estaba seguro de que no era capaz de adivinarlos.

—Si nuestro mejor amigo no es nuestro primera víctima, difícilmente halláramos la segunda, dijo á Claparon el día en que recibiendo quejas de su ayudante comercial le despreció, como cosa inútil, de la cual ya se había servido.

Los señores Lebas y Claparon salieron juntos.

« Puedo rehacerme, se dijo Birotteau. » Mi pasivo en letras y pagarés aceptados, asciende á doscientos treinta y cinco mil francos, á saber: sesenta mil francos por la casa, y ciento setenta y cinco mil francos por los terrenos. Para realizar estas cantidades, dispongo del dividendo Roguin que podrá ser de cien mil francos; además, puedo pedir que se anule el préstamo sobre mis fábricas: en todo, ciento cuarenta mil. Se trata de ganar cien mil francos con el *aceite cefálico*, y de aguardar, con algunos giros, ó con un crédito en alguna casa de banca, el momento en que habré reparado la pérdida y en que los terrenos llegarán á su mas elevado precio.

Cuando, en la desgracia un hombre consigue hacerse una novela de esperanzas por una serie de ratiocinios más ó menos justos, con los cuales hincha su almohada para descansar en ella su cabeza,

casi puede asegurarse que se ha salvado. Muchas gentes han creído energía, la confianza que engendra la ilusión; tal vez la esperanza es la mitad del valor; y la religión católica hizo de la esperanza una virtud. La esperanza, ¿no ha sostenido á muchos débiles, dando tiempo á que se precisen las contingencias de la vida? Resuelto á ir á casa del tío de su mujer para explicarle su situación antes de buscar ayuda en otra parte, Birotteau iba desde la calle de San Honorato hasta la de Bourdonnais sintiendo angustias desconocidas que le agitaron muy violentamente; su naturaleza se había quebrantado. Llevaba fuego en las entrañas. En efecto, las personas que tienen su centro de vida en el diafragma, sienten sus dolores en él, como á los que viven de la imaginación todo padecimiento les ataca la cabeza. En las grandes crisis, el cuerpo recibe la herida en el punto donde un trabajo constante hizo el organismo sensible; los débiles padecen cólicos, Napoleón se duerme. Antes de asaltar una confianza, pasando por encima de todas las murallas que levantó la altivez, los hombres de honor deben sentir más de una vez en el corazón la espuela de la necesidad, ¡esa despótica señora! Por eso Birotteau se había dejado espolear durante dos días antes de ir á casa de su tío y sólo se decidió al fin por razones de familia; de todos modos, debía explicar su situación al severo quincallero. Sin embargo, al llegar á la puerta sintió ese desfallecimiento interior que todo niño ha experimentado al entrar en casa de un dentista; pero aquel descorazonamiento era produ-

cido por el espectáculo de su vida entera y no por las angustias de un dolor pasajero. Birotteau subía la escalera lentamente. Encontró al viejo leyendo *El Constitucional* cerca del fuego, delante de la mesita redonda, en donde estaba su frugal desayuno; un panecillo, manteca, queso de Brie y una taza de café.

— ¡Esta es la inimitable prudencia! dijo Birotteau, envidiando la vida de su tío.

— ¡Buena! le dijo Pillereault quitándose las gafas, ayer en el café me contaron lo de Roguin, y el asesinato de la bella Holandesa, su querida! Supongo que tendrás recibo de Claparon.

— ¡Ay! tío; eso es todo; pusisteis el dedo en la llaga. No tengo recibo.

— ¡Ah, torpe, te has arruinado! dijo Pillereault dejando caer su periódico, que recogió Birotteau á pesar de ser *El Constitucional*.

Pillereault se impresionó de tal modo con sus reflexiones, que su cara de medalla y de estilo severo se bronceó como el metal bajo el cuño; quedó inmóvil, mirando á la pared, sin ver nada, ni á través de los cristales de las gafas, ni por encima de la montura, mientras oía el interminable discurso de Birotteau. Sin duda razonaba y juzgaba, pesando el pro y el contra con la inflexibilidad de un Minos que había pasado la Estigia del comercio abandonando el muelle de Morfondus por su pequeño piso tercero.

— ¿No tenéis nada que decirme? preguntó Birotteau, que aguardaba una respuesta después

de acabar con una súplica para que su tío se decidiese á vender los sesenta mil francos que tenía en papel del Estado.

— Siento decirte, mi pobre sobrino, que no puedo hacerlo; estás muy comprometido. Ragon y yo vamos á perder cincuenta mil francos cada uno. Esas buenas gentes han vendido por consejo mío sus acciones de las minas de Vortschin; me creo obligado, en el caso de pérdida, no á devolverles el capital, pero sí á socorrerles, y á socorrer á mi sobrina y á Cesarina. Tal vez á todos llegue á faltaros un pedazo de pan; aquí lo encontraréis...

— ¡Faltarnos un pedazo de pan, tío!

— ¡Sí, un pedazo de pan! Mira las cosas como son; ¡tú no saldrás adelante! De cinco mil seiscientos francos de renta que poseo, podré distribuir cuatro mil francos entre vosotros y los Ragon. Después de tu ruina... ¡conozco á Constanza! trabajará como una negra, privándose todo, y tú también, César.

— No hay motivo para desesperar aún, tío.

— No veo las cosas como tú.

— Os probaré lo contrario.

— Nada me sería tan agradable.

Birotteau dejó á Pillereault sin contestarle. Había ido en busca de consuelos y valor y recibía un segundo golpe, menos fuerte, á la verdad, que el primero; pero en vez de darle en la cabeza, le daba en el corazón; el corazón era toda la vida de aquel pobre hombre. Volvió á subir, después de haber bajado algunos escalones.

— Señor, dijo friamente: Constanza nada sabe; guardadme el secreto al menos; y suplicad á los Ragon que no me priven de la tranquilidad que necesito en mi casa para luchar contra la desdicha.

Pillereault hizo un signo afirmativo.

— ¡Valor, Cesar! añadió. Te veo enfadado conmigo; pero pronto has de hacerme justicia, pensando en tu mujer y en tu hija.

Abatido por la opinión de su tío, en quien suponía una lucidez particular, César cayó desde las alturas de su esperanza en los pantanos cenagosos de la incertidumbre. Cuando, en esas horribles crisis comerciales, el hombre no tiene un alma templada como la de Pillereault, es juguete de los acontecimientos; sigue las ideas de otro, las suyas, como un caminante corriendo en pos de fuegos fatuos. Se deja arrastrar por el torbellino, en vez de tumbarse para no verlo cuando pasa, ó de remontarse para observar su dirección, sustrayéndose á seguirlo. En su pena, Birotteau se acordó de la reclamación relativa á su préstamo. Fué á la calle Vivienne, á casa de Derville, su abogado, para empezar lo más pronto posible el procedimiento, en caso de que el abogado viera posible la anulación del contrato. El perfumista encontró á Derville envuelto en su bata de muletón blanco, junto al fuego, tranquilo y reposado como todos los curiales muy acostumbrados á oír las más terribles confidencias. Birotteau observó por vez primera esa frialdad necesaria, que hiela al hombre apasionado, herido, con la fiebre de sus intereses en peligro,

y dolorosamente atropellado, en su vida, en su honor, en su mujer y en sus hijos, como lo estaba Birotteau contando su desgracia.

— Si está probado, le dijo Derville, después de haberle oído, que el prestador no tenía en casa de Roguin la cantidad que Roguin os prestaba, como no ha habido entrega de especies, hay lugar á la rescisión; el prestador tendrá que recurrir á la fianza, como vos por los cien mil francos. En tal caso respondo del pleito en cuanto se puede responder, pues no hay pleito ganado de antemano.

La opinión de tan reputado jurisconsulto esperanzó bastante al perfumista, el cual suplicó á Derville que procurase activar el asunto. El abogado contestó que tal vez se dictaría antes de tres meses una sentencia que anulara el contrato.

— ¡Tres meses! dijo el perfumista, que imaginaba haber encontrado recursos.

— Pero aun teniendo una pronta tramitación, no podemos llevar á vuestro adversario de coronilla; usará de las dilaciones del procedimiento, cosa que no pueden impedir los abogados; ¿quién sabe si vuestro contrario no se dejará condenar en rebeldía? No se anda tan de prisa como se quiere, mi querido señor, dijo Derville sonriendo.

— Pues en el Tribunal de comercio, insinuo Birotteau.

— ¡Oh! dijo el abogado. Los jueces consulares y los jueces de primera instancia, son muy distintos jueces. Vosotros atropelláis los asuntos. El el palacio de Justicia tenemos fórmulas. La fórmula es

protectora del derecho. ¿ Quisiérais un fallo á quemarropa, que os hiciera perder vuestros cuarenta mil francos? Pues bien; nuestro contrario, al ver su dinero comprometido, se defenderá.

— Tenéis razón, dijo Birotteau, saludando á Derville; y salió con la muerte en el alma. « Todos tienen razón. ¡ Dinero, Dinero! » gritaba el perfumista por las calles hablando consigo mismo, como hacen todas las gentes abrumadas de ese turbulento y herboroso París, que un poeta moderno llama « una cuba ».

Al verle entrar, el dependiente, que iba presentando por todas partes las cuentas, le dijo que ante la proximidad del fin de año, todos borraban el recibi de la factura, guardándola.

— ¡ No hay dinero, nadie tiene dinero! dijo el perfumista en alta voz en medio de la tienda.

Se mordió los labios; todos los dependientes habían levantado la cabeza al oírle.

Cinco días transcurrieron así, cinco días durante los cuales Braschon, Lourdois, Thorein, Grindot, Chaffaroux, todos los acreedores no satisfechos, pasaron por las fases camaleonescas por que pasa el acreedor antes de llegar del estado pacífico en que le pone la confianza, á los colores sanguinolentos de la Belona comercial. En París, el periodo astringente de la desconfianza es tan rápido para lanzarse, como el movimiento expansivo de la confianza es lento para decidirse; una vez sumergido en el sistema restrictivo de temores y precauciones comerciales, el acreedor llega á las torpezas sinies-

tras que le hacen inferior al deudor. De una cortesía empalagosa pasan los acreedores al rojo de la impaciencia, á los chisporroteos sombríos de inoportunidades, á los estallidos de contrariedad, al amaratado de una obstinación, y á la negra insolencia de la citación preparada. Braschon, el rico tapicero del barrio de San Antonio, que no había sido invitado al baile, esgrimía su recibo como un acreedor herido en su amor propio; quería ser pagado en veinticuatro horas; exigía garantías, no de depósito de muebles, sino una segunda hipoteca inscrita sobre los terrenos de las fábricas. A pesar de la violencia de sus recriminaciones, esas gentes dejaron aún algunos intervalos de reposo, durante los cuales Birotteau respiraba. En vez de dominar los primeros síntomas de una situación difícil por una resolución enérgica, César ocupaba toda su inteligencia en evitar que su mujer, la única persona que podía aconsejarle, no lo descubriese. Se ponía de centinela en el umbral de su puerta y alrededor de su tienda. Había enterado á Celestino del secreto de sus apuros transitorios, y Celestino observaba á su principal con una mirada tan curiosa como sorprendida; á sus ojos, César iba empequeñeciéndose como se empequeñecen en los desastres los hombres acostumbrados á las victorias, y cuya gran fuerza consiste en el acierto que la rutina concede á las inteligencias medianas. Sin tener la enérgica capacidad necesaria para defenderse en tantos puntos amenazados á la vez, César tuvo, sin embargo, el valor de observar su situación.

Para fin de diciembre y para el 15 de enero, necesitaba, tanto para su casa como para sus vencimientos, sus alquileres y sus obligaciones al contado, sesenta mil francos; para el 31 de diciembre treinta mil; todos sus recursos apenas alcanzaban á veinte mil francos; le faltaban, por tanto, diez mil. Ya nada le parecía irremediable, limitándose al momento presente, como los aventureros que viven al día. Antes que el rumor de sus dificultades se hiciese público, resolvió intentar lo que le pareció un gran acierto, dirigiéndose al famoso Francisco Keller, banquero, orador y filántropo, célebre por su bondad y por su deseo de ser útil al comercio parisién, con la mira de conservar en la Cámara su puesto, como diputado por París. El banquero era liberal, Birotteau, realista; pero el perfumista le juzgó por su corazón y encontró en la diferencia de opiniones un motivo más para obtener un crédito. En caso de que fuesen necesarias firmas, no dudaba del agradecimiento de Popinot, al cual pensaba pedirle unos treinta mil francos en giros, que ayudarían á esperar el triunfo de su pleito, ofrecido en garantía á los acreedores más exaltados. El expansivo perfumista, que relataba sobre la almoadá á su querida Constanza las más pequeñas emociones de su existencia, que recibía de su mujer energías y buscaba luz en el choque de opiniones contrarias, no podía hablar de su situación ni con su primer dependiente, ni con su tío, ni con su mujer.

Sus pensamientos le pesaban doblemente. Pero

este generoso mártir prefería padecer, que arrojar el fuego que le consumía en el alma de su esposa; quería mostrarle el peligro cuando hubiese pasado. Tal vez hasta cuando no hubiera que temer, retrocedería ante esa horrible confidencia. El temor que le inspiraba su mujer le hacía valeroso. Iba todas las mañanas á San Roque, á oír una misa rezada, y tomaba á Dios por confidente.

— Si al volver de San Roque á mi casa no encuentro ningún soldado, mi demanda prosperará. Esa será la respuesta de Dios, se decía después de haber rogado á Dios que le socorriese.

Y era feliz no encontrando ningún soldado. Sin embargo, tenía el corazón oprimido, le faltaba otro corazón, sobre el cual pudiera gemir. Cesarina, á la que se había confiado ya después de la fatal noticia, fué depositaria de su secreto. Hubo entre ellos miradas lanzadas al descuido, miradas llenas de desesperación y de esperanzas ahogadas, invocaciones lanzadas con mutuo ardor, preguntas y respuestas cariñosas, corrientes de alma á alma. Birotteau se mostraba jovial, alegre con su mujer. ¿Le hacía Constanza una pregunta? Todo iba bien: Popinot, del cual no se ocupaba César, saldría triunfante; ¡el aceite flotaba! Los pagarés entregados á Claparon, recogidos oportunamente: no había que temer nada. Esa fingida satisfacción era espantosa. Cuando su mujer estaba dormida en aquel suntuoso lecho, Birotteau se incorporaba, sumiéndose en la contemplación de su desdicha. Cesarina se aproximaba muchas veces, en tales oca-

siones, en camisa, con un chal sobre sus blancos hombros, y los piés descalzos.

— Papá, te oigo: ¡lloras! decía ella, llorando también.

Birotteau estaba poseído de tal embrutecimiento después de escribir la carta en que pedía una conferencia al ilustre Francisco Keller, que su hija, para distraerle, le llevó á través de París. Hasta entonces no había visto en las calles los grandes carteles rojos, en los que pudo leer estas palabras: ACEITE CEFÁLICO.

Mientras la *Reina de las rosas* estaba amenazada de un desastre, la casa A. Popinot se levantaba radiante entre los fulgores del éxito. Aconsejado por Gaudissart y por Finot, Anselmo había lanzado su aceite con audacia. Dos mil carteles habían sido colocados durante tres días en los parajes más visibles de París. Nadie podía evitar un encuentro, cara á cara, con el *aceite cefálico*, ni prescindir de leer una frase concisa inventada por Finot, sobre la imposibilidad de hacer salir el pelo y sobre el peligro de teñirlo, acompañada del extracto de la Memoria leída en la Academia de Ciencias por Vauquelin; un verdadero certificado de vida para los cabellos muertos, prometido á los que usaran el *aceite cefálico*. Todas las peinadoras de París, los peluqueros, los perfumistas, habían adornado sus puertas con cuadros dorados, conteniendo un bonito impreso, en papel vitela, á la cabeza del cual estaba el grabado de *Hero y Leandro*, reducido, con esta afirmación en forma de epígrafe: *Los clásicos*

pueblos de la antigüedad conservaban sus cabelleras con el empleo del ACEITE CEFÁLICO.

— ¡Ha inventado los cuadros permanentes, el anuncio eterno! se dijo Birotteau, que permaneció estupefacto mirando al escaparate de *La Campana de plata*.

— ¿No has visto en tu misma casa, le dijo su hija, un cuadro que Anselmo llevó, al tiempo que enviaba á Celestino trescientas botellas de aceite?

— No, contestó él.

— ¡Celestino ha vendido ya cincuenta á los transeúntes y sesenta á los parroquianos!

— ¡Ah! dijo César.

El perfumista, aturdido por las mil campanas que la miseria tañe al oído de las víctimas, vivía en un movimiento vertiginoso; la vispera, Popinot le había esperado más de una hora, yéndose al fin después de hablar con Constanza y Cesarina, las cuales le dijeron que César estaba absorbido por su gran negocio.

— ¡Ah, sí; el negocio de los terrenos!

Felizmente, Popinot, que no se había movido en un mes de la calle de Cinco-Diamantes, no saliendo de noche y trabajando los domingos en la fábrica, no había visto, ni á los Ragon, ni á Piltreault, ni á su tío el juez. ¡No dormía más que dos horas, el pobre muchacho! No tenía más que dos dependientes, y, al paso que iban las cosas, bien pronto necesitaría cuatro. En el comercio, la ocasión es todo.

Quien no apunta bien al éxito, agarrándose á las crines, no hace fortuna. Popinot pensaba que se-

ría bien recibido por sus tíos cuando, al cabo de seis meses, les dijera: « Ya estoy salvado; hice mi fortuna »; bien recibido por Birotteau cuando le llevase treinta ó cuarenta mil francos de su participación, ganancias del primer semestre. Ignoraba la fuga de Roguin, los desastres y la mortificación de César; no pudo escapársele ninguna palabra indiscreta hablando con la señora Birotteau. Popinot prometió á Finot quinientos francos por los anuncios en periódicos de gran circulación, ¡y tenía diez! trescientos francos por los de segunda fila, ¡y tenía otros diez! con el compromiso de hablar en cada uno tres veces al mes del *aceite cefálico*. Finot entrevió tres mil francos para él, en esos ocho mil francos, ¡ su primera jugada en el inmenso tapete verde de la especulación! Se había lanzado como un león sobre sus amistades, sobre sus relaciones: habitaba en los domicilios de los periódicos; se deslizaba todas las mañanas en las alcobas de los periodistas, y por la noche recorría los *foyers* de todos los teatros. « ¡ Piensa en mi aceite, mi querido amigo; no es cosa mía, pero le interesa mucho á un camarada, ¡ ya le conoces, ya lo sabes! Gaudissart, buena persona. » Tal era la primera y última frase de todos sus discursos. Asaltaba todos los finales de columna de los periódicos, en los cuales articulaba, dando á ganar dinero á los redactores. Asutulo como un comparsa que quiere llegar á ser actor, vivo como un cagalintas que gana sesenta francos al mes: escribía cartas capciosas, lisonjeaba todas las vanidades, prestaba inmundos servicios á

los redactores jefes, á fin de que le publicaran sus artículos. Dinero, comidas, bajezas, todo ayudaba su febril actividad. Sobornaba con entradas de teatros á los obreros que, hacia media noche, completaban las columnas de los periódicos eligiendo algún suelto de los preparados como *recursos*, para llenar los finales de columna, en la confección de las planas. Finot se hallaba entonces en la imprenta, ocupado como si tuviere que corregir un artículo. Amigo de todo el mundo, hizo triunfar el *aceite cefálico* sobre la *pasta de Regnault*, la *mixtura brasileña*, y todas las invenciones que tuvieron el acierto de comprender la influencia del periodismo y el efecto producido en el público por la constante repetición del mismo asunto. En aquel tiempo de inocencia, muchos periodistas eran como bueyes; ignoraban su fuerza, se ocupaban de actrices, de Florina, de Tulia, de Marieta, etc. Lo podían todo, y no alcanzaban nada. Las pretensiones de Andoquio no se limitaban á ganar aplausos para una actriz, ni á conseguir la representación de una obra, ni á cobrar artículos; al contrario, ofrecía dinero cuando era necesario y oportunamente un almuerzo: no hubo, pues, un periódico que no hablara del *aceite cefálico*, de su concordancia con los análisis de Vauquelin, que no se burlara de los que creen que se puede hacer salir el pelo y que no proclamase el peligro de teñirlo.

Esos artículos regocijaban el alma de Gaudissart, que provisto de periódicos para destruir las preocupaciones, hacia en las provincias lo que después los

especuladores han llamado *cargas á rienda suelta*. Entonces los periódicos de París dominaban en los departamentos, *todavía sin órganos*, ¡desgraciados! Los periódicos eran seriamente leídos, desde la cabecera hasta el pie de imprenta: buscaba el suscriptor los rincones en que podían ocultarse las ironías de la opinión perseguida. Gaudissart, apoyado en la prensa, obtuvo brillante resultado en las primeras ciudades donde hizo propaganda. Todos los tenderos de provincias querían cuadros é impresos con el grabado de *Hero y Leandro*. Finot dirigió contra el *aceite de Macassar* una encantadora burla que hacía reír mucho en los Funámbulos, cuando Pierrot, cogiendo un viejo cepillo de cerda, enteramente pelada, echaba en el *aceite de Macassar*, consiguiendo así repentinamente que se volviese nuevo y lucido. Esta escena irónica excitaba una risa general. Más tarde, Finot contaba alegremente que sin los cinco mil francos así ganados, se hubiera muerto de miseria y dolor. Para él, cinco mil francos eran una fortuna. En esa campaña, adivinó, antes que nadie, el poder del anuncio, del que hizo tan completo y tan atinado uso. A los tres meses era redactor en jefe de un periodiquito, que luego compró, y que fué la base de su fortuna. Como la *carga á rienda suelta* del ilustre Gaudissart, el Murat de los comisionistas, hizo triunfar comercialmente la casa A. Popinot: en provincias y más allá de las fronteras, triunfaba también en la opinión, gracias al famélico asalto dado á los periódicos, produciendo la viva publicidad, igualmente obtenida por la *mix-*

tura brasileña y por la *pasta de Regnault*. Al principio este asalto á la opinión pública produjo tres éxitos, tres fortunas, y fué origen de la invasión de mil ambiciones, verdaderos ejércitos que al abordar el campo de los periódicos, donde crearon el anuncio pagado, hicieron en la prensa una revolución. En aquel momento, la casa A. POPINOT Y COMPAÑÍA se ostentaba en todas las paredes y en todos los escaparates. Incapaz de apreciar la importancia de semejante publicidad, Birotteau se contentó con decir á Cesarina: « Popinot sigue mis pasos »; sin comprender la diferencia de unos tiempos á otros, sin apreciar el poder de los nuevos medios de ejecución, cuya rapidez y extensión abarcaban más prontamente que antes el mundo comercial. Birotteau no había puesto los pies en su fábrica después del baile; ignoraba el movimiento y actividad que Popinot había desplegado. Anselmo no dejaba descansar á los obreros de Birotteau: hasta dormía en la fábrica; imaginando á Cesarina sentada sobre las cajas, recostada sobre todas las expediciones, impresa en todas las facturas, se decía: « ¡Será mi mujer! » cuando, en mangas de camisa y arremangado hasta los codos, clavaba con brío una caja, porque sus dependientes habían salido á cumplir urgentes encargos.

Al día siguiente, después de haber calculado durante toda la noche cuanto debía decir y callar á uno de los más notables hombres de la alta banca, César llegó á la calle Houssaye, y no abordó sin horribles palpitaciones el hotel del banquero liberal,

que pertenecía á esa opinión justamente acusada de querer el destronamiento de los Borbones. El perfumista, como todas las gentes del comercio de tienda parisién, desconocía las costumbres y los hombres de la alta banca. En París, entre los banqueros y el comercio, hay casas intermedias útiles á la banca, porque le ofrecen una garantía más. Constanza y Birotteau, que no se habían extralimitado nunca, cuya caja no estuvo nunca vacía y que guardaban sus valores en cartera, no habiendo tenido que recurrir jamás á esas casas intermediarias, eran con mayor razón desconocidos en las altas regiones de la banca. Acaso es una falta no abrirse un crédito, aun cuando no sea necesario recurrir á él; las opiniones están divididas sobre este punto. Sea de ello lo que fuere, Birotteau sentía no haber puesto en circulación su firma. Pero conocido como teniente alcalde y como hombre político, creyó suficiente anunciarse para entrar; ignoraba la afluencia casi regia que distinguía la audiencia de aquel banquero. Introducido en el salón que precedía al despacho del hombre célebre por tantos títulos, Birotteau se vió entre una concurrencia numerosa compuesta de diputados, escritores, periodistas, agentes de cambio, poderosos comerciantes, agentes de negocios, ingenieros, sobre todo los íntimos de la casa, que atravesaban los grupos y llamaban de un modo particular á la puerta del despacho, donde entraban sin ceremonia.

« ¿Qué soy yo en medio de esta máquina? » se dijo Birotteau, enteramente aturdido por el movi-

miento de aquella fragua intelectual donde se cocía el pan cotidiano de la oposición, y donde se ensayaban los papeles de la gran tragicomedia representada por esta.

Oía discutir á su derecha la cuestión del empréstito, para la terminación de las principales líneas de canales, propuesto por la dirección de puentes y calzadas, ¡y se trataba de millones! A su izquierda, los periodistas á la husma del amor propio del banquero, se ocupaban de la sesión del día anterior y de las improvisaciones del personaje. Durante dos horas de espera, Birotteau vió tres veces al banquero político, acompañando hasta la antesala de su despacho á hombres de importancia. Francisco Keller estuvo mucho más atento con el último: era el general Foy.

« ¿Estoy perdido! » se dijo Birotteau, cuyo corazón se ahogaba.

Cuando el banquero volvía á su despacho, la muchedumbre de cortesanos, de amigos, de interesados, le asaltaban como perros que persiguen á una bonita perra. Algunos atrevidos gozquecillos se deslizaban, contra la voluntad del dueño, en el santuario. Las conferencias duraban cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora. Unos salían disgustados, otros se mostraban satisfechos, tomando actitudes de gentes importantes. El tiempo pasaba; Birotteau miraba con ansiedad el reloj. Nadie prestaba la menor atención á aquel dolor oculto que gemía sobre un sillón dorado junto á la chimenea, á la puerta de aquel despacho donde residía la pa-

nacea universal: ¡ el crédito ! César pensaba dolorosamente que también había sido un momento rey en su casa, como aquel hombre lo era todas las mañanas, y media la profundidad del abismo en que había caído. ¡ Amargo pensamiento ! ¡ Cuántas lágrimas devoradas durante la hora pasada allí !... ¡ Cuántas veces Birotteau suplicaba á Dios para que aquel hombre se le mostrase favorable ! porque había descubierto en él, bajo una burda envoltura de hombría de bien vulgar, una insolencia, una tiranía colérica, un brutal deseo de dominar, que espantaba su alma dulce. En fin, al quedar solamente diez ó doce personas, Birotteau estaba resuelto, á erguirse, aprovechando la ocasión cuando alguien abriese la puerta, poniéndose al nivel del gran orador y diciéndole: « ¡ Soy Birotteau ! » El granadero que se lanzó el primero al reducto de la Moskowa no necesitó más ánimos de los que el perfumista acumuló para realizar aquella manobra.

— Después de todo, yo soy su teniente alcalde, dijo, levantándose para anunciar su nombre.

La fisonomía de Francisco Keller se mostró insinuante; quiso evidentemente ser amable, miró el botón rojo del perfumista, se hizo atrás, abrió la puerta de su despacho, le mostró el camino, y se detuvo durante algún tiempo hablando con dos personas que se abalanzaron desde la escalera con la violencia de una tromba.

— Decazes quiere hablaros, dijo uno de ellos.

— Se trata de anular el grupo de Marsay; el

rey ve claro; se pone de nuestra parte, añadió el otro.

— Iremos juntos á la Cámara, dijo el banquero volviéndose con las actitudes de la rana que quiere imitar al buey.

« ¿ Cómo puede pensar en sus negocios ? » se preguntó Birotteau por completo trastornado.

El sol de la superioridad centelleaba, deslumbrando al perfumista, como un vivo resplandor ciego á los insectos que necesitan una media luz ó la penumbra de una hermosa noche. Sobre una inmensa mesa vió los presupuestos, muchos impresos de la Cámara, los volúmenes del *Moniteur* abiertos, consultados y señalados para arrojar á la cara de un ministro sus anteriores palabras olvidadas y hacerle cantar la palinodia entre los aplausos de una muchedumbre necia, incapaz de comprender que los acontecimientos lo modifican todo. Sobre otra mesa, carpetas amontonadas, las memorias, los proyectos, las mil noticias confiadas á un hombre, de cuya caja todas las industrias nacientes pretenden sacar algo. El lujo real de aquel despacho lleno de cuadros, estatuas, obras de arte; sobre la chimenea, revueltos los intereses nacionales y los extranjeros, tirados allí como fardos; todo chocaba á Birotteau, le empequeñecía, aumentaba su terror y le helaba la sangre. Sobre el bufete de Francisco Keller aparecían fajos de valores, letras de cambio, circulares comerciales.

Keller se sentó, firmando rápidamente las cartas que no exigían ningún examen.

— Caballero, ¿ á qué debo la honra de recibir vuestra visita ? le dijo.

Obsequio de la
Universidad Nacional
de México

A esas palabras pronunciadas para él solo por aquella voz que hablaba á Europa entera, mientras la mano codiciosa corría sobre el papel, el pobre perfumista sintió la impresión que le produciría un hierro enrojecido que se la aplicara en el vientre. Acentuó una expresión complaciente que el banquero durante diez años había observado en todos los que pretendían envolverle en un negocio importante para ellos solos, y que ya le ponía en guardia el asunto contra lo que le iban á proponer. Francisco Keller lanzó, pues, á César una mirada que le traspasó la cabeza, una mirada napoleónica. La imitación de la mirada de Napoleón era una inocente manía que se permitían entonces algunos advenedizos, los cuales nunca tuvieron que ver nada con su emperador. Aquella mirada cayó sobre Birotteau, hombre de la derecha, secretario del poder, elemento de elección monárquica, como un plomo de aduanero que marca una mercancía.

— Señor, no quiero abusar de vuestro tiempo, seré breve. Vengo para un negocio puramente comercial, á preguntaros si puedo obtener un crédito en vuestra casa. Antiguo juez en el Tribunal de comercio y conocido en el Banco, comprenderéis que, si tuviese muchos valores en cartera me bastaría dirigirme allí, donde sois consejero. He tenido el honor de sentarme en el tribunal junto al señor barón Thibon, jefe del comité de descuentos, y seguramente no me rechazaría. Pero no he usado nunca de mi crédito ni de mi firma; mi firma está virgen,

y ya sabéis cuántas dificultades presenta una negociación, si...

Keller meneó la cabeza, y Birotteau creyó que aquello era un movimiento de impaciencia.

— Señor, he aquí el caso, prosiguió. Me he comprometido en un negocio territorial, ajeno á mi comercio...

Francisco Keller, que seguía firmando y leyendo sin apariencia de escuchar á César, levantó la cabeza con un gesto de adhesión que le animó. Birotteau, creyendo encarrilado su negocio, respiró.

— Seguid, ya os escucho, le dijo Keller con benevolencia.

— Soy comprador por mitad de los terrenos situados alrededor de la Magdalena.

— Sí, he oído hablar en casa de Nucingen de ese gran negocio emprendido por la casa Claparon.

— Pues bien, prosiguió el perfumista, un crédito de cien mil francos, garantido por mi participación en ese negocio, ó por mis propiedades comerciales, bastaría para sostenerme hasta el momento de realizar beneficios que debe darme pronto y seguramente una invención de pura perfumería. Si fuera necesario, os garantizaría con valores de un comercio, la casa Popinot, una casa naciente que...

Keller pareció preocuparse muy poco de la casa Popinot, y Birotteau, comprendiendo que andaba descaminado, se detuvo; después, asustándose del silencio, prosiguió:

— En cuanto á los intereses, nosotros...

— Sí, sí, dijo el banquero; la cosa puede arre-

glarse, no dudéis de mi deseo de complaceros. Atareado como estoy, tengo los negocios europeos entre manos, y la Cámara me ocupa mucho tiempo; no os extrañaréis al saber que hago estudiar una porción de asuntos en mis oficinas. Id abajo y ved á mi hermano Adolfo; explicadle la naturaleza de vuestras garantías; si él aprueba la operación, volveréis con él mañana ó pasado mañana, á la hora en que yo examino con detenimiento los negocios, á las cinco de la mañana. Nos complacerá mucho haber obtenido vuestra confianza; sois uno de esos realistas consecuentes de los cuales se puede ser enemigo político, pero cuya estimación halaga.

— Señor, dijo el perfumista exaltado por aquella frase de tribuna, soy tan digno del honor que me hacéis, como del insigne favor real... Lo he merecido sentándome en el Tribunal consular y peleando...

— Sí, replicó el banquero; la reputación de que gozáis es un pasaporte, señor Birotteau. Si nos proponéis negocios factibles, contad con nuestra ayuda.

Una mujer, la señora Keller, una de las dos hijas del conde de Gondreville, par de Francia, abrió una puerta que Birotteau no había visto.

— Amigo mío, espero verte antes de la sesión, dijo.

— Son las dos, exclamó el banquero; la lucha está entablada. Excusadme, señor; se trata de derribar un ministerio... Avistáos con mi hermano.

Acompañó al perfumista hasta la puerta del salón, y dijo á uno de los criados:

— Este caballero necesita ver al señorito Adolfo.

A través del laberinto de escaleras, por donde le guiaba un hombre con librea hacia un despacho menos suntuoso que el del jefe de la casa, pero mejor dispuesto para el trabajo, el perfumista, cabalgando en un *sí*, la más dulce cabalgadura de la esperanza, se acariciaba la barba, pareciéndole de buen agüero las lisonjas del hombre célebre. Sentía que un enemigo de los Borbones fuese tan bondadoso, tan inteligente, tan insigne orador.

Con estas ilusiones, entró en un despacho desmantelado, frío, amueblado con dos bufetes y con mequinos sillones, adornado con cortinas viejas y una pobre alfombra. Aquel despacho era, comparado con el otro, lo que una cocina es al comedor y la fábrica á la tienda. Allí se desentrañaban los negocios de banca y de comercio, se analizaban las empresas y se conseguían los descuentos de la banca sobre todos los beneficios de las industrias consideradas aprovechables. Allí se combinaban aquellos golpes audaces por los cuales los Keller se distinguieron en el más elevado comercio, allí se creaba, durante algunos días, un monopolio rápidamente explotado. Allí se estudiaban las deficiencias de la legislación y se estipulaba sin reparo lo que se llama en la Bolsa *las raciones del glotón*, comisiones exigidas por los menores servicios, como apoyar una empresa con su nombre y acreditarla. Allí se urdian esos engaños con apariencias de legalidad, que consisten en figurar en comandita, sin compromiso, para empresas dudosas, con objeto de esperar el resultado y de imposibilitarlas pidiendo el capital en un

momento crítico: horrible maniobra de la cual fueron víctimas tantos accionistas.

Los dos hermanos se habían repartido sus papeles. Arriba, Francisco, hombre brillante y político, se conducía como un rey, distribuyendo favores y promesas, haciéndose agradable á todos. Con él todo era fácil; planteaba noblemente los negocios, embriagaba á los novatos inocentes y á los especuladores sin experiencia con el vino de su bondad, con su fascinadora palabra, desarrollando las ideas que se ofrecían. Abajo, Adolfo excusaba á su hermano con sus preocupaciones políticas, y pasaba hábilmente el rastrillo sobre el tapete; él era el socio comprometido, el hombre difícil. Se necesitaba, pues, obtener dos aprobaciones para concluir un negocio con esa pérfida casa. Muchas veces, el agradable *si* del despacho suntuoso se convertía en un seco *no* en el despacho de Adolfo. Esa doble maniobra daba lugar á la reflexión y servía con frecuencia para divertir á inhábiles concurrentes. El hermano del banquero hablaba en aquel momento con el famoso Palma, consejero íntimo de la casa Keller, que se retiró al llegar el perfumista. Cuando Birotteau se hubo explicado, Adolfo, el más listo de los dos Keller, un verdadero lince, de ojos penetrantes, labios delgados, tez áspera, lanzó sobre Birotteau, por encima de sus anteojos y bajando la cabeza, una mirada, que debe llamarse la mirada del banquero, y que tiene algo de la de los buitres y de los escribanos: ávida é indiferente, clara y oscura, brillante y sombría.

— Servios enviarme los documentos referentes al negocio de la Magdalena, dijo; en eso se apoya la garantía de la cuenta; es menester examinarlos antes de abrir crédito y discutir los intereses. Si el negocio es bueno, podríamos, para no seros gravosos, contentarnos con una parte de los beneficios en lugar de un descuento.

« Vamos, se dijo Birotteau al volver á su casa, ya veo de lo que se trata. Como el castor perseguido, debo desprenderme de una parte de mi piel. Es mejor dejarse esquilmar que morir. »

Subió aquel día á su casa muy risueño, y su alegría fué sincera.

— Estoy salvado, dijo á Cesarina; me abrirán un crédito en casa de los Keller.

Hasta el 29 de diciembre Birotteau no pudo verse de nuevo en el despacho de Adolfo Keller. La primera vez que el perfumista volvió, Adolfo había ido á seis leguas de París á ver un terreno que el gran orador quería comprar. La segunda vez, los dos Keller estaban ocupados en sus negocios por toda la mañana; se trataba de cubrir un empréstito propuesto á las Cámaras; suplicaron al señor Birotteau que volviese al viernes siguiente. Estas dilaciones asesinaban al perfumista. Pero al fin el viernes llegó. Birotteau se hallaba en el despacho, sentado junto á la chimenea, recibiendo la luz de la ventana, y Adolfo Keller al otro lado.

— Está bien, señor, le dijo el banquero mostrando los documentos; pero ¿qué habéis pagado del precio de los terrenos?

— Ciento cuarenta mil francos.

— ¿En dinero?

— En valores.

— ¿Recogidos ya?

— No han vencido aún.

— Pero si habéis pagado los terrenos más de lo que valen, con relación á su valor actual, ¿dónde afianzar nuestra garantía? Solo puede apoyarse en vuestra buena fama y en la consideración de que gazáis. Los negocios no pueden edificarse con esos cimientos. Si hubiérais pagado doscientos mil francos, aun suponiendo que hubiéseis dado cien mil francos de más para conseguir que os vendiesen los terrenos, tendríamos una garantía de cien mil francos para responder de los cien mil francos descontados. El resultado para nosotros sería quedar como propietarios de vuestra parte pagando en vuestro lugar; es necesario para esto saber si el negocio vale la pena. Esperar cinco años para doblar el dinero, es menos ventajoso que negociar el dinero en asuntos de banca. ¡ Hay tantos contratiempos! Queréis poner vuestra firma en circulación para recoger vuestra firma vencida, ¡maniobra peligrosa! Echarse atrás para saltar mejor. El negocio no nos conviene.

Esta frase hirió á Birotteau como si el verdugo le hubiese aplicado á la espalda el hierro enrojado; se desvaneció.

— Veamos, dijo Adolfo; mi hermano se interesa mucho por vos; me habla mucho de vos. Examinemos vuestros negocios, añadió, lanzando al perfu-

mista una mirada de cortesana que necesita concluir pronto su trato.

Birotteau se parecía entonces á Molineux, del que se había burlado tanto. Entretenido por el banquero, que se complacía en devanar la madeja de pensamientos de aquel pobre hombre, y que sabía interrogar á un comerciante, como el juez Popinot son-sacar á un criminal, César refirió sus empresas; sacó á relucir la *doble pasta de las sultanas*, el *agua carminativa*, el asunto Roguin, su pleito, á propósito del préstamo hipotecario que no había recibido.

Viendo la expresión sonriente y reflexiva de Keller y sus movimientos de cabeza, Birotteau se decía: « Me escucha, le intereso, tendré un crédito. »

Adolfo Keller se reía de Birotteau, como el perfumista se había reído de Molineux. Arrastrado por la locuacidad particular de las gentes que se dejan embriagar por la desgracia, César mostró al verdadero Birotteau; dió la medida de sus alcances, proponiendo como garantía el *aceite cefálico* y la casa Popinot, su último recurso. El hombre, arrastrado por una engañosa esperanza, se dejó sondear, examinar por Adolfo Keller, que reconoció en él un majadero realista abocado á la quiebra. Contento de ver en tal situación al teniente alcalde de su distrito, á un hombre condecorado recientemente, á un adicto del gobierno, Adolfo dijo entonces claramente á Birotteau que ni podía abrirle crédito ni decirle nada en su favor á su hermano Francisco, el gran orador. Si Francisco se abandonara á imbéciles generosidades, socorriendo á gentes de opinión contraria

á la suya á sus enemigos políticos, él, Adolfo, se opondría con todas sus fuerzas á que hiciese un papel de víctima, y le impediría que tendiese la mano á un antiguo adversario de Napoleón, á un herido en la jornada de San Roque. Birotteau, exasperado, quiso decir algo de la codicia de la alta banca, de su dureza, de su falsa filantropía; pero fué presa de tan violento dolor, que apenas pudo balbucear algunas frases acerca de la institución del Banco de Francia, en donde los Keller dominaban.

— Pero, dijo Adolfo Keller, el Banco no hará jamás un descuento que un banquero rehusa.

— Siempre me ha parecido que el Banco no cumplía su misión, dijo Birotteau, cuando se vanagloriaba, presentando la liquidación de sus beneficios, de haber perdido solamente ciento ó doscientos mil francos con el comercio parisién, del cual es tutor.

Adolfo sonrió, levantándose con el gesto de un hombre aburrido.

— Si el Banco atendiese á redimir á las gentes comprometidas en esta plaza, la más bribona y la más resbaladiza del mundo financiero, agotaría sus recursos en un año. Bastante trabajo tiene con defenderse de las emisiones y firmas falsas. ¡Qué sería si tuviese que estudiar los negocios de cuantos pretenden su ayuda!

— ¿Dónde encontraré diez mil francos que me hacen falta para mañana, sábado 30? se decía Birotteau atravesando el patio.

Según es costumbre, se paga el 30 cuando el 31

es día de fiesta. Llegando á la puerta cochera, con los ojos llenos de lágrimas, el perfumista vió apenas un hermoso caballo inglés, bañado en sudor, que paró de pronto en la puerta, enganchado á uno de los más graciosos cabriolés que rodaban entonces por las calles de París. Hubiera querido ser aplastado por aquel carruaje, muerto por accidente, y el desorden de sus negocios se hubiera atribuído á aquel suceso. No reconoció á de Tillet que, esbelto y con elegante traje de mañana, arrojó las riendas á su criado y una manta sobre el lomo sudoroso de su caballo de pura sangre.

— ¿Y por qué casualidad aquí? dijo de Tillet á su antiguo principal.

De Tillet lo sabía todo; los Keller habían pedido informes á Claparon, quien remitiéndolos á de Tillet, había destruído la antigua reputación del perfumista. Aunque rápidamente contenidas, las lágrimas del pobre comerciante hablaban enérgicamente.

— ¿Habréis venido á pedir algún favor á estos árabes? dijo de Tillet; á esos estranguladores del comercio, que han hecho jugadas infames, como la de subir los añiles después de haberlos acaparado, la de bajar el arroz para obligar á los almacenistas á vendérselo á bajo precio, á fin de acapararlo todo y explotar el mercado; á esos atroces piratas que no tienen fe, ni ley, ni alma. ¿No sabéis, pues, de lo que son capaces? Os abren un crédito cuando tenéis un buen negocio, y os lo suspenden cuando estáis metido en gastos, para obligaros á cedérselo á cualquier precio. El Havre, Burdeos y Marsella os con-

tarán lindezas de los tales. La política les sirve para cubrir muchas porquerías. ¡Vaya! Por eso los he explotado yo sin escrúpulo. Vamos á dar un paseo, mi querido Birotteau. José, pasea mi caballo; está muy agitado y podría enfriarse: cuesta cinco mil francos, un capital.

Y se dirigió al boulevard.

— Veamos, mi querido principal, porque fuisteis mi principal; ¿necesitais dinero? ¿Os han pedido garantías? ¿miserables! Yo os conozco, os ofrezco dinero á cambio de sencillos pagarés. ¡He hecho honradamente mi fortuna con trabajos inauditos! ¡Fui á Alemania á buscar mi fortuna! Puedo ahora deciroslo; ¡he comprado los créditos contra el rey al 40 por 100; entonces vuestra fianza me ha sido muy provechosa y soy agradecido! Si tenéis necesidad de diez mil francos contad con ellos.

— ¡Como, de Tillet! exclamó César, ¿es verdad? ¿no os burláis de mí? Sí; estoy algo apurado, pero nada más de momento...

— Lo sé; el asunto de Roguin, respondió de Tillet. ¡Ah! Me pilló también diez mil francos que me había pedido poco antes de irse; pero la señora de Roguin me los devolverá de lo que á ella le corresponda. He aconsejado á esa pobre mujer que no hiciese la tontería de entregar su fortuna para pagar deudas contraídas por una cortesana; y aun tendría justificación si lo suyo alcanzase á pagarlo todo; pero ¿cómo favorecer á ciertos acreedores con perjuicio de los otros? Vos no sois un Roguin; os conozco, dijo de Tillet; os haríais saltar la tapa de

los sesos antes que hacerme perder un céntimo. Venid, ya estamos en la calle de la Chaussée d'Antin; subid á mi casa.

El advenedizo se complació en hacer pasar á su antiguo principal por las habitaciones en vez de introducirle directamente en las oficinas, y le conducía lentamente con objeto de dejarle ver un bello y suntuoso comedor adornado con cuadros adquiridos en Alemania, dos salones de una elegancia y un lujo que Birotteau no había admirado aun más que en casa del duque de Lenoncourt. Los ojos del burgués fueron deslumbrados por las molduras doradas, por las obras de arte, por costosas pequeñeces, vasos preciosos y mil detalles que obscurecían por completo el lujo de la habitación de Constanza, y conociendo el precio de su locura, se decía:

— ¿Dónde ha ganado este hombre tantos millones?...

Entró en una alcoba, comparada con la cual parecía la de su mujer como la buhardilla de un comparsa, comparada con el hotel de un primer actor de la Opera. El cielo raso, todo de seda violeta, estaba adornado con pliegues de seda blanca. Una alfrombrilla de armiño se destacaba sobre los colores violáceos de un tapiz de Levante. Los muebles, los accesorios, ofrecían formas nuevas y de una originalidad extravagante. El perfumista se detuvo frente á un precioso reloj representando el Amor y Psiquis, que acababa de ser construído para un banquero célebre; de Tillet había obtenido la única copia que existía del modelo.

Por fin, el antiguo principal y su antiguo dependiente llegaron á un despacho de hombre elegante, coqueto, respirando más amor que negocios. La señora Roguin había regalado, sin duda, en agradecimiento á los cuidados de que allí era objeto su fortuna, una plegadera de oro esculpido, pisa-papeles de malaquita adornados con cinceladuras, todas las costosas minucias de un lujo desenfrenado. La alfombra, uno de los más ricos productos de Bélgica, asombraba tanto la mirada con sus dibujos como sorprendía los pies con el blando espesor de su alta lana. De Tillet hizo sentar junto á la chimenea al pobre perfumista desvanecido, confundido.

— ¿Queréis almorzar conmigo?

Llamó. Se presentó un ayuda de cámara mejor vestido que Birotteau.

— Decid al señor Legras que suba; después id á decirle á José que vuelva; le encontraréis á la puerta de la casa Keller; le diréis al señorito Adolfo que en vez de ir á verle le aguardaré hasta la hora de la Bolsa. Haced que me sirvan el almuerzo; pronto.

Estas frases dejaron estupefacto al perfumista.

— Hace venir á su casa á ese temible Adolfo Keller; le llama como á un perro, silbándole, ¡él! de Tillet.

Un criado muy pequeño desdobló una mesa que Birotteau no había visto, tan reducida estaba, y presentó un pastel de *foie-gras*, una botella de vino de Burdeos, todas las cosas exquisitas que no aparecían en casa de Birotteau más que dos veces por

trimestre, en las grandes solemnidades. De Tillet gozaba. Su odio contra el único hombre que tuvo derecho á despreciarle se desenvolvía tan ardentemente, que Birotteau le hizo experimentar la sensación profunda que causaría el espectáculo de una lucha entre un carnero y un tigre. Pasó por su corazón una idea generosa; se preguntó si su venganza no estaba ya satisfecha; vacilaba entre los consejos de la clemencia despertada y los del rencor adormecido.

— Puedo aniquilar comercialmente á ese hombre, pensaba. Tengo derecho de vida y de muerte sobre él, sobre su mujer que me ha despreciado, sobre su hija, cuya mano me pareció en un tiempo una fortuna. Su dinero está en mi poder; contentémonos con dejar nadar á ese pobre hobo agarrado á la cuerda que yo sujeto.

Las gentes honradas carecen de tacto, no tienen medida ninguna en el bien, porque para ellos todo está exento de malicia y de segunda intención. Birotteau consumó su desgracia, irritó al tigre, le hirió en el corazón sin saberlo, le hizo implacable con una palabra, con un elogio, con su expresión virtuosa, con la misma bondad de su honradez. Cuando el cajero entró, de Tillet le presentó á César.

— Señor Legras, traedme diez mil francos y un pagaré por dicha cantidad á mi orden y á noventa días; lo firmará este caballero, que es el señor Birotteau, ¿sabéis?

De Tillet le sirvió pastel, llenó un vaso de vino de Burdeos al perfumista, el cual, viéndose salvado,

reía convulsivamente; acariciaba la cadena de su reloj y no tomaba bocado sino cuando su antiguo dependiente le decía: «¿No coméis?» Birotteau descubría así la profundidad del abismo en que la mano de Tillet le había sumergido, de donde le sacaba y adonde podía lanzarle de nuevo. Cuando el cajero volvió, después de haber firmado César el pagaré, sintiendo los diez billetes de Banco en su bolsillo, no pudo contenerse. Un momento antes su barrio y el Banco iban á saber que no pagaba, y él tenía que confesar su ruina á su mujer; en aquel instante quedaba todo remediado. La dicha de salir victorioso igualaba en intensidad los tormentos de la derrota. Los ojos del pobre hombre se humedecieron á pesar suyo.

— ¿Qué tenéis, mi querido principal? le dijo de Tillet. ¿No haríais mañana por mí lo que hoy hago por vos? ¿No es esto la cosa más natural del mundo?

— De Tillet, dijo con énfasis y gravedad el buen hombre, levantándose y tomando la mano de su antiguo dependiente, te vuelvo toda mi estimación.

— ¡Cómo! ¿La había yo perdido? dijo de Tillet sintiéndose tan vivamente herido en lo más profundo de su prosperidad, que se ruborizó.

— Perdido... precisamente, no, dijo el perfumista anonadado por su simpleza. ¡Me habían dicho tales cosas acerca de tus relaciones con la señora de Roguin! ¡Diablo! ¡Apoderarse de la mujer de otro!...

— ¡Tocas el violón, pobre viejo! pensó de Tillet.

Murmurando estas palabras insistió en su proyecto de abatir aquella virtud, de pisotearla, de hacer despreciable en la plaza de París al hombre honrado é intachable que le había sorprendido con las manos en la masa. Todos los odios políticos ó privados de mujer á mujer, de hombre á hombre, no reconocen otro motivo que una sorpresa semejante. No se aborrece por intereses comprometidos, por una herida ni siquiera por un bofetón. Todo se puede reparar. ¡Pero haber sido sorprendido en flagrante delito de vileza!... El duelo que se entabla entre el criminal y el testigo del crimen sólo termina con la muerte del uno ó del otro.

— ¡Oh, la señora Roguin! dijo burlescamente de Tillet. Pero esa ligereza, ¿qué hubiera tenido de extraño en un hombre joven? Ya comprendo, mi querido principal; os habrán dicho que ella me había prestado dinero. Pues bien, al contrario; yo rehice su fortuna, malamente comprometida en los negocios de su marido. El origen de mi fortuna es legítimo, ya os lo dije. ¡Yo no tenía nada, como sabéis! Los jóvenes tropiezan á veces con horribles necesidades. Podemos dejarnos arrastrar hasta el fondo de la miseria. Pero cuando se han hecho, como hizo la República, empréstitos forzosos, se devuelven, y queda uno más honrado que la Francia.

— Eso es, dijo Birotteau. Hijo mio... No fué Voltaire quien decía que Dios

Hace del arrepentimiento la virtud de los mortales.

— Con tal que, replicó de Tillet molestado nue-

vamente por esta cita, con tal que no arrastre uno la fortuna de su vecino, torpemente, ruinmente, como por ejemplo, si quebrarais antes de tres meses y mis diez mil francos desaparecieran...

— ¡Yo, quebrar! dijo Birotteau que había bebido tres vasos de vino, y que se emborrachaba con la satisfacción. ¡Son conocidas mis opiniones acerca de la quiebra! ¡La quiebra es la muerte de un comerciante; yo, en quiebra, no podría vivir!

— ¡A vuestra salud! dijo de Tillet.

— ¡A tu prosperidad! replicó el perfumista. ¿Por qué no compras los perfumes en mi casa?

— ¡Por vida mía! dijo de Tillet. Lo confieso; por vuestra esposa; ¡me impresiona de tal modo cuando la veo! Y si no fuerais mi principal, ¡por vida mía, yo!...

— ¡Ah! ¡No eres tú el primero que la encuentra hermosa, y muchos la desearon, pero ella me quiere! Vaya, de Tillet, añadió Birotteau, amigo mío, no hagás las cosas á medias.

— ¿Cómo?

Birotteau explicó el negocio de los terrenos á de Tillet, que abrió mucho los ojos, y que cumplimentó al perfumista por su penetración, por su previsión, alabando el negocio.

— Mira, me complace tu aprobación; ¡estás reputado como una de las más privilegiadas inteligencias de la banca, de Tillet! Hijo mío, tú podrías abrirme un crédito en el Banco de Francia, para resistir hasta recoger los frutos del *aceite cefálico*.

— Puedo recomendaros á la casa Nucingen, res-

pondió de Tillet proponiéndose hacer bailar á su víctima todas las figuras de la contradanza de los quebrados.

Fernando se acercó á su bufete para escribir la carta siguiente:

« AL SEÑOR BARÓN DE NUCINGEN, EN PARÍS

» *Mi querido barón:*

» *El portador de esta carta es el señor Birotteau, teniente alcalde del segundo distrito y uno de los industriales más afamados en la perfumería parisién; desea ponerse en relaciones con vos; complacedle sin reparo en todo lo que os pida; sirviéndole, serviréis á*

» *Vuestro amigo,*

» F. DE TILLET. »

De Tillet no puso el punto sobre la *i* de su apellido. Para aquellos con quienes tenía negocios, ese error voluntario era un signo convenido. Las recomendaciones más expresivas, las calurosas y favorables instancias de sus cartas no significaban nada en ese caso. Una carta así, en que los puntos de admiración suplicaban ó en la que de Tillet se ponía de rodillas, juzgábase arrancada por atenciones poderosas; no había podido negarse; debía ser considerada como no escrita. En viendo la *i* sin punto, su amigo daba entonces agua bendita de la tinaja al pretendiente. Muchas personas de sociedad, y de las más distinguidas, son burladas así como niños

por los hombres de negocios, banqueros ó abogados, que todos tienen una doble firma, la una muertá, la otra viva. Ni los más listos ven el engaño. Para descubrir esta astucia es preciso haber experimentado el doble efecto de una recomendación sincera y de otra fingida.

— ¡Me salvas, de Tillet! dijo César leyendo la carta.

— Dios mío, dijo de Tillet, id á buscar dinero. Nucingen, leyendo mi carta, os dará cuanto le pidais. Desgraciadamente, mis capitales están comprometidos por algunos días; de no ser así, no os enviaría á casa del príncipe de la alta banca, porque los Keller son unos pigmeos comparados con el barón de Nucingen. Es Lav resucitando en Nucingen. Con mi carta estaréis arreglado para el 15 de enero, y veremos después. Nucingen y yo somos los mejores amigos del mundo; él no querría disgustarme por un millón.

— Esto va como la seda, pensó Birotteau, al irse lleno de agradecimiento hacia de Tillet. « Bien; pensaba, un beneficio siempre da su fruto. »

Y filosofaba divagando. Pero, una idea agriaba su dicha. Había podido conseguir durante algunos días que su mujer no examinase los libros; había encargado de la caja á Celestino, ayudándole; había logrado que Constanza y Cesarina se redujesen á disfrutar de la bonita habitación que les había arreglado y amueblado; pero agotadas las primeras emociones de su bienestar, la señora Birotteau se moriría antes que renunciar á ver por sí misma los detalles de

la casa, á tener, según su frase, *la sartén por el mango*. Birotteau se hallaba ya en un callejón sin salida; no sabía qué artificios inventar para que su mujer no descubriera síntomas de sus apuros. Constanza había reprobado enérgicamente el envío de las cuentas; había reñido á los dependientes y acusado á Celestino de querer arruinar su casa, creyendo que sólo á Celestino podía ocurrirsele aquella idea. Celestino se dejó reñir obedeciendo á Birotteau. La señora, á los ojos de los dependientes, manejaba al perfumista; porque, es posible engañar al público, pero no á las personas de la casa, acerca de quién tiene la superioridad efectiva en un matrimonio. Birotteau debía confesar su situación á su mujer, porque la cuenta con de Tillet necesitaba una justificación. Al volver, Birotteau estremeciöse, viendo á Constanza en su escritorio comprobando el libro de vencimientos y haciendo, sin duda, la cuenta de caja.

— ¿Con qué pagarás mañana? le dijo al oído, cuando él se sentó á su lado.

— Con dinero, respondió César, mostrando sus billetes de Banco y haciendo señal á Celestino para que los guardara.

— ¿Pero de dónde proceden?

— Te lo contaré por la noche. Celestino, anotad para fin de marzo un pagaré de diez mil francos á la orden de Tillet.

— ¡De Tillet! exclamó Constanza horrorizada.

— Voy á ver á Popinot, dijo César. Hice mal en no haber ido aún á su casa. ¿Se vende su aceite?

— De las trescientas botellas que nos trajo no queda ninguna.

— Birotteau no salgas, tengo que hablarte, dijo Constanza cogiendo á César por el brazo y arrastrándole á su gabinete con una precipitación que en cualquiera otra circunstancia hubiera hecho reír. ¡De Tillet! dijo ella cuando estuvo sola con su marido y después de haberse asegurado de que sólo Cesarina podía oírlo. ¡De Tillet que nos ha robado cinco mil francos! Tú haces negocios con de Tillet, un monstruo... que proyectaba seducirme, le dijo al oído.

— Locuras de la juventud, dijo Birotteau convertido de pronto en espíritu fuerte.

— Escucha, Birotteau, veo que te desueidas, que no vas ya á la fábrica. ¡Algo sucede, lo conozco! Tú me lo dirás, quiero saberlo todo.

— Sí, dijo Birotteau, hemos estado á punto de arruinarnos; hasta hoy mismo por la mañana, pero todo se ha remediado.

Y contó la horrible historia de su quincena.

— ¡Esa fué la causa de tu enfermedad! gritó Constanza.

— Sí, mamá, exclamó Cesarina. ¡Oh! mi padre ha sido muy valeroso. Todo lo que yo deseo es que me quieran como él te quiere. No le preocupaba más que tu disgusto.

— Mi sueño se ha realizado, dijo la pobre mujer dejándose caer sobre un sillón cerca de la chimenea, pálida, descolorida, espantada. Lo había previsto todo. Te lo dije en aquella noche fatal, en nues-

tra antigua alcoba que has destruído, sólo nos quedarán los ojos para llorar. ¡Mi pobre Cesarina! yo...

— Vamos, tranquilízate, exclamó Birotteau. ¡No me prives del valor que tanto necesito!

— Perdóname, alma mía, dijo Constanza cogiendo las manos de César y apretándolas con una ternura que se derramaba en el corazón del pobre hombre. Te hice daño; ya llegó la desgracia. Seré muda, resignada; no ha de faltarme valor. No, nunca oirás una queja.

Se arrojó en los brazos de César y le dijo llorando:

— ¡Valor, alma mía, valor! Tendré fuerza para los dos en caso necesario.

— Mi aceite, mujercita mía; mi aceite nos salvará.

— ¡Que Dios nos proteja! dijo Constanza.

— ¡Anselmo no ayudará también á mi padre? dijo Cesarina.

— Voy á verle, exclamó César muy conmovido por el acento desgarrador de su mujer que nunca le habia impresionado tanto en diecinueve años. Constanza, no tengas temor alguno. Mira, lee la carta de Tillet al señor de Nucingen; tenemos asegurado su crédito. Pronto habré ganado mi pleito. Además, añadió inventando una mentira necesaria, contamos con nuestro tío Pillerault; solamente ánimos nos hacen falta.

— ¡Si todo consistiera en eso! dijo Constanza sonriendo.

Birotteau, aliviado de un gran peso, se fué como un hombre puesto en libertad, aunque sentía el indefinible abatimiento que sigue á las violentas luchas morales en las que se consume más fluido nervioso, más voluntad de lo que á la vida ordinaria corresponde y se restan, por decirlo así, del capital de la existencia. Birotteau había envejecido.

La casa A. Popinot, calle de los Cinco Diamantes, había cambiado mucho en dos meses. La tienda estaba pintada de nuevo. Las estanterías, reforzadas y llenas de botellas, regocijaban la vista de todo comerciante que conoce los síntomas de la prosperidad. El suelo de la tienda estaba lleno de papel de embalaje. El almacén contenía pequeños toneles de diferentes aceites, cuya comisión había sido conquistada para Popinot por el agradecido Gaudissart. El despacho de la contabilidad y la caja, estaban encima de la tienda y de la trastienda. Una vieja cocinera servía á los tres dependientes y á Popinot. Popinot, retirado en un rincón de su almacén, y en un escritorio cerrado por una vidriera, aparecía con un mandil de sarga, manguitos de tela verde y la pluma en la oreja, cuando no estaba sumergido en un montón de papeles, como á la llegada de Birotteau, quien le sorprendió despachando el correo, abundante en letras de cambio y cartas de pedidos. A estas palabras: «Hola, muchacho», dichas por su antiguo principal, levantó la cabeza, cerró su choza con llave, y fué al encuentro de César con expresión de gozo y la punta de la nariz colorada. No tenía lumbre en la tienda, cuya puerta no se cerraba nunca.

— Temía que no vinierais jamás, dijo Popinot respetuosamente.

Los dependientes se aproximaron para ver al grande hombre de la perfumería, al teniente alcalde condecorado, al socio de su principal. Esos mudos homenajes lisonjearon al perfumista. Birotteau, poco antes tan pequeño en casa de los Keller, sintió la necesidad de imitar á éstos: se acarició la barba y se irguió vanidosamente sobre sus talones, diciendo vanalidades.

— Bien, amigo mío, ¿se madruga? preguntó.

— No siempre, porque algunas noches no nos acostamos, dijo Popinot; es necesario agarrarse al éxito...

— Vaya, ¿no lo decía yo? Mi aceite es una fortuna.

— Sí, señor; pero la manera de darlo á conocer entra por algo: he montado bien vuestro diamante.

— Seguramente, dijo el perfumista; ¿qué se ha conseguido? ¿Hay ganancias?

— ¡Al cabo de un mes! exclamó Popinot, ¿cómo es posible? El amigo Gaudissart salió de viaje hace veinticinco días, alquilando una silla de posta sin advertírmelo. ¡Oh! Es todo nuestro. ¡Deberemos mucho á mi tío! Los periódicos, dijo al oído de Birotteau, nos costarán doce mil francos.

— ¡Los periódicos! exclamó el teniente alcalde.

— ¿No los habéis leído?

— No.

— En ese caso no sabéis nada, dijo Popinot. Veinte mil francos de anuncios, cuadros y prospec-

tos... cien mil botellas compradas... ¡Ah! Todo es sacrificio de momento. La fabricación se hace en gran escala. Si hubieseis ido á la fábrica, donde yo he pasado muchas noches, hubierais visto un pequeño casca-avellanas de mi invención. Según mi cuenta, han ingresado en los últimos cinco días tres mil francos de las comisiones de los aceites de droguería solamente.

— ¡Qué talento! dijo Birotteau poniendo su mano sobre los cabellos del joven Popinot, y acariciándoselos como si Popinot fuera un niño; lo adiviné.

Muchas personas entraron.

— El domingo comeremos en casa de tu tía Ragón, dijo Birotteau dejando á Popinot entregado á sus negocios, seguro de que la carne fresca que fué á buscar no estaba cortada todavía. ¡Esto es extraordinario! Un dependiente se hace negociante en veinticuatro horas, pensaba Birotteau tan asombrado de la prosperidad y del aplomo de Popinot, como del lujo de Tillet. Anselmo se ha sentido algo molestado cuando le puse la mano en la cabeza, como si fuese ya un Francisco Keller.

Birotteau no había pensado en que los dependientes le miraban, y que un dueño de casa tiene que conservar su dignidad en ella. Allí, como en casa de Tillet, el buen hombre había hecho una tontería por bondad de corazón; y por no acertar á contener un sentimiento sincero, expresándolo toscamente, César hubiera molestado á cualquier hombre que se hallara en el caso de Anselmo.

La comida del domingo en casa de los Ragón de

bía ser el último goce de los diecinueve años de felicidad del matrimonio Birotteau, pero goce completo. Ragón vivía en la calle de Bourbon-Saint-Sulpice, en el piso segundo de una casa antigua de buena apariencia, cuyas habitaciones mostraban en sus lienzos de pared antiguas pinturas, bailes pastoriles, rebaños paciendos, fantasías del siglo XVIII, cuya burguesía grave y seria, de costumbres cómicas, de ideas respetuosas hacia la nobleza, adicta al rey y á la Iglesia, estaba admirablemente representada por los Ragón. Los muebles, los relojes, los manteles y la vajilla, todo resultaba patriarcal y parecía de forma nueva por su misma vejez. El salón, cuyos muebles estaban tapizados de viejo damasco, adornado con cortinas de brocatel, lucía cuadros con duquesas y alegorías, un magnífico Popinot, regidor de Sancerre, pintado por Latour, el padre de la señora Ragón, un buen hombre, excelente pintor y que sonreía como un advenedizo en su gloria. La señora Ragón completaba su interior con un perrito inglés de la raza de los de Carlos II, que hacía un maravilloso efecto sobre su pequeño sofá, duro, de forma *rococó*, que seguramente no había desempeñado nunca el oficio del sofá de Crebillón. Entre todas sus virtudes, los Ragón se hacían estimables por saber conservar sus vinos viejos, y por ser dueños de algunos licores de la señora Anfoux, que personas bastante obstinadas para pretender (sin esperanza, según se decía) á la bella señora Ragón, la trajeron de las Islas. ¡Por eso eran tan estimadas sus invitaciones! Una vieja cocinera, Juaneca, servía á los dos an-

cianos con verdadera abnegación; hubiera robado las frutas para hacerles dulces. En vez de llevar su dinero á las cajas de ahorros, lo jugaba prudentemente á la lotería, esperando llevar alguna vez el premio gordo á sus amos. El domingo que tenían gentes á comer, estaba, á pesar de sus sesenta años, en la cocina para preparar las fuentes, y en la mesa para servir con una agilidad que habría podido compararse á la de la señorita Contat en su papel de Susana del *Casamiento de Figaro*.

Los invitados eran el juez Popinot, el tío Pillerault, Anselmo, los tres Birotteau, los tres Matifat y el cura Loraux. La señora Matifat, poco antes con un tocado en forma de turbante para bailar, se presentó vestida de terciopelo azul, gruesas medias de algodón y zapatos de piel de cabra, guantes de gamuza bordados de verde y un sombrero forrado de color de rosa y adornado con flores. Esas diez personas se reunieron á las cinco. Los ancianos Ragón suplicaban á sus invitados que fuesen puntuales. Cuando alguno invitaba á este digno matrimonio, tenía cuidado de comer á la misma hora, porque aquellos estómagos de setenta años no se acostumbraban á las nuevas horas elegidas por el buen tono.

Cesarina sabía que la señora Ragón la colocaría al lado de Anselmo; todas las mujeres, hasta las devotas y las tontas, se favorecen en asuntos de amor. La hija del perfumista se había vestido expresamente para enloquecer á Popinot. Constanza, que había renunciado, no sin dolor, al notario, el cual representaba en sus cálculos el papel de un príncipe

heredero, ayudó, no sin amargas reflexiones, al tocado de su hija. Aquella previsora madre recogió el púdico fichú de gasa para descubrir un poco los hombros de Cesarina y dejar ver el arranque del pecho de una encantadora elegancia. El cuerpo á la griega, cruzado de izquierda á derecha de cinco pliegues, podía entreabrirse y mostrar deliciosas redondeces. El vestido de merino gris plomo, con volantes bordados de agremanes verdes, dibujaba perfectamente el talle que nunca pareció más delgado ni más flexible. Las orejas estaban adornadas de arracadas de oro labrado. El pelo, peinado á la china, permitía á los ojos apreciar la suave frescura de una piel que transparentaba las venas en las que palpitaba la vida más pura. En fin, Cesarina estaba tan coquetamente bella que la señora Matifat no pudo callárselo sin advertir que la madre y la hija habían comprendido la necesidad de cautivar al joven Popinot.

Ni Birotteau, ni su mujer, ni la señora Matifat, nadie turbó la dulce conversación que los dos jóvenes, inflamados por el amor, sostenían en voz baja en el alféizar de una ventana, donde el frío se hacía sentir. Además la conversación de las personas mayores se animó cuando el juez Popinot hizo alusiones á la fuga de Roguin, observando que era ya el segundo notario que faltaba, y que semejante delito no se conocía en otros tiempos. La señora Ragón, al oír el nombre de Roguin, hizo á su hermano una seña con el pie. Pillerault habló alto para sofocar las palabras del juez, y los dos le señalaron á la señora Birotteau.

— Lo sé todo, dijo Constanza á sus amigos con voz á la vez dulce y apenada.

— Bien, dijo la señora Matifat á Birotteau, que bajaba humildemente la cabeza, ¿cómo estáis? Si diéramos crédito á las habladurías os supondríamos arruinado.

— Tenía Roguin doscientos mil francos míos. En cuanto á los cuarenta que me hizo prestar imaginariamente por uno de sus clientes, cuyo dinero lo gastó él, están en pleito.

— Esta semana se fallará, dijo Popinot. He creído que no había de disgustaros que yo explicara vuestra situación al señor presidente; ha ordenado que se examinen los papeles de Roguin en la sesión del consejo, á fin de averiguar desde cuándo los fondos del prestamista se habían malversado y ver las pruebas del hecho alegado por Derville, el cual informa en este asunto para evitaros gastos.

— ¿Ganaremos? preguntó la señora Birotteau.

— No lo sé, respondió Popinot. Aunque pertenezco á la sala que juzga el negocio, me abstendré de deliberar hasta en el caso de citarme expresamente.

— Pero ¿puede haber duda sobre un pleito tan sencillo? dijo Pillereault. ¿El documento no debe mencionar la entrega del dinero y los notarios declarar que han presenciado dicha entrega del prestamista al deudor? Roguin iría á presidio si cayera en manos de la justicia.

— Según mi opinión, respondió el juez, el prestamista debe entablar demanda contra Roguin para

cobrase del precio de la notaría ó de la fianza; pero en negocios aún más claros, á veces, en la Audiencia, los magistrados se encuentran empatados.

— ¡Cómo! señorita, ¿el señor Roguin ha huido? dijo Popinot, comprendiendo al fin lo que se decía. El señor Birotteau no me ha dicho nada, á mí, que daría mi sangre por él...

Cesarina comprendió lo que significaba ese *por él*, porque si la inocente muchacha no lo hubiese reconocido en la voz, no podía dejar de verlo en la mirada, que la envolvió entre llamas rojizas.

— Lo sé bien, y se lo he dicho; pero lo ha ocultado todo á mi madre y se ha confiado sólo á mí.

— Si le hablasteis de mí, en esa circunstancia, dijo Popinot: leíais en mi corazón; pero, ¿lo leíais todo?

— Es posible.

— Soy muy feliz, dijo Popinot. De vos depende mi dicha y mi tranquilidad, antes de un año seré tan rico, que vuestro padre no me recibirá con disgusto cuando yo hable de nuestro casamiento. No dormiré más que cinco horas cada noche...

— No abuséis de vuestra salud, dijo Cesarina con un acento inimitable, lanzando á Popinot una mirada en la que se traslucía todo su pensamiento.

— Mujercita mía, dijo César, al levantarse de la mesa, creo que estos jóvenes se quieren.

— Bien, tanto mejor, repuso Constanza con tono grave: mi hija será esposa de un hombre calculador y enérgico. El talento es el mejor dote de un pretendiente.

Se apresuró á salir del salón, para entrar en el gabinete de la señora Ragón. César había dicho durante la comida algunas frases que hicieron sonreír á Pillereault y al juez, tanta ignorancia acusaban, y que recordaron á aquella desgraciada mujer con cuán poca fuerza contaba su pobre marido para luchar con la desgracia. Lágrimas contenidas oprimían el corazón de Constanza; desconfiaba instintivamente de Tillet, porque todas las madres saben el *Timeo Danaos et dona ferentes*, sin saber latín. Lloró entre los brazos de su hija y de la señora Ragón, sin querer confesar la causa de su pena.

— Es nervioso, dijo.

El resto de la velada, los viejos jugaron á los naipes, y los jóvenes á esos deliciosos juegos llamados inocentes, porque encubren las inocentes malicias de los amores burgueses. Los Matifat tomaron parte en esos juegos.

— César, dijo Constanza al salir, procura ver lo antes posible al señor barón de Nucingen, para asegurar tu vencimiento del 15 con bastante anticipación. Si ocurriera cualquier tropiezo, ¿dónde encontrarías recursos de hoy á mañana?

— Iré, mujercita mía, respondió César, que apretó la mano de Constanza y la de su hija, añadiendo: ¡Mis queridos tesoros, qué aguinaldo tan triste os dí!

En la obscuridad del coche, las dos mujeres, que no podían ver al pobre perfumista, sintieron caer sobre sus manos ardientes lágrimas.

— No te desanimes, amor mío, dijo Constanza.

— Todo saldrá bien, papá; Anselmo Popinot me ha dicho que derramaría toda su sangre por ti.

— Por mí, replicó César, y por la familia, ¿no es cierto? dijo alegrándose.

Cesarina oprimió la mano de su padre, como para confesarle que Anselmo era su prometido.

Durante los tres primeros días del año, llegaron doscientas tarjetas á casa de Birotteau. Tal afluencia de amistades triviales, tales demostraciones de cortesía, resultan horribles para las personas que se ven arrastradas por la corriente de la desgracia. Birotteau fué, inútilmente, tres veces al hotel del famoso banquero, el barón de Nucingen. El principio del año y sus fiestas justificaban la ausencia del hombre de negocios. La última vez, el perfumista llegó hasta el despacho del banquero, en donde el primer dependiente, un alemán, le dijo, que habiendo regresado á las cinco de la mañana el señor de Nucingen, de un baile dado por los Keller, no podía estar visible hasta las nueve y media. Birotteau supo interesar en sus negocios al primer dependiente, con el cual estuvo hablando cerca de media hora. El mismo día, aquel ministro de la casa Nucingen, le escribió que el barón le recibiría al día siguiente, 3, á medio día. Aunque cada hora llevaba una gota de amargura, el día pasó con espantosa rapidez. El perfumista fué en coche, al que hizo parar junto al hotel, cuyo patio estaba atestado de carruajes. El pobre hombre honrado sintió que se le oprimía el corazón en presencia de los esplendores de aquella célebre casa.

— Sin embargo, ha liquidado dos veces, se decía subiendo la magnífica escalera, adornada con flores y atravesando las suntuosas habitaciones en las cuales la baronesa Delfina de Nucingen se había hecho célebre.

La baronesa tenía la pretensión de que su casa rivalizase con las más ricas del barrio Saint-Germain, donde no había sido aún admitida. El barón almorzaba con su mujer. A pesar de la muchedumbre de personas que le aguardaban en las oficinas, dijo que los amigos de Tillet podían entrar á cualquiera hora.

Birotteau tembló esperanzado, viendo el cambio que había producido la palabra del barón en la fisonomía del antes insolente ayuda de cámara.

— *Berdóname querida*, dijo el barón á su mujer, levantándose y haciendo una pequeña reverencia á Birotteau, *el señor es una bersona realisda y el amigo indimo de Dilet. Además, el señor es deniende alcalde del segundo disdrido y da pailles de una manificencia asiádiga; ya de gusdará gonocerle.*

— Me agradaría mucho ir á tomar lecciones de la señora de Birotteau, porque Fernando... (Vaya, pensó el perfumista, le llama Fernando á secas) nos habló de su baile con una admiración tanto más extraordinaria, cuando que para él no hay nada admirable. Fernando es un crítico severo, y todo hubo de parecerle bien. ¿Daréis otro baile pronto? preguntó con expresión amable.

— Señora, las pobres gentes como nosotros se divierten de tarde en tarde, respondió el perfu-

mista, ignorando si aquello era una burla ó un cumplido trivial.

— *El señor Grindod ha tirigito la tegoracion te las hapidaciones*, dijo el barón.

— ¡Ah, Grindot! ¿un arquitecto joven y guapo, que ha llegado de Roma? repuso Delfina de Nucingen. Me entusiasma: dibuja páginas deliciosas en mi album.

Ningún conspirador vejado por el cuestionario de Venecia sufrió en los borceguíes de la tortura lo que Birotteau en aquellos instantes. Creía descubrir cierta expresión burlona en todas las palabras.

— *Tampién nosodros tamos pailecidos*, dijo el barón, lanzando una mirada inquisitorial sobre el perfumista. *¡Pero guesda basdande garo!*

— ¿El señor Birotteau quiere, sin cumplido, desayunarse con nosotros? dijo Delfina, ofreciendo su mesa, suntuosamente servida.

— Señora baronesa, he venido para negocios y estoy...

— *Sí*, dijo el barón. *¿Señora, bermides que haplemos de necocios?*

Delfina hizo un signo de asentimiento, diciendo al barón:

— ¿Vais á comprar perfumería?

El barón, encogiéndose de hombros y dirigiéndose á César que se hallaba muy contrariado, le dijo:

— *Dilet doma el más vivo inderés bor vos.*

— «Al fin, pensó el pobre comerciante, abordamos la cuestión.»

— *Gon su garda, en mi gasa deneis grédido limi-*



dado solamende bor los algances de mi bobre fortuna.

El bálsamo consolador contenido en el agua presentada por el ángel á Agar en el desierto, debió parecerse al rocío que derramaron en la venas del perfumista estas frases tan mal dichas. El astuto barón, para tener motivos de sustraerse á palabras bien calculadas y mal entendidas, había conservado la horrible pronunciación de los judíos alemanes que se precian de hablar francés.

— *Y dendreis vuedra guenda gorriende. Vet gomo brocedeguremos,* dijo con una bondad alsaciana el cariñoso, el venerable, el ilustre banquero.

Birotteau no dudaba ya de nada; era comerciante y sabía que los que no están dispuestos á obligarse no entran jamás en los detalles del procedimiento.

— *No será bara vos nuevo que á beguños y á grandes el Bango bide dres firmas. Así, debereis hacer dres bagarés á la orden de nuedro amico Dilet, quien los enviará en seguida gon mi firma al Bango, y vos dendreis á las quadro horas la gandidad que rebresenden vuedros bagarés. Yo no gobro gomisión ni nada bor que denco cusdo en seros acadaple... ¡Pero bongo una gondición!* dijo, acercando á su nariz el índice de la mano izquierda con un movimiento de inmutable malignidad.

— Señor barón; acordada de antemano, dijo Birotteau creyendo que exigiría una participación en sus beneficios.

— *Una gondición á la qual toy mucha imbordancia, bues quiero que mi señora dome legción, gomo ha dicho, de la senoda Bidodeau.*

— Señor Barón, ¡no os burléis de mí, os lo suplico!

— *Señor Pirodeau,* dijo el banquero muy seriamente, *gonvenito que nos gonvitareis á vuedro brogximo paile. Mi mujer es celosa; quiere ver vuedra gasa te la que le guendan maravillas.*

— ¡Señor barón!

— *Si os negais no hay guenda gorriende y guebrais. ¡Hola! Ya sé que el brefegdo del Sena dampiën biensa ir.*

— ¡Señor barón!

— *Recipsisdeis á la Pilladiere, un gendilhombre te gámara... Ya sé dampiën que fuisdeis herito en San..*

— El 13 vendimiario, señor barón.

— *Recipsisdeis al señor Lassebette, al señor Fauquelaine...*

— ¡Señor barón!

— *¡Eh! ¡garampa! No seais dan motesdo, señor deniende algalde: ya se sape que hasda el rey hapló te su paile.*

— ¿El rey? dijo Birotteau, que no podía oír cosa que más le emocionase.

Entró familiarmente en la habitación un joven, cuyas pisadas, reconocidas de lejos por la bella Delfina de Nucingen, la habían hecho ruborizarse vivamente.

— *Puenos tias, guerito te Marsay,* dijo el barón de Nucingen: *dome esde sillón mio: ticen que supen logamende mis grédidos. ¡Ya sé bor qué! las minas de Wodtschinne tan tos gapidales te renda. ¡He reba-*

sado las guendas! Deneis cien mil frangos más te renda, señora de Nucingen. Boteis gombrar quando se os ogurra bara hermosearos, aunque no lo necesidais.

— ¡Gran Dios, los Ragon vendieron sus acciones! exclamó Birotteau.

— ¿Quiénes son esos señores? preguntó el joven elegante sonriéndose.

— ¡Gaya! dijo el señor de Nucingen, volviéndose, porque estaba ya junto á la puerta, *me barece que esas bersonas... Te Marsay, esde es el señor Pirodeau: su berfumisda, que ta pailles gon un lujo asiadigo... y el rey alaba...*

De Marsay se colocó su lente y dijo:

— ¡Ah! es verdad, ya me parecía que su cara no me era del todo desconocida. ¿Vais, pues, á perfumar vuestros asuntos con algún cosmético delicioso? ¿á untarlos de aceite?...

— *Si, pien; los Tacón*, prosiguió el barón, haciendo una mueca de hombre descontento, *esos Tacón... denian una guenda en mi gasa, yo les he ofrecido una forduna, y no quisieron acuadarla ni un tia más.*

— ¡Señor barón! exclamó Birotteau.

El buen hombre veía su asunto muy confuso, y sin saludar á la baronesa ni á Marsay salió siguiendo al banquero. El señor Nucingen bajaba ya la escalera; el perfumista le alcanzó en la puerta de sus oficinas. Al volverse el señor Nucingen, sorprendió la desesperación de aquella pobre criatura que se veía hundir en un abismo, y le dijo:

— *¿Gon que esdamos gonformes? Vet á Dillet, arreglad eso gon él.*

Birotteau creyó que Marsay podía tener influencia sobre el barón, volvió á subir la escalera con la rapidez de una golondrina, se deslizó en el comedor donde la baronesa y Marsay debían estar aún; había dejado á Delfina esperando su café. Vió el café servido, pero la baronesa y el joven elegante no estaban allí. El ayuda de cámara sonrió al notar el asombro del perfumista que bajaba despacio la escalera. César corrió á casa de Tillet, que, según le dijeron, había ido al campo á ver á la señora Roguin. El perfumista tomó un cabriolé y pagó para ser conducido tan rápidamente como por la posta á Nogent-sur-Marne. En Nogent-sur-Marne el portero hizo saber al perfumista que *el señor y la señora* estaban de regreso en París. Birotteau volvió desalentado. Cuando refería su expedición á su mujer y á su hija, se quedó estupefacto al ver á Constanza, de ordinario acurrucada como un pájaro de mal agüero ante la menor dificultad comercial, dándole los más dulces consuelos y asegurándole que todo terminaría bien.

Al día siguiente, Birotteau se hallaba de centinela desde las siete de la mañana en la calle en que vivía de Tillet. Suplicó al portero que le pusiese en comunicación con el ayuda de cámara, deslizándole diez francos. César obtuvo el favor de hablar con el ayuda de cámara de Tillet, y le pidió que le introdujera en el gabinete del señor tan pronto como estuviese visible, y puso dos monedas de oro en la

mano del criado. Esos pequeños sacrificios y esas grandes humillaciones comunes á los cortesanos y á los pretendientes, le permitieron lograr lo que se proponía. A las ocho y media, en el instante en que su antiguo dependiente se abrochaba el batín y sacudía las ideas confusas del despertar, bostezaba y se desperezaba, rogando á su antiguo principal que le dispensase, Birotteau se encontró cara á cara con el tigre hambriento de venganza al cual veía como su único amigo.

— Hacedlo, hacedlo, dijo Birotteau.

— ¿Qué queréis, *mi buen César?* dijo de Tillet.

César confesó, no sin espantosas palpitaciones, la respuesta y las exigencias del barón de Nucingen, mientras de Tillet le oía distraído, buscando el fuelle y reprendiendo á su ayuda de cámara por lo mal que encendía la chimenea.

El ayuda de cámara escuchaba, César no había reparado en él, pero viéndole al fin, se detuvo confuso, y prosiguió luego, espoleado por de Tillet.

— Seguid, seguid, os escucho, dijo el banquero distraído.

El buen hombre tenía la camisa mojada. Su sudor se heló cuando de Tillet, mirándole fijamente, le hizo ver sus pupilas plateadas, veteadas por algunos hilos de oro, penetrándole hasta el corazón con un resplandor diabólico.

— Mi querido principal, el Banco ha rechazado vuestros pagarés endosados por la casa Claparon á Gignonnet, *sin garantía*. ¿Tengo la culpa? ¿Cómo vos, antiguo juez consular, hacéis semejantes com-

binaciones? Soy, antes que todo, banquero. Os daría mi dinero, pero no expondría mi firma á ser rechazada por el Banco. Vivo solamente del crédito. Todos hacemos lo mismo. ¿Queréis dinero?

— ¿Podéis darme todo lo que yo necesito?

— Según la cantidad que sea. ¿Cuánto os hace falta?

— Treinta mil francos.

— ¡Una enormidad! dijo de Tillet riendo.

El perfumista, ofuscado por el lujo de Tillet, quiso interpretar la risa de aquel hombre como si la cantidad le hubiese parecido insignificante, y respiró. De Tillet llamó.

— Haced subir á mi cajero.

— No ha venido aún, señor, le dijo el ayuda de cámara.

— ¡Esos bribones se burlan de mí! Son las ocho y media, y á estas horas debían haber negociado ya un millón.

Cinco minutos después el señor Legras se presentó.

— ¿Qué tenemos en caja?

— Sólo veinte mil francos. El señor ha dado orden de comprar treinta mil francos de renta al contado pagaderos el 15.

— Es verdad, aún estoy dormido.

El cajero miró á Birotteau con expresión ambigua, y se fué.

— Si la verdad fuese desterrada de la tierra, confiaría su última palabra á un cajero, dijo de Tillet. ¿No tenéis una participación en la casa del

joven Popinot, que acaba de establecerse? añadió después de una horrible pausa durante la cual el sudor cubrió la frente del perfumista.

— Si, dijo sencillamente Birotteau, ¿Pensáis que podriais descontar su firma por una cantidad de importancia?

— Traedme letras por valor de cincuenta mil francos aceptadas por él y las haré descontar á un interés razonable en casa de un tal Gobseck, muy complaciente cuando tiene mucho dinero sin colocar y ahora tiene mucho.

Birotteau volvió á su casa afligido, sin darse cuenta de que los banqueros se lo echaban del uno al otro como si jugaran con él al volante; pero Constanza habia adivinado ya que todo crédito era imposible. Cuando tres banqueros lo habian rechazado, todos debian haberse consultado acerca de un hombre tan conocido como el teniente alcalde, y, por tanto, el Banco de Francia no era tampoco un recurso.

— Intenta renovar las firmas, dijo Constanza, vete á casa de Claparón, tu consocio, luego á casa de todos aquellos cuyos pagarés vencen el 15, y propónles que acepten otros nuevos. Siempre será tiempo de acudir á descontar la firma de Popinot.

— ¡Mañana es 13! dijo Birotteau del todo abatido.

Según la expresión de su prospecto, él *gozaba* de un temperamento sanguíneo que consume enormemente por las emociones ó por las preocupaciones, y que necesita en absoluto del sueño para repa-

rar sus pérdidas. Cesarina llevó á su padre al salón, tocando al piano, para distraerle, el *Sueño de Rousseau*, preciosa pieza de Herold, mientras Constanza cosía cerca de él. El pobre hombre recostó su cabeza en una otomana; cuantas veces abría los ojos para mirar á su mujer la veía sonreír dulcemente; así se durmió.

— ¡Pobrecito! dijo Constanza. ¡Qué tormentos le amenazan!... ¡Con tal que los resista!

— ¡Oh! ¿Qué tienes, mamá? dijo Cesarina viendo llorar á su madre.

— Hija mía, veo venir la quiebra. Si tu padre se ve obligado á suspender los pagos, no imploraremos piedad de nadie. Hija mía, prepárate á ser la única dependienta de tu casa. Si te veo desempeñar tu cometido valerosamente, aún tendré fuerzas para empezar de nuevo mi vida de trabajo. Conozco á tu padre; no se reservará ni un céntimo; yo renunciaré á mis derechos; venderán todo lo que tenemos. Tú, hija mía, lleva mañana tus joyas y tus ropas á casa del tío Pillereault, porque tú no estás obligada á nada.

Cesarina fué presa de un espanto sin límites, al oír aquellas palabras, dichas con una sencillez religiosa. Concibió el proyecto de ir en busca de Anselmo, pero su delicadeza se lo impidió.

Al día siguiente, á las nueve, Birotteau estaba en la calle de Provenza víctima de ansiedades muy distintas de las que habia sufrido. Pedir un crédito es dar un paso corriente en el comercio. Todos los días, al emprender un negocio, es necesario encon-

trar capitales; pero pedir renovaciones es, en la jurisprudencia comercial, lo que la policía correccional es á la Sala de lo criminal, el primer paso hacia la quiebra, como el delito conduce al crimen. El secreto de vuestra impotencia y de vuestros apuros queda en poder de gentes extrañas. Un comerciante se entrega, atado de pies y manos, á disposición de otro comerciante, y la caridad no es la virtud más corriente en Bolsa.

El perfumista, que antes alzaba la cabeza con desenfado, recorriendo las calles de París, hallábase entonces extenuado por las dudas, vacilaba cuando se proponía subir á casa de Claparón; empezaba á comprender que en los despachos de los banqueros el corazón no es más que una viscera. Claparón le parecía tan brutal en su alegría ruidosa y había descubierto en él tanta brusquedad, que temblaba pensando en abordarle.

— ¡Es un hombre vulgar, y la gente del pueblo suele tener más alma!

Tal fué la primera frase acusadora que la rabia de su situación le dictó.

César aprovechó el último aliento de valor que brotaba del fondo de su alma y subió la escalera de un modesto y reducido entresuelo, en cuyas ventanas había visto unas cortinas verdes descoloridas por el sol. Leyó en la puerta la palabra *Oficinas*, grabada en negro sobre un óvalo de cobre; llamó, y como nadie le respondía, entró. Aquellos lugares más que modestia, indicaban miseria, avaricia ó abandono. Ningún empleado aparecía detrás de las

rejillas de latón colocadas á la altura del codo sobre unos tableros de madera blanca, sin pintar, que rodeaban, encerrándolos, mesas y pupitres ennegrecidos. Aquel despacho desierto estaba atestado de tinteros enmohecidos, de plumas despuntadas, carpetas, papeles é impresos, sin duda inútiles. El suelo del pasadizo parecía el de un locutorio de colegio; de tal modo estaba desgastado, súcio y húmedo. La habitación contigua, cuya puerta estaba adornada con la palabra CAJA, armonizaba con las siniestras apariencias del despacho. A un lado había una especie de jaulón de encina con rejilla de cobre y el ventanillo abierto, donde sin duda sólo aparecían las ratas; dentro, un bufete fantástico, un sillón innoble, agujereado, verde, con el asiento roto, por donde asomaba la crin, como la peluca del principal, en mil tirabuzones alborotados. Esa habitación, que sin duda era el salón de la casa antes de convertirse en despacho de banca, tenía por principal adorno una mesa redonda cubierta con un tapete de paño verde, alrededor de la cual había sillas viejas de piel renegrida y clavos desdorados. La chimenea, bastante elegante, no presentaba á los ojos ninguno de esos rastros que deja el fuego; su repisa estaba limpia; su espejo, emporcado por las moscas, tenía una traza mezquina, en concordancia con un reloj de caoba que procedía de la liquidación de algún viejo notario, y que aburría la mirada, contristada ya por dos candelabros sin velas y por el polvo pegajoso. El papel de la pared, color gris ratón con cenefa rosa, anunciaba por sus man-

chones negruzcos la permanencia malsana de algunos fumadores. Nada tan semejante al salón banal que los periódicos llaman *Redacción*. Birotteau, temiendo ser indiscreto, dió tres golpecitos en la puerta de frente á aquella por donde había entrado.

— ¡Adelante! gritó Claparón, cuyo esfuerzo indicaba la distancia que su voz tenía que recorrer y el vacío de aquella habitación, en donde el perfumista oía chisporrotear un fuego abundante, pero donde el banquero no estaba.

Aquel cuarto le servía, en efecto, de gabinete particular. Entre la fastuosa audiencia de Keller y el singular descuido de aquel supuesto poderoso industrial, había toda la diferencia que hay entre Versailles y la choza de un caudillo salvaje. El perfumista conocía ya las grandezas de la banca, iba entonces á conocer sus bellaquerías.

Acostado en una especie de tabuco rectangular abierto detrás del gabinete, y en donde las costumbres de una vida descuidada habían estropeado, ensuciado, engrasado, inutilizado, destrozado, arruinado casi todo un mobiliario casi elegante en sus primicias, Claparón, al ver á Birotteau, se envolvió en su bata grasienta, dejó su pipa y corrió las cortinas de la cama con una rapidez que le hizo sospechoso ante el inocente perfumista.

— Sentaos, señor, dijo aquel espantajo de banquero.

Claparón, sin peluca y con la cabeza envuelta en un pañuelo ladeado, pareció tanto más repugnante á Birotteau cuanto que la bata entreabriéndose

dejó ver una especie de camiseta de punto, de lana blanca, ya roñosa, por el uso excesivamente prolongado.

— ¿Queréis almorzar conmigo? dijo Claparón, acordándose del baile del perfumista, y queriendo tomar la revancha y corresponder á aquella invitación.

En efecto, una mesa redonda de la cual habían retirado en desorden los papeles, acusaba una agradable compañía, mostrando un pastel, ostras, vino blanco y los vulgares riñones salteados con vino de Champagne, clavados en la salsa cuajada. Delante de la chimenea, de carbón vegetal, el fuego doraba una tortilla de trufas. En fin, dos cubiertos y dos servilletas, manchadas en la cena de la víspera, hubieran dado que sospechar á la inocencia más pura. Creyéndose hombre hábil, Claparón insistió, á pesar de las negativas de Birotteau.

— Debía acompañarme alguien, pero ese alguien se ha excusado, exclamó el malicioso viajante, de modo que pudiese oírle una persona sumergida entre las ropas de su cama.

— Señor, dijo Birotteau, vengo únicamente para negocios, y no os entretendré mucho tiempo.

— Estoy abrumado, respondió Claparón mostrando unas mesas llenas de papeles, no me dejan un solo momento mío. No recibo más que los sábados; pero para vos, mi querido señor, estoy siempre dispuesto á todo. No encuentro tiempo para mis goces ni para mis distracciones, llego á perder la conciencia de mis negocios, que, para ofrecerse con

claridad, necesitan algún descanso. No se me ve nunca ocioso en los paseos. ¡Bah! Los negocios me fastidian, no quiero ni oír hablar de negocios; tengo ya bastante dinero, y nunca tendré bastante felicidad. ¡A fe mía! ¡quiero viajar, ver Italia! ¡Oh! Italia querida, aún bella entre sus disturbios, adorable tierra donde sin duda encontraré una italiana tierna y majestuosa; ¡siempre me gustaron las italianas! ¿Habéis tenido amores con alguna italiana? ¿No? Pues bien, id conmigo á Italia. Veremos Venecia, residencia de los Dogos, y malamente caída en poder de Austria, donde las artes son desconocidas. ¡Bah! Dejemos tranquilos los negocios, los canales, los empréstitos y los gobiernos. Soy muy bonachón cuando tengo el riñón cubierto. ¡Demonio! Viajemos.

— Una sola palabra, señor, y os dejo; dijo Birotteau. ¡Habéis endosado mis pagarés al señor Bidault!

— Queréis decir Gigonnet, el buen Gigonnet; un hombre corriente... corredizo... como un nudo.

— Sí, replicó César. Quisiera... y para esto cuento con vuestro honor y vuestra delicadeza...

Claparón se inclinó.

— Quisiera renovar...

— Imposible, respondió secamente el banquero, no estoy solo en el negocio. Nos hemos reunido en consejo; unas verdaderas cortes; pero no estamos nunca de acuerdo. ¡Ah, diablo! deliberamos. Los terrenos de la Magdalena no valen nada, negociamos lo que podemos. Bien, mi querido señor, si no

nos hubiésemos comprometido en el asunto de los Campos Eliseos, alrededor de la Bolsa nueva, en el barrio de San Lázaro y en el Tivoli, no tendríamos ya negocios. ¿Qué es la Magdalena? Una cosa insignificante. ¡Ah! nosotros no nos acobardamos, amigo mío, dijo dando unas palmadas en el vientre de Birotteau y cogiéndole por la cintura. Vaya, veamos, almorzad conmigo y hablaremos, insistió Claparón procurando endulzar su negativa.

— Con mucho gusto, dijo Birotteau. «Tanto peor para el convidado», pensó el perfumista, proyectando emborrachar á Claparón, con el fin de saber quiénes eran sus verdaderos asociados en aquel negocio que ya empezaba á parecerle tenebroso.

— Bien. ¡Victoria! gritó el banquero.

A ese grito compareció una verdadera Leonarda ataviada como una vendedora de pescado.

— Di á mis dependientes que no estoy para nadie, ni siquiera para Nucingen, los Keller, Gigonnet y demás.

— Sólo ha venido el señor Lempereur.

— Él recibirá á la gente principal, dijo Claparón. La morralla no pasará de la antesala. Supondrán que preparo alguna combinación... de vinos.

Emborrachar á un antiguo viajante es cosa imposible. César había confundido la charlatanería de mal gusto con los síntomas de la embriaguez cuando trató de confesar á su consocio.

— Manteneis aún relaciones con ese canalla de Roguin, dijo Birotteau. ¿No podríais escribirle que ayudase á un amigo á quien ha comprometido, á

un hombre con el cual comía todos los domingos, y á quien conoce hace veinte años?

— ¡Roguin?... ¡un tonto! Su participación es nuestra. No os entristezcáis, amigo mío, todo acabará bien. ¡Pagad el día 15, y luego ya veremos! Cuando digo ya veremos... (¡un vaso de vino!) el capital no me pertenece en absoluto. ¡Ah! no pagaréis, no sé ocultaros nada; llevo en el negocio una comisión por las compras y una participación en los beneficios; en esas condiciones manejo á los propietarios... ¿Comprendéis? tenéis asociados adinerados; no hay miedo, mi querido señor. ¡Hoy los negocios se subdividen! ¡Un asunto exige el concurso de tantas inteligencias! ¿Entráis con nosotros en especulaciones? No perdáis el tiempo con los tarros de bandolina y los peines, ¡eso no vale nada! Esquilad al público, entrad en la especulación.

— ¿La especulación? dijo el perfumista. ¿Qué comercio es ese?

— Es el comercio abstracto, respondió Claparón, un comercio que aún será desconocido durante diez años, según dice Nucingen, el Napoleón financiero, y por el cual un hombre abarca la totalidad de las cifras, explota las utilidades antes que las haya; una concepción gigantesca, un modo de consolidar las esperanzas; en fin, ¡una nueva cábala! Aún no somos más que diez ó doce elegidos iniciados en los secretos cabalísticos de esas magníficas combinaciones.

César abrió los ojos y los oídos, tratando de comprender aquella fraseología complicada.

— Escuchad, dijo Claparón después de una pausa, para semejantes combinaciones se necesitan hombres. Hay un hombre que tiene ideas y no tiene un céntimo, como todos los hombres que tienen ideas. Esas gentes piensan y reflexionan sin prestar atención á nada. ¡Figuraos un cerdo que anda errante en un bosque de trufas! Le sigue un osado, el hombre de dinero, que aguarda el gruñido excitado por el hallazgo. Cuando el hombre de ideas ha encontrado algún buen negocio, el hombre de dinero le da entonces una manotada en la cabeza, y le dice: « ¿Qué es esto? Os metéis en la boca del lobo, van á faltaros fuerzas para realizar vuestro pensamiento; tomad mil francos y dejadme que ponga en claro el negocio ». ¡Bueno! el banquero convoca entonces á los industriales. « ¡Amigos míos, á la obra! ¡prospectos! ¡la farsa á todo trance! » Se cogen las trompas de caza y se pregona estrepitosamente: « ¡Cien mil francos por veinticinco céntimos! » ó veinticinco céntimos por cien mil francos, « minas de oro, minas de carbón... » En fin, todo el mecanismo del comercio. Se compran los informes de los hombres de ciencia ó de los artistas, se construye la barraca, el público entra, da su dinero, que viene á caer á nuestras manos. El cerdo está encerrado en su pocilga comiendo patatas y los otros se revuelcan entre montones de billetes de banco. Es el agio, mi querido señor. Entrad en los negocios. ¿Qué preferiríais ser? ¿cerdo, pavo, pelele ó millonario? Reflexionad acerca de este punto; os he formulado la teoría de las empresas modernas. Venid á verme,

encontraréis en mí un buen muchacho siempre alegre. La jovialidad francesa, á la vez grave y ligera, no perjudica á los negocios, ¡al contrario! ¡Los hombres que beben mucho se entienden! ¡Vaya otro vaso de Champagne superior, vaya! Este vino lo ha enviado un hombre de Epernay, que ha vendido mucho por mi mediación, y á buen precio (he comerciado en vinos). Se siente agradecido y se acuerda de mí en su prosperidad; cosa extraña.

Birotteau, asombrado de la ligereza, del desenfado de aquel hombre á quien todo el mundo reconocía una penetración sorprendente y mucha capacidad, no se atrevió á preguntarle. En la excitación confusa que le había producido el Champagne, se acordó, no obstante, de un nombre que había oído á de Tillet, y preguntó quién era y dónde vivía el señor Gobseck, banquero.

— ¿En esas estamos aún, mi querido señor? dijo Claperón. Gobseck es banquero, como es médico el verdugo de París. Su primera palabra es el cincuenta por ciento; es de la escuela de Arpagón: tiene á vuestra disposición canarios de Canarias, boas disecadas, pieles en verano, alpaca en invierno. ¿Y qué valores le presentaríais? Para que admitiese vuestra firma tendríais que depositar á vuestra mujer, á vuestra hija, vuestro paraguas, todo, hasta vuestra sombrerera, vuestros zapatos, la badila, las tenazas y la leña que tenéis en vuestra cueva... ¡Gobseck! ¡Gobseck! genio del mal, ¿quién os ha indicado esa guillotina financiera?

— El señor de Tillet.

— ¡Ah, el tunante! le reconozco. En otro tiempo fuimos amigos. Si reñimos hasta el punto de no saludarnos, creed que mi repulsión es fundada; he podido leer en el fondo de su alma corrompida; me obligó á quedar mal á pesar mío, en el baile que nos disteis; ¡no puedo soportarle! con sus aires insolentes porque está en relaciones con la mujer de un notario! yo tendría marquesas, cuando quisiera ¡Yo! y él no tendrá nunca mi estimación. ¿Él? ¡nunca! ¡Oh! Mi estimación. ¡Ah! Estimo á una princesa que no le molestará nunca en su lecho. Sois un guasón; ¡vaya con este hombre! Nos da un baile, y dos meses después viene á pedir renovaciones. Podéis llegar muy lejos. Hagamos negocios juntos. Puedo explotar vuestra buena reputación. ¡Oh! De Tillet ha nacido para entenderse con Gobseck. De Tillet acabará mal en los negocios. Si es como dicen, el *cordero* del viejo Gobseck, no puede llegar muy lejos. Gobseck está en su rincón, agazapado como una araña vieja que ha dado la vuelta al mundo. Pronto ó tarde, ¡Uf! el usurero se sorbe á su aliado como yo este vino. ¡Tanto mejor! De Tillet me jugó una mala pasada... ¡oh! una acción digna de la horca.

Después de una hora y media derrochada en habladurías insustanciales, Birotteau quiso marcharse viendo al antiguo viajante, dispuesto á referirle la aventura de un diputado de Marsella, enamorado de una actriz que representaba el papel de la *Bella Arsenia*, y á la cual el público monárquico silbaba.

— Se levantó, dijo Claparón, é irguiéndose en su palco : « ¡ Maldito quien silba!... ¡ Uf!... ¡ Si es una mujer, yo la desprecio ; si es un hombre, se verá conmigo, si no es hombre ni mujer, que lo parta un rayo!... » ¿ Sabéis cómo concluyó la aventura?

— Adiós, señor, dijo Birotteau.

— Volveréis á verme, le dijo entonces Claparón. El primer pagaré de *Cayron* ha sido protestado ; lo he tenido que reintegrar. Voy á enviároslo porque, los negocios ante todo.

Birotteau sintió su corazón tan apesadumbrado por aquella insustancial y afectada cortesía como por la dureza de Keller y la burla alemana de Nucingen. La familiaridad de aquel hombre y sus grotescas confidencias, excitadas por el Champagne, habían marchitado el alma del honrado perfumista, que pensó haber caído en un chamizo financiero. Bajó la escalera, y se encontró en la calle sin saber á dónde iba. Anduvo por los bulevares ; llegó á la calle de San Dionisio ; recordó á Molineux, y se dirigió al pasaje Batave. Subió la escalera sucia y tortuosa que antes había subido satisfecho y altanero. Pensando en la mezquina aspereza de Molineux, se estremeció al verse obligado á implorarle. Como en la primera visita del perfumista, el casero estaba junto al fuego, pero esta vez, haciendo ya la digestión de su desayuno ; Birotteau le formuló su pretensión.

— ¿ Renovar un pagaré de mil doscientos francos? dijo Molineux mostrando una burlona incredulidad.

— No estáis en lo firme, señor. Si no tenéis mil doscientos francos para pagarme el día 15, ¿ voy á estarme sin cobrar? ¡ Ah! Lo sentiré mucho, pero no tengo la menor consideración cuando se trata de dinero ; mis aquileres son mis ingresos. Sin eso, ¿ con qué pagaría yo lo que debo? Un comerciante no desaprobará este principio saludable. El dinero no tiene amigos, ni oídos, ni corazón. El invierno es crudo ; la leña se ha encarecido. Si no pagáis el 15, recibireis el 16 una citación al mediodía ! Bah! el buen Mitral, vuestro escribano, lo es también mío y os enviará la citación bajo sobre, con todos los miramientos debidos á vuestra elevada posición.

— Caballero, no me vi jamás en esos trances, dijo Birotteau.

— Todo tiene su principio, dijo Molineux.

Consternado por la implacable ferocidad de aquel viejecillo, el perfumista se abatió, porque le parecía oír el toque funeral de la quiebra resonando en sus oídos. Cada tañido despertaba el recuerdo de las frases que su jurisprudencia inexorable le había sugerido acerca de las quiebras. Sus opiniones se dibujaban con rasgos de fuego en la reblandecida sustancia de su cerebro.

— A propósito, dijo Molineux ; os habéis olvidado de poner en vuestros pagarés : *Valor recibido en alquileres*.

— Mi posición no me permite hacer nada en perjuicio de mis acreedores, dijo el perfumista atontado al ver el precipicio entreabierto.

— Bueno, señor, muy bien ; creí haberlo apren-

dido todo, en materia de inquilinatos, con los señores inquilinos. Me faltaba que aprender esto: no se deben admitir nunca pagarés en pago de alquileres. ¡Oh! Acudiré á los tribunales, porque vuestra respuesta indica bien claramente que no recogeréis vuestra firma. El asunto interesa á todos los caseros de París.

Birotteau salió hastiado de la vida. Es condición de las almas tiernas y débiles desanimarse al primer contratiempo, de igual modo que el primer éxito las anima. César no confiaba más que en el desinterés del joven Popinot, en el cual pensó, naturalmente, al encontrarse en el mercado de los Inocentes.

— ¡El pobre muchacho! ¡Quien me hubiera predicho esto cuando, hace mes y medio, en las Tullerías, le lancé á los negocios!

Eran cerca de las cuatro, hora en que los magistrados salen de la Audiencia. Por casualidad, el juez de instrucción había ido á ver á su sobrino. Este juez, uno de los espíritus más perspicaces en asuntos de moral, tenía un tacto especial para descubrir las intenciones secretas, reconocer el sentido de las acciones humanas más indiferentes, los gérmenes de un crimen, las raíces de un delito; y observó á Birotteau sin que Birotteau lo notara. El perfumista, contrariado por encontrar al tío en compañía del sobrino, le aparecía molesto, preocupado, pensativo. El joven Popinot, siempre atareado, con la pluma detrás de la oreja, estuvo, como siempre, humilde y servicial ante el padre de Cesarina. Las palabras indiferentes dichas por César á su asociado pare-

cieron al juez como el preámbulo de una petición importante. En vez de irse, el astuto magistrado permaneció allí bien á pesar de su sobrino, porque había calculado que el perfumista trataría de evitarle, despidiéndose. Cuando Birotteau se había ido, el juez se fué, pero descubrió á Birotteau divagando en el trozo de calle de los Cinco Diamantes que conduce á la de Aubry-le-Boucher. Esta circunstancia insignificante hizo caer en sospechas al viejo Popinot acerca de las intenciones de César: dirigióse hacia la calle de los Lombardos y cuando vió que el perfumista entraba de nuevo en casa de Anselmo, volvió rápidamente.

— Mi querido Popinot, había dicho César á su asociado, vengo á pedirte un servicio.

— ¡Qué debo hacer? dijo Popinot con generoso ardor.

— ¡Ah, me devuelves la vida! exclamó el buen hombre, considerándose dichoso al sentir el fuego de un corazón brillando entre los hielos sobre los cuales había navegado veinticinco días. Necesito que me firmes pagarés por valor de cincuenta mil francos, á descontar de mi participación en los beneficios. Ya nos pondremos de acuerdo para recogerlos.

Popinot miró fijamente á César; César bajó los ojos. En este momento el juez reapareció.

— Hijo mío... ¡Ah, dispensad, señor Birotteau! Hijo mío, se me había olvidado decirte...

Y con el gesto imperioso de los magistrados, el juez arrastró á su sobrino á la calle, y le obligó,

aunque iba con mandil y sin sombrero, á oírle, andando hacia la calle de los Lombardos.

— Sobrino, acaso tu antiguo principal se halla envuelto en asuntos de tal manera complicados que no sería difícil verle arrastrado á la quiebra. En tales circunstancias, los hombres que ostentan cuarenta años de probidad, los hombres más virtuosos, con el deseo de conservar su honra, imitan á los jugadores empedernidos; son capaces de todo; venden sus mujeres, comercian con sus hijas; comprometen á sus mejores amigos; ofrecen en garantía lo que no les pertenece; juegan, se hacen comediantes y embusteros, aprenden á llorar lástimas... En fin, he visto cosas verdaderamente extraordinarias. Tú mismo conociste la buena fama de Roguin, el hombre impecable. No aplico esas conclusiones rigurosas al señor Birotteau: le creo muy honrado; pero si te pide que hagas algo, cualquier cosa contraria á las leyes del comercio, como suscribir compromisos y lanzarte en el sistema de *circulaciones*, que, según mi opinion es un principio de estafa, porque es la moneda falsa del papel, prométeme no firmar nada sin consultarme. Piensa que si quieres á su hija, es necesario, en interés mismo de tu pasión, no destruir tu porvenir. Si el señor Birotteau está en peligro de hundirse ¿por qué has de hundirte con él? Esto sería privaros el uno y el otro de las esperanzas de tu casa de comercio, que será su refugio.

— Gracias, tío; al buen entendedor, salud; dijo Popinot, comprendiendo entonces la dolorida exclamación de su sobrino.

El comerciante de aceites finos y otras especies, volvió á su lóbrega tienda, muy preocupado. Birotteau notó el cambio.

— Tened la bondad de subir á mi cuarto; estaremos mejor que aquí. Los dependientes, aunque muy ocupados, podrían oírnos.

Birotteau siguió á Popinot, presa de las ansias del condenado entre la casación de su sentencia y la recusación de su demanda.

— Mi querido bienhechor, dijo Anselmo, no daréis de mi adhesión ciega. Permitidme solamente que os pregunte si esa cantidad os salva por completo, ó si es nada más un aplazamiento de la catástrofe, porque siendo así ¿que ganabais arrastrándome? Necesitáis pagarés á noventa días. Pues bien; dentro de tres meses me será imposible recogerlos.

Birotteau, pálido y solemne, se levantó; mirando á Popinot.

Popinot, asustado, exclamó:

— Los haré si queréis.

— ¡Ingrato! dijo el perfumista, reconcentrando las pocas fuerzas que le quedaban, para arrojar esa palabra como un anatema al rostro de Anselmo.

Birotteau se dirigió á la puerta y salió. Popinot, puesto ya de la impresión que aquella palabra terrible produjo en él, se abalanzó á la escalera, corrió á la calle, pero ya no encontró al perfumista. El enamorado de Cesarina oía constantemente aquella terrible sentencia; á todas horas aparecía á sus ojos el rostro alterado del pobre César; llegó á vivir,

como Hamlet, perseguido por un espantoso espectro.

Birotteau recorría las calles de aquel barrio, como un borracho. Divagando llegó al muelle, siguiéndolo fué hasta Sèvres, donde pasó la noche en una posada, loco de dolor; y su mujer, aterrada, no se atrevió á decir que le buscaran en parte alguna. En semejantes circunstancias, una alarma imprudentemente producida es fatal. Constanza, previsora, sacrificó su tranquilidad á la reputación comercial; aguardó durante toda la noche, mezclando sus oraciones y sus inquietudes. ¿Habría muerto César? ¿Habría hecho alguna diligencia lejos de París, alentado por una postrera esperanza? A la mañana siguiente aparentó conocer los motivos de aquella ausencia; pero avisó á su tío y le rogó fuese á la Morgue, cuando á las cinco Birotteau no había vuelto. Durante aquel tiempo, la valerosa mujer estaba en su escritorio; su hija bordaba junto á ella. Las dos, con la fisonomía serena, ni triste ni sonriente, recibían al público. Pillereault se presentó acompañado de César. Al volver de la Bolsa, le había encontrado en el Palais-Royal, indeciso ante una casa de juego. Era el día 14. A la hora de comer, César no tuvo apetito. El estómago, violentamente contraído, rechazaba los alimentos. La sobremesa, fué aún más horrible. El comerciante sintió por centesima vez una de esas espantosas alternativas de esperanza y de desesperación que hacen recorrer al alma toda la escala de sensaciones alegres, y la precipitan en la última de las emociones dolorosas, desgastando así

las naturalezas débiles. Derville, abogado de Birotteau, entró en el salón espléndido, donde la señora de César retenía, valiéndose de todo su dominio, á su pobre marido empeñado en irse á dormir al quinto piso, « ¡para no ver los monumentos de su locura! »

— Se ha ganado el pleito, dijo Derville.

Al oír estas palabras, el rostro crispado de César se animó; pero su alegría espantó á Pillereault y á Derville. Las mujeres salieron, aterradas, para ir á llorar al gabinete de Cesarina.

— ¿Siendo así, puedo pedir prestado? exclamó el perfumista.

— Sería imprudente, dijo Derville; ellos apelarán, el tribunal puede reformar la sentencia; pero dentro de un mes será firme.

— ¡Un mes!

César cayó en un abatimiento del que nadie intentó sacarle. Aquella especie de catalepsia invertida, en la cual el cuerpo vivía sufriendo mientras que las funciones de la inteligencia estaban paralizadas; aquella tregua ofrecida por la casualidad, fué considerada por Constanza, por Cesarina, por Pillereault y Derville, como un auxilio del cielo. Birotteau pudo soportar así las desgarradoras emociones de la noche. Estaba en una poltrona, en un rincón, junto á la chimenea; en el opuesto estaba su mujer, que le observaba atentamente, con una dulce sonrisa en los labios, una de esas sonrisas reveladoras de que las mujeres tienen más de ángeles que los hombres, por que saben unir una ternura infinita á

la más completa compasión, secreto que pertenece á los ángeles aparecidos en algunos sueños, providencialmente sembrados á largos intervalos en la vida humana. Cesarina, sentada en un taburete, estaba á los pies de su madre, y rozaba de vez en cuando con sus cabellos las manos de su padre, haciéndole una caricia con la que trataba de transmitirle las ideas que, en tales crisis, la voz hace importunas.

Sentado en un sillón como el canciller del Hospital lo está en el suyo en el peristilo de la Cámara de los diputados, Pillereault, ese filósofo dispuesto á todo, mostraba en su semblante la inteligencia grabada en la frente de las esfinges egipcias y hablaba en voz baja con Derville. Constanza había sido de parecer de consultar al abogado, cuya discreción no era sospechosa. Sabiendo de memoria el balance de su casa, explicaba su situación á Derville, hablándole al oído. Después de una conferencia de una hora proximamente, sostenida en presencia del perfumista atontado, el abogado bajó la cabeza mirando á Pillereault.

— Señora, dijo con la horrible sangre fría de los hombres de negocios hay que rendirse. Aun su poniendo que por cualquier artificio llegaseis á pagar mañana, tenéis que saldar por lo menos trescientos mil francos antes de poder tomar prestado sobre todos vuestros terrenos. A un pasivo de quinientos cincuenta mil francos, oponéis un activo muy atendible, muy productivo, pero no realizable; sucumbiríais más adelante. Opino que vale más saltar por la ventana que rodar por la escalera.

— Esa es también mi opinión, hija mía, dijo Pillereault.

Derville fué acompañado hasta la puerta por la señora Birotteau y por Pillereault.

— ¡Pobre padre! dijo Cesarina, que se levantó dulcemente para estampar un beso en la frente de César. ¿Anselmo, no ha podido hacer nada? preguntó cuando su tío y su madre volvieron.

— ¡Ingrato! exclamó César, herido por aquel nombre en la única parte sensible de su memoria, como una tecla de piano cuyo martillo golpea la cuerda.

Desde el momento en que tal palabra le fué dirigida como un anatema, el joven Popinot no tuvo un momento de reposo ni un instante de tranquilidad. El desgraciado joven renegaba de su tío, y había ido á buscarle. Para hacer capitular su vieja experiencia judicial, había desplegado la elocuencia del amor, esperando conmover al hombre sobre cuyo corazón las palabras humanas resbalaban como el agua sobre un lienzo impermeable: ¡todo un juez!

— Comercialmente hablando, le dijo, la costumbre permite al socio gerente facilitar una cierta cantidad al socio comanditario como anticipo á cuenta de los beneficios, y nuestra sociedad debe realizarlos pronto y abundantes. Examinados muy detenidamente mis negocios, me siento con fuerzas para pagar cuarenta mil francos en tres meses. La probidad del señor Birotteau obliga á suponer que esos cuarenta mil francos serán empleados en retirar firmas. Así, en caso de quiebra, los acreedores

no podrían dirigirnos el menor reproche. Además, tío, prefiero perder cuarenta mil francos que perder á Cesarina. A estas horas, enterada sin duda de mi negativa, me desprecia. ¡He prometido dar mi sangre por mi bienhechor! Estoy en el caso de un joven marinero obligado á zozobrar junto á su capitán; de un soldado que debe perecer con su general..

— Buen corazón y mal comerciante; no perderás mi estimación, dijo el juez estrechando la mano de su sobrino. He pensado mucho en esto, añadió, sé que estás enamorado locamente de Cesarina; creo que puedes cumplir con las leyes del corazón y con las leyes del comercio.

— ¡ Ah, tío! Si habéis encontrado un medio, me salváis la honra.

— Adelanta á Birotteau cincuenta mil francos haciendo una escritura de retroventa sobre su participación en vuestro aceite, que, al fin y al cabo, es una propiedad; yo te redactaré la escritura.

Anselmo abrazó á su tío, volvió á su casa, firmó cincuenta mil francos en pagarés y corrió de la calle de los Cinco Diamantes á la plaza Vendôme, con tal oportunidad, que mientras Cesarina, su madre y su tío Pillereault contemplaban al perfumista, sorprendidos del tono sepulcral empleado para pronunciar la palabra « Ingrato », contestando á la pregunta de su hija, la puerta de la sala se abrió apareciendo Popinot.

— Mi respetable y estimado principal, dijo en-

jugándose la frente bañada en sudor, aquí teneis lo que me pediais.

Alargó los pagarés.

— ¡ Sí; he meditado mi situación; no tengais cuidado, yo recogeré mis firmas á su tiempo; salvad, salvad vuestra honra!

— ¡ Yo lo esperaba! exclamó Cesarina cogiendo la mano de Popinot y apretándosela convulsivamente.

Constanza abrazó á Popinot. El perfumista se puso en pie como un justo al oír la trompeta del juicio final; ¡ parecía salir de una tumba! Después extendió la mano por un movimiento frenético para apoderarse de los cincuenta papeles sellados.

— ¡ Un momento! dijo el terrible tío Pillereault cogiendo los pagarés de Popinot: ¡ un momento!

Los cuatro personajes que componían la familia: César y su mujer, Cesarina y Popinot, aturdidos por lo que acababa de hacer su tío y por la entonación de sus palabras, le miraron con terror mientras rasgaba los pagarés, arrojando los pedazos al fuego, que los convirtió en cenizas.

— ¡ Tío!

— ¡ Tío!

— ¡ Tío!

— ¡ Caballero!

Cuatro voces, cuatro corazones fundidos, conmovedora unanimidad. El tío Pillereault abrazó al joven Popinot, estrechándole contra su corazón y besándole en la frente.

— Tú eres digno de que te adoren todos aquellos

que tienen corazón, le dijo. Si tú pretendieses á mi hija, aún cuando ella tuviera un millón y tú sólo esto (señalando las cenizas negras de los pagarés), si ella te quería, os casaríais á escape. Tu principal, dijo refiriéndose á César, está loco. ¡Mi sobrino, prosiguió el grave Pillereault dirigiéndose al perfumista, mi sobrino no debe alentar ilusiones! Los negocios se hacen con dinero y no con sentimientos. Esto es sublime, pero inútil. He pasado en la Bolsa dos horas; no tienes crédito ni para un céntimo; todo el mundo hablaba de tu desastre, de renovaciones rechazadas, de tus tentativas cerca de varios banqueros, de sus negativas, de tus locuras, de que subiste á un sexto piso en busca de un casero charlatán como una cotorra para renovar un pagaré de mil doscientos francos; de tu baile, dispuesto para disimular tu penuria. Llegan á decir que no tenías dinero en casa de Roguin. Según vuestros enemigos, Roguin es un pretexto. Uno de mis amigos, encargado de averiguarlo todo, ha venido á confirmar mis sospechas. Todos aguardan la emisión de las firmas de Popinot; le has establecido solamente para que te acepte pagarés. En fin, todas las calumnias y maledicencias que se atrae un hombre que intenta subir un tramo en la escala social, corren á estas horas acerca de ti entre todo el comercio. Ofrecerás vanamente durante ocho días los cincuenta pagarés de Popinot á todos los banqueros, soportarás humillantes negativas, y nadie los querrá: nada representa el nombre de quien los firma y te verían sacrificar á este pobre joven

que tiene ansia de salvarte. Hubieras destruído, sin provecho para ti, el crédito de la casa Popinot. ¿Sabes cuánto te daría por esos cincuenta mil francos el más arriesgado prestamista? ¡Veinte mil! veinte mil, ¿oyes? En el comercio hay momentos en que es necesario sostenerse ante la gente tres días sin comer, como si se padeciera una indigestión, y al cuarto ya te admiten en la despensa del crédito. Desgraciadamente no puedes vivir esos tres días. ¡Pobre sobrino mío, valor! Es inevitable hacer suspensión de pagos, Ahí tienes á Popinot y me tienes á mi; en cuanto se hayan acostado tus dependientes, nos pondremos á trabajar juntos para evitarte angustias.

— ¡Tío!... dijo el perfumista cruzando las manos.

— César, ¿quieres llegar á una liquidacion vergonzosa, en la que no aparezca el *haber*? Tu participación en la casa de Popinot te salva la honra.

César ayudado por este fatal y último rayo de luz, vió al fin la espantosa verdad con todas sus consecuencias; cayó de nuevo sobre su poltrona, apoyó su cuerpo sobre sus rodillas; su razón extraviada, discurría como la de un débil niño; su mujer le creyó moribundo; se arrodilló para levantarlo; pero le imitó, al verle cruzar las manos, elevar los ojos y decir con una contrición resignada en presencia de su tío, de su hija y de Popinot, la sublime oración de los católicos:

— «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; vénganos el tu reino; há-

gase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DANOSLE HOY y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación; mas libranos de mal. Amén Jesús.»

Lágrimas asomaron á los ojos del estoico Pille-reault; Cesarina abrumada, llorosa, tenía la cabeza apoyada en un hombro de Popinot, pálida y petrificada como una estatua.

— Bajemos, dijo el antiguo comerciante al joven, cogiéndole del brazo.

A las once y media dejaron á César al cuidado de su mujer y de su hija. En aquel momento, Celestino, el primer dependiente, que durante la secreta tempestad había dirigido la casa, subió á las habitaciones y entró en el salón. Oyendo sus pisadas, Cesarina corrió á abrirle para que él no viese el abatimiento de su principal.

— Entre las cartas de esta tarde, dijo, hay una de Tours, cuya dirección está mal puesta, lo cual ha producido un retraso. Comprendi que sería del hermano del señor, y no la he abierto.

— Papá, dijo Cesarina, ¿una carta de mi tío de Tours!

— Estoy salvado, exclamó César. ¡Hermano mío, hermano mío! dijo, besando la carta.

CONTESTACIÓN DE FRANCISCO A CÉSAR BIROTTEAU

« Tours, 17 de los corrientes.

— Querido hermano: Tu carta me ha causado la más viva aflicción; después de haberla leído, fui á

ofrecer á Dios el santo sacrificio de la misa á tu intención, suplicándole que, por la sangre que su Hijo, nuestro divino Redentor, derramó por nosotros, alivie tus penas con una mirada misericordiosa. En en el momento en que pronunciaba la oración *Pro meo fratre, Cesare*, los ojos se me llenaron de lágrimas, pensando en ti, de quien, por desgracia, estoy separado en los días en que más necesitas los consuelos de la amistad fraternal. Pero he supuesto que el digno y venerable señor Pillereault me reemplazará sin duda. Mi querido César, no olvides, en medio de tus desgracias, que esta es una vida pasajera para probar nuestra resignación, que algún día seremos recompensados por haber sufrido en el santo nombre de Dios, y en el de su santa madre la Iglesia, por haber atendido las máximas del Evangelio y practicado la virtud; de otro modo, las cosas de este mundo carecerían de sentido. Te hablo así, recordando cuán piadoso y bueno eres; porque puede acontecer á las personas que, como tú, están lanzadas en las tempestades del mundo, y navegan por el mar peligroso de los intereses humanos, que al sentir las adversidades lleguen á blasfemar, arrastradas por el dolor. No maldigas, ni á los hombres que te hieran, ni á Dios, que dispuso en sus altos designios, las amarguras de tu vida. No mires á la tierra; levanta siempre los ojos al cielo; de allí vienen los consuelos para los débiles, allí están las riquezas de los pobres, allí están los terrores de los ricos...»

— Pero, Birotteau, le dijo su mujer, pasa todo eso, y mira si nos manda alguna cosa.

— La releeremos con frecuencia, contestó el comerciante, enjugando sus lágrimas y entreabriendo las dos hojas de la carta, de donde cayó una orden de pago contra al Tesoro. Confiaba mucho en el ¡pobre hermano! dijo Birotteau, cogiendo el papel que se había caído.

« ... Fui á casa de la señora Listomère, prosiguió leyendo con la voz entrecortada por las lágrimas, y sin decir el motivo de mi petición, la he rogado que me prestase todo aquello de que pudiese disponer en mi favor á fin de añadirlo á mis economías. Su generosidad me ha permitido completar una suma de mil francos; te la envió en una orden de pago del recaudador general de Tours contra el Tesoro. »

— ¡ Buen anticipo ! dijo Constanza mirando á Cesarina.

« Privándome de algo superfluo en mi vida, podré devolver en tres años á la señora Listomère los cuatrocientos francos que me ha prestado. Que no te preocupe nunca esto, mi querido César. Te envió todo lo que poseo en el mundo, deseando que esta suma pueda servirte para una dichosa terminacion de tus apuros comerciales, que sin duda serán pasajeros. Conozco tu delicadeza, y quiero adelantarme á tus objeciones. No pienses ni en darme interés alguno por esta suma, ni en devolvérmela en un día de prosperidad, que no tardará en llegar para ti, si Dios se digna escuchar las oraciones que le dirigiré todos los días. Después de tu última carta recibida hace dos años, te creí rico, y pensé poder disponer de mis economías en favor de los pobres; pero desde

ahora, todo lo mío te pertenece. Cuando hayas vencido los inconvenientes accidentales de tu contra-tiempo, conserva este dinero para mi sobrina Cesarina, á fin de que, cuando se case, pueda emplearlo en alguna friolera que le recuerde á un tío viejo, cuyas manos se levantarán siempre al cielo para pedir á Dios que derrame sus bendiciones sobre ella y sobre todos aquellos que su corazón prefiera. En fin, mi querido César, piensa que soy un pobre sacerdote que vive á la buena de Dios como las alondras de los campos, avanzando por sus sendas sin ruido tratando de obedecer los mandatos de nuestro divino Salvador, y á quien, por consiguiente, le hace falta muy poca cosa. Así, pues, no tengas el menor escrúpulo en la circunstancia difícil en que te encuentras, y piensa en mí como en alguien que te quiere tiernamente. Nuestro excelente padre Chapeloud, al cual nada he dicho de tu situación, y que sabe que te he escrito, me ha encargado te dé recuerdos cariñosos de su parte para todas las personas de tu familia, y te desea que no cesen tus prosperidades. Adiós, mi querido hermano; hago votos para que, en las circunstancias que atraviesas, Dios te conceda la gracia de conservar tu salud, la de tu mujer y la de tu hija; os deseo á todos paciencia y valor en vuestras adversidades.

» FRANCISCO BIROTTEAU,

» Sacerdote, vicario de la Iglesia catedral
y parroquial de San Cayetano de Tours. »

— ¡ Mil francos ! dijo la señora Birotteau furiosa.

— Guárdalos, dijo gravemente César; son lo único que tenemos. Además, pertenecen á nuestra hija, y nos permitirán vivir sin pedir nada á nuestros acreedores.

— Todos creerán que has sustraído cantidades importantes.

— Les enseñaré la carta.

— Dirán que es un engaño.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Birotteau aterrado, he pensado lo mismo de los infelices que, sin duda, estaban en la situación en que me veo.

Muy intranquilas por el estado en que se hallaba César, la madre y la hija cosían cerca de él, y en profundo silencio. A las dos de la mañana, Popinot abrió suavemente la puerta del salón, indicando á la señora de Birotteau que bajase. Al ver á su sobrina, el tío se quitó las gafas.

— Hija mía, hay alguna esperanza, la dijo; no se ha perdido todo; pero tu marido no resistiría las alternativas de las negociaciones que será preciso hacer, y Anselmo y yo vamos á intentar. No te muevas de tu almacén mañana, y apunta las direcciones de todos los créditos vencidos; tenemos tiempo hasta las cuatro. He aquí mi proyecto: ni el señor Ragón ni yo somos sospechosos. Suponed que vuestros cien mil francos depositados en casa de Roguin hayan sido entregados á los dueños de los terrenos: tampoco los tendríais como no los tenéis ahora. Hay ciento cuarenta mil francos endosados á Claparón, que debéis pagar siempre, suceda lo que suceda; así pues, no es la bancarrota

de Roguin lo que os arruina. Contáis para hacer frente á vuestras obligaciones, con un préstamo de cuarenta mil francos que podréis tomar, más ó menos pronto, sobre vuestras fábricas, y sesenta mil francos en pagarés de Popinot. Se puede luchar, porque más adelante, podréis pedir otro préstamo con los terrenos de la Magdalena. Si vuestro principal acreedor consiente en ayudaros, yo sacrificaré mi fortuna, venderé mi papel del Estado, quedándome sin pan. Popinot estará entre la vida y la muerte; en cuanto á vosotros quedaréis á merced de cualquier acontecimiento comercial. Pero el aceite producirá, sin duda, grandes beneficios. Popinot y yo lo examinamos todo y os sostendremos en esta lucha. ¡Ah! comeré con gusto pan seco si el éxito se asoma en el horizonte. Pero todo depende de Gigonnet y de los asociados de Claparón. Popinot y yo iremos á casa de Gigonnet, de siete á ocho, y sabremos á qué atenernos acerca sus intenciones.

Constanza se arrojó emocionada en los brazos de su tío, sin otra voz que sus lágrimas y sollozos. Ni Popinot ni Pillereault podían sospechar que Bidault, llamado Gigonnet, y Claparón eran de Tillet bajo distinta forma, y que de Tillet se había propuesto ver en *El Avisador* esta terrible noticia:

« Sentencia del tribunal de Comercio que declara en quiebra al señor Birotteau, comerciante perfumista, residente en París, calle de San Honorato, número 397, señalándola, provisionalmente, en 16 de enero de 1819. El juez comisario, Mr. Gobenheim-Keller. Agente, Mr. Molineux. »

Anselmo y Pillereault estudiaron hasta la mañana los negocios de César. A las ocho, aquellos dos heroicos amigos, soldado veterano el uno, el otro cadete, que desconocían las terribles angustias de los que suben la escalera de Bidault, llamado Gigonnet, se encaminaron, sin decir una palabra, hacia la calle de Greneta. Los dos estaban angustiados. Varias veces, Pillereault se llevó la mano á la frente.

La calle Greneta es una calle donde todas las casas, atestadas por una multitud de comercios, ofrecen un aspecto repulsivo. Las construcciones presentan un aspecto horrible. La innoble suciedad de las fábricas domina allí. El viejo Gigonnet habitaba el tercer piso de una casa, cuyas ventanas eran de vidrios pequeños y sucios. La escalera llegaba hasta la calle. La portera tenía su habitación en el entre-suelo, en una jaula, sin más luz que la que recibía de la escalera. Exceptuando Gigonnet, todos los inquilinos ejercían alguna profesión. Entraban y salían continuamente obreros; los escalones estaban cubiertos de una capa de barro duro ó blando, según estuviese la atmósfera, donde constantemente aparecían inmundicias. En aquella fétida escalera, cada piso ofrecía á los ojos el nombre de un fabricante, escrito en letras doradas en una plancha pintada de encarnado y acompañada, con muestras de sus producciones. La mayor parte del tiempo, las puertas abiertas dejaban ver el extraño maridaje del hogar, del mobiliario y de la fábrica; resonaban voces y gruñidos inauditos, cánticos y sil-

bidos, que recordaban la hora de la comida en los jaulones de los animales del Jardín de Plantas. En el piso primero se construían, en un cuchitril infecto, los más bonitos tirantes del *artículo de París*. En el segundo se confeccionaban, entre las más sucias porquerías, las más elegantes cajas que adornan los escaparates por año nuevo. Gigonnet murió rico, dejando un millón ochocientos mil francos, en el tercer piso de aquella casa, sin que ninguna reflexión pudiese hacerle salir de allí, á pesar del ofrecimiento de la señora Saillard, su sobrina, que le daba una habitación en su hotel de la Plaza Real.

— ¡Valor! dijo Pillereault, tirando de la pata de ciervo suspendida de un cordón á la puerta descolorida y limpia de Gigonnet.

Gigonnet salió él mismo á abrir. Los dos padrinos del perfumista en liza en el campo de las quiebras atravesaron una primera habitación correcta y fría, sin cortinas en las ventanas. Los tres se sentaron en la segunda, donde recibía el usurero ante un hogar lleno de cenizas, entre las cuales la leña se defendía contra el fuego. Helaron el alma de Popinot las carpetas verdes del usurero, la rigidez monástica de aquel gabinete con atmósfera de cueva. Miró con expresión estúpida el papel azul sembrado de flores tricolores pegado á las paredes desde veinticinco años atrás, y fijó sus ojos entristecidos en la chimenea, adornada con un reloj en forma de lira y jarrones rectangulares, azules, de Sèvres, con ricas monturas de cobre dorado. Re-

cogidos por Gigonnet en el naufragio de Versailles, donde el populacho lo rompía todo, procedían del tocador de la reina; pero tan magníficos objetos estaban acompañados por dos candeleros del peor gusto, de hierro forjado, recordando por un brutal contraste su procedencia.

— Ya sé que no venís por asuntos vuestros, dijo Gigonnet, sino por el gran Birotteau. Bien, ¿qué hay, amigos míos?

— Como no tenemos que decir nada que no sepais, vamos á ser concisos, dijo Pillereault. Tenéis pagarés á la orden de Claparón?

— Sí.

— ¿Queréis canjear los cincuenta mil francos que vencen primero por pagarés del señor Popinot aquí presente, mediante un descuento, como es natural?

Gigonnet se quitó su terrible casquete verde, que parecía su propia piel, mostró el cráneo de color de manteca fresca, desprovisto de cabellos, hizo su mueca volteriana y dijo:

— ¿Queréis pagarme en aceite para el pelo?

— Cuando lo tomáis á broma, no queda otro recurso que irse, dijo Pillereault.

— Habláis como un hombre prudente; y lo sois, le dijo Gigonnet con una sonrisa adulatora.

— Bien, ¿si yo endosase los pagarés del señor Popinot? dijo Pillereault haciendo el último esfuerzo.

— Sois oro en barras, señor Pillereault; pero no necesito ese oro: sólo me hace falta mi dinero.

Pillereault y Popinot saludaron y se fueron. En

la escalera, á Popinot le temblaban las piernas aún.

— ¿Es un hombre? preguntó á Pillereault.

— Eso dicen, contestó el anciano. ¡Acuérdate siempre de esta corta visita, Anselmo! Acabas de ver la banca sin la careta de sus apariencias agradables. Los acontecimientos imprevistos son los tornillos de la prensa; nosotros somos los racimos y los banqueros los toneles. El negocio de los terrenos es bueno sin duda; Gigonnet, ó cualquiera otro á su sombra, quiere estrangular á César para vestirse con su piel; todo está dicho: no hay remedio. Esta es la banca, ¡No busques nunca su auxilio!

Después de aquella terrible mañana en la cual, por vez primera, la señora de Birotteau tomaba nota de las direcciones de cuantos iban á cobrar su dinero, y despidió al cobrador del Banco sin pagarle á las once, la valerosa mujer, feliz por haber librado á su marido de tan crueles dolores, vió entrar á Anselmo y á Pillereault, á los cuales aguardaba, víctima de crecientes ansiedades; leyó su sentencia en sus rostros. La quiebra sería inevitable.

— Le matará el dolor, exclamó la pobre mujer.

— No hay remedio, dijo gravemente Pillereault, pero es tan religioso, que en las circunstancias actuales, su director espiritual el padre Loraux, acaso pueda salvarle.

Pillereault, Popinot y Constanza aguardaron mientras un dependiente fué á buscar al padre Loraux. Celestino preparaba el balance que debía firmar César. Los dependientes estaban consterna-

dos; estimaban á su principal. A las cuatro el buen secerdote llegó; Constanza le puso al tanto de la desgracia que pesaba sobre ellos, y el sacerdote subió como un soldado sube á la brecha.

— Sé por qué venis, exclamó Birotteau.

— Hijo mío, dijo el sacerdote; conozco desde hace mucho tiempo vuestra paciente resignación para respetar los designios de la voluntad divina; en estos momentos la necesitáis como nunca; tened siempre los ojos puestos en la cruz, no dejéis de contemplarla, pensando en las humillaciones de que fué objeto el Salvador de los hombres, hasta que punto fué cruel su pasión; así podréis soportar las mortificaciones que Dios envíe...

— Mi hermano el sacerdote me había preparado ya, dijo César mostrando la carta, que había leído, y que ofreció á su confesor.

— Tenéis un buen hermano, dijo el padre Loraux, una esposa llena de virtudes y amante, una hija que guarda para vos todas las ternuras, dos verdaderos amigos: vuestro tío y Anselmo; dos acreedores indulgentes: los Ragón; todos estos buenos corazones derramarán sin cesar un bálsamo sobre vuestras heridas y os ayudarán á llevar vuestra cruz. Prometedme tener la entereza de un mártir, resistir el golpe sin desfallecer.

El abate tosió para advertir á Pillereault, que estaba en el salon.

Mi resignación no tiene límites, dijo César con calma. La deshonra ha llegado; sólo debo pensar en la reparación.

La voz del pobre perfumista y su semblante sorprendieron á Cesarina y al sacerdote. Sin embargo, nada más natural. Todos los hombres sufren mejor una desgracia conocida, definida, que las crueles alternativas de la suerte, que de un instante á otro procura un placer excesivo, ó un dolor extremado.

— He soñado durante veintidós años, me despierto hoy con mi garrote de camino en la mano, dijo César transformándose de pronto en aldeano turenés.

Oyendo estas palabras, Pillereault estrechó á su sobrino en sus brazos. César vió á su mujer, Anselmo y Celestino. Los papeles que llevaba el primer dependiente eran muy significativos. César contempló tranquilamente aquel grupo, cuyas miradas eran tristes pero amistosas.

— ¡Un momento! dijo quitándose las insignias de la Legión de Honor, que entregó al padre Loraux, me las devolveréis cuando pueda llevarlas sin avergonzarme. Celestino, añadió dirigiéndose á su dependiente, escribid mi dimisión de teniente alcalde. El señor cura os la dictará, la fecharéis el 14 y la haréis llevar á casa del señor de la Billardiére por Raguet.

Celestino y el padre Loraux bajaron. Casi durante un cuarto de hora, reinó un profundo silencio en el gabinete de César. Tal entereza sorprendió á la familia. Celestino y el sacerdote volvieron: César firmó su dimisión. Cuando el tío Pillereault le presentó el balance, el pobre hombre no pudo reprimir un horrible movimiento nervioso.

— ¡Dios mío, tened piedad de mí! exclamó firmando el terrible documento y devolviéndoselo á Celestino.

— Señor, señora, dijo entonces Anselmo Popinot, sobre cuya nublada frente pasó un rayo luminoso, hacedme el honor de concederme la mano de la señorita Cesarina.

A esta frase, los ojos de todos los asistentes se llenaron de lágrimas, exceptuando César, que se levantó, y estrechando la mano de Anselmo, con voz cavernosa le dijo:

— Hijo mío, nunca te casarás con la hija de un quebrado.

Anselmo miró fijamente á Birotteau:

— Señor; ¿os comprometéis, en presencia de toda vuestra familia, á consentir en nuestro casamiento, si Cesarina me acepta por marido, el día de vuestra rehabilitación?

Hubo un momento de silencio, durante el cual emocionaron á todos las sensaciones que se dibujaban en la debilitada fisonomía del perfumista.

— Sí, contestó por fin.

Anselmo hizo un indecible ademán para coger y besar la mano que Cesarina le tendió.

— ¿Consentis también? preguntó á Cesarina.

— Sí, dijo ella.

— Al fin, ya soy de la familia; ya tengo derecho á intervenir en vuestros asuntos, dijo con expresión arrogante Anselmo.

Salió precipitadamente para no descubrir una alegría que contrastaba demasiado con el dolor de

suprincipal. Claro que Anselmo no se alegraba de la quiebra, ¡pero el amor es tan absoluto, tan egoísta! La misma Cesarina sentía en su corazón emociones que contrariaban su amarga tristeza.

— Puesto que ya estamos metidos en harina, dijo Pillereault al oído de Cesarina, tratemos de todo.

La señora de Birotteau dejó escapar un gesto dolorido, no asintiendo.

— Sobrino mío, dijo Pillereault dirigiéndose á César, ¿qué piensas hacer?

— Continuar en el comercio.

— No somos del mismo parecer, dijo Pillereault. Liquidá, y distribuye tu activo á los acreedores; no aparezcas de nuevo en la plaza de París. Con frecuencia he imaginado hallarme en una posición análoga á la tuya... ¡Ah! ¡Es necesario preverlo todo en el comercio! El comerciante que no piensa en la quiebra, es como un general que no creyera posible una derrota; solo es comerciante á medias. Yo no hubiera continuado. ¡Caramba! ¿Sonrojarme á todas horas en presencia de aquellos á quienes hubiere perjudicado, sentir sus miradas desconfiadas y sus tácitos reproches? ¡Concibo la guillotina!... en un momento todo acaba. Pero tener una cabeza que renace y sentirse la cortar todos los días, es un suplicio que hubiera evitado. ¡Muchas gentes vuelven á sus negocios como si nada les hubiera sucedido! tanto mejor... son más valientes que Claudio José Pillereault. Si compráis al contado, y no queda otro remedio, suponen que os reservasteis recursos, y si carecéis de dinero jamás

podréis levantar cabeza. ¡ Buenas tardes! Abandona, pues, tu activo, deja vender tus existencias y dedícate á otra cosa.

— ¿A qué? preguntó Cesar.

— ¡Ah! contestó Pillereault. Busca un empleo. ¿No tienes protecciones? Los duques de Lenoncourt, la señora de Mortcerf, el señor de Vaudenese! Escribeles, visítalos, y te colocarán en palacio con tres mil francos de sueldo; tu mujer puede ganar otro tanto y tu hija también. La situación no es desesperada. Entre los tres reuniréis cerca de diez mil francos, porque tú no gastarás nada de lo que ganéis; tus dos mujeres tendrán mil quinientos francos en mi casa para sus gastos. En cuanto á tí, ¡ya veremos!

Á César no, pero á Constanza la dieron que pensar esas palabras. Pillereault se dirigió á la Bolsa, situada por entonces en una construcción provisional de tablas, y que formaba una sala redonda á la que se entraba por la calle Feydeau. La quiebra del perfumista esperada y deseada, ya conocida, excitaba un rumor general en el alto comercio, entonces del partido constitucional en su mayoría. Los comerciantes liberales imaginaban que el baile de Birotteau era una manifestación audaz contra sus opiniones. Las gentes de la oposición querían tener el monopolio del amor al país. Concedido á los monárquicos el amor al rey, pero el amor á la patria era el privilegio de la izquierda; el pueblo les pertenecía. El poder hacia mal cuando se alegraba, por sus órganos, de un acontecimiento cuya explo-

tación exclusiva debía pertenecer á los liberales. La caída de un protegido de palacio, de un ministerial, de un monárquico incorregible, que el 13 vendimiario insultaba á la libertad batiéndose contra la gloriosa Revolución francesa; excitaba los chismorreos y los aplausos de la Bolsa. Pillereault quería conocer, estudiar la opinión. Encontró en uno de los grupos más animados, á de Tillet, Gobenheim-Keller, Nucingen, el viejo Guillaume y su yerno José Lebas, Claparón, Gigonnet, Mongenod, Camusot, Gobseck, Adolfo Keller, Palma, Chiffreville, Matifat, Grindot y Lourdois.

— Bien; ¡qué prudencia se necesita! dijo Gobenheim á de Tillet. ¡No ha faltado nada para que mis cuñados concediesen un crédito á Birotteau!

— Yo tengo comprometidos diez mil francos que me pidió hace quince días, se los di sencillamente con sólo su firma, dijo de Tillet. Pero en otro tiempo él me habia servido; no me importa perderlos.

— Vuestro sobrino, ha hecho como todos, dijo Lourdois á Pillereault, ¡ha dado banquetes y bailes! ¡Que un picaro trate de cegarnos para estimular la confianza, lo concibo; pero un hombre que pasaba por lo más puro entre las gentes honradas ¡recurrir á los engaños del antiguo charlatanismo, por el que siempre nos dejamos coger!

— Como sanguijuelas, dijo Gobseck.

— Confíad sólo en los que viven modestamente como Claparon, dijo Gigonnet.

— *Pien* — dijo el obeso barón Nucingen á de

Tillet, — *hapeis bredendito madarme gon la pisida de Piroddot. No lo gombrento* — añadió volviéndose hacia el mañoso Gobenheim — *no polpió a domar cinguenda mil frángos que le lupiera bresdado.*

— ¡Oh, no! señor barón, dijo José Lebas. Debíais saber perfectamente que el Banco había rechazado su firma; vos mismo la mandasteis rechazar en la comisión de descuentos. El asunto de ese pobre hombre por quien siento aun mucha estimación, ofrece circunstancias singulares...

La mano de Pillerault oprimió la de José Lebas.

— Es imposible, en efecto, dijo Mongenod, explicar lo que sucede, á menos de suponer que haya ocultos, detrás de Gigonnet, banqueros que quieren destruir el negocio de la Magdalena.

— Le sucede lo que sucederá siempre á todos los que salgan de sus casillas, dijo Claparon interrumpiendo á Mongenod. Si hubiese lanzado él mismo su *Aceite cefílico*, en lugar de venir á encarcerarnos los terrenos de París, tratando de acapararlos, hubiera perdido sus cien mil francos en casa de Roguin, pero no quebraría. En adelante, negociará con el nombre de Popinot.

— Cuidado con Popinot, dijo Gigonnet.

Roguin, á juicio de aquellos negociantes, era el *infortunado Roguin*; el perfumista, era *ese pobre Birotteau*. El uno parecía excusado por una invencible pasión, el otro, más culpable á causa de sus pretensiones. Al salir de la Bolsa, Gigonnet pasó por la calle de Perrin-Gaselin, antes de volver á la calle

de Greneta, y fué á casa de la señora Madou, la vendedora de frutas de cáscara seca.

— Buena moza, la dijo con su cruel marrullería, decidme ¿cómo llevais vuestro comercio?

— Así, así, dijo respetuosamente la señora Madou ofreciendo su única butaca al usurero, con una afectuosidad servil, que sólo tuvo con *el querido difunto*.

La señora Madou, que derribaba á un carretero recalcitrante ó demasiado juguetero; que no tuvo miedo, yendo al asalto de las Tullerías el 10 de Octubre; que se burlaba de sus mejores parroquianos; capaz, en fin, de dirigir la palabra al rey en nombre de las señoras del mercado; Angélica Madou, recibía á Gigonnet con un profundo respeto. Sin ánimos en su presencia, se estremecía sintiendo su dura mirada. Las gentes del pueblo temblarán aún durante mucho tiempo en presencia del verdugo; Gigonnet era el verdugo del comercio. En el mercado no hay poder más respetado que el del hombre que presta el dinero. Las otras instituciones humanas, no son nada comparadas con esta. La misma justicia se traduce para los del mercado en un comisario, personaje con el cual se familiarizan. Pero el usurero, rodeado de carpetas verdes, la usura implorada con el corazón encogido, terminan las burlas, oprimen la garganta, abaten la altivez de la mirada y hacen al pueblo respetuoso.

— ¿Tenéis algo que mandarme? dijo ella.

— Nada, una miseria: tened dispuestos para el cobro los pagarés de Birotteau; el buen hombre ha

quebrado, hay que aguardar; os enviaré la liquidación mañana por la mañana.

Los ojos de la señora Madou se contrajeron de pronto como los de una gata. Después, arrojaron chispas.

— ¡Ah, el miserable! ¡Ah, el malvado! ¡Vino él mismo aquí á decirme que era teniente alcalde, á deslumbrarme! así está como está el comercio. Ya no hay buena fe en los alcaldes; el gobierno nos engaña. Esperad, voy á ver si me paga ó no...

— En estos negocios cada uno se las arregla como puede, hija mía, dijo Gigonnet levantando la pierna con un movimiento brusco semejante al de un gato que quiere atravesar por un sitio mojado, á cuyo gesto, habitual en él, debía su nombre. Hay personajes de importancia que intentan retirar sus valores de la quema.

— ¡Bueno, bueno, también yo voy á retirar mis avellanas! ¡María-Juana, mis zuecos y mi cachemir de piel de conejo, de prisa ó te pongo sobre la cara un trébol de cinco hojas!

« Esta se calienta de cascos en medio de la calle, se dijo Gigonnet frotándose las manos. De Tillet estará satisfecho habrá escándalo en el barrio. No sé qué le habrá hecho ese pobre diablo de perfumista; á mi, me da tanta lástima como un perro que se rompe una pata. No es hombre, no tiene fuerzas para nada. »

La señora Madou se abalanzó, como una insurrección del arrabal de San Antonio, hácia las siete de la noche, contra la puerta del pobre Birotteau,

abriéndola con excesiva violencia, porque el paseo había excitado más sus ánimos.

— ¡Montón de miseria, necesito mi dinero, quiero mi dinero! ¡Si no me dais mi dinero, me dareis bolsas de raso, baratijas, abanicos, todo; me llevaré por valor de mis dos mil francos! ¡Habrás visto alguna vez á los alcaldes robando á sus administrados! Si no me pagais, hago que os lleven á la cárcel por ladrones; veré al fiscal y la justicia os ajustará las cuentas! En fin, que no salgo de aquí sin llevar mi dinero.

Hizo intención de abrir las vidrieras de un armario donde había los objetos de más valor.

La Madou se lanza — dijo en voz baja Celestino á otro dependiente.

La vendedora oyó esas palabras, porque en los paroxismos de pasión los sentidos se embotan ó se aguzan, según los temperamentos, y le aplicó á Celestino sobre la oreja el más vigoroso cachete que se dió jamás en un almacén de perfumería.

— Aprende á respetar á las mujeres, angelito, dijo ella, y á no escarnecer el nombre de las gentes á las cuales robas.

— Señora, dijo Constanza saliendo de la trastienda, donde se hallaba casualmente su marido, á quien el tío Pillereault quería llevarse, y que, para obedecer la ley, estremaba su humildad hasta resignarse á que le metiesen en la cárcel; — señora, en nombre del cielo, no llaméis la atención de los transeúntes.

— ¡Oh! que entren, dijo la mujer — yo les

contaré lo sucedido : ¡ una historia que hace reír ! Sí, mis avellanas y mi dinero ganado con el sudor de mi frente, sirven para que vosotros deis bailes. En fin, ¡ vos vais vestida como una reina de Francia con la lana que arrancáis á los pobres corderos, como yo ! ¡ Jesús ! me abrasaría las carnes, á mi, vestir cosas robadas ! ¡ Yo no llevo más que piel de conejo sobre mi cuerpo, pero no lo debo á nadie. Bandoleros, ladrones, mi dinero, ó....

Se abalanzó sobre una linda caja de marquetería, donde se guardaban preciosos objetos de tocador.

— Dejad eso, señora — dijo César apareciendo — nada de lo que hay aquí es mío, todo pertenece á mis acreedores. No me queda más que mi persona, y si queréis meterme en la cárcel, os doy mi palabra de honor : (una lagrima asomó á sus ojos), aquí espero al escribano, al alguacil del tribunal de comercio y á sus corchetes.

El tono y el gesto, en armonía con la acción, desarmaron la cólera de la señora Madou.

— Un notario me robó mi dinero y no tengo la culpa de los males que ocasiono — prosiguió César ; pero cobraremos, con el tiempo, aun cuando tuviere yo que pasar toda la vida trabajando como un mozo de cuerda en vuestro mercado.

— Vaya, sois un hombre honrado, dijo la mujer ; perdonad mis palabras, señora ; pero será preciso que me tire al agua, porque Gigonnet quiere llevarme á los tribunales y sólo tengo valores á diez meses para reintegrar vuestros condenados pagarés.

— Venid á buscarme mañana por la mañana, dijo Pillereault presentándose ; dejaremos arreglado vuestro asunto, al cinco por ciento, en casa de un amigo mío.

— ¡ Cómo ! El excelente señor Pillereault. ¡ Ah ! Si, es vuestro tío, dijo la vendedora á Constanza. Vaya, sois gentes honradas ; no perderé nada, ¿ verdad ? Hasta mañana, le dijo al antiguo almacenista de quincalla.

César quiso absolutamente permanecer entre sus ruinas, diciendo que así podría satisfacer á todos sus acreedores. A pesar de las súplicas de su sobrina, el tío Pillereault aprobó la conducta de César y le hizo subir á su habitación. El astuto viejo corrió á casa del señor Haudry, explicándole la situación de Birotteau ; obtuvo la receta de un calmante narcotizado, fué á buscar la medicina y volvió á pasar la noche en casa de su sobrino. De acuerdo con Cesarina incitó á César á beber como ellos. El narcótico adormeció al perfumista, el cual despertó catorce horas después, en la alcoba de su tío Pillereault, calle de Bourdonnais, bajo la vigilancia del anciano, que dormía sobre un catre puesto en la sala. Cuando Constanza oyó rodar el coche, en el cual su tío Pillereault se llevaba á César, la faltó valor. Con frecuencia, nuestras fuerzas están estimuladas por la necesidad de animar á un ser más débil que nosotros. La pobre mujer lloró al encontrarse sola en su casa con su hija, como hubiese llorado la muerte de César.

— Mamá, dijo Cesarina sentándose sobre las

rodillas de su madre y acariciándola con esas zalamerías de gata que las mujeres no descubren más qui á solas con otras mujeres: me has dicho que si yo tenía valor para resistir, tú encontrarías fuerza contrala adversidad. No llores, pues, querida madre. Estoy dispuesta á entrar en cualquier almacén, y no pensaré nunca en lo que fuimos. Seré como tú en tu juventud, una dependienta principal, y ni una vez me quejaré de mi suerte. Me queda una esperanza. ¿No recuerdas lo que dijo Popinot?

— El pobrecillo, no será mi yerno...

— ¡Oh, mamá!...

— Será verdaderamente un hijo mío.

— La desgracia, dijo Cesarina besando á su madre, tiene esto de bueno, que nos enseña á conocer á nuestros verdaderos amigos.

Cesarina acabó por endulzar con sus caricias la pena de la pobre mujer. Al día siguiente por la mañana, Constanza fué á casa del duque de Lenoncourt, uno de los primeros gentilhombres de cámara del rey, y le dejó una carta en la cual le pedía una audiencia. Luego fué á casa del señor de la Billardiére, le expuso la situación en que la huida del notario había colocado á César, le rogó que la apoyase cerca del duque y que hablase por ella, que temia explicarse mal. Deseaba un empleo para Birotteau. Birotteau sería el cajero más honrado, si en la honradez hubiera sus más y sus menos.

— El rey acaba de nombrar al conde de Fontaine para una dirección general, no hay tiempo que perder.

A la dos, La Billardiére y la señora de Birotteau subian la gran escalera del hotel de Lenoncourt, calle de Santo Domingo, y vieron al gentilhombre preferido por el rey, suponiendo que Luis XVIII tuvo preferencias. La amable acogida de aquel gran señor, que pertenecía al corto número de los verdaderos aristócratas que el precedente ha legado á este siglo, esperanzó á Constanza. La mujer del perfumista se mostró digna y modesta en su dolor. El dolor ennoblece á las personas más vulgares, porque tiene su grandeza, y para apropiársela, basta ser sincero y Constanza era una mujer esencialmente sincera. Se decidieron á ver al rey lo antes posible.

A mitad de la conferencia, anunciaron al señor de Vaudenesse, y el duque exclamó:

— ¡Será nuestro salvador!

La señora Birotteau no era desconocida para el joven que había ido una ó dos veces á su tienda para encargar esas pequeñeces con frecuencia tan importantes como las grandes cosas. El duque le explicó las intenciones de la Billardiére. Enterándose de la desgracia que abatía al ahijado de la marquesa de Uxelles, Vaudenesse fué inmediatamente con la Billardiére á casa del conde de Fontaine, rogando á la señora de Birotteau que le aguardase.

El señor conde de Fontaine era, como la Billardiére, uno de esos nobles aristócratas de provincia, héroes casi ignorados de la Vendée. Birotteau no le era desconocido, lo había visto en otro tiempo en

la *Reina de las Rosas*. Las gentes, que antes derramaron su sangre por la monarquía, gozaban en aquella época de privilegios que el rey reservaba muy secretamente para no alarmar á los liberales. Al señor de Fontaine, uno de los favoritos de Luis XVIII, se le suponía disfrutando toda la confianza del rey. No solamente el conde prometió formalmente un empleo, sino que fué á casa del duque de Lenoncourt, entonces de servicio, para rogarle que se le obtuviera un momento de audiencia aquella misma tarde, y que pidiese para la Billardiére una audiencia de monseñor, que distinguía muy particularmente á este antiguo diplomático de la Vendée.

Aquella tarde misma, el señor conde de Fontaine fué desde las Tullerías á casa de la señora de Birotteau, anunciándola que su marido sería oficialmente nombrado para un destino de dos mil quinientos francos en la Caja de amortización; todos los servicios de la casa real se encontraban por entonces ofrecidos á nobles supernumerarios, con los cuales había compromisos contraídos.

Este éxito no fué más que una parte de la tarea de la señora Birotteau. La pobre mujer fué á la calle de San Dionisio, al *Gato juguetero*, á buscar á José Lebas. En el camino vió en un hermoso coche á la señora de Roguin que, sin duda, iba de compras. Sus miradas se cruzaron. La vergüenza que la mujer dichosa no pudo reprimir al ver á la mujer arruinada, dió valor á Constanza.

— Jamás arrastraré carruaje con el dinero de otro, pensó.

Siendo bien recibida por José Lebas, le rogó que buscara colocación para Cesarina en una casa de comercio respetable. Lebas no aseguró nada; pero ocho días después, Cesarina tenía mesa, habitación y tres mil francos en la casa más rica de novedades de París, la cual establecía una sucursal en el barrio de los Italianos. La caja y la vigilancia del almacén estaban confiadas á la hija del perfumista la cual disfrutando de mayor autoridad que la primera dependiente, representaba á los dueños.

En cuanto á la señora Birotteau fué aquel mismo día á ver á Popinot pidiéndole que la encargase de la caja, de la correspondencia y los cuidados domésticos. Popinot comprendió que su casa era la única donde la mujer del perfumista podría encontrar las atenciones merecidas, y una posición independiente. El noble joven la ofreció tres mil francos al año, mesa y su alcoba que hizo arreglar, habilitando para sí el desván de un dependiente. De este modo, la bella perfumista, después de haber disfrutado durante un mes las suntuosidades de su hogar, tuvo que reducirse á la horrible habitación con vistas á un patio oscuro y húmedo, donde Gaudissart, Anselmo y Finot, habían festejado el *Aceite cefálico*.

Cuando Molineux, nombrado agente por el tribunal de comercio, fué á tomar posesión del activo de César Birotteau, Constanza, ayudada por Celestino, comprobó en su presencia el inventario. Después madre é hija, salieron á pie, sencillamente vestidas, dirigiéndose á casa de su tío Pillerault

sin volver la cabeza, después de haber vivido allí un tercio de su vida. Caminaron en silencio hacia la calle Bourdonnais, donde comieron con César por primera vez después de su separación. Fué una comida triste. Todos habían tenido tiempo de reflexionar, de medir la magnitud de sus obligaciones y de sondear sus fuerzas. Estaban los tres como marineros, dispuestos á luchar con un temporal, sin desconocer el peligro. Birotteau cobró ánimos al oír con cuánto interés algunos elevados personajes se habían interesado por su suerte; pero lloró cuando supo que su hija empezaría también á trabajar. Después oprimió la mano á su mujer, admirando las energías con que nuevamente comenzaba las luchas de la vida.

El tío Pillereault sintió por última vez sus ojos humedecidos ante el cuadro conmovedor que formaban aquellos tres seres unidos, confundidos en un abrazo; Birotteau, el más débil de los tres, el más abatido, levantó la mano diciendo:

— ¡Esperemos!

— Para economizar, dijo el tío, tú vivirás conmigo, conserva mi alcoba y comparte mi pan. Hace mucho tiempo que me aburro de verme solo; ocuparás el puesto de aquel pobre hijo que perdí. Estás á un paso de la calle del Oratorio, de tu oficina.

— ¡Dios de bondad! exclamó Birotteau, entre la ruda tormenta una estrella me guía.

Resignándose, el desdichado aplaca su desventura. La caída de Birotteau se había consumado,

él mismo se resignaba y su resignación le fortalecía.

Después de presentar su balance, un hombre de negocios no debería ocuparse más que de buscar un oasis en Fracia ó en el extranjero para vegetar sin intervenir en nada, como un niño: la ley le declara menor é incapaz de todo acto legal, ni público ni privado. Pero no sucede esto. Antes de reaparecer espera un salvoconducto que jamás ningún juez-comisario ni acreedor negaron, porque si le sorprendieran sin ese *permiso*, le llevarían á la cárcel, mientras que defendido por semejante salvaguardia, recorre en calidad de parlamentario el campo enemigo, no por curiosidad, sino para frustrar las malas intenciones de la ley respecto á los quebrados. La consecuencia de toda ley que toca á la fortuna privada, es desarrollar prodigiosamente las picardías ingeniosas. El pensamiento de los quebrados, como de todos aquellos cuyos intereses son contrariados por cualquier ley, es hacerla inaplicable á su caso especial. El estado de muerte civil, ó de crisálida en que dejan a un quebrado, dura tres meses próximamente, tiempo exigido por las formalidades, antes de llegar á la junta de acreedores en la que se establece entre los acreedores y el deudor un tratado de paz, transacción llamada convenio. Esta palabra indica suficientemente que la conveniencia reina después de la tempestad promovida entre intereses violentamente contrariados.

Al recibir el balance, el tribunal de comercio nombra en seguida un juez-comisario que vela por

Obsequio de la
Universidad Nacional
de México

los intereses del grupo de acreedores desconocidos, y debe también proteger al quebrado contra los intentos vejatorios de sus acreedores irritados: doble papel magnífico, si los jueces-comisarios tuvieran tiempo bastante para desempeñarlo. El juez-comisario autoriza un agente que se incauta de los fondos, valores, mercancías, comprobando el activo que figura en el balance; por último, el escribano cita á una reunión de acreedores, la cual se hace á son de tambor, con anuncios en los periódicos. Los acreedores falsos ó verdaderos acuden y se reúnen para nombrar los síndicos interinos que reemplazan al agente, se calzan los zapatos del quebrado, se convierten, por una ficción de la ley, en el quebrado mismo, y pueden liquidarlo todo, venderlo todo, transigir en todo; en fin, matar la gallina en provecho de los acreedores si el quebrado no se opone á ello. Casi todas de las quiebras parisienses se paralizan en cuanto se nombran síndicos interinos; y he aquí la razón:

El nombramiento de uno ó más síndicos definitivos es uno de los actos más apasionados á los cuales pueden entregarse los acreedores ansiosos de venganza, burlados, escarnecidos ridiculizados, sorprendidos, robados y engañados. Aunque en general los acreedores son engañados, escarnecidos, ridiculizados, sorprendidos, y burlados, no existe pasión comercial en París que dure noventa días. En los negocios, solamente los giros, se alzan ansiosos de cobrar, á los tres meses. A los noventa días todos los acreedores, extenuados de

fatiga por las marchas y contramarchas que exige una quiebra, duermen en compañía de sus excelentes mujercitas. Esto puede ayudar á los extranjeros á comprender hasta qué punto en Francia es definitivo lo provisional: de mil síndicos interinos no llegan á ser definitivos más de cinco. El motivo de esta retractación de odios exacerbados por la quiebra, se concibe. Pero es necesario explicar á las gentes que no tienen la dicha de ser comerciantes, el drama de una quiebra, á fin de hacer comprender por qué en París constituye una de las más tremendas chuscadas legales, y cómo la quiebra de César iba á ser una monstruosa excepción.

Ese admirable drama comercial tiene tres actos distintos: el acto del agente, el acto de los síndicos y el acto del convenio. Como todas las comedias, ofrece un espectáculo doble: el escenario á telón abierto, para el público, y los resortes ocultos. La representación vista desde la sala, y la representación vista desde los bastidores. En los bastidores están el quebrado y su abogado, el procurador de los comerciantes, los síndicos y el agente, por último, el juez-comisario. Nadie sabe fuera de París, y nadie en París ignora que un juez del Tribunal de comercio es el más extraño magistrado que una sociedad se permitió crear. Ese juez puede temer á cada momento su justicia contra si mismo. París ha visto al presidente de su Tribunal de comercio en el caso de hacer liquidación forzosa. En vez de ser un antiguo comerciante retirado de todos los negocios, y para quien esa magistratura sería la

recompensa de una vida sin tacha, el juez es un comerciante abrumado por enormes empresas, al frente de una inmensa casa. La condición *sine qua non* de la elección del juez, obligado á juzgar las avalanchas de procesos comerciales que ruedan incesantemente en la capital, es tener muchas dificultades para dirigir sus propios negocios. El Tribunal de comercio, en vez de haber sido instituido como una útil transición desde donde el negociante se remontaría, sin ridiculizarse, á las regiones de la nobleza, se compone de negociantes en ejercicio, que pueden padecer sus sentencias, tropezando con los descontentos, como Birotteau con de Tillet.

El juez-comisario es, pues, necesariamente un personaje ante el cual se habla mucho, que lo escucha todo pensando en sus negocios y que traslada el asunto á los síndicos y al abogado, excepto en algunos casos extraños donde los robos se presentan con circunstancias curiosas y le hacen decir que los acreedores ó el deudor son gentes hábiles. Este personaje, colocado en el drama como un busto real en una sala de audiencia, se ve por la mañana, entre las cinco y las siete, en su corral si comercia en maderas, en su tienda si, como en otro tiempo Birotteau, es perfumista; por la noche, después de comer, entre la fruta y el queso; y siempre horriblemente apresurado. Así, ese personaje es generalmente mudo. Hagamos justicia á la ley: la legislación hecha por casualidad, que rige la materia, ata las manos al juez-comisario, y en la mayor parte

de las circunstancias sanciona fraudes sin poderlos impedir, como vais á ver.

El agente, en vez de ser el hombre adicto á los acreedores puede llegar á serlo al deudor. Cada uno espera mejorar su parte haciéndose favorecer por el quebrado, al cual se le suponen siempre tesoros ocultos. El agente puede servirse de ambas partes, sea no tirando al degüello los negocios del quebrado, sea procurando ventajas á las personas influyentes; maneja, pues, la cabra y la berza. Con frecuencia un agente hábil ha hecho anular una quiebra, adquiriendo los créditos y rehabilitando al comerciante, que rebotaba como una pelota. El agente se inclina hacia el pesebre mejor provisto. ya convenga proteger á los mas poderosos acreedores contra el deudor, ya immolar á los acreedores para no entorpecer el porvenir del comerciante. Así, la resolución del agente es decisiva. Este hombre, como el abogado, representa los intereses de todos en esta obra, donde tanto el uno como el otro no aceptan su papel sin asegurar sus honorarios. Por término medio, de mil quiebras, el agente es en noventa y cinco adicto al quebrado. En la época en que se desarrollaba esta historia casi siempre los abogados iban á buscar al juez-comisario y le presentaban á un agente para que le nombrara, el suyo, un hombre á quien los negocios del comerciante eran conocidos y que sabría conciliar los intereses del grupo y los del hombre digno caído en la desgracia. Desde algunos años á esta parte, los jueces hábiles se hacen indicar al agente propuesto,

para nombrar otro que no esté en relaciones con él y tenga por lo menos apariencias de honrado.

Se presentan los acreedores, falsos ó verdaderos para designar los sindicos *interinos* que son, como se ha dicho, *definitivos*. En esta junta electoral tienen derecho á votar todos, lo mismo los que acreditan cincuenta centimos que los que figuran por cincuenta mil francos; los votos se cuentan y no se pesan. Esta junta, á la que asisten los falsos acreedores, introducidos por el quebrado, los únicos que no faltan nunca á la elección, propone como candidatos á varios acreedores entre los cuales el juez-comisario, presidente sin voto, está *obligado* á elegir los sindicos. Así, el juez-comisario recibe casi siempre de manos del quebrado los sindicos que á este le convienen, otro abuso que hace de la catástrofe uno de los más burlescos dramas protegidos por la justicia. El hombre caído en desgracia, dueño del terreno, legaliza entonces el robo que ha meditado. Generalmente, el humilde comercio de París está libre de toda censura. Cuando un tendero llega á la liquidación forzosa, el pobre hombre, honrado, ha vendido ya el chal de su mujer, ha empeñado los cubiertos, y después de apurar todos los recursos, sucumbe con las manos vacías, arruinado, sin dinero siquiera para pagar á su abogado defensor, que se preocupa muy poco de su asunto.

La ley exige que el convenio cediendo al comerciante una parte de su deuda y rehabilitándole en sus negocios sea votado por una cierta mayoría del capital y del número de personas. Esta obra magna

exige una hábil diplomacia dirigida entre los intereses opuestos que se empujan y se contradicen, por parte del quebrado, de su abogado y de los sindicos. La maniobra acostumbrada, vulgar, consiste en ofrecer al grupo de los acreedores que forman la mayoría exigida por la ley, primas que paga el deudor, además de los dividendos autorizados por el convenio. Contra este inmenso fraude no hay ningún remedio; los treinta Tribunales de comercio que se han sucedido los unos á los otros, lo conocen por haberlo practicado. Ilustrados por una larga experiencia han acabado por decidirse á anular los créditos sospechosos de fraude; y como los quebrados tienen interés en quejarse de esta *extorsión*, los jueces esperan moralizar así la quiebra; pero llegarán á hacerla todavía más inmoral; los acreedores inventarán alguna maña más indigna, que los jueces censurarán como jueces, y de la cual se aprovecharán como negociantes.

Otra maniobra frecuentemente usada y á la que se debe la expresión *acreedor serio y legítimo*, consiste en crear acreedores como de Tillet había creado una casa de banca, y en introducir un cierto número de Claparones, bajo cuya piel se oculta el quebrado, quien, desde entonces disminuye así el dividendo de los acreedores verdaderos y se procura recursos para el porvenir, apañando además el número de votos y la cantidad necesaria para conseguir su convenio. Los *acreedores alegres é ilegítimos* son como los falsos electores introducidos en el colegio electoral; Qué puede hacer el acreedor *serio*

y *legítimo* contra los acreedores *alegres é ilegítimos*? ¿Evitarlos denunciándolos? Bien. Para arrojar al intruso, el acreedor *serio y legítimo* tiene que abandonar sus asuntos, encargar á un abogado de su causa, cuyo abogado ganando en esto muy poco, prefiere *dirigir* quiebras, y conduce de mala manera ese pleiteillo. Para desbancar al acreedor *alegre* se necesita entrar en el laberinto de las operaciones, remontarse á épocas lejanas, registrar los libros, obtener por mandamiento judicial la presentación de los del falso acreedor, deseubrir la inverosimilitud de la ficción, demostrarla á los jueces del tribunal, pleitar, ir, venir, interesar á muchos espíritus indiferentes; luego hacer oficio de Don Quijote para cada acreedor *ilegítimo y alegre*, los cuales, cuando al fin se les puede probar su *bro-mazo*, se retiran saludando á los jueces y diciendo: « Perdonad; os habéis equivocado, somos *muy serios* ». Todo sin perjuicio de los derechos del quebrado, que puede apelar contra el Don Quijote. Durante ese tiempo, los asuntos de Don Quijote van como Dios quiere y es posible que le lleven á una liquidación forzosa.

Moraleja: El deudor nombra sus síndicos, examina sus créditos y arregla su convenio él solo.

Después de estos datos, ¿quién no adivina las intrigas, las burlas de Sganarelo, las invenciones de Frontin, las mentiras de Mascarilla y los sacos vacíos de Scapin, que intervienen en esos dos sistemas? No existe quiebra en que no aparecieran bastantes complicaciones para llenar los catorce volú-

menes de *Clarise Harlowe*, si un autor se decidiese á describirla. Un solo ejemplo bastará. El ilustre Gobseck, el maestro de los Palma, de los Gigonnet, de los Werbrust, de los Keller y de los Nucingen, hallándose en una quiebra á la cual se había propuesto rudamente arrastrar á un comerciante que había sabido engañarle, recibió en letras que venían después del convenio, una cantidad, que unida á la de los dividendos, sumaba el total de su crédito. Gobseck aprobó la aceptación de un convenio que ofrecía solo el veinticinco por ciento con grandes ventajas para el quebrado. Ya estaban burlados los acreedores en beneficio de Gobseck. Pero el negociante había firmado las letras ilícitas con el nombre de la razón social en quiebra y pudo aplicar á estas letras la deducción del setenta y cinco por ciento. Gobseck, el insigne Gobseck, recibió apenas el cincuenta por ciento. Saludaba siempre á su deudor con un respeto irónico.

Pudiendo ser acriminadas todas las operaciones hechas por un quebrado en los diez días que preceden á la quiebra, algunos hombres previsores cuidan de entablar ciertos negocios con algunos acreedores á los cuales interesa, como al mismo quebrado, llegar pronto á un convenio. Otros acreedores muy astutos, van á buscar á los acreedores inocentes ó muy ocupados, pintándoles la quiebra con negros colores, y les compran sus créditos por la mitad de lo que han de valer en la liquidación, y recobran así su dinero por el dividendo de sus créditos y la mitad, la tercera, ó la cuarta parte que ganan en

los créditos adquiridos. La quiebra es el cierre más ó menos hermético de una casa donde el saqueo ha dejado algunos paquetes de plata. Feliz el comerciante que se desliza por la ventana, por el techo, por los sólanos, por un agujero, que puede apoderarse así de una cantidad acrecentando su parte. En esa derrota, donde se proclama el « sálvese quien pueda » del Beresina, todo es legal é ilegal, falso y cierto, honrado y deshonesto. Se admira al hombre que se *cubre*. Cubrirse es apoderarse de algunos valores en detrimento de los otros acreedores. Han resonado en Francia los debates de una inmensa quiebra ocurrida en una ciudad donde hay Audiencia, y los magistrados, de acuerdo con los quebrados, hicieron mangas y capirotos con el manto de la justicia. Recayendo sospechas legítimas, hubo que apelar á otro tribunal. No había juez comisario, ni agente, ni Tribunal Supremo á que acudir en el lugar donde se había presentado la bancarrota.

Ese temible embrollo comercial es tan conocido en París, que á menos de verse interesado en la quiebra por un crédito de suma importancia, cualquier comerciante, por muy desocupado que esté, acepta la quiebra como un siniestro sin seguro, traslada el crédito á la cuenta de *ganancias y pérdidas*, y no comete la tontería de malgastar su tiempo; continúa urdiendo sus negocios. En cuanto al modesto comerciante, fustigado por un vencimiento de fin de mes, ocupado en seguir el carro de su fortuna: un proceso espantoso por su duración caro

y difícil de entablar, le espanta; renuncia á estudiarlo, imita al comerciante poderoso, y baja la cabeza realizando su pérdida.

Los comerciantes poderosos nunca llegan á una liquidación forzosa; liquidan amistosamente; los acreedores se dan por satisfechos con lo que se les ofrece. Así evitan el deshonor, las demoras judiciales, los honorarios de los abogados, la depreciación de las mercancías. Todos creen que la quiebra produciría menos que la liquidación voluntaria. En París hay más liquidaciones voluntarias que quiebras.

El proceder de los síndicos se reduce á probar que todo síndico es incorruptible, que no hay jamás entre ellos y el quebrado la menor connivencia. El público, que ha sido más ó menos síndico, sabe que todo síndico es un acreedor *cubierto*. Escucha, cree lo que le conviene y llega el día del convenio después de tres meses empleados en comprobar los créditos pasivos y los créditos activos. Los síndicos provisionales presentan entonces á la junta un informe, cuya fórmula general es la siguiente :

« Señores, se nos debe á todos, en números redondos, un millón. Hemos despojado á nuestro hombre como á un buque naufrago. Los clavos, los hierros, las maderas, los cobres, han producido trescientos mil francos. Tenemos, pues, el treinta por ciento de nuestros créditos. Dichosos de haber encontrado tal cantidad, cuando nuestro deudor pudo habernos dejado solamente cien mil francos, le declaramos un Aristides, le votamos primas de favor, y propo-

nemos que se le deje su activo, concediéndole diez ó doce años para pagarnos el cincuenta por ciento que se ha dignado prometernos. Este es el convenio; pasad á firmarlo. »

Al oír este discurso, los felices comerciantes se felicitan y se abrazan. Después de la ratificación de este convenio, el quebrado vuelve á ser comerciante como antes, se le devuelve su activo, y comienza de nuevo sus negocios, sin que le quede prohibido quebrar de nuevo con aquellos créditos que se le confían; recaída, que se repite con frecuencia, presentándose como una criatura nacida de una señora á los nueve meses del casamiento de su hija.

Si no es aceptado el convenio, los acreedores nombran entonces los síndicos definitivos, toman precauciones exorbitantes, asociándose para explotar los bienes ó el comercio de su deudor; embargan todo lo que pueda tener; la herencia posible de su padre, de su madre, de su tía, etc. Esta rigurosa medida se ejecuta por medio de un contrato de asociación.

Hay, pues, dos quiebras: la quiebra del comerciante que desea proseguir los negocios y la quiebra del comerciante que, habiendo caído al agua, se contenta con irse al fondo del río. Pillereault conocía bien esta diferencia. Era, según él, como según Ragon, tan difícil salir puro de la primera, como salir rico de la segunda. Después de haber aconsejado la renuncia general fué á buscar al abogado más honrado de la plaza, para que propusiese la liquidación de la quiebra dejando todos los va-

lores á disposición de los acreedores. La ley exige que, mientras se desarrolla el drama, los acreedores den alimentos al quebrado y á su familia. Pillereault hizo saber al juez-comisario que él atendería á las necesidades de sus sobrinos.

Todo había sido combinado por de Tillet para convertir la quiebra en una agonía constante de su antiguo principal. He aquí cómo: El tiempo vale tanto en París que generalmente, en las quiebras, de los dos síndicos uno solo se ocupa de los negocios. Al otro se le nombra solamente para cubrir la fórmula; lo aprueba todo como el segundo notario en las actas notariales. El síndico en funciones, descansa muchas veces en el abogado. Por este medio en París, las quiebras de la primera clase se conducen tan precipitadamente que en los plazos fijados por la ley todo queda concluido, preparado, servido y arreglado. En los cien días el juez-comisario puede decir la frase atroz de un ministro: « El orden reina en Varsovia ». De Tillet deseaba la muerte comercial del perfumista. El número de síndicos elegidos por la influencia de Tillet fué significativo para Pillereault. El señor Bidault, llamado Gigonnet, principal acreedor, no debía ocuparse de nada. Molineux, el viejecillo quisquilloso que no perdía nada, debía ocuparse de todo. De Tillet había arrojado á esa especie de chacal el noble cadáver comercial, para que le atormentase devorándolo. Después de la junta en que los acreedores nombraron el sindicato, el viejo Molineux volvió á su casa, honrado, según decía, con los votos de sus conciuda-

danos, feliz con tener bajo su imperio á Birotteau, como un niño con un insecto á quien atormentar. El casero, montado en la ley, rogó á de Tillet que le ayudase con sus luces, y compró el Código de Comercio. Felizmente José Lebas, prevenido por Pillereault, había conseguido de antemano del presidente el nombramiento de un juez-comisario, sagaz y benévolo. Gobenheim-Keller, en quien de Tillet confiaba, se vió sustituido por el señor Camusot, juez suplente, el rico comerciante en sedería, liberal, propietario de la casa en que vivía Pillereault y hombre de muy honrada reputación.

Una de las más horribles escenas de la vida de César fué su conferencia obligada con el viejo Molineux, aquel hombrecillo al cual siempre consideró nulo y que por una ficción de la ley representaba al mismo César Birotteau. Tuvo que ir acompañado de su tío al pasaje Batave, subir al sexto piso y volver á entrar en la horrible habitación del viejo, su tutor, su casi juez, el representante del grupo de acreedores.

— ¿Qué tienes? dijo Pillereault oyendo una exclamación de César.

— ¡Ah, tío mío; no sabéis qué hombre es este Molineux!

— Hace quince años que le veo de cuando en cuando en el café David, donde juega por la tarde al dominó: por eso te acompaño.

El señor Molineux hizo gala de una cortesía excesiva con Pillereault y de una desdeñosa condescendencia con su quebrado. El viejecillo había me-

ditado su conducta, había estudiado las variaciones de sus maneras, había preparado sus ideas.

— ¿Qué datos deseáis? dijo Pillereault. No hay ninguna protesta relativa á los créditos.

— ¡Oh! dijo Molineux. Los créditos están en regla, todo está comprobado. Los acreedores son serios y legítimos. ¡Pero la ley, señor, la ley! Los gastos que aparecen del quebrado están en desproporción con su fortuna... Consta que el baile...

— Al cual asististeis, dijo Pillereault, interrumpiéndole.

— ... Ha costado cerca de 60.000 francos, ó esta suma ha sido gastada con tal ocasión; el activo del quebrado no ascendía más que á cien mil y pico de francos... Estamos en el caso de someter al quebrado á un juez extraordinario, con la inculpación de banarrota simple.

— ¿Es vuestra opinión? dijo Pillereault, al ver el abatimiento en que sumieron á Birotteau aquellas palabras.

— Señor, distingamos: el señor Birotteau, teniente alcalde...

— ¿Por lo visto, nos hicisteis venir para comunicarnos que seremos juzgados por la sala de lo criminal? dijo Pillereault. Todo el café David reirá esta tarde al conocer vuestra conducta.

La opinión del café David parecía espantar mucho al viejecillo, que miró á Pillereault revelando cierto aturdimiento. El síndico esperaba la visita de Birotteau solo, y se había prometido constituirse

en árbitro soberano, en Jupiter. Contaba con asustar á Birotteau blandiendo la requisitoria preparada, levantar sobre su cabeza el hacha correccional, gozar de sus alarmas; de sus terrores, luego ablandarse, dejándose conmover y devolver á su víctima un alma eternamente agradecida. En vez de un insecto, encontró la vieja esfinge comercial.

— Señor, le dijo. No es cosa de risa.

— Dispensadme, respondió Pillereault. Teneis frecuentes conciliábulos con el señor Claparón; abandonáis los intereses del grupo, esperando ser privilegiado por vuestros créditos. Pero, yo puedo, como acreedor, intervenir. Para eso hay un juez-comisario.

— Señor, dijo Molineux, soy incorruptible.

Perdonadme, contestó Pillereault; habéis hecho lo posible para huir de la quema. Sois astuto, y os portasteis en este asunto como con vuestros inquilinos...

— ¡Oh, señor, dijo el síndico, ya convertido en casero, como la gata metamorfoseada en mujer corre detrás de un ratón; sobre mi asunto de la calle Montorgueil, no ha recaído aún sentencia. Sobrevino lo que llaman un incidente. El inquilino, un intrigante, pretende ahora que, habiendo pagado un año adelantado, y no haciendo más que un año que habita...

Pillereault dirigió á César una mirada, para recomendarle la más viva atención.

— ... Teniendo pagado el año, puede llevarse los muebles. Nuevo proceso. En efecto, debo conservar

mis garantías hasta el absoluto ajuste de cuentas; acaso me deba desperfectos...

— Pero, dijo Pillereault, la ley concede la garantía de los muebles sólo para el alquiler.

— ¡Y accesorios! dijo Molineux, atacado en donde más le dolía. El artículo del Código está interpretado por las sentencias dictadas en casos análogos; se necesita, sin embargo, una rectificación legislativa. Precisamente, ahora estoy preparando una memoria dirigida á su excelencia el Guardasellos, para aclarar esa deficiencia de la legislación. Debería el gobierno ocuparse de los intereses de la propiedad. Todo es en beneficio del Estado; nosotros somos la base del impuesto.

— Es posible que vos ilustreis al gobierno, dijo Pillereault, pero ¿en qué podemos nosotros ilustraros respecto á nuestros asuntos?

— Quiero saber, dijo Molineux con enfática autoridad, si el señor Birotteau ha recibido cantidades del señor Popinot.

— No, señor, dijo Birotteau.

Sostuvieron una discusión acerca de la participación de Birotteau en la casa Popinot, de la cual resultó que Popinot, tenía derecho á cobrar íntegramente sus anticipos sin tomar parte en la quiebra, por la mitad de los gastos de instalación que le debía Birotteau. El síndico Molineux, trasteado por Pillereault, volvió insensiblemente á presentarse amable, demostrando así hasta qué punto apreciaba la opinión de los parroquianos del café David. Acabó por consolar á Birotteau y por

ofrecerle, como á Pillereault, su modesta comida. Si el ex-perfumista hubiese ido solo, tal vez irritara á Molineux empeorándose el negocio. En esta circunstancia, como en algunas otras, el viejo Pillereault fué un ángel tutelar.

La ley comercial impone á los quebrados un horrible suplicio : deben comparecer entre sus síndicos provisionales y su juez comisario en la junta donde sus acreedores deciden de su suerte. Para un hombre despreocupado, como para el comerciante que busca un desquite, esta triste ceremonia es poco temible; pero para un hombre como César Birotteau, es un suplicio sólo comparable al último día de un sentenciado á muerte. Pillereault hizo todo lo posible para que resultara soportable á su sobrino aquel horrible día.

He aquí cuáles fueron las operaciones de Molineux consentidas por el quebrado. El proceso relativo á los terrenos situados en la calle del arrabal del Temple se ganó en el Supremo. Los síndicos decidieron vender las propiedades. César no se opuso. De Tillet, enterado de los proyectos del gobierno, concernientes á un canal que debía unir Saint-Denis al alto Sena, pasando por el arrabal del Temple, compró los terrenos de Birotteau por setenta mil francos. César cedió sus derechos en el asunto de los terrenos de la Magdalena al señor Claparón, y éste se comprometió á desistir de toda reclamación relativa á la mitad correspondiente á Birotteau en los gastos de registro y de escrituras, con obligación de pagar el valor de los terrenos, co-

brando en la quiebra el dividendo que correspondía á los vendedores. La participación del perfumista en la casa Popinot y Compañía, fué adjudicada al mismo Popinot por la cantidad de cuarenta y ocho mil francos. Las existencias de la *Reina de las Rosas*, fueron adquiridas por Celestino Crevel en cincuenta y siete mil francos con el traspaso de la tienda, contrato de casa, mercancías, muebles, la propiedad de la *Pasta de las sultanas*, la del *Agua carminativa* y el usufructo por doce años de la fábrica, cuyos enseres le fueron igualmente cedidos. El activo, líquido, fué de ciento noventa y cinco mil francos, á los cuales los síndicos añadieron setenta mil francos, acreditados por los derechos de Birotteau en la liquidación del infortunado Roguin. Así, el total ascendió á doscientos cincuenta y cinco mil francos. El pasivo ascendía á cuatrocientos cuarenta; quedaba más del cincuenta por ciento. La quiebra es como una operación química de la cual un comerciante hábil procura salir lo mejor posible. Birotteau, destilado por completo en la retorta, daba un resultado que hizo enfurecer á de Tillet. De Tillet espereba una quiebra vergonzosa y veía una quiebra honrada. Poco sensible á su lucro cuando adquiría los terrenos de la Magdalena sin aflojar la bolsa, hubiera querido ver al pobre perfumista, deshonrado, perdido, vilipendiado. Los acreedores, en la junta general sin duda sacarían al perfumista en triunfo. A medida que Birotteau recobraba sus fuerzas, su tío, como prudente médico, le graduaba las dosis iniciándole en las operaciones de la quie-

bra. Cada medida violenta era un nuevo golpe. Un comerciante no mira sin dolor la depreciación de las cosas que representan para él tanto dinero, tantos cuidados. Las noticias que le daba su tío le petrificaban.

— ¡Cincuenta y siete mil francos la *Reina de las Rosas!* ¡Pero si el almacén ha costado diez mil francos; si las habitaciones cuestan cuarenta mil francos; pero si la instalación de la fábrica, los utensilios, las calderas, han costado treinta mil francos; pero si con el cincuenta por ciento de descuento, había diez mil francos en mi tienda; pero si la *Pasta* y el *Agua* son una propiedad que asegura una renta!

Estas jeremiadas del pobre César arruinado no preocupaban á Pillereault. El antiguo comerciante las escuchaba como quien oye llover; pero le asustaba el silencio sombrío en que se sumía el perfumista cuando se trataba de la junta. Para quien comprenda las vanidades y las debilidades que en cada esfera social preocupan al hombre, ¿no resulta un horrible suplicio que aquel infeliz apareciese como quebrado ante un tribunal de comercio donde había sido juez? ir á padecer vejaciones en el mismo lugar donde tantas veces le habían dado las gracias por los favores que hizo, él, Birotteau, cuyas opiniones inflexibles respecto á los quebrados eran conocidas de todo el comercio parisién; él que había dicho: «Aún es hombre honrado el que presenta el balance, pero de la junta de acreedores sale hecho un bribón?» Su tío aprovechó los momentos favorables para familiarizarle con la idea de com-

parecer ante sus acreedores reunidos en junta, como la ley dispone. Esta obligación mataba á Birotteau. Su muda resignación impresionaba profundamente á Pillereault que con frecuencia, á través del tabique le oía decir:

— ¡Jamás, jamás; moriré antes!

Pillereault, aquel hombre tan fuerte por la sencillez de su vida, comprendía la debilidad. Resolvió evitar á Birotteau las angustias á las cuales podía sucumbir en la escena terrible de su comparecencia ante los acreedores ¡escena inevitable! La ley en este punto es terminante, clara, exigente. El comerciante que se niega á comparecer puede por este solo hecho ser juzgado en la sala de lo criminal á prevención de quiebra fraudulenta. Pero la ley que obliga al quebrado á presentarse, no señala esta obligación al acreedor. Una junta de acreedores no es una ceremonia importante, sino en casos determinados: por ejemplo, si ha lugar á desposeer á un bribón y hacer un contrato de asociación; si hay disidencia entre los acreedores favorecidos y los acreedores perjudicados; si el convenio es abusivo y el quebrado dispone de una mayoría dudosa. Pero en el caso de una quiebra donde todo está realizado, como en el caso de una quiebra en que el pillastre lo ha preparado todo, la junta es una mera formalidad. Pillereault fué rogando á los acreedores, uno á uno, que firmasen un poder al abogado. Todos, exceptuando á de Tillet, compadecían sinceramente á César, después de haberle abatido. Todos sabían cómo se portaba el perfumista, cómo

tenía sus libros en regla, hasta qué punto eran claros sus negocios. Todos los acreedores estaban satisfechos de no ver entre ellos ningún acreedor *guasón*. Molineux, primero agente, luego síndico, había encontrado en casa de César todo lo que el pobre hombre poseía, hasta el grabado de *Hero y Leandro*, que le regaló Popinot, sus alhajas personales, su alfiler, sus hebillas de oro, sus dos relojes, que el hombre más honrado hubiera recogido sin escrúpulo. Constanza había dejado sus modestas joyas. Esta conmovedora obediencia á la ley, impresionó vivamente al comercio. Los enemigos de Birotteau referían estas circunstancias como pruebas de imbecilidad; pero las gentes sensatas las apreciaron como eran, un exceso de delicadeza. Dos meses después la opinión había cambiado en la Bolsa. Los más indiferentes confesaban que aquella quiebra era una de las más raras curiosidades comerciales que se vieron en la plaza. También los acreedores, sabiendo que iban á percibir cerca del sesenta por ciento, sirvieron en todo á Pillereault. Como había poquisimos abogados, la mayor parte de los acreedores tuvieron el mismo apoderado. Pillereault terminó por reducir la formidable junta á tres abogados, Ragón, los dos síndicos el juez-comisario y él.

En la mañana del día solemne Pillereault dijo á su sobrino :

— César, puedes ir á la junta sin temor; hoy no encontrarás á nadie en ella.

El señor Ragón quiso acompañar á su deudor. Cuando el antiguo dueño de la *Reina de las Rosas*,

dejó oír su voceilla seca, su ex-sucesor palideció; pero el bondadoso viejecito abrió los brazos, Birotteau se precipitó en ellos como un niño entre los de su padre, y ambos perfumistas confundieron sus lágrimas. El quebrado cobró energías al sentir tanta indulgencia, y subió al coche con su tío. A las diez y media en punto los tres llegaron á los claustros de Saint-Merri, donde en aquel tiempo se reunía el Tribunal de comercio. No había nadie en la sala de los quebrados. La hora y el día habían sido fijados de acuerdo entre los síndicos y el comisario. Los abogados estaban allí representado á sus clientes: así, nada podía intimidar á César Birotteau. Sin embargo, el pobre hombre no entró en el despacho del señor Camusot, que había sido casualmente el suyo, sin una profunda emoción y le estremecía la idea de entrar en la sala de quiebras.

— Hace frío, dijo el señor Camusot á Birotteau; estos señores no se disgustarán si nos quedamos aquí en vez de ir á helarnos á la sala. (No pronunció la palabra quiebra.) Sentaos, señores.

Cada uno tomó una silla; el juez cedió su poltrona á Birotteau, confuso. Los abogados y los síndicos firmaron.

— Mediante el abandono de vuestros valores, dijo Camusot á Birotteau, vuestros acreedores por unanimidad, os condonan el resto de sus créditos; vuestro convenio está concebido en términos tales, que pueden endulzar vuestra pena; vuestro abogado lo hará sancionar lo antes posible: ya estais libre. Todos los jueces del tribunal, estimado

señor Birotteau, dijo Camusot, cogiéndole las manos, están impresionados por vuestra situación, sin que les haya sorprendido vuestra entereza: todos han hecho justicia á vuestra probidad. En la desgracia os hicisteis aún más digno del puesto que ocupasteis aquí. Hace veinte años que vivo en el comercio, y esta es la segunda vez que veo á un comerciante caído, ganando en la estimación pública.

Birotteau, cogiendo las manos del juez las oprimió, derramando lágrimas sus ojos; Camusot le preguntó lo que pensaba hacer; Birotteau respondió que iba á trabajar para pagar á sus acreedores por completo.

— Si para realizar tan noble esfuerzo necesitáis algunos miles de francos, los encontraréis siempre en mi casa, dijo Camusot; los daré con muchísimo gusto para ser testigo de un hecho bastante raro en París.

Pillereault, Ragón y Birotteau se retiraron.

— Ya ves como no se trataba de beberse la mar, le dijo Pillereault á la puerta del Tribunal.

— Reconozco vuestras preparaciones, tío, dijo el pobre hombre, enternecido.

— Ya hemos concluído; nos hallamos á dos pasos de la calle de los Cinco Diamantes; venid á ver á mi sobrino, le dijo Ragón.

Era una cruel sensación para Birotteau ver á Constanza sentada en un pequeño despacho del entresuelo, ahogado y sombrío, encima de la tienda, oscurecido por un tablero que cubría un tercio de

la ventana, y sobre el cual estaba escrito: A. POPINOT.

— Ahí tenéis á uno de los tenientes de Alejandro, dijo con la trivial alegría de los desgraciados el pobre, Birotteau, señalando la muestra.

Aquella broma forzada, en la que aparecía ingenuamente el inextinguible sentimiento de superioridad que se había supuesto Birotteau, produjo como un escalofrío á Ragón, á pesar de sus setenta años. César vió á su mujer, bajando á Popinot cartas para firmar; no pudo contener sus lágrimas ni impedir que palidciera su semblante.

— Buenos días, le dijo ella con expresión risueña.

— ¿Es inútil preguntarte si estás bien aquí? dijo César mirando á Popinot.

— Como en casa de mi hijo, respondió ella con ternura, que impresionó al excomerciante.

Birotteau se acercó á Popinot y le dijo, abrazándole:

— Acabo de perder para siempre el derecho de llamarte hijo mío.

— Esperemos, dijo Popinot. *Vuestro* aceite avanza gracias á mis esfuerzos en los periódicos, á los de Gaudissart que ha recorrido la Francia entera, que la inunda de carteles, de prospectos, y que hace imprimir ahora en Strasburgo prospectos en alemán, y va á caer como una invasión sobre Alemania. Hemos colocado tres mil gruesas.

— ¡Tres mil gruesas! dijo César.

— Y he comprado en el arrabal de San Marcelo

un terreno barato donde se construye una fábrica. Conservaré además la del arrabal del Temple.

— Mujercita mia, dijo Birotteau al oído de Constanza, con algun esfuerzo saldremos adelante.

Después de aquel día fatal, César, su mujer y su hija se comprendieron. El pobre empleado quería llegar á un resultado, si no imposible, al menos gigantesco: ; al pago íntegro de su deuda! Aquellos tres seres, unidos por los lazos de una honradez ferroz, se hicieron avaros privándose de todo. Un céntimo les parecía sagrado. Cesarina demostró por el comercio donde servía un interés incalculable. Pasaba las noches ingeniándose para acrecer la prosperidad de la casa, inventando nuevas confecciones; desplegaba un genio comercial desconocido. Los dueños se vieron obligados á moderar su ardor por el trabajo; la recompensaban con gratificaciones pero ella rehusaba los adornos y las alhajas que la ofrecía su principal ¡Dinero! era su grito. Todos los meses llevaba sus honorarios, sus pequeñas ganancias, á su tío Pillereault. Otro tanto hacía César y lo mismo Constanza. Los tres se reconocían inhábiles; no queriendo ninguno asumir sobre sí la responsabilidad del manejo de los fondos, habían confiado á Pillereault la dirección suprema de la inversión de sus economías. Metido nuevamente á comerciante el tío, sacaba partido de los fondos en la Bolsa. Se supo más tarde que había sido secundado en esta obra por Julio Desmarests y por José Lebas, afanosos uno y otro de indicarle los negocios sin riesgo.

El antiguo perfumista, que vivía con su tío, no se

atreveía á preguntarle acerca del empleo dado á las cantidades adquiridas con su trabajo y con el de su hija y de su mujer. Iba con la cabeza baja por las calles, ocultando á todas las miradas su rostro abatido, descompuesto, estúpido. César se reprochaba por vestir paño fino.

— Al menos, decía mirando angelicalmente á su tío, no como el pan de mis acreedores. Vuestro pan me parece agradable, aun cuando lo debo á la piedad que os inspiro, pensando que, gracias á vuestra santa caridad, no gasto nada de mi sueldo.

Los comerciantes que veían al empleado, no encontraban en él ningún vestigio del perfumista. Los indiferentes concebían una inmensa idea de las vicisitudes humanas al aspecto de aquel hombre, en cuyo rostro el dolor más intenso había señalado su tristeza que aparecía muchas veces alterada por lo que jamás asomó á él: *¡el pensamiento!* No se destruye quien lo desea. Las gentes ligeras, sin conciencia, para quienes todo es indiferente, no pueden ofrecer nunca el espectáculo de un desastre. Sólo la religión imprime un sello particular sobre los seres caídos: creen en un porvenir, en una Providencia: hay en ellos cierta claridad que los distingue, una resignación que brilla como un rayo de esperanza y despierta indecible ternura; recuerdan todo lo que han perdido, como un ángel desterrado llorando á la puerta del cielo. Los quebrados no pueden presentarse en Bolsa. César, arrojado de los dominios de la probidad, era una imagen del ángel suspirando por el perdón.

Durante catorce meses, entregado á las ideas religiosas que su caída le inspiró, Birotteau se negaba á cualquier diversión. Aunque seguro de la amistad de los Ragón, fué imposible decidirle á que fuese á comer con ellos, ni á casa de los Lebas, ni á la de los Malifat, ni á la de los Protez y Chiffreville, ni siquiera á casa del señor Vauquelin, cuando todos se apresuraban á honrar en César una virtud superior. César prefería estar solo en su cuarto que tropezar con las miradas de un acreedor. Las atenciones más cordiales de sus amigos le recordaban amargamente su situación. Constanza y Cesarina tampoco iban á ninguna parte. Los domingos y demás fiestas, únicos días que tenían libres, las dos mujeres iban á buscar á César á la hora de misa y le acompañaban á casa de Pillereault después de haber cumplido sus deberes religiosos. Pillereault invitaba al sacerdote Loraux, cuya palabra servía de estímulo á César en su vida de sacrificio. El antiguo almacenista de quincalla tenía la fibra de la probidad demasiado sensible para desaprobear las delicadezas de César. Había proyectado aumentar el número de personas entre las cuales el quebrado pudiese presentarse con la frente alta y la mirada serena.

En el mes de mayo de 1821, aquella familia, en lucha con la adversidad, fué recompensada de sus esfuerzos, con la primera fiesta que preparó el árbitro de sus destinos. El último domingo del mes era el aniversario del consentimiento dado por Constanza para su casamiento con César. Pillereault

había alquilado, de acuerdo con los Ragón, una casita de campo en Sceaux, y el antiguo almacenista de quincalla quiso inaugurarla alegremente.

— César, dijo Pillereault á su sobrino, el sábado por la tarde, mañana vamos al campo, y tú nos acompañarás.

César, que tenía una magnífica letra, por las noches hacía copias para Derville y para otros abogados, y el domingo, con permiso de su confesor trabajaba como un negro.

— No, respondió César; el señor Derville necesita con urgencia la copia que hago.

— Tu mujer y tu hija bien merecen una recompensa. No encontrarás más que á nuestros amigos: el padre Loraux, los Ragón, Popinot y su tío. Además, te lo exijo.

César y su mujer, arrastrados por el torbellino de los negocios, no habían vuelto nunca á Sceaux, aunque de vez en cuando los dos deseasen volver, para contemplar el árbol á cuya sombra casi se había desmayado el primer dependiente de la *Reina de las Rosas*. Por el camino, que César hizo con su mujer, su hija, y Popinot en un coche que este último alquiló, Constanza dirigía expresivas miradas á su marido, sin lograr que sonriera el pobre hombre. Le dijo algunas palabras al oído, él movió la cabeza por toda repuesta. Las dulces manifestaciones de aquella ternura, inalterable pero forzada, en vez de animar la fisonomía de César, acentuaron su expresión sombría é hicieron asomar á sus ojos algunas lágrimas reprimidas. El pobre hombre había hecho

el mismo viaje veinte años antes, rico, joven, lleno de esperanzas, enamorado de una muchacha tan hermosa, como lo era entonces Cesarina; soñaba la dicha, y veía en el fondo del coche, á su noble criatura, palida de no dormir, á su animosa mujer cuya belleza se había marchitado como la de las ciudades cubiertas por la lava de un volcán. ¡Sólo quedaba el amor! La actitud de César, ahogó la dicha en el corazón de su hija y de Anselmo, que le representaban la encantadora escena de otros tiempos.

— Sed dichosos, hijo mío; tenéis derecho á serlo, dijo el pobre padre con tono desgarrador. Podéis amaros sin recelos, añadió.

Birotteau, diciendo estas últimas palabras, había cogido las manos de su mujer y las besaba con santa y afectuosa admiración que impresionó á Constanza más que una intensa alegría. Cuando llegaron á la casa donde les aguardaban Pillereault, los Ragón, el abate Loraux y el juez Popinot, estas cinco nobles personas con sus actitudes sus miradas y sus palabras animaron á César, porque á todos emocionaba mucho ver al pobre hombre siempre tan abrumado como al día siguiente de su desgracia.

— Id á pasearos por los bosques de Aulnay, dijo el tío Pillereault poniendo una mano de César entre las de Constanza; idos con Anselmo y Cesarina; volved á las cuatro.

— ¡ Pobres gentes! Nosotros los cohibimos, dijo la señora Ragón enternecida por los profundos padecimientos de su deudor; solos allí estarán contentos.

— Es el arrepentimiento de quien no ha pecado, dijo el sacerdote Loraux.

— A los buenos los enaltece la desgracia, añadió el juez.

Olvidar es el gran secreto de la existencias enérgicas y creadoras; olvidar como la naturaleza, que no reconoce pasado, y renueva sin descanso á cada instante los misterios de su poderosa reproducción. Las existencias débiles, como lo era la de Birotteau, viven en los dolores, en vez de convertirlos en máximas de la experiencia; se saturan de ellos y se desgastan hundiéndose continuamente en los dolores consumados. Cuando las dos parejas hubieron tomado el sendero que conduce á los bosques de Aulnay, colocados como una corona sobre una de las colinas más pintorescas de los alrededores de París, el Valle de los Lobos se ofreció á sus ojos con toda su coquetería: la transparencia del cielo, la alegría del paisaje, las primeras hojas y los deliciosos recuerdos del día más hermoso de su juventud, acallaron las ideas tristes en el alma de César; oprimió contra su corazón, que palpitaba, el brazo de su mujer, se animaron sus ojos; resplandores de felicidad brillaban en ellos.

— Al fin, dijo Constanza á su marido, te veo como antes, ¡mi pobre César! Me parece que nos portamos bastante bien para permitirnos un pequeño gusto de vez en cuando.

— ¿Que hacer? dijo el pobre hombre. ¡Ah! Constanza, tu cariño es el único bien que me queda. Sí, he perdido hasta la confianza que tenía en mí;

agoté las fuerzas; mi único deseo es vivir bastante para morir en paz con el mundo. Tú, mujercita mía, tú que eres mi sabiduría y mi prudencia, tú que ves claro, tú que no tienes que reprocharte nada puedes, estar alegre; de los tres soy el único culpable. ¡Hace diez y ocho meses, en medio de aquella fiesta fatal veía á mi Constanza, la única mujer á quien he querido, más hermosa tal vez que la joven con la cual recorrí este sendero hace veinte años, como ahora nuestros hijos!... En diez y ocho meses he marchitado aquella belleza, mi orgullo, un orgullo permitido y legítimo. Cuanto más te conozco más te quiero... ¡Oh, *querida*! dijo, dando á esta palabra una expresión que hizo mella en el alma de su mujer. Preferiría sentirte quejosa de mí que verte acariciar mi dolor.

— No creía, dijo ella, que después de veinte años de matrimonio, el amor de una mujer hacia su marido pudiese aumentar.

Estas palabras hicieron olvidar por un momento á César todas las desdichas, porque tenía tanto corazón, que sólo estas palabras eran para él una fortuna. Se abalanzó casi dichoso, hacia *su* árbol, que, por casualidad, no había sido cortado. Los dos esposos se sentaron al pié, viendo á Anselmo y Cesarina, que volvían distraídos, pisando la yerba, creyendo tal vez seguir camino adelante.

— Señorita, decía Anselmo, ¿me creéis bastante miserable y codicioso para aprovecharme de la adquisición de la parte de vuestro padre en el *Aceite cefálico*? Le guardo con cariño su mitad, se la cuido.

Negocio con sus ganancias, que aumentan; si hay giros dudosos, van á mi cuenta. No podemos darnos hasta el día siguiente á la rehabilitación de vuestro padre, y adelante ese día con todas las fuerzas que da el amor.

El enamorado guardaba este secreto á Constanza. Hasta los amantes más inocentes desean aparecer grandes á los ojos de sus amadas.

— ¿Y será esto pronto? preguntó ella.

— Muy pronto, dijo Popinot.

Vibraron en la respuesta entonaciones tan penetrantes, que la casta y pura Cesarina presentó su frente á Anselmo, quien la besó apasionada y respetuosamente; había mucha nobleza en el atrevimiento de aquella niña.

— Papá, todo va bien, dijo á César animándole; alégrate, habla, olvida las tristezas.

Cuando aquella familia tan unida volvió á casa de Pillereault, César, aunque poco observador, notó en los Ragón un cambio de maneras que hacía suponer algún acontecimiento. La acogida de la señora Ragón fué particulamente halagadora; su mirada y su acento decían á César: « Ya estamos pagados ».

A los postres, el notario de Sceaux se presentó; el tío Pillereault le hizo sentar, mirando á Birotteau, que aguardaba ya una sorpresa, sin poder imaginar su importancia.

— Sobrino mío; en diez y ocho meses las economías de tu mujer, de tu hija y las tuyas han producido veinte mil francos. He recibido treinta

mil francos por el dividendo de mi crédito; disponemos, pues, de cincuenta mil francos para tus acreedores. El señor Ragón ha recibido treinta mil francos de su dividendo, el señor notario de Sceaux te trae una liquidación del pago total, con intereses y todo, que haces á tus viejos amigos. La cantidad restante queda en casa de Crottat y la destinás á Lourdois, la señora Madou, el albañil, el carpintero y tus acreedores más apremiantes. El año que viene Dios dirá. Con tiempo y paciencia se llega á todas partes.

La alegría de Birotteau no es para descrita; se arrojó, llorando, en los brazos de su tío.

— Que se ponga su cruz hoy, dijo Ragón al padre Loraux.

El confesor colocó las insignias en el ojal del empleado, que se miró veinte veces durante toda la tarde en los espejos de la sala, demostrando una satisfacción de la cual se hubiesen reído gentes que se creen superiores, y que los bondadosos burgueses encontraban natural. Al día siguiente Birotteau fué á casa de la señora Madou.

— ¡Ah! Vos por aquí, buen sujeto, dijo ella, os desconocía, tanto habéis encanecido. Sin embargo, no tragináis, vosotros; tenéis empleos. Yo, me doy una vida de perro que da vueltas á un asador y que merece bendiciones.

— Pero, señora...

— ¡Ah! Esto no es un reproche, dijo ella, sois un hombre honrado.

— Vengo á deciros que os pagaré hoy en casa

del señor Crottat, notario, el resto de vuestros crédito y los intereses...

— ¿Es cierto?

— Estad en la notaria á las once y media...

— Esto se llama ser honrado y justo, pagarlo todo y *los cuatro* de cada ciento, dijo, admirando con ingenuidad á Birotteau. Oíd, mi buen señor; hago muchos negocios con vuestro *rojo*, es un guapo chico, me deja ganar sin regatearme los precios á fin de indemnizarme: bien, os daré recibo; ¡guardad vuestro dinero, mi pobre viejo! La Madou se acalora, escandaliza, pero tiene corazón, dijo, golpeándose los más voluminosos almohadones de carne viva que se lucieron en los mercados.

— ¡Jamás! dijo Birotteau. La ley está terminante; quiero pagaros por completo.

— Entonces, no me haré suplicar mucho, dijo ella. Y mañana en el Mercado vocearé vuestro honor. ¡Ah, cosa rara! ¡qué mundo!

El buen hombre repitió la misma escena en casa del pintor decorador, el suegro de Crottat, pero con variantes. Llovía. César dejó su paraguas en un rincón de la puerta. El pintor enriquecido, viendo correr el agua por la bonita sala donde él y su mujer se desayunaban, no estuvo muy afectuoso.

— Vaya, ¿qué se os ofrece señor Birotteau? le dijo con el tono duro que muchas personas usan para hablar á los mendigos impertinentes.

— Señor, ¿no os ha dicho ya vuestro yerno...?

— ¿Qué? interrumpió Lourdois impaciente y temeroso de alguna petición.

— ... que vayáis á su casa esta mañana, á las once y media, para darme recibo del pago íntegro de vuestro crédito?

— ¡Ah, esto es otra cosa! Sentaos, pues, aquí, señor Birotteau; tomad un bocado en compañía nuestra.

— Hacednos el obsequio de tomar el desayuno, dijo la señora Lourdois.

— ¿De manera que todo marcha bien? le preguntó el voluminoso Lourdois.

— No, señor; todos los días me desayuno con una media copa en la oficina para ahorrar algún dinero; pero con el tiempo espero reparar los perjuicios que hice á mis prójimos.

— Verdaderamente, dijo el pintor tragando un pedazo de pan cubierto de *foie gras*, sois un hombre honrado.

— ¿Y qué hace la señora Birotteau? dijo la se-
de Lourdois.

— Lleva los libros y la caja en casa de Anselmo Popinot.

— ¡Pobres gentes! dijo en voz baja la señora Lourdois á su marido.

— Si me necesitáis, mi querido señor Birotteau, venid á buscarme, dijo Lourdois; tal vez os pudiese ayudar...

— Os necesito á las once y media, dijo Birotteau retirándose.

Este primer efecto dió valor al quebrado, sin devolverle la tranquilidad; el deseo de reconquistar el honor agitaba desmesuradamente su vida; per-

dió por completo la frescura de su cara, sus ojos se apagaron y sus mejillas se consumieron. Por la mañana á las ocho, ó por la tarde á las cuatro, mientras iba de su casa á la oficina y de la oficina á su casa, vestido con el levita que llevaba puesto el día de su desgracia, y que cuidaba, como un pobre alférez cuida su uniforme, los cabellos completamente blancos, pálido y demacrado, algunos de sus conocidos que le veían al pasar, le paraban, á pesar suyo, porque siempre alerta, se escurría á lo largo de las paredes, como lo hacen los ladrones.

— Es público vuestro comportamiento, amigo mío, le decían. Todo el mundo deplora el rigor á que os habeis condenado, lo mismo vos que vuestra hija y vuestra esposa.

— Tomaos un poco más tiempo, añadían otros; herida de dinero no es mortal.

— No, pero cuando la herida es del alma... respondió un día á Matifat el pobre César debilitado.

Al principio del año 1823, el canal Saint-Martin fué aprobado. Los terrenos situados en el arrabal del Temple adquirieron precios exorbitantes. El proyecto dividió precisamente en dos la propiedad de Tillet, en otro tiempo de César Birotteau. La compañía concesionaria del canal pagaba un precio fabuloso si el banquero podía entregar el terreno en un plazo fijado. Pero, el arriendo hecho por César á Popinot hacía el negocio imposible. El banquero fué á la calle de los Cinco Diamantes á ver al droguista. Si Popinot era indiferente á de Tillet, el futuro esposo de Cesarina sentía por este

hombre un odio instintivo. Ignoraba el robo y las infames combinaciones preparadas por el afortunado banquero, pero una voz interior le gritaba : « Este hombre es un ladrón impune. » Popinot no hubiera hecho el más pequeño negocio con él : su presencia le era odiosa. En aquel momento sobre todo, veía á de Tillet enriquecerse con los despojos de su antiguo principal, porque los terrenos de la Magdalena comenzaban á cotizarse á precios que presagiaban los valores exorbitantes que alcanzarían en 1827. Así, pues, cuando el banquero hubo explicado el motivo de su visita, Popinot le miró con una indignación reconcentrada.

— No me opongo en absoluto á rescindir el contrato de arrendamiento, pero necesito sesenta mil francos y no rebajare ni un céntimo.

— ¡ Sesenta mil francos ! exclamó de Tillet retrocediendo.

— Tengo derecho á permanecer allí quince años, y otra fábrica me costará tres mil francos anuales. No hay más que hablar. Son sesenta mil francos, dijo Popinot entrando de nuevo en la tienda, adonde le siguió de Tillet.

La discusión se animó ; el nombre de Birotteau fué pronunciado ; la señora de César bajó viendo á de Tillet por primera vez desde el famoso baile. El banquero no pudo reprimir un movimiento de sorpresa ante los cambios que se habían operado en Constanza y bajó los ojos, espantado de su obra.

— Él señor, dijo Popinot á la señora de César, saca de *vuestros* terrenos trescientos mil francos,

y *nos* niega sesenta mil francos de indemnización por *nuestro* contrato...

— Tres mil francos de renta, dijo de Tillet con énfasis.

— ¡ Tres mil francos !... repitió la señora de César con sencilla y penetrante entonación.

De Tillet palideció : Popinot miró á la señora de Birotteau. Hubo allí un momento de profundo silencio que hizo aquella escena más inexplicable aún para Anselmo.

— Firmadme vuestra rescisión que hice redactar á Crottat, dijo de Tillet, sacando un papel sellado de su bolsillo interior, y os daré un cheque de sesenta mil francos contra el Banco.

Popinot miró á la señora de Cesar sin disimular su profundo asombro ; creía soñar. Mientras que de Tillet firmaba su cheque sobre una mesa de pupitre alto, Constanza desapareció volviendo al entresuelo. El droguista y el banquero cambiaron sus documentos. De Tillet salió saludando á Popinot fríamente.

— Al fin, dentro de algunos meses, dijo Popinot, mirando á de Tillet que se dirigía hacia la calle de los Lombardos donde su coche estaba parado, gracias á este singular negocio, me casaré con Cesarina. Mi adorada mujercita no se quemará las cejas trabajando. ¡ Cómo ! ¡ Una mirada de la señora Birotteau ha bastado ! ¿ Qué habrá entre ella y ese bandido ? Lo que acaba de ocurrir es muy extraordinario.

Popinot envió á cobrar el cheque al Banco y su-

bió para hablar á la señora Birotteau; pero no la encontró en la caja; estaba sin duda en su gabinete. Anselmo y Constanza vivían como viven un yerno y una suegra cuando el yerno y la suegra se quieren. Así, entró en el gabinete de Constanza con la precipitación propia de un enamorado que alcanza su dicha. El joven comerciante quedó prodigiosamente sorprendido al encontrar á su futura suegra, á cuyo lado llegó en un salto como un gato, leyendo una carta de Tillet, porque Anselmo reconoció la letra del antiguo primer dependiente de Birotteau. Una vela encendida, los residuos negros y ligeros de otras cartas quemadas, hicieron estremecer á Popinot que, dotado de vista penetrante había leído sin querer esta frase en el principio de la carta que tenía su suegra: *¡Os adoro! ya lo sabéis, ángel de mi vida, y porque...*

— ¿Qué influencia tenéis, pues, sobre de Tillet, para hacerle concluir semejante negocio? dijo él riendo con esa risa convulsiva signo de una sospecha cruel.

— No hablemos de esto, dijo ella, descubriendo una horrible turbación.

— Sí, respondió Popinot muy aturdido, hablemos del fin de vuestras penas.

Anselmo se acercó á la ventana, haciendo sonar los cristales con las yemas de los dedos, mirando al patio.

« Bien, pensó; aun cuando hubiera querido á de Tillet, ¿por qué no he de portarme como un hombre honrado? »

— ¿Qué tenéis, hijo mío? dijo la pobre mujer.

— La cuenta de los beneficios netos del *Aceite esférico* asciende á doscientos cuarenta y dos mil francos, la mitad, son ciento veintiuno, dijo bruscamente Popinot. Si rebajo de esta suma los cuarenta y ocho mil francos entregados al señor Birotteau, quedan setenta y tres mil que, unidos á los sesenta mil francos de la cesión del contrato, os dan ciento treinta y tres mil francos.

La esposa de César escuchaba; su ansiedad, su dicha, hicieron palpar su corazón con tal violencia que Popinot oía sus latidos.

— He considerado siempre al señor Birotteau como socio, prosiguió, podemos disponer de esta suma para reembolsar á sus acreedores. Anadiéndole veintiocho mil francos de vuestras economías empleadas por vuestro tío Pillerault, tenemos ciento sesenta y un mil francos. Ningún poder humano puede impedirme prestar á mi suegro, á cuenta de los beneficios del año próximo, la cantidad necesaria para completar las sumas debidas á sus acreedores... Y él... será... rehabilitado.

— ¡Rehabilitado! exclamó la señora de César cayendo de rodillas en su silla.

Juntó las manos pronunciando una oración, después de haber soltado la carta.

— ¡Querido Anselmo! dijo cuando acabó de persignarse. ¡Querido hijo!

Le cogió la cabeza, le besó en la frente, le estrechó sobre su corazón, hizo verdaderas locuras.



— ¡Bien mereces á Cesarina! Mi hija será muy dichosa contigo. Saldrá de aquella casa donde se consume trabajando.

— Por amor, dijo Popinot.

— Sí, respondió la madre sonriendo.

— Escuchad un secreto, dijo Popinot mirando la carta fatal con el rabillo del ojo. He ayudado á Celestino para facilitarle la adquisición de vuestras existencias, pero le puse una condición. Vuestras habitaciones están como las dejasteis. Yo acariciaba una idea, pero no creía que la casualidad nos favoreciese tanto. Celestino está obligado á subarrendaros vuestra antigua casa, donde no ha puesto los pies y donde todos los muebles son vuestros. Me he reservado el segundo piso para vivir con Cesarina á la que no apartaré nunca de vuestro lado. Después de mi casamiento, vendré á pasar aquí los días, desde las ocho de la mañana hasta las seis de tarde. Para rehaceros una fortuna compraré por cien mil francos la participación del señor Birotteau, y así tendréis, con su destino, diez mil francos de renta. ¿Seréis felices?

— No me digáis más, Anselmo, ó me vuelvo loca.

La angelical actitud de la señora de Birotteau y la pureza de sus ojos, la inocencia de su hermosa frente, desmentían de un modo tan rotundo las mil ideas amontonadas en la cabeza del enamorado, que se propuso éste acabar con las monstruosidades de su pensamiento. Una falta era inconciliable con la vida y los sentimientos de la sobrina de Pillerault.

— Mi querida, mi adorada madre, dijo Anselmo. A pesar, mío, entró en mi alma una horrible sospecha. Si queréis verme feliz, destruidla en un instante.

Popinot había cogido la carta.

— Sin querer, prosiguió espantado del terror que se pintaba en el rostro de Constanza — he leído las primeras palabras de esta carta escrita por de Tillet. Estas palabras coinciden singularmente con el efecto que acabáis de producir decidiendo la pronta adhesión de este hombre á mis exigencias; cualquiera temería lo que yo temo, lo que me dicta el demonio, bien á mi pesar. Vuestra presencia; tres palabras fueron bastantes...

— No terminéis — dijo la esposa de César apoderándose de la carta, y quemándola delante de Anselmo. — Hijo mío, estoy muy cruelmente castigada por una pequeñísima falta. Sabedlo, pues todo, Anselmo. No quiero que la sospecha inspirada por la madre perjudique á la hija, y además, puedo hablar sin avergonzarme; diría á mi marido lo que voy á confesaros. De Tillet intentó seducirme; César fué advertido por mí en seguida; de Tillet debió salir de casa. El día en que mi esposo iba á decirselo, de Tillet nos quitó tres mil francos.

— Lo sospechaba, dijo Popinot, cuyo acento expresaba todo su odio.

— Anselmo, vuestro porvenir, vuestra dicha exigen esta confianza; pero debe morir en vuestro corazón como ha muerto en el mío y en el de César. Debéis recordar la *regañina* de mi esposo con

motivo de un error de caja. Birotteau, para evitar un proceso y no perder á ese hombre, puso disimuladamente en la caja tres mil francos, el precio de este chal de cachemira que debía comprar entonces, y no adquirí hasta tres años después. Tenéis ya explicada mi exclamación. ¡Ay! mi querido hijo, también os confesaré mi niñería. De Tillet me había escrito tres cartas de amor, que le retrataban muy bien, dijo ella suspirando y bajando los ojos, por eso yo los guardaba... como curiosidad. Sólo dos veces las he leído. Pero de todos modos era imprudente conservarlas. Viendo á de Tillet, me he acordado de que las tenía, he subido á mi cuarto para quemarlas y estaba mirando la última cuando habéis entrado... Esto es todo, amigo mío.

Anselmo hincó una rodilla en tierra y besó la mano de la esposa de César con admirable ternura que los hizo llorar á los dos. La suegra, levantando á su yerno, abrió los brazos para estrecharle contra su corazón.

Aquel debía de ser un día feliz para César. El secretario particular del rey, el señor Vaudenesse, fué á la oficina para hablarle. Salieron juntos al pequeño patio de la Caja de amortización.

— Señor Birotteau, dijo el vizconde de Vaudenesse, vuestros esfuerzos para pagar á vuestros acreedores han sido casualmente conocidos por el rey. Su majestad, impresionado por una conducta tan poco frecuente, y sabiendo que, por humildad, no lleváis las insignias de la Legión de Honor, me envía para ordenaros que os las pongáis. Además,

deseando ayudaros á cumplir vuestras obligaciones, me ha encargado que os entregue esta cantidad, de su caja particular, sintiendo no poder hacer más. Que esto permanezca en un profundo secreto. A su majestad le parece inoportuna la divulgación de sus obras buenas — dijo el secretario de confianza entregando seis mil francos al empleado, que durante este discurso experimentaba sensaciones inexplicables.

Birotteau sólo pudo balbucear palabras sin hilación. El señor Vaudenesse le saludó con la mano, sonriendo. El sentimiento que animaba al pobre César es tan raro en París, que su vida había insensiblemente excitado general admiración. José Lebás, el juez Popinot, Camusot, el padre Loraux, Ragón, el jefe de la importante casa donde estaba Cesarina, Lourdois, el señor de la Billardiére, le habían ensalzado. La opinión, ya modificada respecto á él, acabó subiéndole á las nubes.

« ¡ Ved un hombre honrado! » Esta palabra había resonado ya varias veces en el oído de César cuando pasaba por la calle, y le producía la emoción que experimenta un autor al oír que dicen: ¡ Vedle! Este glorioso renombre asesinaba á de Tillet. Cuando César tuvo los billetes de Banco enviados por su soberano, su primer pensamiento fué emplearlos en pagar á su antiguo dependiente. El buen hombre fué á la calle de la Chaussée-d'Antin cuando el banquero entraba en su casa de regreso de sus correrías, y encontró en la escalera á su antiguo principal.

— ¡Qué hay, *mi pobre* Birotteau! le dijo con zalamería.

— ¡Pobre? exclamó con orgullo el deudor. Soy muy rico. Dueño de mi cabeza sobre mi almohada esta noche, dormiré satisfecho de haberos pagado.

Estas palabras llenas de honradez, fueron una tortura instantánea para de Tillet. A pesar de la estimación general que le favorecía, él mismo no se estimaba y una voz inextinguible le repetía: « Ese hombre es sublime. »

— ¡Pagarme! ¿Qué negocios hacéis?

Seguro de que de Tillet no repetiría su confianza, el antiguo perfumista dijo:

— No volveré jamás á los negocios, caballero. Ningún poder humano podía prever lo que me ha sucedido. ¿Quién sabe si de nuevo sería víctima de otro Roguin? Pero han enterado al rey de mi conducta, su corazón se ha dignado compadecer mis esfuerzos y me anima enviándome una cantidad bastante importante, que...

— ¿Necesitáis recibo? dijo de Tillet, interrumpiéndole. ¿Pagáis?...

— Todo, y los intereses; os ruego que me acompañéis á dos pasos de aquí, á casa del señor Crottat.

— ¡Ante notario!

— Señor, dijo César; puedo esperar mi rehabilitación, y los documentos auténticos son irrecusables.

— Vamos, dijo de Tillet, saliendo con Birotteau, vamos; está muy cerca. Pero ¿de dónde sacáis tanto dinero? insistió.

— Lo gano con el sudor de mi frente, dijo César.

— Debéis una cantidad enorme á la casa Claparon.

— ¡Ah, sí! Esa es mi mayor deuda; ciertamente creo que moriré con la pena de no poder pagarla.

— No podréis jamás, dijo secamente de Tillet.

— Tiene razón, pensó Birotteau.

El pobre hombre, al volver á su casa, pasó por la calle de San Honorato, distraídamente, porque daba siempre un rodeo para no ver su tienda ni las ventanas de su antigua habitación. Por primera vez después de su desdicha volvió á ver la casa donde diez y ocho años de felicidad habían sido borrados por las angustias de tres meses.

— Creía poder morir en ella, se dijo.

Y apresuró el paso, porque había distinguido la nueva muestra:

CELESTINO CREVEL

SUCESOR DE CÉSAR BIROTTEAU

— Veo visiones... ¿No es Cesarina? exclamó, pareciéndole que había una cabeza rubia asomada á una ventana.

Vió efectivamente á su hija, á su mujer y á Popinot. Los enamorados sabían que Birotteau no pasaba nunca por delante de su antigua casa; é incapaces de imaginar lo que le sucedió, habíanse ido á tomar algunas disposiciones relativas á la fiesta que

— ¡Qué hay, *mi pobre* Birotteau! le dijo con zalamería.

— ¡Pobre? exclamó con orgullo el deudor. Soy muy rico. Dueño de mi cabeza sobre mi almohada esta noche, dormiré satisfecho de haberos pagado.

Estas palabras llenas de honradez, fueron una tortura instantánea para de Tillet. A pesar de la estimación general que le favorecía, él mismo no se estimaba y una voz inextinguible le repetía: « Ese hombre es sublime. »

— ¡Pagarme! ¿Qué negocios hacéis?

Seguro de que de Tillet no repetiría su confianza, el antiguo perfumista dijo:

— No volveré jamás á los negocios, caballero. Ningún poder humano podía prever lo que me ha sucedido. ¿Quién sabe si de nuevo sería víctima de otro Roguin? Pero han enterado al rey de mi conducta, su corazón se ha dignado compadecer mis esfuerzos y me anima enviándome una cantidad bastante importante, que...

— ¿Necesitáis recibo? dijo de Tillet, interrumpiéndole. ¿Pagáis?...

— Todo, y los intereses; os ruego que me acompañéis á dos pasos de aquí, á casa del señor Crottat.

— ¡Ante notario!

— Señor, dijo César; puedo esperar mi rehabilitación, y los documentos auténticos son irrecusables.

— Vamos, dijo de Tillet, saliendo con Birotteau, vamos; está muy cerca. Pero ¿de dónde sacáis tanto dinero? insistió.

— Lo gano con el sudor de mi frente, dijo César.

— Debéis una cantidad enorme á la casa Claparon.

— ¡Ah, sí! Esa es mi mayor deuda; ciertamente creo que moriré con la pena de no poder pagarla.

— No podréis jamás, dijo secamente de Tillet.

— Tiene razón, pensó Birotteau.

El pobre hombre, al volver á su casa, pasó por la calle de San Honorato, distraídamente, porque daba siempre un rodeo para no ver su tienda ni las ventanas de su antigua habitación. Por primera vez después de su desdicha volvió á ver la casa donde diez y ocho años de felicidad habían sido borrados por las angustias de tres meses.

— Creía poder morir en ella, se dijo.

Y apresuró el paso, porque había distinguido la nueva muestra:

CELESTINO CREVEL

SUCESOR DE CÉSAR BIROTTEAU

— Veo visiones... ¿No es Cesarina? exclamó, pareciéndole que había una cabeza rubia asomada á una ventana.

Vió efectivamente á su hija, á su mujer y á Popinot. Los enamorados sabían que Birotteau no pasaba nunca por delante de su antigua casa; é incapaces de imaginar lo que le sucedió, habíanse ido á tomar algunas disposiciones relativas á la fiesta que

pensaban ofrecer á César. Aquella extraña aparición asombró tan vivamente á Birotteau, que se quedó petrificado.

— Ved al señor Birotteau que mira su antigua casa, dijo Molineux al comerciante establecido frente á la *Reina de las Rosas*.

— Pobre hombre, dijo el antiguo vecino del perfumista; ha dado ahí uno de los más ricos bailes... Esperaban en la calle doscientos coches.

— Estuve en el baile; quebró tres meses después, dijo Molineux; he sido el sindico.

Birotteau se fué huyendo; las piernas le temblaban y corrió á casa de su tío Pillereault.

Pillereault, enterado de lo que pasaba en la calle de los Cinco Diamantes, pensó que su sobrino difícilmente resistiría el choque de una dicha tan grande como lo era para él su rehabilitación; testigo á diario de las vicisitudes morales del pobre hombre, siempre aferrado á sus inflexibles doctrinas acerca de las quiebras, comprendía que necesitando para la vida ordinaria todas sus fuerzas, era difícil que pudiera sobreponerse á una emoción grande. El honor era para César un muerto que podía tener su Páscoa de Resurrección. Esta esperanza hacía su dolor más continuado y punzante. Pillereault se encargó de preparar á su sobrino para que recibiera la feliz noticia. Cuando Birotteau entró en casa de su tío, éste calculaba los medios para llegar á su fin. Así la alegría con que el empleado refirió la muestra de interés que el rey le daba, pareció de buen augurio á Pillereault; y el asombro de haber

visto á Cesarina en la *Reina de las Rosas* fué un excelente motivo para entrar en materia.

— ¡Bravo! César, dijo Pillereault; ¿sabes de dónde procede todo esto? De la impaciencia que Popinot tiene para casarse con Cesarina. No quiere y no debe, por tus exageraciones de probidad, dejar pasar su juventud comiendo pan seco y olisqueando una buena comida. Popinot quiere darte los fondos necesarios para el pago íntegro de tus acreedores.

— Compra su mujer, dijo Birotteau.

— ¿No es honroso conseguir la rehabilitación de su suegro?

— Hay mucho que decir. Además...

— Además, dijo el tío fingiendo enfadarse, tú puedes tener el derecho de sacrificarte, pero no querrás sacrificar á tu hija.

Se entabló una viva discusión, que Pillereault alentaba expresamente.

— ¿Y si resultase que Popinot no te presta nada? exclamó Pillereault; si hubiera seguido siempre considerándote su asociado, si contara el dinero entregado á tus acreedores por tu parte en el *Aceite cefálico*, como un adelanto de los beneficios, con el fin de no despojarte?...

— Parecería que, de acuerdo con él, me propuse engañar á mis acreedores.

Pillereault terminó por dejarse convencer por este razonamiento. Conocía bastante el corazón humano para saber que, durante la noche, el hombre digno lucharía consigo pensado en aquello, y la dis-

cusión interior le acostumbraría á la idea de su rehabilitación.

— Pero ¿ por qué, dijo mientras comían, por qué mi mujer y mi hija estaban en mi antigua casa ?

— Anselmo quiere alquilarla para vivir allí con Cesarina. Tu mujer es de su opinión. Sin decirte nada fueron á pedir las amonestaciones, para obligarte á consentir. Popinot dice que sería menos meritorio casarse con Cesarina después de tu rehabilitación. Tomas los seis mil francos del rey, ¡ y no quieres aceptar nada de tus parientes ! Puedo muy bien dar por cobrado lo que me falta cobrar y hacerte recibo ; ¿ me lo rechazarías ?

— No, dijo César, pero eso no me impide seguir economizando para pagaros, á pesar del recibo.

— Todo sutilezas, dijo Pillereault, y en asuntos de probidad debo ser atendido. Ya disparatas. ¿ Cómo es posible suponer que engañas á tus acreedores después de haberles pagado ?

En aquel momento César miró fijamente á Pillereault, y Pillereault se emocionó al ver después de tres años una franca sonrisa animando por la primera vez el entristecido rostro de su sobrino.

— Es verdad, dijo él, todo lo cobrarían... Pero ¡ vendo á mi hija !

— Y yo quiero que me compren, exclamó Cesarina, entrando acompañada de Popinot.

Los dos enamorados habían oído las últimas palabras entrando de puntillas en la antesala de la pequeña habitación de su tío, y la señora Birotteau los seguía. Los tres habían ido en coche á casa de

los acreedores convocándolos para la tarde en la notaría de Alejandro Crottat, donde se preparaban las liquidaciones definitivas. La poderosa lógica del enamorado Popinot triunfó de los escrúpulos de César, quien persistía en llamarse deudor pretendiendo que se burlaba la ley con una renovación de créditos. Pero cesaron los escrúpulos de su conciencia oyendo á Popinot, que decía :

— ¿ Queréis matar á vuestra hija ?

— ¡ Matar á mi hija ! exclamó César como aterrado.

— Bien, dijo Popinot, puedo capitalizaros lo que á mi juicio y en conciencia vale vuestra participación en mi casa. ¿ Me lo rechazaréis ?

— No, dijo César.

— Iremos á la notaría de Alejandro Crottat esta tarde, para que no tengáis tiempo de arrepentiros ; y arreglaremos á la vez nuestro contrato de matrimonio.

Una solicitud de rehabilitación y todos los documentos en su apoyo fueron depositados, por los cuidados de Derville, en el despacho del fiscal del Supremo.

En el mes que duraron las formalidades y las amonestaciones para el matrimonio de Cesarina y Anselmo, Birotteau fué agitado por movimientos febriles. Estaba intranquilo, con miedo de no vivir hasta el dichoso día en que se dictara la sentencia favorable á su rehabilitación. Su corazón palpataba sin motivo, decía él. Se quejaba de dolores sordos en esa entraña tan envejecida por las emo-

ciones dolorosas ; estaba fatigado para una dicha suprema. Las sentencias de rehabilitación son tan raras en París, que apenas se dicta una cada diez años. Para las gentes que toman en serio la sociedad, los preparativos de la justicia tienen mucho de grandioso y grave. Las instituciones dependen enteramente de los sentimientos que á los hombres inspiran y de la grandeza con que las reviste el pensamiento. Así, cuando ya no hay religión sino creencias en un pueblo, cuando la educación primera ha relajado todos los lazos conservadores acostumbrando al niño á un implacable análisis, una nación está disuelta, no formando ya un cuerpo más que por las innobles soldaduras del interés material, por las órdenes del culto que crea el egoísmo bien entendido. Nutrido de ideas religiosas, Birotteau aceptaba la justicia por lo que debía ser á los ojos de los hombres, una representación de la sociedad misma, una augusta expresión de la ley consentida, independiente de la forma bajo la cual ella se produce; cuanto más viejo, quebrantado, encanecido es el magistrado, más solemne, resulta el ejercicio de su sacerdocio, que exige un estudio tan profundo de los hombres y de las cosas, que sacrifica el corazón endureciéndole á la tutela de los intereses palpitantes. Son raros los hombres que no suben sin vivas emociones la escalera del Supremo, en el antiguo Palacio de Justicia, en París, y el antiguo comerciante era uno de estos hombres. Pocas personas han observado la solemnidad majestuosa de aquella escalera tan bien situada para producir el

efecto : se encuentra en lo alto del peristilo exterior que adorna el patio del Palacio, y su puerta está en medio de una galería que conduce por un lado á la inmensa sala de espera, por el otro á la Santa Capilla : dos monumentos que empequeñecen todo lo que hay á su alrededor. La iglesia de San Luis es uno de los más imponentes edificios de París, y su contorno tiene algo de sombrío y de romántico en el fondo de esta galería. La gran sala de espera ofrece, por el contrario, una perspectiva luminosa, y es difícil de olvidar que la historia de Francia está unida á esta sala. La escalera debe tener, pues, algún carácter suficientemente grandioso para no ser anulada por estas dos magnificencias. Tal vez el alma se haya conmovido al aspecto del sitio donde se ejecutan las sentencias, visto á través de las suntuosas rejas del palacio. La escalera termina en una sala inmensa, antecámara de aquella donde se celebran las vistas de asuntos civiles y que forma la sala de espera del Tribunal. Juzgad qué emociones debió experimentar el quebrado que fué naturalmente impresionado por estos accesorios, subiendo entre sus amigos. Lebás, entonces presidente del Tribunal de comercio ; Camusot, su antiguo juez-comisario ; Ragón, su principal ; el padre Loraux, su confesor. El santo sacerdote hizo resaltar aquellos esplendores humanos con una reflexión que los presentaba todavía más imponentes á los ojos de César. Pillereault, el filósofo práctico, había procurado exagerar anticipadamente la alegría de su sobrino para sustraerle á los peligros de los aconte-

cimientos imprevistos de la fiesta. Mientras el antiguo comerciante acababa de vestirse, vió llegar á sus amigos verdaderos que tenían á honor el acompañarle. El cortejo demostró en casa del buen hombre una satisfacción que le produjo la exaltación necesaria para soportar el espectáculo imponente del tribunal. Birotteau encontró á otros amigos reunidos en la sala de las audiencias solemnes, donde había una docena de consejeros.

El abogado de Birotteau hizo su exposición en breves palabras. A una seña del primer presidente, el abogado fiscal, invitado á exponer sus conclusiones, se levantó. En nombre de la Sala, el fiscal del Supremo, el hombre que representa la vindicta pública, iba á pedir que se devolviera el honor al comerciante que no había hecho más que empañarle: pura fórmula, porque el condenado era por todos conceptos digno de ser indultado. Las personas de corazón pueden imaginar las emociones de Birotteau, al oír el discurso pronunciado por el señor de Granville, que á continuación extraetamos:

« Señores, dijo el célebre magistrado: el 16 de enero de 1820, Birotteau fué declarado en quiebra por una providencia del Tribunal de comercio del Sena. La liquidación forzosa no era ocasionada ni por la imprudencia de este comerciante, ni por falsas especulaciones, ni por ningún motivo que pudiera empañar su honor. Sentimos la necesidad de decirlo muy alto: la desgracia fué producida por uno de esos desastres que se repiten con gran dolor de la justicia y de la villa de París. Estaba

reservado á nuestro siglo, en el que fermentará largo tiempo todavía la mala semilla de las costumbres y de las ideas revolucionarias, ver al notariado de París apartándose de las gloriosas tradiciones de los siglos precedentes y produciendo en algunos años tantas quiebras como no se han registrado en dos siglos, bajó la antigua monarquía. ¡La sed del oro rápidamente adquirido ha tentado á los representantes de la ley, á los oficiales ministeriales, tutores de la fortuna pública, magistrados intermedarios! »

(En una parte de su discurso, para obedecer á las necesidades de su cargo, el conde de Granville encontró el medio de recriminar á los liberales, á los bonapartistas y á los demas enemigos del trono. Los sucesos han demostrado que tenía razón en sus consideraciones.)

« La fuga de un notario de París, llevándose los fondos depositados en su casa por Birotteau, fué suficiente para producir la ruina, prosiguió. El Tribunal ha dictado en este asunto una sentencia que prueba hasta qué extremo la confianza de los clientes de Roguin, fué indignamente burlada. Hubo un convenio. Haremos observar en honor del solicitante que sus operaciones han sido admiradas por una pureza que no aparece nunca en las quiebras escandalosas que afligen diariamente al comercio de París. Los acreedores de Birotteau encontraron hasta los menores objetos que el infortunado poseía. Han encontrado, señores, sus ropas, sus alhajas, sus muebles, todos los enseres de uso puramente

personal, no solamente los suyos, sino también los de su esposa, que renunció á todos sus derechos para aumentar el activo. Birotteau en tales circunstancias se ha hecho digno de la consideración que le habían valido sus funciones municipales; porque era entonces teniente alcalde del segundo distrito y acababa de recibir la condecoración de la Legión de Honor, concedida, tanto á su abnegación monárquica que le hizo luchar en Vendimiario, sobre las gradas de San Roque entonces teñidas con su sangre, como al magistrado consular estimado por sus conocimientos, querido por su espíritu conciliador, y al modesto concejal que acababa de rehuir los honores de la Alcaldía indicando á uno que juzgaba más digno, el honorable barón de la Billardiére, noble vendeano, á quien empezó á estimar en los días de infortunio. »

— Esta frase es mejor que la mía, dijo César al oído de su tío Pillereault.

« Los acreedores encontraron un sesenta por ciento de sus créditos por el abandono que hacían el comerciante, su mujer y su hija de lo que poseyeron, y consignaron una muestra de su estimación hacia el deudor, en el convenio, con arreglo al cual rebajaban el resto de sus créditos. Estos testimonios se recomiendan á la atención del tribunal por la manera como están concebidos. »

Aquí, el fiscal del Supremo leyó los considerandos del convenio.

« En presencia de tan benévolas disposiciones, señores, muchos comerciantes hubieran podido

creerse libertados y hubieran aparecido con altivez en la plaza pública. Lejos de esto, Birotteau, sin dejarse abatir, formó en su conciencia el proyecto de llegar al día glorioso que alborea hoy para él. Todo lo sacrificó. Habiéndole concedido nuestro soberano rey un empleo, destinaba sus honorarios íntegros á sus acreedores, sin tomar ni un céntimo para sus necesidades, porque no le han faltado, por fortuna, las atenciones de la familia... »

Birotteau estrechaba la mano de su tío llorando.

« Su mujer y su hija depositaban en el tesoro común el fruto de su trabajo; habían hecho suyo el noble pensamiento de Birotteau. Cada uno de ellos descendía de su posición para ocupar otra inferior. Estos sacrificios, señores, deben ser altamente honrados; son los más difíciles de hacer. He aquí cuál era la obligación que Birotteau se había impuesto. »

Aquí, el fiscal del Supremo leyó el resumen del balance, con las deudas restantes, y los nombres de los acreedores.

« Cada una de estas cantidades, mas los intereses, ha sido satisfecha, señores, no mediante recibos privados que requieren una severa información, sino por escrituras notariales, con las que la rectitud del tribunal no será sorprendida, y que no ha impedido á los magistrados cumplir con su deber, procediendo á la información exigida por la ley. Devolveréis á Birotteau, no el honor que no había perdido, sino los derechos de que se encontraba privado, y haréis justicia. Semejantes espectáculos

son tan raros en vuestra audiencia, que no podemos dejar de aplaudir la conducta del solicitante, á quien ya protecciones augustas habian alentado.»

Después leyó sus conclusiones de fórmula en estilo curial.

El tribunal deliberó sin retirarse, y el presidente se levantó para pronunciar la sentencia.

« El tribunal, dijo terminando, me ruega que haga presente á Birotteau la satisfacción que siente al dictar esta sentencia. Escribano, pasad á la causa siguiente. »

Birotteau, ya revestido con el caftán de honor de que le cubrieron las frases del ilustre fiscal del Supremo, fué agradable y vivamente impresionado por la frase solemne del primer presidente del primer tribunal de Francia, que acusaba palpitaciones en el corazón de la impasible justicia humana. No pudo abandonar su puesto, como si le hubieren clavado allí, mirando con expresión embobada á los magistrados, creyéndolos ángeles que le abrían de nuevo las puertas de la vida social. Su tío, cogiéndole de un brazo, le sacó de la sala. César, que no habia obedecido á Luis XVIII, entonces maquinalmente se puso las insignias de la Legión de Honor en su ojal; en seguida vióse rodeado por sus amigos y llevado en triunfo hasta el coche.

— ¿ A dónde vamos, amigos míos ? dijo á José Lebás, á Pillereault y á Ragón.

— A vuestra casa.

— No, son las tres; quiero entrar en la Bolsa á ejercer mi derecho.

— A la Bolsa, dijo Pillereault al cochero, haciendo una seña expresiva á Lebás, porque observaba en el rehabilitado síntomas alarmantes y temía que se volviera loco.

El antiguo perfumista entró en la Bolsa del brazo de su tío y de Lebás, dos comerciantes venerados. Su rehabilitación era conocida. La primera persona que vió á los tres comerciantes seguidos por el anciano Ragón, fué de Tillet.

— ¡ Ah ! mi querido principal, me satisface saber que salisteis adelante. Tal vez yo haya contribuido á tan feliz resultado por la facilidad con que me dejé arrancar una pluma del ala por el joven Popinot. Me alegra vuestra dicha como si fuese mía.

— Es del único modo que puede alegraros, dijo Pillereault. Nunca os veréis en este caso.

— ¿ Con qué intención lo decís, caballero ? preguntó de Tillet.

— ¡ Caramba ! Con la mejor intención, dijo Lebás, sonriendo de la maliciosa venganza de Pillereault, que sin conocer sus manejos, veía en aquel hombre un malvado.

Matifat, reconoció á Cesar. En seguida, los comerciantes más reputados rodearon al antiguo perfumista y le hicieron una ovación bursátil; recibió las atenciones más lisonjeras, apretones de manos que revelaban muchas envidias y algunos remordimientos, por que de cien personas que andaban por allí, más de cincuenta habian liquidado. Gigonnet y Gobseck, que hablaban en un rincón, miraron al virtuoso perfumista como los fisi-

cos debieron mirar el primer *gimnoto eléctrico* que les fué presentado. Este pescado armado de la potencia de una botella de Leiden, es la mayor curiosidad del reino animal. Después de haber aspirado el incienso de su triunfo, César volvió al coche que se puso en marcha para llevarle á su casa, donde debía firmar el contrato de matrimonio de su adorada Cesarina y del desinteresado Popinot. Reía nerviosamente, y esto preocupó á sus tres amigos viejos.

Un defecto de la juventud, consiste en creer que todo el mundo está fuerte como ella, defecto que depende de sus cualidades; en lugar de ver los hombres y las cosas, usando para esto anteojos, los colorea con los reflejos de su llama, proyecta su exceso de vida hasta sobre los ancianos. Como César y Constanza, Popinot, conservaba en su memoria una fastuosa imagen del baile dado por Birotteau. Durante los tres años de sacrificios, Constanza y César, sin atreverse á decírselo, habían oído con frecuencia la orquesta de Collinet, viendo el conjunto brillante, saboreando aquel goce, tan cruelmente castigado, como Adán y Eva debieron pensar á veces en el fruto prohibido que dió la muerte y la vida á toda su posteridad, porque parece que la reproducción de los ángeles es uno de los misterios del cielo. Pero Popinot podía soñar con aquella fiesta sin remordimiento y entre delicias; Cesarina, en todo su esplendor, se había prometido á él, pobre. Durante la velada, había adquirido el convencimiento de ser amado sinceramen-

te. Así, pues, cuando hizo suyas las habitaciones restauradas por Grindot, conviniéndose con Celestino, estipulando que todo permanecería intacto allí, cuando pudo conservar religiosamente hasta los más pequeños objetos pertenecientes á César y Constanza, soñó con dar su baile, un baile de boda. Había preparado la fiesta con amor, imitando á su principal solamente en los gastos necesarios y no en las locuras; las locuras estaban hechas. Así, pues, la comida debía servirla Chevet y los convidados serían casi los mismos. El padre Loraux, reemplazaría al gran canciller de la Legión de Honor; el presidente del Tribunal de comercio, Lebás, no faltaría. Popinot invitaba al señor Camusot, en agradecimiento de las atenciones que había prodigado á Birotteau. El señor de Vaudenesse y el señor de Fontaine, asistirían en lugar de Roguin y su esposa. Cesarina y Popinot habían distribuido con discernimiento sus invitaciones para el baile. Los dos temían igualmente la publicidad de una boda; habían evitado los rozamientos que molestan á los corazones tiernos y puros, y pensaban dar el baile el día del contrato. Constanza había encontrado nuevamente aquel traje de color cereza con el cual durante un solo día brilló esplendidamente, con brillo muy fugaz. Cesarina se había complacido en dar á Popinot la sorpresa de presentarse con el mismo traje de baile del cual Anselmo hablaba tantas veces. Así la casa ofrecería á Birotteau el espectáculo encantador saboreado durante una sola noche. Ni Constanza, ni Cesarina, ni Anselmo sos-

pechaban el peligro en que ponían á Birotteau con aquella enorme sorpresa, y aguardaban las cuatro de la tarde con alegría infantil.

Después de las emociones inexplicables que acababa de producirle su visita á la Bolsa, aquel héroe de la probidad comercial sentiría la emoción de la sorpresa que le aguardaba en la calle de Saint-Honoré. Cuando al entrar en su antigua casa vió al pie de la escalera, conservada intacta, á su mujer vestida de terciopelo color cereza, á Cesarina, al conde de Fontaine, al vizconde de Vaude- nesse, al barón de la Billardiére, al ilustre Vau- quelin, cubrió sus ojos un ligero velo, y su tío Pillereault, que le daba el brazo, sintió un escalofrío interior.

— Es demasiado, dijo el filósofo al amante Anselmo; no podrá resistir tanta emoción.

La alegría era tan intensa en todos los corazones, que á nadie preocupaba la profunda emoción de César. Al encontrarse de nuevo en su casa, y al verse en su salón, con sus invitados, entre los cuales había mujeres en traje de baile, de pronto, el heroico final de la gran sinfonía de Beethoven estalló en su cabeza y en su corazón. Aquella música ideal irradió, chisporroteó en todos los mundos, hizo sonar sus clarines en las membranas de aquel cerebro fatigado, que llegaba también á su heroico fin.

Agobiado por aquella armonía interior, cogiéndose al brazo de su mujer, le dijo al oído con voz ahogada por una ola de sangre contenida :

— ¡ No estoy bien !

Constanza se asustó y condujo á su marido á su alcoba á donde Birotteau llegó difícilmente, y dejándose caer sobre una butaca, dijo :

— ¡ Señor Haudry, padre Loraux !

El padre Loraux entró, seguido por algunos invitados entre los cuales había señoras en traje de baile; todos se detuvieron, agrupándose, asombrados. En presencia de aquella brillante sociedad, César oprimió la mano de su confesor, apoyando la cabeza sobre el pecho de su esposa arrodillada. Se le había roto ya un vaso del pecho y, por añadidura, el aneurisma sofocaba su postrer aliento.

— Esta es la muerte del justo, dijo el sacerdote con voz grave señalando á César, con uno de esos ademanes divinos que Rembrandt ha sabido interpretar en su cuadro del *Cristo resucitando á Lázaro*.

Jesús ordena á la tierra que devuelva su presa : el santo sacerdote recomienda al cielo un mártir de la probidad comercial para que lo premie con la gloria eterna.

Paris, noviembre y diciembre de 1837.

INSTITUTO DE CIENCIAS
SOCIALES. MEXICO, D.F.

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

DE LA

LIBRERÍA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS

6, rue des Saints-Pères, Paris.

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

*Colección de novelas de los mejores autores,
en tomos en 12.º Tela.*

- ANGUITA. — *Las Hijas del Alcalde*. 1 tomo.
ABDÓN DE PAZ. — *La Estrella de Meruan*. 1 tomo.
AZEVEDO (ALUIZIO). — *Memorias de una Suegra*. 1 tomo.
BEECHER STOWE (HARRIET). — *La Cabaña del Tío Tom*.
2 tomos.
BALZAC (H.). — *El Tío Goriót*. 1 tomo.
— *Eugenia Grandet*. 1 tomo.
— *César Birotteau*. 1 tomo.
— *La Piel de Zapa*. 1 tomo.
— *La Mujer de treinta años*.
BELOT (A.). — *La Boca de la señora X...* 1 tomo.
— *El Artículo 47*. 1 tomo.
— *Dos Mujeres*. 1 tomo.
— *El Drama de la Calle de la Paz*. 1 tomo.
— *Elena y Matilde*. 1 tomo.
— *La Señorita Giraud, mi mujer*.
BOUILLY. — *Las Madres de Familia*. 2 tomos.
CASTELAR (E.). — *La Hermana de la caridad*. 2 tomos.
CONWAY (H.). — *Misterio*. 1 tomo.
— *Días sombríos*. 1 tomo.
COTTIN (M^{ms}). — *Matilde*. 2 tomos.
CHATEAUBRIAND. — *Atala, René y el Ultimo Abencerraje*.
1 tomo.

- DEMESSE (E.). — *El Testamento robado*. 2 tomos.
— *Las Tres Duquesas*. 2 tomos.
- DÍAZ (EUGENIO). — *Manuela*. 2 tomos.
- DUCRAY-DUMINIL. — *Días en el campo*. 3 tomos.
— *El Moso de buen humor, que no pena por nada*.
1 tomo.
- ESCOCURA (P. DE LA). — *El Patriarca del valle*. 4 tomos.
- FEUILLET (OCTAVIO). — *El Diario de una dama*. 1 tomo.
- GAITÁN. — *El Doctor Temis*. 2 tomos.
- GENLIS (M^{me} DE). — *Adela y Teodoro*. 2 tomos.
— *El Sitio de la Rochela*. Nueva edición. 1 tomo.
- GOLDSMITH (O.). — *El Vicario de Wakefeld*. 1 tomo.
- JIL (SALOMÉ) (JOSÉ MILLA). — *La Hija del Adelantado*.
1 tomo.
- KOCK (P. DE). — *Georgina*. 1 tomo.
— *Magdalena*. 1 tomo.
- LAFUENTE (R. DE). — *Un Caballero particular*. 1 tomo.
- MÁRMOL (JOSÉ). — *Amalia*. 2 tomos.
- MATTHEY (A.). — *La Brasileña*. 1 tomo.
— *El Juramento de una madre*. 2 tomos.
— *Sor Angela*. 1 tomo.
— *Zoé Chien-chien*. 1 tomo.
- MONTÉPIN. — *La Hija de Margarita*. 6 tomos.
— *Los Amores de un loco*. 1 tomo.
— *El Compadre Leroux*. 1 tomo.
— *La Confesión de Tulia*. 1 tomo.
— *Genoveva Galliot*. 1 tomo.
— *La Hija del Maestro de escuela*. 1 tomo.
— *El Idiota*. 1 tomo.
— *La Perla del Palais Royal*. 1 tomo.
— *La Querida de su marido*. 1 tomo.
— *La Sirena*. 1 tomo.
— *Una Nueva Bailarina*. 1 tomo.
— *Una Pasión*. 1 tomo.
— *Su Majestad el Dinero*. 5 tomos.
- ORTEGA (ENRIQUE). — *Los Casamientos del Diablo*. 1 tomo.
— *Justos y Pecadores*. 1 tomo.
- PASTOR Y BEDOYA (E.). — *El Dote de Margarita*. 1 tomo.

- PÉREZ ESCRICH (E.). — *El Amor de los Amores*. 4 tomos.
— *El Infierno de los celos*. 4 tomos.
— *Los Matrimonios del Diablo*. 4 tomos.
— *El Corazón en la mano*. 4 tomos.
— *El Pan de los Pobres*. 4 tomos.
— *La Perdición de la Mujer*. 4 tomos.
— *El Cura de aldea*. 3 tomos.
— *La Caridad cristiana*. 4 tomos.
— *La Mujer adúltera*. 4 tomos.
— *Escenas de la vida*. 6 tomos.
— *Las Obras de Misericordia*. 6 tomos.
— *La Envidia*. 4 tomos.
— *La Calumnia*. 4 tomos.
— *La Madre de los desamparados*. 4 tomos.
— *Los Desgraciados*. 4 tomos.
— *Los Hijos de la Fe*. 4 tomos.
- PÉRIÉ (E.). — *Sapos y Culebras*. 1 tomo.
- PINHEIRO CHAGAS. — *Tristezas á orillas del mar*. 1 tomo.
- PONSON DU TERRAIL. — *Los Piratas de alto bordo*.
7 tomos.
— *El Capitán de los Penitentes negros*. 2 tomos.
— *Las Noches del barrio de Breda*. 1 tomo.
— *Maese Rosiñol*. 1 tomo.
— *Las Últimas Aventuras de Rocambole*. 2 tomos.
— *La Cuerda del Ahorcado*. 2 tomos.
— *El Diamante del Comendador*. 1 tomo.
- PUERTA VIZCAÍNO. — *El Amor y la Caridad*. 2 tomos.
- RICHEBOURG (E.). — *La Madre Adoptiva*. 2 tomos.
— *Juan Lobo*. 3 tomos.
— *La Señora del velo negro*. 1 tomo.
- ROCHE (REGINA M.). — *Oscar y Amanda*. 2 tomos.
- SAEZ DE MELGAR (F.). — *La Pastora del Guadiela*. 2 tomos.
— *La Marquesa de Pinares*. 2 tomos.
- SANDEAU. — *Mariana*. 1 tomo.
- SCOTT (WALTER). — *El Anticuuario*. 2 tomos.
— *Aventuras de Nigel*. 2 tomos.
— *Icanhoe*. 2 tomos.
— *Quintín Durward*. 2 tomos.
— *Redgauntled*. 2 tomos.
— *Rob Roy*. 2 tomos.
— *Roberto, conde de París*. 2 tomos.

- STAEL (M^{me} DE). — *Corina ó la Italia*. 2 tomos.
STAPLAU. — *Noche de carnaval*. 1 tomo.
STÉVENSON (R. L.). — *La Isla del Tesoro*. 1 tomo.
TÁRRAGO Y MATEOS. — *El Monje negro*. 2 tomos.
VICTOR HUGO. — *Los Miserables*, sexta edición. 5 tomos.

BIBLIOTECA CONTEMPORÁNEA

Tomos en 12.º elegantemente encuadernados en tela flexible con fletes dorados.

- ACOSTA DE SAMPER. — *La Mujer en la Sociedad*. 1 tomo.
BLEST GANA (ALBERTO). — *Durante la Reconquista. Novela histórica*. 2 tomos.
BONAFoux (LUIS). — *Esbozos novelescos*, con prólogo de don E. BENOt. 1 tomo.
— *Huellas literarias*. 1 tomo.
ENSEÑAT (JUAN B.). — *Narraciones*. 1 tomo.
GÓMEZ CARRILLO (E.). — *Cuentos escogidos de Autores castellanos*. 1 tomo.
— *Cuentos escogidos de Autores franceses*. 1 tomo.
— *Literatura extranjera*, con prólogo de D. J. O. PICÓN. 1 tomo.
— *Almas y Cerebros*, con prólogo de CLARÍN. 1 tomo.
NAVARRETE (José). — *Niza y Rota*. 1 tomo.
SÉBILLOT (PAUL). — *Cuentos bretones*. 1 tomo.
ZAMACOIS (EDUARDO). — *Vértigos*. 1 tomo.
ZEROLO (ELÍAS). — *Legajo de Varios*. 1 tomo.
Se encuentran en preparación otras obras.

BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

Tomos en 12.º Tomos lujosamente empastados en medio becerro.

- ALARCÓN (J. RUIZ DE). — *Teatro*. 2 tomos.
BOSSUET. — *Discurso sobre la historia universal*. 1 tomo.
CALDERÓN DE LA BARCA. — *Teatro*. 4 tomos.
COURIER (P.-L.). — *Obras*. 1 tomo.
CHATEAUBRIAND. — *Los Mártires*. 1 tomo.
— *Genio del Cristianismo*. 2 tomos.
— *Memorias de Ultratumba*. 6 tomos.
DIDEROT. — *Obras escogidas*. 2 tomos.
ESPRONCEDA. — *Obras poéticas*. 1 tomo.
GOETHE. — *Fausto y el segundo Fausto*. 1 tomo.
— *Werther*. — *Hermán y Dorotea*. 1 tomo.
GRANADA. — *Guía de Pecadores*. 1 tomo.
HURTADO DE MENDOZA. — ALCALÁ. — *El Lazarillo de Tormes*. — *El Donado Habrador*. 1 tomo.
JOVELLANOS. — *Obras escogidas*. 4 tomos.
LA BRUYÈRE. — *Los Caracteres*, 1 tomo.
LARRA (Figaro). — *Obras*. 4 tomos.
LOPE DE VEGA. — *Obras escogidas*, 4 tomos.
MAISTRE (JAVIER DE). — *Obras completas*. 1 tomo.
MANZONI. — *Los Novios*. 2 tomos.
MIRABEAU. — *Cartas amatorias*. 1 tomo.
MONTAIGNE. — *Ensayos*. 2 tomos.
MORATÍN. — *Comedias*. 1 tomo.
— *Obras escogidas*. 1 tomo.
— *Orígenes del Teatro español*. 1 tomo.

- PELLICO (SILVIO). — *Mis Prisiones*. 1 tomo.
QUEVEDO. — *Obras festivas*. 1 tomo.
— *Obras serias*. 1 tomo.
— *Parnaso español*. 2 tomos.
QUINTANA. — *Obras escogidas*. 1 tomo.
ROUSSEAU (J.-J.). — *Confesiones*. 2 tomos.
— *Emilio*. 1 tomo.
SAINTE-BEUVE. — *Juicios y Estudios literarios*. 1 tomo.
SEVIGNÉ (M^{me} DE). — *Cartas escogidas*. 1 tomo.
SOLDEVILLA. — *Joyas de la Literatura española*. 1 tomo.
SOLIS. — *Conquista de Méjico*. 1 tomo.
TERESA DE JESÚS (SANTA). — *Cartas y Otros Escritos*.
1 tomo.
VOLNEY. — *Ruinas de Palmira*. 1 tomo.
VOLTAIRE. — *Novelas escogidas*. 1 tomo.

BIBLIOTECA DE LA RISA

*Colección completa de cuentos, chistes, hechos sorprendentes
y maravillosos, etc.*

Por una sociedad de literatos de buen humor.
2 tomos en 12.º Tela.

(Véase el catálogo.) DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

